

2



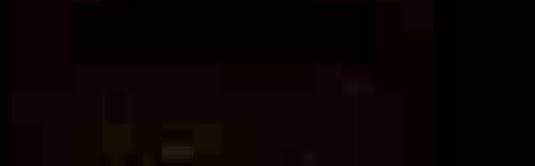
GASTELAR



FRA

FILIPPO

Lippi

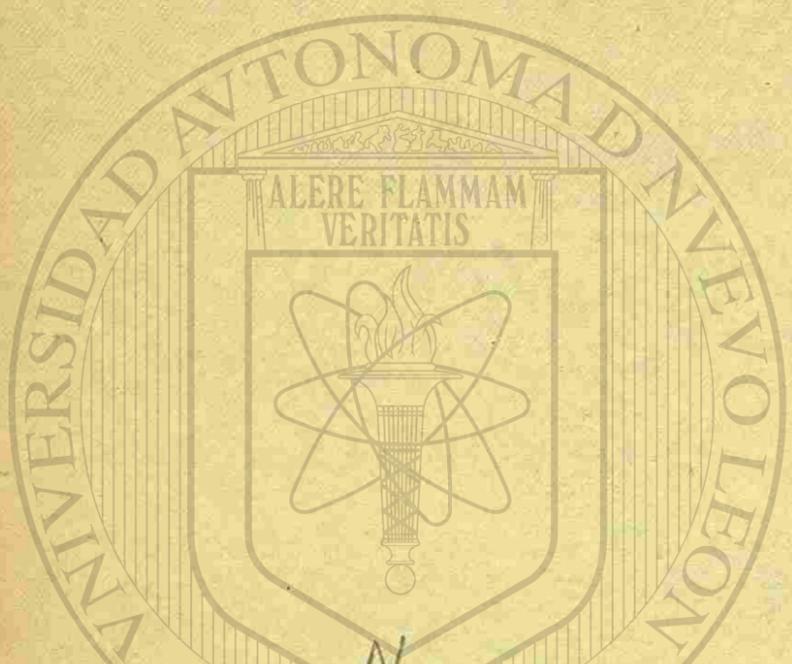


2

P06512
.C2
F5
V.2

A white rectangular sticker is affixed to the top left of the left page. It features a standard 1D barcode with vertical black bars of varying widths on a white background. Below the barcode, the number "1020027246" is printed in a small, black, sans-serif font.

1020027246



Núm. Clas. N
 Núm. Autor @348f
 Núm. Adg. 33203
 Procedencia -8-
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó _____
 Catalogó _____



FONDO
 RICARDO COVARRUBIAS

FRA

FILIPPO LIPPI

NOVELA HISTORICA

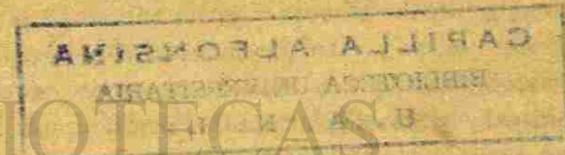
POR

EMILIO CASTELAR

TOMO II

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MÉXICO

IMPRENTA DE AGUILAR E HIJOS
 PRIMERA DE SANTO DOMINGO 5 Y PRIMERA DEL RELOJ 3
 1879

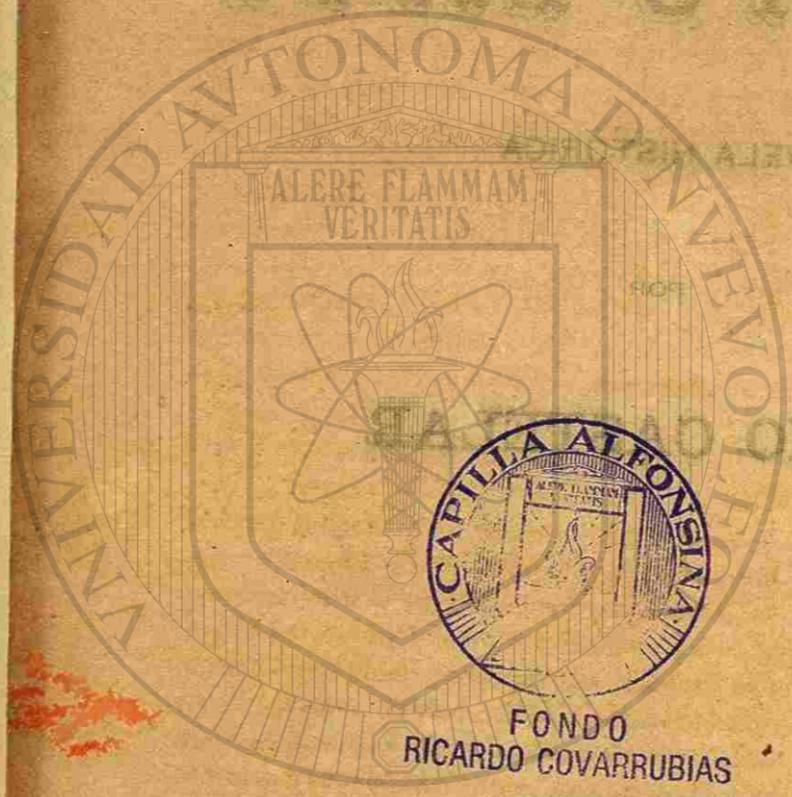
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

098338

33203

863
C.
PQ 6512
C2
Fs
v.2

FRA



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

33303

CAPITULO PRIMERO.

Resurrexit.

Cercanías bellísimas las cercanías de Florencia. En ninguna parte se unen con tanta perfeccion la sublimidad y la gracia. Por lo hondo de espacioso valle serpentea el Arno, cuyas aguas llevan disuelta la inspiracion como en otro tiempo las aguas de la Castalia ó del Alfeo. Dos cadenas de graciosas colinas, en las cuales se levantan, á la izquierda, monumentos como San Miniato, á la derecha, pueblos como Fisiolo, bordan aquellas riberas ornadas por los mirtos y los laureles gratos á los poetas y á los dioses. En las vertientes de las colinas los altos olmos se entrelazan con las guirnaldas de parra; y en las cimas, ocultando los campanarios y las torres, aquellos pinos de clarísimo verdor y esférica copa mezclados con las sombrías pirámides de los tristísimos cipreses. Las colinas del Arno corren por el Norte y por el Sur de Florencia formando como una lijera curva, mientras al Este las montañas azules de la Umbría y al Oeste las cordilleras del clásico Apenino dibujan sus variados picos, y reverberan, cual gigantescas piedras preciosas, los reflejos de los hermosos cielos. Tantas y tan varias quebradas se bajan y allanan, como para formar una planicie, donde aparece tendida en mullido lecho de flores la inmortal Florencia. Imagináosla en los tiempos de nuestra historia, despues del regreso de Cosme de Médicis, al mediar la décima-quinta centuria de nuestra era, con sus muros toscos y ligeros al mismo tiempo; sus cuarenta y cinco torres en las cortinas de la derecha y otras muchas tambien en las cortinas de la izquierda; sus puertas en forma de fortalezas y de castillos; sus dos grandes agrupaciones á una y otra orilla del rio enlazadas por cinco puentes; aquí la catedral con su

campanile de mármoles ideado por el Giotto y que parece como columna antigua esmaltada por preseas góticas, y su rotonda recién concluida por Brunelleschi y que parece como templo romano elevándose en los aires, á guisa de diadema sobre una iglesia cristiana; allí el palacio de la Señoría con sus aspilleras militares, y sus remates aéreos y sus bélicas cresterías; más allá el palacio del Podestá con su torrecilla cuadrada; en este punto viviendas de nobles y ricos que reúnen á la severidad la belleza y en otro punto iglesias donde se junta la arquitectura del Norte con la arquitectura del Mediodía, ambas austeras, pero armoniosas, como si á todas las manifestaciones del génio humano hubiera de marcarlas con su sello la ciudad etrusca y toscana; por todas partes, lógias con sus arcos, ya clásicos, ya ogivales; fuertes de las rancias corporaciones con sus defensas ceñudas, multitud de monumentos á medio construir; sobre una colina los monasterios que exhalan oraciones y sobre otra colina las quintas ó vilas que exhalan versos; todo rodeado por bosques de olmos y de laureles, en cuyo ramaje parece que se ocultan las musas y de cuyas hojas parece que se levantan, como enjambres de abejas ó nubes de mariposas, las bellas ideas generadoras del arte, á beber la luz que á raudales baja de los espléndidos y celestes horizontes.

Las quintas ó vilas, en tales cercanías, y mirando á tal ciudad, son verdaderos paraísos. Así no debemos extrañar que en ellas se hayan reunido desde los clásicos comentadores de Boecio hasta los clásicos comentadores de Platon á contemplar las ideas absolutas y á sentir los consuelos eternos. En todo se respira allí la poética antigüedad porque todo revela el génio etrusco: los porches con sus arcos de medio punto y sus adornos sencillos; los límites que designan las áreas, medio setos y medio muros; los guardarneses de toscano ladrillo con los anchos tejados y los palomares de blanca cal con las torrecillas ligeras; los rediles y los apriscos de corte virgiliano; las cabañas, y los cubos, y las almazaras, y las bodegas, y los colmenares que componen como una palpable égloga, con las entradas ceñidas de zarzamora y zarza-rosa; las carretas donde se cargan las cosechas que dan desde aceite límpido, hasta vino espumoso, y desde cáñamo hasta seda, y desde heno hasta trigo; los árboles frutales en cuyas copas los niños sacuden el fruto y á cuyos piés las campesinas los recojen; los viñedos en que el jornalero trabaja vestido con su túnica oscura cubierta con su mandil blanco, y calzado con sus botas negras, según se ven en los frescos de Giotto, en las paredes de los cementerios y en las iluminaciones de Fra Angélico sobre los misales de las iglesias. Pero, al mismo tiempo, la arquitectura civil levanta, en medio de tanto verdor y flores tantas, sus varias construcciones: anfiteatros con graderías de bancos, torres del vigía, portadas de gruesas piedras profundamente abovedadas, terrazas desde las cuales se dilata la vista en cuadros inacabables, pórticos que juntan unos á otros los vastos departamentos de la finca, como dormitorios, vestuarios, baños, bibliotecas, ca-

pillas, pajareras, comedores, todo adornado con grecas de tomillo que huelen á gloria; y con grupos de árboles donde el álamo se mezcla al sauce, y el granado al níspero, y el azufaifo al melocotonero y albaricoquero, sin contar los maravillosos jardines en que la vegetación, obedeciendo á la idea y á la mano del hombre, se presta á toda suerte de caprichos y se armoniza con las líneas monumentales de los gigantescos edificios, á cuyo lado, como para contrastar su pesadez y aligerar sus moles, corren, ora en fuentes, ora en cascadas, abundantísimas y cristalinas aguas.

Pues en una de estas islas se encontraba cierto día de esparcimiento Cosme de Médicis, con su corte de filósofos, teólogos, políticos, poetas, arquitectos, pintores, escultores y joyeros; verdadera legion de sabios y de artistas. Cosme no era un monarca, porque no lo consentían las instituciones republicanas de aquella ciudad. Ni él ni su familia habían sentido la ambición de reinar que, saciada más tarde, cien años más tarde, y por una conjunción de las conjuraciones del Pontificado con las conjuraciones del Imperio contra la libertad, señaló el decaimiento de region tan inspirada y ahogó el prodigioso génio de Florencia. Con seguridad puede decirse que, egerciera ó no magistratura, el verdadero poder estaba en el influjo de Cosme sobre las gentes, debido en parte á su carácter y en parte á su riqueza. Personificaba fuerzas nuevas, las fuerzas del trabajo y del comercio, sucediendo á las fuerzas antiguas del feudalismo y de la guerra. Por consecuencia, tenía la virtud que tiene siempre quien personifica alguna fase del humano progreso y boga recogiendo el viento favorable que despiden las ideas nuevas. Su autoridad no provenía de haber bajado en triton guerrero desde un risco accesible solamente á las águilas, y desde una caverna habitada solamente por los lobos al llano para convertir los campesinos en siervos, sino de haber trabajado con perseverancia y producido con éxito y cambiado con lucro, aumentando la virtud creadora del planeta. No sangre, sudor había vertido sobre la tierra; no muerte, vida había sembrado en su carrera; no combates, cambios había sostenido en sus empeños; de suerte que representaba, levantado en los vestíbulos de nuestra edad, los primeros crepúsculos del génio de la moderna civilización. Grande privilegio levantarse tan alto, no sobre los muros de las fortalezas, sino sobre los humildes mostradores de las factorías. Gran fortuna conquistar con un ejército de pacíficos trabajadores más que los Martes furiosos con un ejército de carniceros soldados. Así producía, producía constantemente. Y no producía para atesorar en la avaricia, sino para repartir sus riquezas entre el común de las gentes. La liberalidad fué entre sus virtudes la virtud por excelencia. Diríase que el pesado oro tomaba en sus manos la etérea movilidad de la luz. Todos los florentinos de mérito resultaban deudores á su caja de banca. Todos los monumentos más bellos de la República quedaron sellados con sus pródidas manos. En Florencia, construyó de planta San Márcos y San Lorenzo; en

las montañas de Fiesole, San Gierolamo y su riquísima abadía; en los sitios llamados del Angelo, un monasterio de Frailes menores; en Trebia y otros puntos, ricos palacios; en Jerusalem, misericordioso hospicio, en todo lo cual gastó una suma de setecientos mil florines de oro, que equivalen á muy cerca de ciento veintiocho millones de reales en el valor de nuestra moneda corriente. Y estas magnificencias dignas de los reyes en las mejores monarquías, conservaban la modestia propia de los sencillos ciudadanos en las más humildes Repúblicas. Su política tenia la misma prevision que su comercio. Por eso pudo mantenerse de pié sobre aquel suelo volcanizado que derrocaba con sus estremecimientos y convulsiones los más elevados personajes. Y por eso, á pesar de ser su instruccion escasa, porque los cálculos no habian dejado lugar á los estudios, sabia donde se encontraba el mérito, y se rodeaba de todos los sacerdotes que prestaban culto á la verdad y á la hermosura en las dos eternas religiones de la ciencia y del arte.

Todos cuantos podia reunir en aquella sazón Florencia, tan rica en gé-nios, hallábanse en la hacienda y discurrían por sus umbrosas galerías. Las damas de la familia y sus compañeras ó amigas mostraban las bellezas plásticas de la naturaleza junto á las bellezas ideales de la poesía y del arte. Esta respunteaba con sus dedos de rosa la guitarra de oro, mientras sus ojos se perdían arrobados en el horizonte como buscando el descenso de los gé-nios con que la hacían soñar las candencias de sus propias melodías; la otra cantaba al compás de aquellas notas, semejantes á chispas de fuego, esas tristezas del alma impregnadas de melancólica poesía. Los caballeros escuchaban en corro; y alguno de ellos, cuando los últimos ecos de la canción y de su acompañamiento resonaban en los aires, cogía el arco y sacaba á las cuerdas de su violin estremecido, quejas y endechas de profundísima pasión. Mucho se recreaban los oídos escuchando la música; pero no menos se recreaba la vista contemplando los tisúes y los terciopelos recamados de oro y perlas; los trages cuyas colas tenían los mil colores de las colas del ave de Juno y cuyas mangas perdidas tocaban casi en el suelo; las túnicas bordadas con signos heráldicos ó con signos cabalísticos; la riqueza y la elegancia florentina en su mezcla felicísima de sencillez y de lujo. A la sombra de hayas que hubieran podido inspirar á Virgilio, desbastaban unos artistas el mármol, animaban otros las tablas, olvidados de las gentes que los rodeaban y atentos á sus obras, mientras que los filósofos y los oradores, ó lanzaban cadenciosas arengas, ó sumergían á todos en el recogimiento interior á que arrastran siempre las ajenas meditaciones animadas por la llama de un profundísimo pensamiento. Y, contrastando con cuantos le circuían, Cosme hablaba de las cosas de este mundo entre aquellos que solamente querían oír hablar de las cosas del cielo ó de los vislumbres de sus inspiraciones y de sus ideas.

--En el mundo, decía, los amigos imprudentes ó temerarios, empeñados

en amarnos más que nos amamos nosotros mismos, suelen perdersen antes que nuestros implacables enemigos. No sabrá jamás aprovechar una victoria política quien no haya sufrido antes una verdadera derrota. Así como en arte se necesitan deseos sin límites é ideales sin término, si hemos de producir algo, en gobierno jamás llegará á producir cosa alguna quien no se proponga pocos fines y no refrene y limite el exceso de sus aspiraciones. Unos cuantos poseerán siempre las altas magistraturas; pero no las conservarán, y si las conservan, no las merecerán aquellos que rehúsen adscribir-las al servicio de todos. Envidiados suelen ser los que mandan y no saben los envidiosos ¡oh ciegos! como en el poder los más hábiles se reducen á servidores humildes, cuando más apariencias de magestuosos y omnipotentes toman. No os quedeis en las contiendas políticas con los bienes ajenos, si deseais guardar los propios. No deis á los enemigos todas las cargas y á los amigos todos los privilegios, porque no conviene alimentar con la justicia y el derecho las pasiones que os son resueltamente contrarias. La dureza resulta indispensable para apaciguar á los hombres como para domesticar á las fieras; mas también resulta dañosa, cuando tiene carácter de innecesaria. El mal no puede pasar de ciertos límites, mientras el bien será siempre como Dios mismo, ilimitado. No demos muerte á esa ciudad que nos dió vida. Si le devolvemos oprobio despues de la honra que nos ha concedido, nos confundiremos con los viboreznos, los cuales dizque devoran á su madre. Usemos con prudencia de la victoria, á fin de que jamás nos arrepintamos de haber vencido.

—Tan altos pensamientos, dijo el platónico Marsilio Ficino, su protegido que le escuchaba, solo han bajado sobre vuestra mente desde la mente divina de Platon. Venid y sacrificaremos en sus aras bajo la sombra de aquellos laureles que extienden las verdes ramas sobre su busto semejante en serenidad á la efigie de un Dios. Coronémonos de yedra, y entre la yedra suspendamos violetas, como de yedra y de violetas se coronaba Alcibiades cuando asistía al banquete socrático para oír hablar de los amores eternos y de los eternos ideales. Tendidos en los lechos, con la copa llena de hidro-miel en las manos, convergida la mirada á los rayos del sol que doraban las cimas del Hybla, coronados de guirnaldas rociadas con aguas sacratísimas, al son de las liras acompañadas por rústicas flautas de dos tubos, sacudían los platónicos las cenizas de todo lo contingente, bajo cuyo peso no pueden volar las almas, y levantándose á los cielos, se arrobaban en la contemplacion de Dios y de los divinos arquetipos en que se modelan, como en su plan y en su ideal, todos los mundos. Así sabían que la belleza no está ni en tal paisaje de la tierra ni en tal obra del arte, sino en sí misma, como una esencia misteriosa; y que el bien no está en tal acción ó en tal virtud, sino fundamentalmente en sí; y que todo cuanto por sí y en sí es, sin sujecion á fenómenos ni accidentes, por propia virtud al cabo está en Dios y de Dios toma

toda su sustancia. Doctrina de tal manera pura ha sido como la aurora de nuestra religion, y nos ha preservado del temor á la muerte. Puesto que tenemos un alma capaz de concebir la idea, y una idea capaz de abrazar lo infinito, no temamos que la melodía dormida en el arpa de nuestros sentimientos, ni la llama encerrada en el barro de nuestros huesos, ni el aroma difundido por todo nuestro sér se pierdan como una nube que se disipa. Al contrario, volverán á su esencia, los rayos luminosos vuelven al sol de la misma suerte que han misteriosamente descendido como una celeste emanacion. Profeta de la bienaventuranza mayor que los profetas bíblicos, pues si estos anunciaron al Redentor, tú anunciaste los dogmas del Redentor; y concebiste por una especie de anticipacion milagrosa el Misterio de la Trinidad Santísima; danos un aliento de tus labios divinos, una palabra de tu elocuencia inagotable para que podamos adorar al Verbo en esta vida, y en la otra confundirnos con Dios en eterna comunión y compenetracion de nuestras respectivas esencias. Solo así mereceremos el nombre de discípulos tuyos, y prepararemos las vías para una transformacion de nuestras almas en la eternidad, despues del profundo sueño de la muerte.

—Marsilio, dijo el griego Argyropilas, despues de haber escuchado esta especie de cántico en loor de Platon, debes haber nacido en alguna de aquellas islas perfumadas con la resina del cedro que vió crecer Homero á la boca de la gruta habitada por Calipso. Tu alma, por su ternura, debe haber asistido á la época creadora en que los dioses surgian serenos de las ondas, y por su sublimidad, á la época terrible en que los titanes luchaban con el Olimpo, estremeciendo desde el Eliseo hasta el Averno y arrojando rocas al mar, cuyas aguas mojaban á los mismos cielos. De haberte oído aquellos pueblos tan dispuestos á seguir los hechizos de la elocuencia, colocaran tu efigie por lo menos en el templo de los semi-dioses y escribieran tu nombre en los espacios, entre las constelaciones, con letras de estrellas. Hablas como se hablaba en Grecia, cuando los jóvenes enardecidos por las estrofas de Tirteo iban á morir con la sonrisa en los labios y la serenidad en el pecho sobre las aras sublimes de la patria. ¡Que la diosa del amor te visite en su carro tirado por blancas palomas, é imprima en tu alma un beso de fuego bastante á conservarla en toda su bendita inspiracion y en toda su fuerza creadora! ¡Que las nueve hijas de Mnemosina te regalen sus respectivos dones con los cuales puede un mortal sobrepujar á los mismos inmortales! Así las abejas de la Atica depositaran su miel en tu boca y te acompañaran con su cántico las cigarras que vibraban en los jardines de la Academia. Las generaciones de los humanos pasan como las generaciones de las hojas; y queda vivo tan solo el pensamiento. Tú, sacerdote de esta divinidad, no le ofrezcas altares cincelados ni holocaustos donde abrasen los crasos toros de arqueados cuernos y los tiernos recentales de blanco vellon; ofrécele el culto de un amor ferviente y el holocausto de una vida purísima. En el sacerdocio

de esta sublime religion se llega pronto á una felicidad íntima, bien superior á la gozada por los bienaventurados habitantes de aquellas islas, en cuyos desfiladeros crecen bajo lucientes hojas de esmeralda los frutos de oro, y en cuyas costas se duerme un mar celeste, ceñido por grecas de blancas espumas y rizado por soplos de frescas brisas. Así podrás desencadenar á Prometeo encadenado, y devolver á sus creadoras manos la antorcha perfumada encendida en la luz eterna, y que así esclarece al mundo como aviva á la conciencia. Y cuando llegue el dia de tu paso desde este mundo al otro, el sol detendrá su carro de riendas de oro para llevar tu alma á la eterna patria de que ha descendido y á que habrá de volver. Las estrellas se conmoverán al verte pasar en alas de las ideas puras, como se conmoverian los elementos á la voz melodiosísima de Orfeo. Y Hecate se revolcará de rabia en su lecho al verte exento para siempre, y redimido del triste dominio de sus sombras. Pero tú las venciste y disipaste por la fuerza mayor del hombre, por la virtud eternamente animada de la idea y menospreciadora de las podridas riquezas. En este mundo no existe la felicidad, cuando no la gustamos ni siquiera en la juventud viviendo al lado de la mujer amada. Somos como aquel sencillo héroe de los Idilios de Bosco, que en tierra suspiraba por el mar y en el mar por la tierra, olvidado de que el verdadero centro de las almas está en el cielo. Así tienes razon: ofrezcamos un sacrificio al divino Platon que en la antigüedad perteneció á los profetas, por haber revelado, como ningun hombre ni antes ni despues, verdades del cielo á la tierra. ¡Feliz el gran Cosme, á quien la posteridad decretará el título de protector y casi pontífice de esta religion platónica!

—Yo, dijo Cosme, no la conozco bien, para conocerla me faltan estudios, pero la amo, porque para amarla me basta saber que con su idealismo mejora las condiciones de los hombres. Pero Poggio, que la conoce, no la ama. ¿Acierto, ó no acierto, amigo mio?

—Gracias, Cosme, gracias te sean dadas por haberme deparado ocasion de terciar en estos oratorios diálogos. Heme consagrado especialmente al cultivo de la lengua latina, y he aquí por qué restablecí textos de Quintiliano y encontré fragmentos del gran Tulio. Aunque conozco el griego, no he tenido tiempo de establecer un comercio bastante estrecho con las ideas del divino Platon. Pero me duele de estos sus discipulos una cosa que debo francamente comunicarte, su extremo optimismo. El hombre no es tan bueno como suponen. Yo estoy con Menandro á quien estudian poco y debieran conocer más: si el dia de mi muerte, cuando haya de elegir un nuevo organismo, me proponen optar entre ser caballo, pollo, asno, pájaro ú hombre, opto por ser del género de aquellos animales sin vacilar un momento. Y la causa de mi preferencia es tan sencilla y tiene tanta fuerza, que habrá por necesidad de convenceros y arrastraros á todos. Un buen caballo, un buen gallo, un buen asno, se vé muy cuidado, muy nutrido

puesto en las nubes, apreciado en alto precio, mientras que un buen hombre se vé escupido y despreciado por todos. Así, mientras pensais en las musarañas de esas ideas innatas, los frailes se apoderan del mundo, estos ratones de todos los quesos, terceros de todos los amores, gorriones de todas las bodas, pajuelas de todos los incendios, piedras de todos los escándalos.....

—Vamos, Poggio, dijo Cosme, no quiero oír hablar de ninguna de vuestras supersticiones contra los conventos y contra los frailes, porque fundadas en una exageración, encierran muchos errores y degeneran en verdaderas injusticias. Hablemos, si quereis, de arte.

—Entre tantos grupos como se forman en torno de vuestra grandeza y entre tantos como hay en esta tierra privilegiada de Toscana, dijo Marsilio Ficino, en verdad no conozco muchos artistas. Mostrádmelos y tendré sumo placer en admirarlos. Todos deben llevar en su frente esa llama vivificadora del génio que es como la lengua de fuego llovida sobre el cenáculo de los Apóstoles por el Espíritu Santo.

—Aquel, que está á la derecha con cierto ramillete en las manos, estudiando y componiendo sus colores; dos ó tres aves raras en los hombros dispuestas á desplegar las hermosas alas de raro plumaje, en cuanto les dé un grito; seguido de algunos jóvenes que parecen atletas; la nariz perfilada como un busto antiguo, los ojos grandes y profundos como para recoger todos los matices, demacradas las mejillas á la calcinación del pensamiento, grande la cabeza y en proporcion verdadera con su desmedido génio; es Masaccio, el hijo de la naturaleza, repetida en sus cuadros, el padre de la pintura moderna arrancada por sus atrevidos pinceles á las formas litúrgicas, á las tradiciones religiosas, á la rigidez bizantina y puesta sobre la observación para que sea la verdad resplandeciente de hermosura. Aquellos que desde Giotto le preceden puede decirse que han luchado con varia fortuna para deshacerse de la servidumbre; mas no puede, no, decirse que han vencido. Solamente él es vencedor. Solo él ha entrado en el universo, en ese templo de las formas; y ha sabido embellecerlas en las esferas del arte. Cuando veo la capilla del Cármen que está pintando y observo aquellos muertos resucitados, tan distintos de los antiguos personajes dejados en las paredes y en las tablas por sus predecesores, tan parecidos á todos cuantos nos rodean, imaginome que ha dado soplo de vida verdadera, no al cadáver yerto, sino á la misma naturaleza creadora, enterrada bajo las cenizas de tantas antiguas supersticiones. Estamos en tiempo de resurrección. Los sepulcros, que parecían vacíos, se llenan de vida y de esperanza, como las yemas de los reverdecidos árboles en los días de la primavera y como los senos de las jóvenes esposas en las satisfacciones del amor. Tú, Poggio, has resucitado á Roma en toda su magestad, tú, Marsilio, has resucitado á

Grecia en toda su belleza; pero Masaccio ha resucitado algo superior y duradero, ha resucitado en toda su vitalidad á la misma naturaleza.

—Es verdad, dijo Cosme, entre esos monumentos que parecen erigidos para personificar la magestad y la fuerza, deben vagar esos personajes de Masaccio que parecen evocados para pintar la verdad y la naturaleza.

—Teneis razon, Cosme amigo, dijo Poggio, todo resucita en nuestro tiempo, en este tiempo creador, todo, y no solamente la elocuencia, la filosofía, la naturaleza, el arte de los pintores con el arte de los escultores, tambien resucita el arte de los arquitectos. Y mirad su Hércules, que enseña un gran plano á varios jóvenes en torno suyo sentados á la sombra de verde laurel. No diriais al verle, menudo de facciones, avellanado de huesos, bajo de estatura, enfermizo de complexion, remangado de nariz, estrecho de frente, todo él miserable y pequeño; no diriais que en tan pobre cuerpo se contiene tan grande alma como el alma de Bruneschi. Helo ahí; es el revelador de la arquitectura moderna, ántes de él un caos, despues de él un mundo. Durante tu destierro, Cosme, se fué á Roma; y ningun mortal ha sacado tanta vida de la muerte, tantos recuerdos del olvido, tantas obras de las ruinas. Errante por los caminos cubiertos de cenizas, con ánimo de repetir esta columna ó interrogar á aquella piedra, absorto ante los monumentos destrozados á los embates del tiempo recompuestos en su vasta mente; ya bajando á los abismos de las sepulturas abandonadas hasta de los huesos, ya subiendo á las cimas de las ruinas ceñidas de yedras y de zarzas; sentado dias enteros en aquel campo de batalla, en aquel foro, donde han combatido ideas reveladas por ruinas semejantes á los fragmentos de un planeta, y en aquel coliseo cuyas moles se igualan á los montes, y en aquel panteon de Agrippa en que aun creeriais reunidos los dioses de la fuerza y de la victoria, sorprendió la secreta correlacion de los tres órdenes de arquitectura griega, y estudió como un anatómico las líneas y la contextura del arco romano; y luego ha venido aquí, á su patria, como para obligar á estas severas piedras etruscas á amontonarse y componerse al reclamo de sus ideas de igual suerte que se levantaban los muros de las ciudades antiguas á los ecos de la creadora lira de Anfion. Volved los ojos á nuestra idolatrada Florencia; descubrid en aquellos mares de follage el templo singular que se levanta sobre otro templo; mirad la rotonda aun no concluida que debe coronar las Iglesias de Santa María de las Flores; y decidme luego si habeis visto ni en la misma antigüedad ese prodigio, ese edificio aéreo, escalando las alturas, y que se diria sostenido por el iman de las ideas y fundamentado sobre las resistentes alas del génio. Yo os lo digo, pasarán muchos siglos y la humanidad no se cansará nunca de admirarlo. Yo os lo digo, se sucederán muchas generaciones; y cuantas quieran ver las cimas del espíritu humano, contemplarán absortos esa sublime rotonda.

—¿Decidme, Cosme, le preguntó Marsilio, cómo, entre estos coros de

génios, los mayores quizás hoy de la tierra, no sé encuentra aquel singularísimo á quien tanto admiramos en San Giovanni, el escultor Ghiberti?

—Uno es, ciertamente, de los que honran á nuestro tiempo y de los que podrían con más derecho emular á los preclaros hijos de los tiempos antiguos. Al encontrarse por las cercanías de Florencia cierta estatua clásica enterrada sin duda en los primeros tiempos del cristianismo por la piedad de alguna alma tierna, deseosa de sustraer tan perfecta obra á los excesos del celo religioso, Lorenzo Ghiberti cayó en verdadero éxtasis, y no contentándose con verla y contemplarla en arrobamiento, la palpaba con el fino tacto de un ciego, despues de haberla besado mil veces, como si quisiera estudiar y comprender con todos sus cinco sentidos tantas y tan varias bellezas. Desde entonces la antigüedad no ha tenido un continuador de su altura y de su temple. El mármol y el bronce florecen bajo su mano creadora. Las perspectivas se prolongan á la combinacion de sus líneas maravillosas y los personajes se animan al golpe de su mágico cincel. Mirad esa puerta primera que ha colocado por encargo del comercio en la entrada de San Giovanni, mientras termina la segunda, que ya tiene dibujada en carton y que le supera en hermosura. Las guirnaldas se extienden por su cuadro principal á manera de las parras por nuestros campos; las cabezas perfectas entre los círculos cincelados milagrosamente, resaltan como para contemplar en los aires algo inaccesible á nuestros ojos mortales y digno de su misteriosa contemplacion; los grupos se combinan con tal arte y con tal verdad, que los vereis animarse en actitudes varias y hablar expresando las ideas esparcidas sobre sus rostros radiantes; un reposo parecido al reposo de los dioses, reina en toda la composicion, verdadero prodigio de armonía; y á pesar de la muchedumbre de figuras que surgen luminosas entre la multitud de exuberantes ornamentos, reina tal gracia combinada con tan perfecto gusto, que tomariais esta obra de la moderna Florencia por una obra de la antigua Atenas. Lorenzo no es un escultor de estatuas aisladas, las cuales contradicen con su soledad el carácter verdadero de su inventiva; la riquísima facultad creadora que le lleva á producir la multitud de figurillas combinadas en los bajo-relieves y á exaltarlas por procedimientos maravillosos con todos los ornatos reproducidos y copiados de la misma naturaleza. Así puede decirse que en él ha florecido el génio de Florencia. Pero ¡ah! ese artista no es mi amigo; y no es mi amigo, porque bajo su vasta cabeza no late un gran corazón. Soberbio y aislado siempre en su orgullo; envidioso y odiando por lo mismo á sus émulos; creído de su competencia universal, aunque, como pintor, no puede competir con Masaccio; y como arquitecto, no puede competir con Brunelleschi; el carácter de ese hombre no está á la altura de su génio. Os referiré un hecho. Brunelleschi optó al trabajo para las puertas de San Giovanni. A este fin compuso el bajo-relieve del sacrificio de Isaac. Pero, en cuanto vió su propia obra en frente de la obra de su competidor, se

retiró vencido por su propio juicio, y ayudó sin remuneracion al vencedor en su empresa. Y luego, cuando Ghiberti compitió con tan generoso émulo en la obra de Santa María dei Fiori; no solo quiso vencerlo injustamente, sino que, asociado á la obra, á pesar de la notoria superioridad de su cofrade, le puso luego una cuenta á éste, al que le secundara con tanta generosidad, y le exigió el dinero. Desde entonces no puede ser amigo de Cosme de Médicis, que estima en mucho el génio, pero no tanto como la virtud. En cambio, mirad, ahí viene el mejor de los hombres, ahí viene Donatello.

Y en efecto, apareció un hombre ya de alguna edad, cubierto con extraña toca semejante á un gorro veneciano, ceñido de larga túnica cuyos pliegues le caian desde el cuello á las plantas, y cuyas mangas perdidas casi tocaban en el suelo, semejándose por su trage y por su apostura bien á un Dux de Venecia, ó bien á un alquimista de antiguas y arraigadas vocaciones. Lucía toda la barba, que, espesa y rizada, no bastaba á ocultar una boca desmesuradamente grande como dibujada para abrir y dejar paso á toda sinceridad y franqueza. Su nariz prolongada, su entrecejo ceñudo, sus ojos saltones, su mirar profundo, dábanle elevadísima distincion y anunciaban la variedad de sus talentos. En sus manos veíase riquísima patera que brillaba por su artística riqueza, y que fijaba la atencion de cuantos á su lado pasaban, por su valioso mérito.

—¡Donatello!

Le dijo Cosme al verle venir.

—¡Cosme!

Le respondió Donatello.

—¡Riquísima obra!

Añadió Cosme cuando ya Donatello se aproximaba.

—Que deposito en vuestras manos, corto testimonio de mi inmenso agradecimiento.

—Hermosísima.

Repitió el padre de la patria.

—Incomparable, admirabilísima, sublime.

Añadieron los circunstantes por decir alguna frase de admiracion vulgar, y por cooperar con el eco de sus afirmaciones al juicio de Cosme.

—Es un bronce, añadió Donatello, en cuya superficie he intentado mostrar la antigüedad, de nuevo naciente, como un sol del espíritu, tras largas sombras. Un Sileno y una Bacante reproducen con toda la verdad posible en sus cuerpos llenos de vida, la embriaguez de aquellos tiempos divinos; un cuerno recibe la leche que brota de los pechos de esa mujer en cuya fecundidad se repite la misma fecundidad de la creadora naturaleza; el tirso enlaza sus nudos con los sarmientos cargados de riquísimas uvas como en las antiguas bacanales; y las hojas de oro y plata entrelazándose, intentan repro-

ducir los premios de aquellos juegos que reunian á la sombra de los laureles de Delfos á todos los héroes de la Grecia.

—Maravilla verdaderamente única en el arte moderno.
Exclamó Marsilio.

—¿Qué no puede esperarse de mi amigo Donatello? Uno de los mayores prodigios, que ornan mi palacio, es su David; pastor en la primavera de la vida; con la armonía de las formas y la serenidad del alma en todo su cuerpo; sobre su cabeza el sombrero pastoril adornado de sedas; en las manos la larga espada como signo de su fuerza; bajo los piés la cabeza de Goliath como signo de su victoria, idéntico por el dibujo de sus admirables líneas y por la seguridad de su tranquila apostura á las antiguas estatuas.

—Idéntico, Cosme. Ni siquiera parecido puede decirse. No conviene exajerar de esa suerte nuestro mérito, dijo Donatello. Los antiguos en escultura nos vencerán siempre. Yo solamente necesito ver los fragmentos que se encuentran entre las ruinas, para presentir que nunca jamás lograremos sobrepasarlos; porque nunca jamás lograremos tampoco el equilibrio de sus facultades, la armonía de sus ideas, la paz reinante entre la forma y el fondo de sus pensamientos, la robustez del cuerpo atlético unida á la serenidad del alma enteramente tranquila. ¡Ah! Todavía he imitado la antigüedad en otra obra, en aquel bajo-relieve, donde Baco se halla tendido en su carro, cuya zaga empuja un amorcillo, y de cuyas varas dos amorcillos tiran, mientras otros muchos, por aquí y por allá diseminados, arrastran carretas cargadas de uvas, ó suenan aquel cimbalo á cuyos ecos se estremecian todas las campiñas en los tiempos de la vendimia. Y ¡cuán lejos me he quedado de los bajo-relieves que conozco, á cuya hermosísima sencillez no pueden llegar ni de lejos nuestras toscas manos ni nuestros desequilibrados pensamientos!

—No trates de disminuir tu mérito ni de achicar tus inspiraciones. El San Jorge de la iglesia de San Miguel tiene el aire de un jóven cruzado que ha visto en los cielos el lábaro de sus combates y que fia en el auxilio divino, de cuya segura proteccion espera la palma de sus victorias.

—En cambio el San Márcos, modelado con tanto estudio, ha salido de una irremediable vulgaridad.

—El afán ó la necesidad de producir suele malograr muchas bellas obras. Es difícil ser sublime sin uniformidad, fluido sin exceso, gracioso sin charrerías, agudo sin refinamiento, analizador sin escepticismo, lírico sin hiperboles, elevado sin exajeracion, y natural sin vulgaridad. Habeis querido, Donatello, expresar como Masaccio la verdad misma, y muchas veces tropezais, yendo tras lo sencillo, en lo vulgar.

—¿No sabeis lo que me sucedió con Bruneschi?

Preguntó Donatello á sus conversadores.

—No.

Digieron á una todos, menos Cosme.

—Es capaz de contarlo.

Observó éste.

—¿Pues no he de serlo?

Añadió Donatello, extrañando la extrañeza de Cosme.

—La posteridad sabrá tu primacia entre todos nuestros escultores y no sabrá tu modestia.

—Acababa yo de concluir un Cristo de grandes dimensiones para la sagrada capilla de Santo Croce, y confieso que tenia por él verdadero entusiasmo. Ya estaba colocado en su sitio, cuando llevé á mi amigo Filippo Bruneschi á fin de que lo viera y lo admirara, pues nunca habia seguido yo una norma tan rigurosa en la imitacion de la naturaleza y en la copia de la verdad. Declaro que creí vencer todas las dificultades del arte y superar todas las obras de mis predecesores. En esta creencia llevaba á mi amigo y presentia un elogio suyo correspondiente á mis sentimientos. ¿Cuál no seria la intensidad de mi asombro viendo que miraba y remiraba sin decir una palabra, y sin manifestar la admiracion de que esperaba verle poseido? Todo lo contrario; á los pocos momentos me dió como una puñalada en mitad del pecho, con decirme que mi crucificado se asemejaba á un campesino dormido. Argüile con alguna respuesta, y me amenazó con demostraciones prácticas de su aserto y justificativas de su crítica. En efecto, un dia, cuando más olvidado estaba de la disputa, me convidó á almorzar en su casa. Fui, porque nada me era tan agradable, y me ofreció en uno de sus huertos huevos duros, habas verdes, vino de Fiesole. Pero cuando ya estábamos allí, me dijo que recogiera todo el almuerzo y lo llevara á una cámara vecina, mientras él daba algunas disposiciones para el trabajo de la tarde á sus discípulos y á sus ayudantes. Cogí queso, huevos, habas, en mi delantal de trabajador, que me habia puesto para ayudarle en alguna cosa, y entré en la cercana estancia. Pues todo el almuerzo fué rodando por el suelo á un estremecimiento involuntario de admiracion y de asombro. Habia hecho un Cristo de las mismas dimensiones que el mio y le habia dado una expresion admirable, poniendo en su rostro, bajo la corona de espinas, en cráneo, frente, ojos, color, y expresion de todas las facciones, lo que yo no habia acertado á expresar: el ideal. Quedéme atónito y le dije, con toda la ingenuidad de mi alma, que me habia vencido.

—Hé ahí, amigos míos, lo que jamás hubiera hecho Lorenzo Ghiberti. Hé ahí la modestia unida al mérito. Pero, desiguales tus obras, si algunas se olvidan, otras te darán la inmortalidad y le darán largos dias de gloria á tu patria.

—Es verdad!

Dijo una voz entera cuya firme acentuacion mostraba bien la profundidad de sus fuertes convicciones.

—Eres tú, Lúcas de la Robia, exclamó Donatello, tú el mas brillante d

nuestros escultores, el que parece haberle quitado á los mares y á los cielos sus matices, á los arbustos y á las flores su pintura, á las nubes y á los celajes y á los crepúsculos sus reverberaciones para el barro, dotándolo de un lustre y de una transparencia muy semejantes al brillo y al esplendor de los más hermosos metales.

—Gracias, Donatello, gracias. Como lo iluminas todo con tu propio genio, crees tus émulos á los que apenas podemos contarnos entre tus pálidos imitadores.

—Gracias mil; tengamos esa amistad por la cual engrandeceremos á nuestra patria. Acordémonos de que nuestros celos y nuestras envidias pasarán de generacion en generacion y provocarán maldiciones eternas, mientras, nuestro mútuo afecto, coloca las almas de sus hijos en torno de Florencia, como esos ángeles que rodean la imágen divina de la Virgen.

—Teneis razon. ¡Felices aquellos que han recibido de las alturas el presente de prodigioso genio y pueden dorar con un rayo de esa luz inmortal las sienas de su patria!

—¿No sabeis lo que pasa?

Preguntó Donatello á los que rodeaban á Cosme de Médicis.

—Pues, ¿qué pasa?

Preguntaron todos á una.

—Que ha aparecido en esta inmortal ciudad un nuevo hijo de las musas, un nuevo sacerdote de la inspiracion.

—Habla. ¿Dónde?

—Ya sé cuanto os sucede así que hablamos de esto, Cosme, que os falta tiempo para salir al encuentro del nuevamente hallado y ceñirle una de las coronas que guardais en vuestro poder para el genio.

—Dadme una muestra del nuevo que anunciáis.

Donatello sacó de su larga manga una tablita en la cual estaba pintada, entre una guirnalda, la Virgen con el niño en brazos y varios ángeles.

—Ciertamente, exclamó Cosme al verle, es un prodigio de belleza y un trasunto de verdad. ¿Dónde está el autor?

—En el convento del Carmine.

—¿Cómo se llama?

—Fra Filippo Lippi.

—Pues yo os aseguro que será mi protegido y mi amigo.

La fortuna de Fra Filippo estaba hecha. El sol que avivaba las artes en Florencia caia sobre su frente. Vamos á verlo.

CAPITULO II.

Gloria y amor.

Paseaban á los pocos dias de la anterior escena los frailes del Carmine por los claustros de su convento, despues de haber finado las horas del silencio, y mataban el tiempo en varias entretenidas conversaciones. Tras la natural abstinencia de regla, todos se desquitaban hablando como por máquina, de cuanto les venia á la boca. Mas Alberto llevaba la voz cantante como decirse suele, ya por su natural garruleria, ya por su inquieta juventud, ya tambien porque su argentino acento resaltaba sobre todas aquellas palabras nasales propias del tonillo extraño reinante por regla general en los claustros. Es el hombre un ser tan social que hasta en las particularidades mas minuciosas de la vida se somete al imperio de sus semejantes, á la voluntad total de cuantos le rodean, modelando por las demás la propia personalidad. En otro tiempo, las leyes y los rescriptos regulaban y ordenaban el traje que debia vestirse, á fin de uniformar por fuerza á los hombres, de distinguir con tan visibles señales las clases. Y desde el dia en que las leyes dejaron tal cuidado, se uniformó el traje mas que nunca, imponiéndose á todos por el tiránico yugo de la moda. Pues tanta uniformidad suele llegar hasta las manifestaciones mismas del espíritu, eminentemente individual en sí, pero tambien eminentemente social en sus revelaciones, y sobre todo, en la revelacion mas difusiva de su ser, en aquella que le relaciona con los demás, en la palabra. A esta tendencia social hay que atribuir la uniformidad del tono y del acento en la misma nacion, en la misma provincia, en la misma familia, y en la misma comunidad. Acercaos á un locutorio de monjas. Cada cual proviene de distinta casa y region. Saludadlas;

nuestros escultores, el que parece haberle quitado á los mares y á los cielos sus matices, á los arbustos y á las flores su pintura, á las nubes y á los celajes y á los crepúsculos sus reverberaciones para el barro, dotándolo de un lustre y de una transparencia muy semejantes al brillo y al esplendor de los más hermosos metales.

—Gracias, Donatello, gracias. Como lo iluminas todo con tu propio genio, crees tus émulos á los que apenas podemos contarnos entre tus pálidos imitadores.

—Gracias mil; tengamos esa amistad por la cual engrandeceremos á nuestra patria. Acordémonos de que nuestros celos y nuestras envidias pasarán de generacion en generacion y provocarán maldiciones eternas, mientras, nuestro mútuo afecto, coloca las almas de sus hijos en torno de Florencia, como esos ángeles que rodean la imágen divina de la Virgen.

—Teneis razon. ¡Felices aquellos que han recibido de las alturas el presente de prodigioso genio y pueden dorar con un rayo de esa luz inmortal las sienas de su patria!

—¿No sabeis lo que pasa?

Preguntó Donatello á los que rodeaban á Cosme de Médicis.

—Pues, ¿qué pasa?

Preguntaron todos á una.

—Que ha aparecido en esta inmortal ciudad un nuevo hijo de las musas, un nuevo sacerdote de la inspiracion.

—Habla. ¿Dónde?

—Ya sé cuanto os sucede así que hablamos de esto, Cosme, que os falta tiempo para salir al encuentro del nuevamente hallado y ceñirle una de las coronas que guardais en vuestro poder para el genio.

—Dadme una muestra del nuevo que anunciáis.

Donatello sacó de su larga manga una tablita en la cual estaba pintada, entre una guirnalda, la Virgen con el niño en brazos y varios ángeles.

—Ciertamente, exclamó Cosme al verle, es un prodigio de belleza y un trasunto de verdad. ¿Dónde está el autor?

—En el convento del Carmine.

—¿Cómo se llama?

—Fra Filippo Lippi.

—Pues yo os aseguro que será mi protegido y mi amigo.

La fortuna de Fra Filippo estaba hecha. El sol que avivaba las artes en Florencia caia sobre su frente. Vamos á verlo.

CAPITULO II.

Gloria y amor.

Paseaban á los pocos dias de la anterior escena los frailes del Carmine por los claustros de su convento, despues de haber finado las horas del silencio, y mataban el tiempo en varias entretenidas conversaciones. Tras la natural abstinencia de regla, todos se desquitaban hablando como por máquina, de cuanto les venia á la boca. Mas Alberto llevaba la voz cantante como decirse suele, ya por su natural garruleria, ya por su inquieta juventud, ya tambien porque su argentino acento resaltaba sobre todas aquellas palabras nasales propias del tonillo extraño reinante por regla general en los claustros. Es el hombre un ser tan social que hasta en las particularidades mas minuciosas de la vida se somete al imperio de sus semejantes, á la voluntad total de cuantos le rodean, modelando por las demás la propia personalidad. En otro tiempo, las leyes y los rescriptos regulaban y ordenaban el traje que debia vestirse, á fin de uniformar por fuerza á los hombres, de distinguir con tan visibles señales las clases. Y desde el dia en que las leyes dejaron tal cuidado, se uniformó el traje mas que nunca, imponiéndose á todos por el tiránico yugo de la moda. Pues tanta uniformidad suele llegar hasta las manifestaciones mismas del espíritu, eminentemente individual en sí, pero tambien eminentemente social en sus revelaciones, y sobre todo, en la revelacion mas difusiva de su ser, en aquella que le relaciona con los demás, en la palabra. A esta tendencia social hay que atribuir la uniformidad del tono y del acento en la misma nacion, en la misma provincia, en la misma familia, y en la misma comunidad. Acercaos á un locutorio de monjas. Cada cual proviene de distinta casa y region. Saludadlas;

y sentireis como las relaciones sociales han impuesto á todas una acentuacion casi idéntica de las palabras y un tono casi uniforme de la voz. Así cada sociedad que se forma en el mundo, por muchos individuos que la compongan, resulta una total personalidad. Y por tanto, en el cenobio florentino de solitarios consagrado á la Virgen del Cármen, la canturia de todos se identificaba, exceptuando la nota discordante de la voz de Alberto que, por lo mismo, atraía y fijaba la general atencion de sus hermanos. Mas dejémonos de estos perfiles del asunto y vamos á oír la sustancia de la conversacion.

—¿De veras?

Decía uno.

—¿No nos engañas?

Preguntaba otro.

—¿Decididamente?

Añadía éste en son tambien de interrogacion.

—¿Será posible?

Esclamaba el otro.

—¡Cuánto me alegro!

—Lo merecia.

—Es un genio.

—Será la honra de esta casa.

—Ya lo es.

—Con tal reputacion.

—Con esa aureola.

—¿Qué sucede?

—Entendámonos.

—Hermanos, exclamaba Alberto, imponiendo silencio con su voz de plata á todas las voces ágrias y nasales, quereis saber cuanto sucede, y hablais todos á un tiempo, sin acertar ningunho de vosotros á someterse á lo necesario, á oír.

—Tiene razon.

Exclamó Fra Paolo tratando de imponer con un gesto la necesaria atencion.

—Nuestro hermano Filippo nos lleva ya cien codos de altura.

—Nunca dudamos de su sobresaliente mérito.

Observó Fra Simon, el único que oía atentamente en toda la comunidad.

—Aunque el mérito tenga en sí el valor intrínseco, no tiene en el mundo la justa y debida apreciacion. El mérito nació con Filippo y ahora empieza su estimacion en el mundo.

—¿Qué sucede?

—Pues sucede que Cosme, en asamblea de artistas y sabios celebrada hace pocos dias por estos alrededores, proclamó al jóven Filippo, allí donde

estaban Brunelleschi y Donatello y Masaccio, una de las glorias de nuestra Florencia.

—¡Qué satisfaccion para nosotros!

Exclamó uno.

—¡Qué gloria para el convento!

Dijo otro.

—Ya tenemos lo que solo tenia San Marcos, un pintor de primer orden.

—Es necesario darle á pintar todo el convento.

—Pues no sabeis lo mejor.

Dijo Alberto echando sobre aquella vocingleria toda su voz.

—¿Qué?

Preguntaron á una.

—No sabeis que en este mismo instante voy á darle á nuestro hermano el recado de presentarse en el palacio de Cosme de Médicis.

—¡Albricias!

—¡Aleluya!

—Alegrémonos como en Sábado Santo á las diez de la mañana.

—La riqueza de esta Comunidad crecerá desde el dia de hoy como la espuma.

—Vamos á saludar á Filippo.

Y todos se agruparon á la puerta de la celda de Lippi. El jóven monje no se encontraba en ella. Aguijoneado por lo que mas aguijonea la voluntad en este mundo, por la vocacion, descendia en cuanto sus ocupaciones religiosas le dejaban algun vagar, á ver como pintaba el gran pintor naturalista de la época, el inmortal Masaccio. Allí permanecia horas enteras absorto; y cuando tornaba á su celda, repetia los procedimientos vistos, como el ruiseñor repite los gorgoros oídos en el bosque. Era aquel un momento decisivo en las transformaciones eternas de la conciencia humana. Lanzad una piedra al pacífico lago y lo vereis rizarse en círculos concéntricos. Lanzad una idea á la conciencia humana y la vereis formar círculos concéntricos tambien con el arte, con la ciencia, con la política, hasta con lo que parece mas material y mas tangible, con el trabajo y con la industria. Aunque cada esfera de la vida parezca distinta, todas son armónicas. A una afirmacion metafisica corresponde otra política, otra artistica, y hasta otra económica. Mientras la Iglesia de Oriente, la Iglesia metafisica por excelencia, dió sus ideas á la teología cristiana, dió tambien sus pintores á nuestros claustros y sus Vírgenes á nuestros altares. Y así como aquella su teología era extraña mezcla entre la ciencia griega y la ciencia asiática, aquella su pintura con procedimientos enteramente griegos evocaba personajes enteramente asiáticos. Ved esas Vírgenes inmóviles, ved esos Cristos rígidos y decidme si no semejan apariciones del Asia en medio de nosotros y si no tienen verdadero aire de casta. Son la Iglesia de Oriente con sus reverbe-

raciones asiáticas. Pero, en cuanto la fase metafísica del cristianismo ha pasado y viene la fase jurídica, la Roma de los papas hereda á la Grecia de los teólogos, pero en cuanto el espíritu antiguo llegó á una crisis análoga y fué necesario reducir á leyes las ideas y reducir las leyes á códigos, la Roma de los pretores sucedió á la Grecia de los filósofos. El cristianismo romano fué un cristianismo canónico y político, mientras el cristianismo griego fué un cristianismo teológico y metafísico. Y en la historia del cristianismo romano, el siglo décimo-tercio es un gran siglo. Durante tal centuria Santo Tomás piensa, Santo Domingo habla, San Francisco vive, San Luis reina, San Fernando combate, Dante canta, y á consecuencia de todo esto, Giotto pinta. En España se han reconquistado de los árabes Valencia y Sevilla, en Francia se ha cumplido, en medio del feudalismo, la pura política católica, un emperador latino se ha sentado en el trono de Constantinopla y una Cruzada de Occidente ha podido ver por un breve instante la cruz sobre el sepulcro de Cristo; los tiempos evangélicos y los milagros de la fe primitiva han renacido en el penitente de Asis, cuya caridad llega hasta las bestias, las coronas pontificias han brillado como otros tantos soles en las sienas de Inocencio III; el gran jubileo, que cierra esta época, ha henchido de peregrinos todas las vías que conducen á Roma; y las visiones dantescas dignas del genio de Daniel y de Isaías, han pasado por los ojos de la humanidad extática, ante aquel misticismo resplandeciente con mas vivos resplandores por lo mismo que descendía á su ocaso. ¿Y qué sucedió, pues, entonces?—Que los pintores occidentales surgieron á eclipsar á los pintores bizantinos y la Iglesia de Occidente llegó á tener su legión sagrada de artistas religiosos, hijos de su tiempo. Pero en estos años de la vida de Filippo Lippi, en esta mitad del siglo décimo-quinto, la dirección del espíritu humano es otra. No nace un San Francisco, creador de la leyenda evangélica; nace un Colon, creador, no ya de una nueva tierra, de una nueva naturaleza; no se celebran jubileos místicos, se celebran concilios casi republicanos y democráticos; no se emprenden peregrinaciones religiosas á Roma, se emprenden viajes mercantiles al Asia, como los viajes de los venecianos y de los portugueses; no se inventa la Suma, se inventa la prensa; no predominan un San Luis y un San Fernando, predominan un Luis XI y un Fernando V en señal de que la política ha sucedido al sentimiento; no mandan en Florencia los nobles guerreros, mandan los mercaderes calculadores; no aparecen las órdenes mendicantes, aparecen las legiones de los dioses griegos; por consecuencia, la pintura se convertirá de mística en naturalista, porque el hombre nuevo, se descíne su sayal de penitente, y desde el pié de los altares donde se apretaba sobre los riñones el cilicio, se lanza desnudo como un atleta griego, á nadar entre espumas y ondas y algas y perlas en el inmenso océano de la vida universal. Por eso Masaccio, que á la sazón pintaba una capilla en la iglesia del Cármen, es un gran pintor naturalista

y otro gran pintor naturalista, el jóven que le seguía con tanto estudio y tanto anhelo, el jóven Fra Filippo Lippi. De esta misteriosísima suerte se han cambiado y se han transformado los tiempos.

Filippo, como buen artista, estaba poseído en aquel momento de dos pasiones al igual imperiosas, de doble anhelo por el amor y por la gloria. Su encuentro con Guido á la puerta del convento, le demostró que necesitaba reemplazar la fuerza con la astucia y los antiguos escándalos con el más refinado disimulo. Escalar las paredes de un convento parecía cosa imposible hasta para un aventurero florentino; abrir las puertas, cosa fácil para un artista glorioso. Y convencido de todo esto, sustituyó á los ímpetus ciegos de la voluntad, los manejos hábiles de la astucia; y al deseo de arriesgarlo todo en un momento, el deseo de labrarse duradera y segura felicidad. Los pinceles debían ser alas para volar tan alto como codiciaba su pensamiento. La aureola de la gloria debía servirle para deslumbrar á los mismos á quienes intentaba someter. Reconcentrado en sí, ya no encontró más salvación que su genio, ni más recurso que su arte. De consiguiente, la propia inspiración estaba agujijoneada por el deseo de la gloria y por las impacencias del amor. Teniendo noticia del concepto que mereciera á Cosme de Médicis, había trazado febrilmente un cuadrato que deseaba le precediera en su visita al protector de las artes, visita esperada de la afición que éste mostrara continuamente al genio y á la gloria; en esta visita se proponía pedir algo que fuera completamente original, completamente inesperado y que interesaba, no tanto á su pasión por la gloria como á su pasión por el amor. Así, al encontrarle los frailes en la iglesia consagrada á la contemplación de la capilla pintada por Masaccio, y decirle que Cosme le llamaba, no pudo menos de dirigir una mirada de admiración á las obras artísticas que avivaban su esperanza y una plegaria religiosa á los santos á cuya protección creía deber su dicha, y después de agradecer á sus hermanos las atenciones y los plácemes; después de pasar por su celda para recoger su pensamiento en aquel trance de su vida, como recoge sus fuerzas quien se apresta á dar una carrera, dirigióse al palacio de Cosme, pero con tales emociones y tales pensamientos que se oían vibrar los latidos de su pecho y de sus sienas.

Cosme le aguardaba impaciente. El gran fundador del poder, de la fortuna de los Médicis, cuyos descendientes habían de ceñirse pontificias tiras y reales é imperiales coronas, no brillaba por su prestancia. Bajo de estatura, menudo de facciones, color cetrino y el cabello blanco, toda la animación de su atractivo rostro, consistía en sus diminutos ojos, cuyas pupilas brillaban con negra y deslumbradora brillantez. Entrado ya en años, la influencia moral que tenía sobre su patria, las inmensas riquezas de que gozaba, su poder no señalado en ninguna ley, no conocido con nombre alguno oficial, pero de incontestable virtud, le daban esa serenidad

natural en todos los felices de este mundo y conque sabia cautivar á cuantos le rodeaban. Circundado de obras artísticas, aquí una estatua debida á Donatello, allá el primer bajo relieve de Ghiberti, un poco más allá el cuadro último de Masaccio, por las mesas dibujos de Brunelleschi que trazaban una iglesia ó un palacio, en estantería de cedro incrustada con relieves de plata manuscritos griegos y latinos, sobre cojines asiáticos joyas cinceladas de manos de los mejores plateros; aquel hombre, vestido con una túnica de sarga negra, realzada solo por cuellos y puños de encage blanco, calzado con un zapato acuchillado de terciopelo; parecia misterioso alquimista buscando en vez del vil oro de la tierra, el oro purísimo de las inspiraciones artísticas. En aquel momento acababa de recibir el cuadrado que como aviso de su visita le mandaba el jóven fraile. Representaba la Virgen María apareciéndose á San Bernardo. Dos ángeles tendían sus alas sobre la celeste frente de la Madre de Dios, y el santo estaba de rodillas á sus piés. En el momento de entrar su autor, contemplaba Cosme la obra con verdadero éxtasis. Nada más curioso que aquel rey de la banca embelesado en la contemplacion de un producto del arte, y aquel jóven fraile temblando á un extremo de la estancia. El hábito blanco que aumentaba la magestad y belleza de Filippo, el cráneo esférico adornado por el cerquillo de lustroso cabello negro; el rostro animado por los grandes ojos; la estatura elevada y enaltecida por los pliegues dispuestos de la manera más artística, por lo mismo que parecían dejados al descuido, dábanle cierto aire de estatua.

—¿Estáis ahí?

Preguntó Cosme.

—Estoy á vuestras órdenes, Señor.

—Adelantaos, que me place veros.

—Y á mí serviros.

Y se adelantó al medio de la estancia, saliendo de la semi-oscuridad á que lo condenaba el ángulo donde se habia metido.

—Gran pintura! dijo Cosme. ¡De mano maestra! Florencia puede vanagloriarse de otro hijo ilustre. ¡Cuán bellos estos ángeles! Sus rostros respiran la salud que debia tener el hombre ántes de la culpa. Su serenos ojos ven la luz increada. La gracia dulcísima de esta Virgen proviene, no de ninguna imitacion servil, sino del génio personal. Los amplios vestidos, que se arrastran, combinan admirablemente sus rozagantes paños con los cuidados pliegues. Las tintas están graduadas con arte y desleídas con inteligencia. Tienen viveza los colores, pero no chillan, como suelen chillar en las paletas demasiado ricas. Y ese tono violeta que sobre todos los personajes y todos los objetos se extiende como un matiz purísimo, combina con armonía los contrastes, apaga con arte los colores, y acaricia con dulzura la vista. Sereis una de las mayores glorias de Florencia y desde ahora

os cuento en el número de mis protegidos y os ofrezco á manos llenas mis beneficios.

—Señor, no encuentro medios de expresion á la altura de mis sentimientos. Ya lo sabeis, en la vida se expresan mejor las penas que los placeres, como más propias aquellas que estos de nuestra débil naturaleza. No puedo, pues, deciros hasta donde llega en este momento mi dicha.

—Grande satisfaccion brillar en vuestro arte, porque ninguno tiene precededores tan ilustres. Los arquitectos como Arnolfo han sido sobrepujados por rivales como Brunelleschi; los escultores como Nicolás y Juan de Pisa por descendientes como Donatello y Ghiberti, pero vosotros teneis que emular con el Giotto y con el Orcagna, los cuales merecerán á las venideras generaciones el título inmortal de verdaderos reveladores de la pintura en el mundo.

—Efectivamente, añadió Filippo, siguiendo la magistral conversacion del padre de la patria, efectivamente nuestro arte, encerrado en las rígidas líneas de una liturgia sagrada, no acertaba con la verdadera inspiracion del artista, no acertaba con la libertad. Parecíamos condenados á repetir y recopiar el mismo tipo sacerdotal en toda la sucesion de los tiempos. Y por consiguiente, parecíamos privados de aquella virtud espontánea del sentimiento y de la idea, sin la que toda facultad creadora se agota como fuente sin manantial. Es el génio una personalidad extraordinaria que brilla en grandes desiertos. Por cada época como esta de una florecencia tan rica, hay mil otras de una esterilidad increíble. El génio es como Dios, no tiene padre ni madre. Los procedimientos materiales del arte adelantarán. La inspiracion es personal y no se trasmite. Por eso, al romper los precededores que habeis nombrado la tradicion antigua, rompieron tambien la cadena que nos oprimia y nos entregaron con nuestras libertades la virtud más necesaria al génio, la virtud de su espontánea originalidad, en la cual reside como el impulso necesario á todas sus facultades creadoras.

—Pensamientos de libertad que me place ver en esa jóven alma y que corresponden á nuestras instituciones republicanas. Verdad cuanto habeis dicho. El génio necesita ante todo y sobre todo, la virtud de las virtudes, la libertad que le dá el medio único de manifestarse tal como es, y de tener la primera entre todas las cualidades artísticas, la originalidad. Teoría orgullosa, pero digna de la confianza que debeis sentir á esa edad en vuestras propias fuerzas. ¿Mas no admirais á los que os han precedido?

—Perdon, Señor, perdon. No esperaba de vuestra magnanimidad esa pregunta. Por lo mismo que necesito con libertad entera admirarlos, no quiero que me obliguen tiránicamente á seguirlos.

—Habeis dicho, jóven, una palabra de profundísimo sentido.

—He dicho ante el protector ilustre de las artes, todo aquello que sentia mi corazon.

—Tiene Toscana, artistas de un orden tal, que embellecerán por siglos de siglos su historia.

—Yo, señor, he ido pidiendo limosna de puerta en puerta para llegar hasta el Monasterio de Asís y ver allí en las bóvedas de la iglesia inferior la vida de San Francisco retratada por la mano del Giotto. Cuando la he contemplado, he creído contemplar el santo mismo asistido en sus peregrinaciones por los ángeles del cielo y acompañado en sus cánticos por los ruiseñores del bosque. Y flaqueándome las rodillas, y desvaneciéndoseme la cabeza de santa admiración, he pedido al Padre Seráfico que, á la hora de mi muerte, se ejercite en aletear en torno de mi agonía las mismas alas que recojieron su alma y la llevaron á través de lo infinito en presencia de Dios. Yo me he quedado un día entero en éxtasis ante el Calvario de Carrallini donde Cristo agoniza en la cruz con una bandada de ángeles suaves en torno de la cabeza y una legión de fuertes guerreros á los pies; grupos de tal manera combinados, que creis oír á un tiempo las melodías celestiales confundidas con las tormentas terrestres. Yo he adorado en la catedral de Prato, la he adorado como cristiano y como artista, la Asunción de Gaddi que se eleva á las alturas como una plegaria y que recibe de la Trinidad Santísima su corona, más luminosa que las estrellas del firmamento. Yo he creído volverme loco, cual su mismo autor Spinello, al descubrir en la cofradía de San Miguel de Arezzo, la figura marcial del Arcángel vencedor hollando con sus plantas, teñidas por los reflejos de la aurora, al deforme diablo enrojecido en las llamas de los infiernos. Yo he respirado la muerte en el Campo Santo de Pisa al ver las paredes donde Orcagna trazó sus triunfos sobre los nacidos. Yo, más léjos, en aquel mismo empirio de las artes, he seguido la vida de San Raniero y me he imaginado que veía el águila semejante á la que tendió sus alas sobre la cabeza de San Juan, allá en la isla de Patmos, trayéndole en el pico una antorcha encendida en el fuego de Jerusalem; los enfermos curados á una vislumbre de sus ojos y los muertos resucitados á una palabra de sus labios; el día de su paso de esta vida, en que el arzobispo Villani, postrado dos años hacia en su lecho por irremediable parálisis, se levantó con juventud tras largo tiempo no sentida y con agilidad propia de otros más felices años, á oficiar en sus funerales, y al suprimir el Gloria in excelsis, como es de rúbrica en las misas de difuntos, suave melodía jamás oída se difundió en la iglesia, porque los ángeles bajaron en coro de las alturas á entonarlo como en las misas de fiesta, acompañados por el órgano, que tocó sin que nadie moviera sus teclas, con cadencias á cuya dulzura los asistentes creyeron ver abrirse los cielos y entrar en el éter el alma inmaculada de su santo. Y en todas estas contemplaciones místicas he sentido derramarse á un tiempo mismo por mis venas la fé que nos hace cristianos y el deseo de producir y de trabajar que nos hace artistas. Ya veis, Señor, si siento y si admiro.

—Y yo aplaudo. Francamente, para mí, una de las mayores, entre las facultades humanas, pareceme la facultad de admirar. El que no admira, no siente. Y el que no siente ni la naturaleza ni el arte, y no se maravilla en presencia de los hechos heróicos que han ilustrado la historia y que han engrandecido á los pueblos, jamás llegará al ministerio verdadero del artista, á expresar bellamente las ideas. Por esta causa, en cuanto veo á un artista jóven y quiero presentir y averiguar su destino en el mundo, no le pregunto si sabe producir, le pregunto si sabe admirar. En vos he hallado esta devoción necesaria á los géneos. No dudo, pues, que sabreis imitarlos, puesto que sabéis comprenderlos. Ya que admirais, sereis admirado; ya que bendecís, sereis bendecido; ya que poneis á los demas en los altares de la gloria, en los altares de la gloria sereis puesto.

—Hoy mismo, nuestro arte cuenta con sacerdotes que merecen verdadero culto. Un tiempo que tiene desde Fra Angélico, el extremo ideal, hasta Masaccio, la extrema verdad, habrá de llamarse en el humano lenguaje un tiempo gloriosísimo.

—Bien se conoce que le admirais á éste último con ferviente admiración.

—Y le admirará el mundo conmigo, porque ha roto la arbitrariedad convencional de las escuelas y ha buscado la vida misma en el seno de la naturaleza.

—Pues yo, mirando este cuadro, os anuncio que continuareis su gloria.

—Y para que ese anuncio se cumpla, dispensadme la honra de guardarlo en este olimpo, donde puede ocupar por vuestra bondad un puesto jamás debido á su mérito.

—Mucho os lo agradezco, y lo contaré entre los ornamentos mayores de mi palacio. Pero ya lo sabéis, jóven, yo no acostumbro á quedarme con ninguna obra de arte sin saber antes y pagar su precio.

—Señor, yo quiero uno muy alto, quiero un favor de subidísima estima.

—Hablad.

—Señor, yo amo, sí, amo locamente.

—¡Cáspita! Pues no sale el buen frailecillo con mala embajada á estas horas. Amais. Me parece natural, naturalísimo.

—Estoy perdidamente enamorado.

—Lo creo sin que me lo jureis.

—¿Cómo pertenecer á esta edad del florecimiento universal sin experimentar la fiebre de vida que á todos justamente nos asalta? ¿Cómo sentir esta pasión de crear y no sentir la necesidad de querer? ¿Cómo vagar en pos de las formas bellas y no quedarse prendado de la más bella entre todas, de la mujer, á quien Dios concediera la seducción del placer? Dante y Petrarca no hubieran escrito el uno su poema épico, el otro su poesía lírica, las dos obras mayores de Italia, sin las dos Musas que han sonreído á su fantasía, sin Beatrice y sin Laura. Pues nosotros, los pintores, no dejáramos en las

tablas y en las paredes esas vírgenes hermosísimas cuyas miradas despiertan el ideal en la humana mente y las pasiones en el humano corazón, si no sintiéramos discurrir por nuestras venas el fuego verdadero de la vida, si no sintiéramos el amor. Yo estoy enamorado de una hermosísima mujer. Si redujerais mi cuerpo á cenizas, allí en sus átomos estaría el rescoldo de mi pasión. Si impulsárais mi alma como un cometa errante por lo infinito y por lo eterno, de espacio en espacio, de cielo en cielo, de edad en edad, de esfera en esfera, conservaría como un calor necesario el fuego de esa pasión. Me deciais que no se puede producir sin admirar. Pues tampoco se puede admirar sin amar. Y por esta razón el ser más digno de amor será también el ser más digno de admiración, la virgen, la amante, la madre, mitad bellísima de nuestra alma, complemento necesario de nuestra vida, inspiración eterna de nuestras obras, miel que endulza nuestras hieles, flor que brota sobre nuestras espinas.....

—¡Qué larga letanía! Callad, callad, ó no acabareis nunca, si tratáis de decirme todo cuanto os venga á las mientes respecto de un tema tan inagotable como el amor de los amores, como el amor de la mujer.

—Confieso no saber lo que me digo en cuanto hablo de mi pasión por excelencia.

—Francamente, cuando pregunté á Vuestra Paternidad si sentía el afecto de la admiración, no me atreví á preguntarle si sentía también otro afecto quizás igualmente indispensable, el amor.

—Pues si lo creáis indispensable, ¿cómo lo callábais?

—Pero ¿os olvidáis de que sois fraile? ¿Os olvidáis de que tenéis votos eternos? ¿Cómo quereis que yo preguntara á quien ha debido renunciar por toda la vida á ciertas pasiones, si sentía hacia el claustro verdadera vocación?

—Es verdad. Harto os lo revelaba el centelleo de mis ojos enardecidos y el ardor de mi palabra caldeada. Harto os lo revelaba este acento de fuerza que no puede modelarse sino en yunque de pasión y á los golpes de un corazón incontrastable. Amo, amo, amo locamente. No me pertenezco á mí, pertenezco á la mujer que adoro.

—Mas ¿cómo diablos habeis caído en tan extraña complicación? ¿Cómo sintiendo así habeis entrado en el claustro? Los monasterios deben ser ó nidos de inocencia ó cárceles de arrepentimiento. Si Francisco de Asís entrara en el convento cuando rondaba, y jacareaba, y cantaba, no fuera nunca santo tan grande. Vos ceñiais al cuerpo esa túnica de fuego semejante á la túnica de Neso, que llamamos amor, y os habeis ceñido el sayal de la penitencia. Confesad que estais dejado de la mano de Dios. Vuestra situación resulta una verdadera enfermedad. Pero vuestra enfermedad resulta incurable.

—Incurable, por médicos vulgares; accesible á la cura que puede darle un hombre como el Gran Cosme.

—¡Yo! ¿Estais loco? No comprendo qué puedo yo hacer.

—¡Y pronunciais la palabra *puedo* ó *no puedo*, vos, Cosme de Médicis!— Vos sois el poder. Y el poder quiere decir un cuerpo sano, cuando todos enferman; una inteligencia infalible, cuando todas yerran; una vida despierta, cuando todas duermen; unas riberas en que siempre soplan vientos puros y siempre llegan olas favorables. Una ciudad que se puebla como por encanto; una fuerza que arrastra cual pudiera arrastrar la fatalidad; el cambio con fortuna, la inspiración espontánea, la virtud de facilitar lo difícil y realizar lo imposible; el estómago que se come un buey sin haziarse y se traga un veneno sin romperse; el gallo que llega á un corral y vence á todos sus rivales de harem; el general que llega á un ejército insurrecto y lo disciplina con una mirada; el toro que llega á una dehesa y lleva en pos de sí las vacas; el caballo que más corre y el pájaro que más vuela. Vos debeis hacer las cosas con la misma facilidad que nosotros ideamos los pensamientos, porque un poderoso de vuestro temple está habituado á la acción como nosotros á los fantasmas. Tan fácil debe ser á un Cosme de Médicis realizar empresas, como á Filippo Lippi concluir cuadros.

—La naturaleza reparte bien desigualmente sus dones. Así, vosotros los artistas, no sabeis una palabra de nosotros los políticos. Acostumbrados á espacios donde no hay obstáculos, allá á los aires libres, imagináis que se puede andar por la tierra como se vuela por el cielo. Pero aquí á cada paso hay un obstáculo, y en cada obstáculo un tropiezo. Aquí en burlar la dificultad cuya fortaleza no se puede rendir ni vencer, gastamos mucho más tiempo que vosotros allá por las alturas en idear las grandes obras y realizarlas. Dejadme, pues, con esas hipérbolas del poder, ó decidme con llaneza lo que deseais con tanta vivacidad.

—Deseo casarme.

—¿Sencillamente?

—Sencillamente.

—Y ¿cómo diablos quereis casaros, habiendo pronunciado vuestros votos?

—Hay quien los dispensa.

—El Papa.

—Justamente, el Papa.

—¿Conoceis á Su Santidad Eugenio IV?

—No, pero conozco á Su Grandeza Cosme de Médicis.

—¿Y porque conoceis á Cosme de Médicis, imagináis posible el conseguir vuestro loco deseo?

—Acabais de prometerme que abrireis vuestra mano para derramar sobre mi frente toda suerte de beneficios.

—Y cumpliré lo prometido.

—Pues el único beneficio deseable para mí es que me caseis.

—A buen oficio me reducís.

Dijo Cosme frotándose las manos de gusto, pues realmente le divertían las pretensiones de Filippo.

—¡Vaya! Quien lo puede todo, lo hace todo. Dios realmente ha hecho á Cosme de Médicis y ha hecho á su bufon. Vos podeis hacer un Estado y hacer un casamiento. ¿Qué tiene eso de particular?

—Vaya en gracia. ¿Pero decidme, dónde está esa novia singularísima, la cual no tiene escrúpulo alguno en casarse con fraile profeso, carmelita, por añadidura, siquiera sea con la dispensa del Papa?

—Si no me conoce.

—¿Estais loco?

—No sabe siquiera que la amo.

—Sois un verdadero insensato.

—Yo nunca le he dicho una palabra.

—¿Y antes de saber si os ama ó no, andáis pidiendo dispensas?

—Perdonad tanto orgullo; pero yo creo que me debe amar.

—Lo que no puedo perdonar es tanta inocencia. De lo mucho que os amais á vos mismo, deducís lógicamente lo mucho que deben amaros los demas.

—Oidme. ¿Creeis posible que vaya en presencia de una mujer á pedirle su amor, si no puedo ofrecerle legítimamente mi mano?

—En el mundo, por nosotros habitado, no se prepara cosa alguna para el matrimonio hasta no asegurar el consentimiento de la persona amada.

—Es verdad. Pero dejadme á mi regirme por las leyes que yo mismo en persona me he dado.

—No es un derecho tan válido é indisputable como imagináis. Pero aun concediéndolo llanamente y por evitar controversias, permitidme deciros que el derecho innegable es mi derecho de crítica.

—Dejémonos de primores y vamos al grano. ¿Quereis pedir á Su Santidad que me dispense de los votos religiosos?

—¿Pues no he de querer?

—¿Querer como quereis todas las cosas, con esa misma vehemencia?

—Con esta misma vehemencia.

—Si usarais un acento más afirmativo en lugar de repetir las últimas palabras de mi discurso, creeríame ya casado y hasta con hijos.

—Si como soy, por bondad de mis conciudadanos, jefe de la República florentina, fuera por voto de los cardenales jefe de la Iglesia Católica, y habria realizado vuestros deseos.

—Respiro, porque me parece que se realiza, si llevais á vuestros empeños el ardor que habeis llevado á vuestras palabras.

—Pero no contestais á mi pregunta, á la pregunta de si conoceis ó no al

Santo Padre Eugenio IV, que Dios guarde muchos años para bien de la cristiandad.

—¿Cómo quereis que un pobre carmelita conozca á todo un Pontífice?

—Pues, sin duda alguna, porque no le conoceis imagináis hacedero lo que pedís.

—Nadie se resiste, ni Papa, ni rey, en el mundo, á una súplica de los Médicis. Tan solo por la satisfaccion de que le pidais algun favor, le creo capaz de concederlo sin vacilacion ni incertidumbre.

—Si conociérais á Eugenio IV, no tendríais esa ciega confianza. Elegido en medio de un cisma, á causa de su misma medianía, porque todos los cardenales deseaban huir de las voluntades viriles y de las inteligencias superiores, que por sí mismas dominan é imperan, quiere ocultar la humildad de su origen con la soberbia de sus resoluciones. Ved ahí la causa de tener tan innumerables enemigos. Creyendo que podria dominar á los partidos romanos, les hirió á todos, cosa que solo hubiera podido hacer un hombre de otros medios y de otro temple. Los partidos se movieron á una contra él y lo lanzaron de Roma. Huido de una iglesia, embarcado en una lancha que le condujo por el Tiber, los ciudadanos le seguian por la orilla arrojándole innumerables piedras y diciéndole innumerables injurias. Todas estas escenas de horror se le representan á cada instante en la memoria y ahogan en su voluntad cualquier resolucion generosa dictada por su corazon. Luego, en pugna con los Colonnas y los Orsinis, que lo persiguen y lo maldicen hasta fuera de Roma; en pugna con los Estados Pontificios, que lo desconocen y lo destronan; en pugna con los Padres del Concilio de Basilea, que lo desacatan é injurian; en pugna con los primeros potentados de Italia; herido en su corazon por los cismáticos y en su fé por los husitas, el mal humor engendrado por estas dificultades, muchas veces invencible, lo lleva á desahogarse con gran facilidad en el primero que se presenta, y siempre de mal talante suele negarse á las demandas más naturales y más justas.

—Pero se acerca un dia solemne. Ese Papa tan oscuro alcanzará gloria superior á la gloria de Gregorio séptimo y de Inocencio tercero. La division de la Iglesia griega y la Iglesia latina vá á concluirse. El espíritu cristiano recobra su unidad bajo las blancas alas del Espíritu Santo. Algo parecido á lo que sucedió en Nicea al confirmarse la divinidad del Hijo, vá á suceder en Florencia al definirse la union hipostática de las tres personas en la misteriosa Trinidad. El Patriarca de Constantinopla reconocerá la supremacía del Pontífice de Roma. El imperio griego, cuya grandeza crece en los celajes de la leyenda, se acogerá humildemente á los pliegues del manto, grande como el océano, que lleva la Iglesia católica. Santa María dei Fiori, nuestra Catedral, será mas digna de admiracion que por las bellas proporciones recibidas del genio de Arnolfo, que por el airoso Campanile, nacido de las hábiles manos del Giotto, que por la rotonda milagrosa de Bru-

neleschi, por esa palabra de paz en la cual habrán de confundirse las almas de dos pueblos y la esencia de dos civilizaciones. Tan fausto suceso regocijará al Papa, y en su regocijo llegará hasta conceder á quien le presta asilo seguro en ciudad hermosísima, la libertad de un pobre monje atado á su orden, más por la fatalidad y por la desgracia que por el propio pensamiento y albedrío.

—Perfectamente hablado. Con toda mi voluntad os ofresco pedirlo, pero no creáis que con todo mi poder logre alcanzarlo. A medida que las pretensiones, casi heréticas, por un cambio de disciplina, crecen allá en los Padres del Concilio de Basilea, la resistencia del Papa á todo cambio crece también. Porque Papa y Concilio aspiran á una pureza en la idea y á un rigor en la disciplina que les sirva, no solamente para dirigirse á sí mismos, sino también para infundir á sus émulos.

—Comprendo y me explico todo cuanto decís; pero aguardo por lo mismo una verdadera victoria. Ir al palacio de Cosme y no encontrar un beneficio sería como ir al mar en busca de agua y no encontrar un sorbo. Por consecuencia, no insisto más. En cambio fíaos á mí y de mí esperad cuanto queráis.

—Sí, quiero que me pinteis al fresco una habitación.

—Mandad y obedeceré.

—Obligadísimo quedo.

Y el fraile y el político se dirigieron sendas reverencias y se apartaron uno de otro muy satisfechos.

Así que hubo desaparecido el pintor, llamó el magistrado á su señora y le mostró el cuadrito, de cuyas bellezas hizo extraordinarios encarecimientos, como verdadera maestra en las artes, por la corrección del dibujo, la suavidad del colorido, la belleza de las figuras, el arte de los contrastes, la dulzura que tenían aquellos ángeles tan delicados, la sencillez y la verdad de María, el acierto en la agrupación, la ciencia unida al sentimiento.

—¿Y cuánto dirás que pide por esta obra que te consagro á tí?

—Hermosísima es; pero siempre pedirá algo extraordinario, porque cada artista cree que cada Médicis tiene un Crespo en el cuerpo.

—Pues pide que lo case,

Y Cosme y su mujer se rieron á carcajadas igualmente ruidosas de esta donosísima ocurrencia.

CAPITULO III.

El Concilio de Florencia.

Era el día seis de Julio del año mil cuatrocientos treinta y nueve. La ciudad de Florencia estallaba por haber acudido de todas las regiones de Italia y muchas otras del mundo gentes innumerables á su seno. Correspondiendo á tanto obsequio, excedieron los florentinos á sí mismos en regocijos y festejos, á los cuales solo una ocasión necesitaban, que iban continuamente aquellos artistas buscando un propósito de divertirse ellos mismos, bajo el plausible pretexto de divertir á los demás. Si cualquiera pasara por sus calles sin conocerlos en sus milagrosas obras y en su espléndida historia, tomáralos por locos rematados al ver la furia con que se entregaban á sus fiestas y á sus alegrías. En aquella colmena del trabajo donde se producían y se daban á la sazón tantas bellas cosas, ordenóse la mas completa ociosidad por algunos días. En cada casa multitud de trofeos, banderolas, gallardetes, guirnaldas, cintas y flores; en cada calle comparsas de danzas acompañadas de orquestas con coros y vestidas de caprichosos y multicolores trajes; en cada plaza mesas al aire libre llenas de manjares, apercebidas á un festín público y perpétuo. Cuando más en orden estaban aquellos festejos, interrumpíanse bruscamente á causa de que venia la corte. Y la corte era una especie de ejército compuesto por millares de devotos al placer; encabezado por ginetes de riquísimas armaduras resplandecientes sobre lujosos arneses; seguido de bufones, titiriteros, atletas, saltadores, juglares, los cuales con gestos, gritos, versos de su cosecha y tocatas sacadas á diversos instrumentos, despertaban por donde quiera que discurrían la mas desenfrenada algazara. Señalábanse los habitantes de cada barrio y aun

neleschi, por esa palabra de paz en la cual habrán de confundirse las almas de dos pueblos y la esencia de dos civilizaciones. Tan fausto suceso regocijará al Papa, y en su regocijo llegará hasta conceder á quien le presta asilo seguro en ciudad hermosísima, la libertad de un pobre monje atado á su orden, más por la fatalidad y por la desgracia que por el propio pensamiento y albedrío.

—Perfectamente hablado. Con toda mi voluntad os ofresco pedirlo, pero no creáis que con todo mi poder logre alcanzarlo. A medida que las pretensiones, casi heréticas, por un cambio de disciplina, crecen allá en los Padres del Concilio de Basilea, la resistencia del Papa á todo cambio crece tambien. Porque Papa y Concilio aspiran á una pureza en la idea y á un rigor en la disciplina que les sirva, no solamente para dirigirse á sí mismos, sino tambien para infundir á sus émulos.

—Comprendo y me explico todo cuanto decís; pero aguardo por lo mismo una verdadera victoria. Ir al palacio de Cosme y no encontrar un beneficio seria como ir al mar en busca de agua y no encontrar un sorbo. Por consecuencia, no insisto más. En cambio fiaos á mí y de mí esperad cuanto queráis.

—Sí, quiero que me pinteis al fresco una habitacion.

—Mandad y obedeceré.

—Obligadísimo quedo.

Y el fraile y el político se dirigieron sendas reverencias y se apartaron uno de otro muy satisfechos.

Así que hubo desaparecido el pintor, llamó el magistrado á su señora y le mostró el cuadrito, de cuyas bellezas hizo extraordinarios encarecimientos, como verdadera maestra en las artes, por la correccion del dibujo, la suavidad del colorido, la belleza de las figuras, el arte de los contrastes, la dulzura que tenían aquellos ángeles tan delicados, la sencillez y la verdad de María, el acierto en la agrupacion, la ciencia unida al sentimiento.

—¿Y cuánto dirás que pide por esta obra que te consagro á tí?

—Hermosísima es; pero siempre pedirá algo extraordinario, porque cada artista cree que cada Médicis tiene un Crespo en el cuerpo.

—Pues pide que lo case,

Y Cosme y su mujer se rieron á carcajadas igualmente ruidosas de esta donosísima ocurrencia.

CAPITULO III.

El Concilio de Florencia.

Era el día seis de Julio del año mil cuatrocientos treinta y nueve. La ciudad de Florencia estallaba por haber acudido de todas las regiones de Italia y muchas otras del mundo gentes innumerables á su seno. Correspondiendo á tanto obsequio, excedieron los florentinos á sí mismos en regocijos y festejos, á los cuales solo una ocasion necesitaban, que iban continuamente aquellos artistas buscando un propósito de divertirse ellos mismos, bajo el plausible pretexto de divertir á los demás. Si cualquiera pasara por sus calles sin conocerlos en sus milagrosas obras y en su espléndida historia, tomáralos por locos rematados al ver la furia con que se entregaban á sus fiestas y á sus alegrías. En aquella colmena del trabajo donde se producian y se daban á la sazón tantas bellas cosas, ordenóse la mas completa ociosidad por algunos días. En cada casa multitud de trofeos, banderolas, gallardetes, guirnaldas, cintas y flores; en cada calle comparsas de danzas acompañadas de orquestas con coros y vestidas de caprichosos y multicolores trajes; en cada plaza mesas al aire libre llenas de manjares, apercebidas á un festín público y perpétuo. Cuando más en orden estaban aquellos festejos, interrumpíanse bruscamente á causa de que venia la corte. Y la corte era una especie de ejército compuesto por millares de devotos al placer; encabezado por ginetes de riquísimas armaduras resplandecientes sobre lujosos arneses; seguido de bufones, titiriteros, atletas, saltadores, juglares, los cuales con gestos, gritos, versos de su cosecha y tocatas sacadas á diversos instrumentos, despertaban por donde quiera que discurrían la mas desenfrenada algazara. Señalábanse los habitantes de cada barrio y aun

de cada calle por los colores y corte de su trages; por el rey que los dirigia con sus ricas coronas, sus largos cetros y sus caprichosos velos; por los compases de la danza que bailaban de dos en dos, ceñidas las frentes con frescas y olorosas flores.

El baile tomaba aspecto mas deslumbrador en aquella plaza de San Giovanni, foro verdadero de las fiestas, como la plaza de la Señoría, foro de la política y de la elocuencia: el Baptisterio adornado por las dos columnas baleares de Pórfido al Este, y las puertas de Andrea de Pisa al Mediodía, y las primeras puertas de Ghiberti al Norte, las cuales brillaban entonces cual si fueran de oro, recién cincelados sus follajes y esculpidas sus figuras de mano maestra, la más maestra quizás en la primera mitad del Renacimiento; la torre del Giotto que se entreveía á un costado, revestida de mármoles, aligerada por las blancas ojivas, semejantes á ventanas de marfil, circuida cerca ya de su base por bajo-relieves admirables; la lógia de Bigallo tan austera, y al mismo tiempo tan graciosa, al otro costado opuesto; edificios todos como solo pueden verse allí en su mezcla felicísima de solidez y delicadeza, de austeridad y de elegancia. Orientales alfombras enramadas de plantas bien olientes cubrian el suelo de la plaza; toldos rojos y blancos cercnían la luz del horizonte y entonaban objetos y personas con sus vivísimas reverberaciones y sus calientes reflejos; bancos cubiertos de tapices y dispuestos en armonioso anfiteatro ofrecían descanso á los convidados; mesas sobre cuyas coberturas de púrpura, galoneadas de oro, se extendían albos manteles, ocupaban el centro sembradas todas con argentería de un trabajo incomparable, cuchillos de nácar, vasos de cristal veneciano con piés de metales preciosos, platos esmaltados y llenos de ricas frutas y sabrosos dulces, parejas de damas vestidas con trajes de brocados, cuyas colas y cuyas mangas eran de desmedida extension; y adornadas con collares y diademas, cuyo valor podia comprar un reino, danzaban frente á frente de parejas de caballeros vestidos con túnicas en que los recortes de terciopelo sobre raso doble se mezclaban con bordaduras deslumbradoras, y llevando cada cual en las manos sombreros circuidos de plumajes y brillantes; grupos de músicos caprichosamente puestos producían deliciosas armonías, y legiones de pajes, todos cubiertos con brillantes vestimentos y perfumados con suaves olores salían y entraban en el palacio de los Adamarios, sirviendo deliciosos refrescos en jarros de oro y en copas sembradas de varia pedrería.

En otras plazas más humildes se daban espectáculos más populares. Una tienda blanca con telon rarísimo á la boca y el titulo de escena en el frontis, contenía lector que apuntaba y director que regía á varios cómicos de pelucas ridículas, de vientres y narices descomunales, de trages abigarrados, de cascabeles chillones, de aposturas y actitudes increíbles, los cuales parodiaban entre aplausos ruidosos y dichos donosísimos las más sagradas tradiciones y las más bellas poesías. Este afeitaba á aquel, embadurnándolo de ma-

sa hasta la punta de los cabellos y luego descifándolo de su pelo y hasta de su pellejo con una navaja gigantesca. El payaso de por aquí daba al ventrucho de más allá un puntapié tan fuerte y tan acertado que le habria el vientre, de cuyas concavidades se desparramaban multitud de ratas por el suelo y multitud de gorriones por los aires. A una señal abríase el foro y entraban saltando, subiéndose por las paredes y los techos monos con caretas espantosas, á cuyas monerías unos espectadores reventaban de risa y otros temblaban de terror. Sobre todo, el terror se convertía en confusion y atropello cuando alguno de los murciélagos despedidos en la escena rozaba la frente de cualquier papanatas ó alguna de las ratas se subía por las piernas de cualquier hembra descuidada. Lo que más les divertía y espaciaba era la parodia de los doce pares: un Carlo-Magno ridículo; un Roldan, que en vez de tocar su trompeta milagrosa, tocaba el cuerno con que los pastores dirigían el ganado de cerda; un arzobispo Turpin con orejas de burro y mitra de calabaza, ajusticiando al traidor Marsilio, que colgado de una cuerda, arrancaba la peluca á su verdugo cuyas insignias episcopales rodaban por tierra; un burro que decía relaciones hiperbólicas y sobre cuyo lomo iba escualido caballero andante dando cuchilladas al aire; manadas de bufones con túnicas verdes y caretas rojas: que un pueblo rey como el pueblo florentino se complacia en tener hasta las voluntariedades y los caprichos de los reyes.

En la plaza de Santa María Novella se corrió el palio, que era un riquísimo manto, premio reservado á quien con mayor gallardía y prisa diera varias vueltas sobre caballejos medio desbocados, en pelo. Por la plaza de Santa-Croce sesenta jóvenes, caballeros en corceles gallardísimos y de maravillosos jaeces; vestidos de tisúes y terciopelos; armados de armas y armaduras resplandecientes en cuyos metales doblábase la luz; seguidos cada uno de cinco ó seis escuderos, ginetes en hacaneas blancas, todas ornada con monturas de sedas varias y con collares de argentinas campanillas; saludados por trompas y dulzainas y atambores y atabales á la usanza árabe y española; justaron sosteniendo varias arriesgadas suertes y recibiendo los vencedores de manos de las reinas del torneo guirnaldas de olivo en plata y oro que recogieron y se ajustaron al cuello. Mas como era natural eclipsó á todas las plazas aquella plaza de la Señoría por sus esplendentes procesiones, en que iban representadas todas las ciudades sometidas á Florencia con sus banderas y sus armas; por las cabalgatas precedidas de músicas armoniosas y compuestas de caballeros que arrojaban monedas al pueblo y traían ofrendas á los magistrados; por las varias torres de madera dorada, todas cubiertas con esculturas representando cuadros en relieve, y sobre cuyas cimas almenadas veíanse cruzados con cascos de varias formas, personajes de otras épocas y de raras vestiduras, haces de lanzas, trofeos de armas, grupos de multicolores banderolas, espectáculos diversos á cual más bello, realzados por teatro tan propio para ofrecer á todas estas escenas sus majestuosas

decoraciones. Y si esto fué por el día, las iluminaciones nocturnas, que daban á los monumentos un resplandor cuyos tonos y matices los asemejaban á monumentos de trasparente ambar, añadian brillo mayor á la hermosura de aquella ciudad incomparable y alegría y regocijo á sus libres artistas, y felices habitantes. Creedlo, no ha habido en el mundo una ciudad como la Florencia del Renacimiento.

¿Por qué, pues, todos estos regocijos? Por la contienda dogmática entre la Iglesia griega y la Iglesia latina, que desde los tiempos de Focio dividiera el mundo cristiano, se resolvía en pacto de ilusiones y esperanzas. Eugenio IV, Papa á la sazón reinante, combatía con dos grandes enemigos, uno espiritual y otro temporal. El temporal, llamado Francisco Sforza, detentador entonces de tierras romanas, era uno de esos condotieros italianos, cuyo oficio consistía en combatir por combatir, y que, vencedores ó vencidos, sacaban siempre su jornal en depredaciones y conquistas. Y el espiritual era un Concilio de Basilea, Asamblea eclesiástica, activa hasta el punto de sobreponerse al Papa y á la Iglesia, nombrando los gobernadores en las provincias pontificias y sosteniendo que, así en materia de dogma, como en materia de disciplina, su autoridad y su poder propio sobrepujaban á todas las autoridades y á todos los poderes. Eugenio, combatido de continuo por la incertidumbre, cuando se resolvía en algun sentido, empleaba esa tenacidad pueril que los débiles confunden con la fuerza. Y como aquellos sus tiempos, si bien inauguraban la edad del trabajo, tenían mucho aun de la edad del feudalismo, tiñó sus manos benditas en la sangre de sus enemigos y se empeñó, como cualquier príncipe laico, en los azares de la guerra. Así, al reconquistar la ciudad de Bolonia, el legado romano decapitó sin motivo á varios caballeros principales de la familia de los Bentivoglios, y como le pidieran confesion para morir, negóselas diciendo que no solamente quería condenar y perder sus cuerpos en este mundo, sino en el otro sus almas. Bien es verdad que hasta fines del siglo décimocuarto se negó en Florencia á los reos de muerte confesion y Eucaristía. Bien es verdad que, á mediados de este mismo siglo, cuando Carlos V de Francia pretendió que los condenados inapelablemente en este mundo por la falible justicia humana, pudieran confesar y esperar en la divina justicia, los magistrados opusieron una terrible resistencia. Mas de todas suertes, no puede excusarse la crueldad de un legado pontificio, ignorante sin duda de que Dios, en el sentir de los Padres, resplandece más por su misericordia que por su justicia.

La guerra asolaba al mundo. Por si los láicos podían comulgar con las dos especies, con el pan y el vino; por si podían unir á la hostia el cáliz, como los sacerdotes en la misa; por estas cuestiones puramente espirituales y teológicas, hombres ilustres perecieron en las hogueras; provincias pobladísimas quedaron desiertas y yermas; ejércitos enteros cayeron segados sobre el duro suelo; madres innumerables, perseguidas y hambrientas, mira-

ron á sus hijuelos morir sobre el mismo seno donde recibieran la vida, pues, en lugar de leche, chupaban á sus pechos exhaustos amarga sangre; una nación dejó las habitaciones humanas para errar, cubierta de hierro, en carros de guerra, como las antiguas gentes batalladoras y nómadas; un imperio se desangró hasta quedarse como exánime y exhausto; los cielos se oscurecieron al humo de los espesos incendios, y blanquearon los campos al número de los mondados huesos; mientras guerreros feroces, con una rabia indecible y en hordas múltiples, seguían á un general ciego, cuyas tinieblas eternas le envolvían en supersticiones sin fin y cuyas exaltadas ideas le arrastraban á matanzas sin término, el cual, despues de muerto, obtuvo de la credulidad popular que imaginara, su piel capaz de curtirse y adobarse para servir de tambor, á cuyos redobles se estremecían los campos de batalla, como á sacudimientos de un terremoto; que tantos estragos de saqueo, desolacion, degüello, exterminio, solamente pueden compararse á las catástrofes del planeta y á los desquiciamientos y calamidades de la ciega naturaleza.

Una de las principales cuestiones que deseaba resolver el Concilio de Basilea era esta cuestion de los husitas, y una de las dificultades que primero quería allanar esta dificultad de la guerra de Bohemia. Pero los prelados no acudían. Al principio solamente eran doce, y aunque en tan corto número, tomaron en mano todos los poderes y se dividieron en gerarquías y en naciones como si estuviera presente la cristiandad entera. Así declararon que su potestad procedía directamente de Jesucristo, y, despues de esta declaracion, nombraron un gobernador para el condado venusino perteneciente á la Sede Apostólica, y un cardenal como Capranica para el cónclave. A tanta audacia no podia menos de responder la fortuna; y se aumentó el número de los conciliares y acudieron trescientos husitas á pactar un convenio. La crueldad de los tiempos lo rompió por una de aquellas atrocidades que apenas parecen creíbles. Prometióseseles la paz á los insurrectos y descendieron de las montañas á los valles de Bohemia innumerables guerreros. El cardenal Eneas Sylvio, más tarde Papa, con el nombre de Pio II, que los vió, describelos de mano maestra en breves palabras. Altos como torres, sanguinarios como fieras, con barbas y cabellos encrespados, con mirar siniestro, curtidos al sol y al aire, de piel tan dura que parecía resistirse al hierro, de vida tan exhuberante que parecía desafiar á la muerte, y sin embargo, cándidos como palomas y mansos como ovejas, fiados de palabras imperiales y eclesiásticas, se metieron á descansar en unos pajares, y en aquellos pajares los quemaron á todos vivos.

Entre estas atrocidades propias y la guerra sorda del Papa, no parecía el Concilio una asamblea; parecía una batalla. Y á fin de procurarse mayor autoridad y de hacerse con gran número de partidarios, pensó, así como en arreglar la discordia con los husitas, en concluir el cisma de Bizancio. Esta gran ciudad, la Roma de Oriente, la Constantinopla de Constantino, en-

contrábase á la sazón casi asediada por los turcos, á cuyos golpes rodaba en pedazos su imperio milagrosamente preservado de las irrupciones de los bárbaros. No ya las conquistas de los infieles, cada día más cercanas á la capital, lo mermaban; rompíanlo en mil pedazos también las tendencias de sus vasallos cristianos, cuando se veían inermes é indefensos, á constituir sobre las amontonadas ruinas improvisados reñecillos. La gran ciudad cristiana; la que habia formulado la metafísica elaborada por Jerusalén y por Alejandría y por Atenas; la que guardaba el Patriarca de todo el Oriente y la Basílica de Santa Sofía, sobre cuyas cúpulas parece posado el Espíritu Santo, iba á entrar en los serrallos del gran turco como una pobre esclava de Georgia. En su angustia pedía socorro tanto al emperador como al Papa romano. Y viendo que la diferencia de religión obstaba al cumplimiento de esa demanda, pensó Juan Paleólogo, uno de sus últimos emperadores, en reconciliarse con la Iglesia de Occidente. No miró si diferencias de razas y de climas determinaban las diferencias de fé; no miró si pactos escritos por altivos potentados podían obligar la conciencia de los pueblos apegada á sus tradiciones y cambiar ideas aprendidas por la educación; empeñóse en salvar á Constantinopla con el auxilio de los occidentales, y para granjearse ese auxilio, no titubeó en sacrificar sus creencias y destruir su Iglesia. Los padres de Basilea, que lo supieron, le diputaron una comisión para conjurarlo á pactar con su Concilio, y el Papa, mucho más rico y mucho más resuelto, con esa tendencia á la acción que tienen los poderes unipersonales, en tanto que las Asambleas dudan y vacilan, mandó nueve galeras, crecidos subsidios, y ganó al Concilio de Basilea por la mano, y se llevó consigo el Emperador á otro concilio de su designación y de su preferencia, que se habia reunido en Ferrara, designando desde las orillas del Pó, como conventículo, y conciliábulo, al congregado á las orillas del Rin y en la ciudad de Basilea. Así mutuamente se injuriaban y se pedían los títulos que les autorizaban á decirse estas injurias.—¿Cuál título superior, decía Ferrara, á ese éxito de ver todo un Emperador de Grecia, corriendo desde el Bósforo al Adriático para postrarse ante un Pontífice de Roma, y unir en espíritu las dos ciudades separadas en lo político desde la antigua división del Imperio, y en lo dogmático desde el terrible cisma de Focio?

El viaje de Juan Paleólogo es un poema en la historia de la filosofía y de las artes. Si alguna vez recorreis el Gran Canal, entre las azules aguas y los azules cielos y atracáis vuestra góndola negra á los blancos mármoles de la Piazzetta, y del muelle de los esclavones; cuando recojais los reflejos de la luz repetida por los mosaicos de mil matices, que se dirían fantásticos iris, y por las piedras de mil tamaños, que se dirían preciosas y formadas como las esmeraldas y los diamantes, en las entrañas de la tierra; mirad por las pinturas y cuadros los marineros vestidos de raso y acompañados de los esclavos nubios vestidos de grana; los pajes fastuosísimos en confusión

con los bufones grotescos; los nobles con sus trajes de tanta riqueza llevando del brazo las damas de ojos negros y cabellera rubia; los gefes del Estado con sus túnicas de tisú y sus mantos de terciopelo carmesí forrados de arminio y sus gorros frigios á la cabeza, sentados en el Bucentauro de oro, sobre cuyos costados caen los grandes paños de púrpura; y en el esplendor de aquellas figuras todavía vivas, gracias á los pinceles mágicos de los primeros decoradores de fiestas, podéis adivinar la llegada del gran Emperador de Oriente, viniendo de los mares griegos al mar Adriático y entrando del mar Adriático en las lagunas sembradas todas de una colosal escuadra de embarcaciones varias, sobre cuyas cubiertas suenan innumerables músicas y se celebran festines innumerables, para formar como gigante procesion de pintorescos flotantes grupos, que acompañan en coro inmenso al Señor de Constantinopla hasta desembarcarlo sobre alfombras de Persia y conducirlo á aquel palacio de mármol rojo y blanco, con su crestería cuasi fantástica, y á aquella basílica de cristal con sus rotondas bizantinas, que se dirían apariciones evocadas por los géneos y los magos del Asia bajo los cielos y junto á los mares de Europa. Pero, de lo que ningún cuadro puede daros ni aproximada idea, es de su partida del Bósforo, cuando nueve galeras papales equipadas con lujo oriental le aguardan, y setecientos personajes vestidos con las insignias de las primeras dignidades imperiales y eclesiásticas le siguen, despedido por aquella inmensa población, que los refugiados de las islas del Mediodía y de las Montañas del Norte han aumentado, y que se esparce, temblando bajo la cimitarra estendida sobre todos, tras los últimos asilos, por las dos orillas de los tracios canales, ornados de jardines, para ver angustiada como el sucesor de Constantino en el Imperio y el sucesor de Focio en el Patriarcado van á pedir auxilio contra la fatalidad á sus antiguos vasallos de Occidente, á sus aborrecidos rivales de Roma. Y luego de la navegación desde Constantinopla á Venecia, y desde Venecia á la desembocadura del Pó, no podría ningún pincel trazar la subida de tanta gente por las aguas de este río, cuyas riberas inundan tribus enteras venidas de todas las ciudades de Italia, y el arribo á Ferrara ornada como para aquella singularísima fiesta, y en cuyo palacio aguarda el Papa, que al ver venir á su huésped, desciende del trono pontificio erigido en grandioso salón, y midiendo los pasos matemáticamente, para que ni uno ni otro dieran respectivamente más al encontrarse, lo abraza con cariñosa efusión y se confunde é identifica con él, en las mismas esperanzas. Pero en tal instante empiezan las dificultades, porque, mientras los clérigos romanos en presencia del papa se postran y casi le adoran, los abades griegos, no acostumbrados á estos ritos, se niegan á besarle el pié y se reducen á bajar silenciosa y solemnemente la cabeza.

Prolijo sería enumerar las ceremonias á que dió ocasion este encuentro y las etiquetas á que dieron ocasion estas ceremonias. El Emperador no hu-

biera entrado nunca, si no le recibieran bajo el mismo pálio apercebido para recibir al Papa, y no hubiera aceptado el pálio, si no llevaran sus varas principes de casas á la sazón reinantes. Y si entra en Ferrara á condicion de que lo conduzcan bajo pálio, entra en el pontificio palacio á condicion de que todos se apeen á la puerta y él solo llegue montado en su cabalgadura hasta los mismos piés de la escalera. Veinticuatro horas estuvo sin desembarcar de la magnífica nave que le enviara el Marqués de Ferrara, todo un patriarca griego, por no haberle diputado para saludarle y recibirle dignidades correspondientes á su altísima gerarquía. No se movió, dispuesto á regresar á Bizancio, si era necesario, hasta que, á la mañana siguiente, enviaron para su recepcion cuatro cardenales, veinticinco arzobispos y obispos, toda la servidumbre oficial del Papa, los Marqueses de Ferrara y de Este con sus respectivas familias, y el cuerpo entero de la nobleza; comitiva magnífica que quitaba la luz de los ojos con sus pectorales, sus collares, sus cruces, sus mantos cuajados de pedrería, su lujo y su riqueza. El papa, á su vez, no hubiera admitido nunca al Patriarca, si los eclesiásticos bizantinos reunidos con él no le prometieran besarle respectivamente los de mayor dignidad la cara, los de menor dignidad las manos, y los de infima con los laicos el pié y de rodillas. Pues si todas estas dificultades trajo la recepcion imagínese cuantas traería el orden de las colocaciones en el concilio. Quería Eugenio IV ocupar con su propio sólio el centro de la catedral de Ferrara; mas se opuso terminantemente Juan Peleólogo, diciendo que tal sitio era para él en atencion á haberlo ocupado su predecesor Constantino en el Concilio de Nicea, y en el Concilio de Calcedonia su predecesor Marciano. Trabajo le costó al Papa persuadirle á esta sencillísima reflexion, á considerar que ni á uno ni á otro Concilio habia asistido el Pontífice y que, por consiguiente, en uno y otro se reservó el puesto por su ausencia vacío al supremo imperante en el orden civil, inferior dentro de la Iglesia al supremo imperante en el orden religioso. Al fin le convenció; y pudo arreglarse este punto. La iglesia quedó pues ordenada de la manera que sigue: En el altar mayor, sobre trono iluminado, se veian los Santos Evangelios entre las cabezas de San Pedro y San Pablo; al lado del Evangelio el sólio pontificio, el sólio reservado al Papa, y un poco mas bajo el sólio imperial, el sólio reservado al Emperador de Occidente, al Emperador de Alemania, y despues de este sólio, nueve sillones apercebidos para recibir á nueve cardenales, entre los que algunos patriarcas latinos se contaban; al lado de la Epístola, frente á frente del sólio pontificio, el sólio reservado al Emperador de Oriente, al Emperador de Constantinopla, y un poco mas abajo los sillones de los Patriarcas orientales en este orden: el de Constantinopla, el de Alejandria, el de Antioquia, el de Jerusalem, tras los cuales venian los metropolitanos de Trebizonda, Cizico, Nicea, Nicomedia, Mitylene, Georgia y otros; á los piés de la iglesia los abades, doctores, y generales de las ór-

denes religiosas; y arriba, por las galerías, los notarios y oficiales del Concilio, formando todos con sus diversas agrupaciones y sus pintorescos trajes de tantos y tan apartados y diversos países, el cuadro mas deslumbrador que puede imaginarse.

Y cuántas dificultades para juntar dos sectas separadas, dos tradiciones opuestas, los elementos mas incompatibles del universo, los dogmas de dos iglesias enemigas. Creian los griegos que el Espíritu Santo procede solo del Padre, y los latinos que del Padre y del Hijo juntamente. Los griegos dudaban del purgatorio y los latinos no. Los griegos comulgaban con pan de levadura y los latinos con el antiguo pan ázimo hebreo. Los griegos aplicaban el celibato á unos eclesiásticos y no lo aplicaban á otros, en tanto que los latinos á todos. Ellos tenian su Patriarca y nosotros nuestro Papa. Cada uno de los dos pueblos se creía, por tanto, dueño de la verdad evangélica en esencia y asistido por el Espíritu Santo en persona. Y queriendo concordarse en todo discordaban, hasta en el procedimiento, pues unos pedian que por preguntas y respuestas se procediera en los debates, como si aquella asamblea fuera una escuela, y otros por discursos sucesivos y contradictorios, como se acostumbró de antiguo en los Concilios. La principal queja del mundo eclesiástico oriental contra el mundo eclesiástico occidental, consistia en que este, segun sus asertos, al traducir el símbolo de la fé y llegar al Espíritu Santo y á su procedencia, habia dicho: «*Patri, filioque procedit,*» «del Padre y del hijo procede,» añadiendo un «*Filioque*» un «del Hijo» no existente en el primitivo original. Esta alteracion se concibe antes del Concilio de Efeso, no despues, por haber quedado prohibida allí toda alteracion. Los latinos presentaron un texto del Concilio de Efeso que concordaba con el texto de su propio símbolo. Pero los griegos les dijeron que como habian consentido por este asunto la division de dos iglesias, el cisma de dos comuniones, el apartamiento entre los dos miembros principales de la familia cristiana, cuando tanto facilitara la conservacion de la unidad el producir y divulgar semejante texto á su debido tiempo, á la hora del cisma. Ni los ángeles del cielo, decian, deben tocar al símbolo de la fé cristiana, cuando los padres de Efeso, al condenar á Nestorio, no osaron añadirle, despues de haber declarado la maternidad de Maria unida á su virginidad santísima, el nombre augusto de Madre de Dios. En estas controversias se empleó mucho tiempo, pero muchísimo más todavía en leer los precedentes que contenian las actas de los siete primeros Concilios, respecto á la definición del dogma y á las interpolaciones en el Credo. Contestó á todas las objeciones griegas el Arzobispo de Rodas que, aun concedida la adición del *Filioque*, debia ponerse en las categorías de las explicaciones necesarias y no de las interpolaciones falsas. Si, como dice el Evangelio, Cristo pronunció estas palabras: «todo cuanto es de mi Padre, es mio tambien» el Espíritu Santo, procediendo del padre, procede tambien del Hijo. ¿Por

qué extrañais, exclamó, que nosotros hayamos añadido al Credo el *Filioque* cuando vosotros le habeis añadido en el Concilio de Constantinopla frases enteras como «descendit de Cœlis,» y «secundum Scripturas»? En estas disputas consumíase un tiempo precioso, tanto mas de deplorar, cuanto que, entre una legislatura y otra legislatura del Concilio, hablando á la moderna, trascurre á veces medio año. La paciencia del Papa se acababa, y algo mas que la paciencia, el dinero. Aquel fastuoso Emperador y su comitiva parecida á un ejército de cortesanos; aquellos prelados, metropolitanos, abades, con sus respectivas cortes y cohortes, vivían sin excepcion á expensas del Papa. ¿Cómo resistir á un gasto de esta monta, cuando el Concilio de Basilea negaba las annatas y una parte principal de los dominios pontificios radicaba en manos de los depredadores? Era imposible. Mas tambien era doloroso ver por causa de la vil materia, por causa del oro, perderse tantas y tantas almas destinadas al cielo y dificultarse ó quizás imposibilitarse la unidad de la Iglesia destinada á santificar á todo el género humano y á cumplir las promesas del Catolicismo: un solo Dios en el cielo y un solo pastor en la tierra. Eugenio IV no sabia cómo salir de esta dificultad verdaderamente dramática. Si persistia en retener á los Padres, arruinaba su tesoro; y si los despedía, arruinaba su Iglesia. No tenia mas remedio que optar entre la salud espiritual de las almas católicas y la salud temporal de los estados pontificios. En tal incertidumbre le socorrió Cosme de Médicis, deseoso de engrandecer á su patria y de ilustrar su gobierno, ofreciéndole auxilio capitalísimo en los gastos. Tales ofertas, que parecían descendidas del cielo, complicándose con súbita peste, que parecía abortada por el infierno, decidieron al Papa Eugenio á trasladar el Concilio á Florencia, donde bien podia dar hospitalidad á los padres el que la daba á tantos artistas y sabios; el que construía palacios semejantes á templos y quintas semejantes á palacios; el que levantaba á su costa tres ó cuatro iglesias á un mismo tiempo en Florencia y tres ó cuatro monasterios en las cercanías de Florencia; el que erigia un hospital en Jerusalem, trabajos todos de poca monta en frente de ese hospedaje ofrecido al Concilio único en la historia, llamado á terminar el cisma entre dos Iglesias cristianas y á unir en espíritu el Occidente con el Oriente de Europa.

Además, Eugenio IV estaba persuadido de que la influencia personal de Cosme de Médicis sobre los doctores griegos con quienes compartía el culto á Platon y al Platonismo, habia de acelerar el término de mil enmarañadas cuestiones dogmáticas y traer la síntesis necesaria entre los principios opuestos. Cosme no era un sacerdote de la ciencia, para cuyo cultivo le faltaba el tiempo empleado en los asuntos de comercio y de política; pero tenia un exquisito gusto. Así lo que otros comprendían con dificultad por la reflexión, él lo adivinaba por el instinto. Eugenio IV necesitó bien poco trabajo para persuadir á los que residían en las orillas del Pó á trasladarse

á las orillas del Arno y habitar la nueva Atenas, donde se juntaban en tan armoniosa consonancia con las bellezas del arte y las delicias del campo, la inspiración de las ideas filosóficas tan necesarias á las grandes almas, sobrecargadas por el movimiento de los tiempos con los mas difíciles problemas y constreñidas por la fuerza de las cosas á recorrer los espacios inacabables del misterio. La traslación á Florencia fué como una nueva fiesta para griegos y latinos, pues con ella se renovaban los obsequios propios de toda recepción, y con los obsequios los festejos y los regocijos. Pero la cuestión capital no anduvo gran cosa por haber andado tanto sus mantenedores. Por Enero de 1438 se congregaron los Padres, y en Marzo todavía disputaban sobre si San Basilio sostenía ó no sostenía que el Espíritu Santo dimanaba del Padre y del Hijo juntamente. La Pascua se venía encima y la Semana Santa lo retardaba todo. Según varios historiadores del Concilio, para acortar las razones del entendimiento acortó el Papa de tal modo las razones del estómago, que los Padres griegos se morían materialmente de hambre. Algunos, ó mas vehementes ó mas famélicos, decidieron partirse y dejar en tal estado el deseado pacto; pero el Emperador de Constantinopla, que lo supo, encargó á los guardias de la ciudad extrema vigilancia en las puertas y el impedimento resuelto á tal decisión, si preciso fuese, por el empleo rigoroso de la fuerza y la apelación implacable á las armas. Más, á pesar de esta energía, se encontraba en tales términos acongojado el soberano de Constantinopla, que escribió al Papa despidiéndose, porque reducido el asunto á quitar ó añadir una palabra al Credo, y no queriendo los latinos disminuirlo ni los griegos aumentarlo, todo estaba perdido y no habia mas remedio que irse á Oriente como habian venido. Y se fueran ciertamente y se acabara todo, si Bessarion, el gran amigo de Cosme, no redujera el problema á términos de hacer admitir á sus correligionarios griegos que si el Espíritu Santo no provenía del Padre y del Hijo juntamente, provenía del Padre por el Hijo. Con la simple admisión de esta partícula trastornó hasta las inteligencias mas convencidas y movió hasta las voluntades mas tenaces; pues la cooperación del Hijo al Padre no podía ser como la cooperación de los instrumentos en las obras. A pesar de tales sutilezas, las discusiones sobre todas estas fórmulas se extendieron desde los primeros días de Abril á los primeros días de Junio, en que el Emperador usó de toda su autoridad para conseguir una adhesión de la mayoría de los obispos griegos al sentir universal de la Iglesia latina. Y aun nada consiguiera, si de su lado no se pusiera resueltamente Isidoro de Riew y si el diez de Junio no muriera el Patriarca mismo de Constantinopla, dejando escrito que se adhería por completo á los dogmas y á los cánones de la Iglesia Católica. Más desde el diez á fines de este mes todavía se oscurecieron mil veces los horizontes y se acercaron las negociaciones á términos de rompimiento. Poco despues de mediado el mes pidieron permiso los griegos á los latinos

33203

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

para irse á Venecia. Y solamente el dia veintiseis, cuando se encerraron seis doctores en la Biblioteca del Papa, y el Emperador con todo su clero refrescó en el comedor, resueltos á terminarlo todo, se consiguió una avenencia confirmada en la fiesta de San Pedro el dia veintinueve de Junio. Y aun por aquellos momentos estuvieron á punto de romper las negociaciones, á causa de que el nombre del Emperador no iba junto al nombre del Papa en la cabeza de los decretos conciliares, y á causa de que la supremacia de este se declaraba segun los dichos de los Santos y no segun la letra de los cánones. Por fin, el cinco de Julio se firmó la concordia por el Papa en su palacio de Santa Maria Novella, por el Emperador en el palacio de Strozzi, por los griegos en la iglesia de San Francisco y por los latinos en la iglesia de San Pedro. ¿Habia ó no razon para los regocijos que hemos apuntado al comienzo de este capítulo?

El Papa se regocijaba por la terminacion del Cisma y Florencia por la alegría del Papa. Si las calles ardian en fiestas, ya puede imaginarse qué sucederia en la catedral, reunidos el Emperador de Constantinopla y el Pontífice de Roma, entonando sendos coros los Padres de la Iglesia latina y los Padres de la Iglesia griega, cuyos acordes se juntaban en la inmensidad de los cielos. Santa Maria dei Fiori acababa de terminarse y su cúpula aun no parecia enteramente terminada. Y bien puede decirse que la novedad del edificio cuadraba á la novedad del instante. No es uno de estos templos del Renacimiento en que los grandes arquitectos juntaron con cierta majestad los arcos de las termas romanas y la rotonda del panteon elevada sobre el crucero á las alturas como compitiendo con la misma bóveda del cielo; no es tampoco una de estas iglesias góticas, tan sublimes, que recojen la luz por las ventanas triangulares y los rosetones místicos, al través de los vidrios de colores, para aumentar la belleza de los encajes de piedra y de los alicatados orientales, entre cuyos caprichosos dibujos y guirnaldas surgen sobre repisas sostenidas por cabecitas en éxtasis y bajo doseletes floridos y recamados con follaje de mirto y de acanto, las vírgenes, los mártires, los ángeles, los serafines, batiendo en aquel éter sus alas de oro y entonando eternamente de sus labios de piedra un Te-Deum propio de tanta y tan deslumbradora poesia: la catedral de Florencia no es ni bien gótica, ni bien greco-romana; por la sábia estática de sus columnas y machones compite con los templos de tiempos mas cercanos á nosotros, con San Pedro de Roma, con San Pablo de Lóndres, con el Escorial de España; por la construccion de sus arcos tiene cierta tendencia, pero no mas que tendencia á la ogiva, resultando de todo esto un edificio singular en armonía con la singularidad de aquel momento histórico y de aquel extraño Concilio. Su rotonda, la mayor en su género, obra milagrosa de Brunelleschi, primera elevacion al cielo de las piedras amontonadas por este Anfon del Renacimiento, pasa con justo motivo por prodigio de arte, pero no pasará jamás por milagro de fe, que la

fe iba ya cayendo en aquel su ocaso, en el sepulcro de donde surgia resucitada y rejuvenecida el alma de la antigua Grecia. Hoy mismo, adornada por cinco siglos sucesivos, parece Santa Maria dei Fiori demasiado austera por demasiado desnuda. ¿Qué no pareceria entonces recién concluida, apenas quitados los andamios necesarios á la construccion de su maravillosa cúpula? En el pavimento brillaban los lirios de las armas florentinas cantados por el poeta, frescos y bellos como los lirios selváticos de las campiñas toscanas; en las paredes se veian sepulcros tan dignos de respeto como el de Giotto, que inmortalizó con sus pinceles á Florencia, y como el de Orso, que la defendió con sus huestes; aquí la silla de San Zenobio cincelada por la mano de Ghiberti y sostenida por seis ángeles que parecen venir, no de los cielos cristianos, de los campos donde crece el laurel de los dioses y corren las aguas de la Castalia y del Alfeo; allí el San Márcos de Nicolás de Arezzo en su austera severidad ó el fresco de Paolo Uccello que representa uno de los mas valerosos condotieros ingleses montado sobre su caballo de guerra; en la pared maestra lateral de la izquierda el Dante entristecido, envuelto en su larga túnica, ceñida la cabeza con gorra florentina y la gorra florentina con corona de laurel, mirando la ingrata patria, á quien devolvió en cambio de tristísimo don de la vida, el rico don de la gloria; en la sacristía las puertas de bronce enriquecidas por los bajo-relieves de Robia, y á pesar de estas maravillas perdidas en aquellos espacios, reina por todos ellos una verdadera desnudez, que convenia al momento supremo de la reunion última del Concilio, porque no renovaba con ningun recuerdo doloroso antiguas heridas, ni ofendia con ninguna evocacion inoportuna de tiempos ya pasados antiguas y santas tradiciones.

Mas durante la misa en que se promulgó el Decreto final del Concilio, brillaba Santa Maria de Florencia como nunca, tapizada ricamente; esclarecida de infinitas luminarias, ocupada por muchedumbre de cardenales, patriarcas, príncipes, arzobispos, obispos, gentiles-hombres, damas, pajes, caballeros, soldados, vestidos todos con sus mas ricas preseas, y sobre los cuales levantaban sus sagradas cabezas el Pontífice de Roma y el Emperador de Constantinopla. Éste delumbraba á cuantos le veian con una piedra que ostentaba sobre su frente y que diríase arraneada por sus vislumbres al sol, para comprar con su precio la tierra. Era un rubí del tamaño de un huevo de paloma. Parecia imposible superarle. El Papa llevaba sobre su túnica de color jacinto, bajo la cual salian sus sandalias de púrpura realzadas con cruces de brillantes, una alba de encaje veneciano y sobre el alba una capa pluvial de tisú de oro, recamada con pedrería, y circuida por franja compuesta con las mejores perlas que hasta entonces se halláran en los mares. Su tiara cincelada por Ghiberti para aquella ocasion suprema correspondia á la solemnidad de la ceremonia, única en los anales del mundo. Treinta y ocho mil florines valian las piedras que la adornaban. Relieves repujados

8358

de la manera mas exquisita la cubrian de abajo arriba. Por un lado veíase Nuestro Señor en trono de nubes y circuido de ángeles, y por otro lado Nuestra Señora circuida de ángeles tambien, figuras con tal belleza dibujadas y esculpidas, que podia creerse en la resurreccion y advenimiento de Fidiás entregando al cristianismo este bajo relieve trazado con los cinceles perdidos entre las ruinas del Parthenon. Para mostrar el Papa su incalculable superioridad sobre todos los patriarcas de todas las Iglesias, no habia menester ni las sentencias de los Santos Padres, ni los cánones de los concilios ecuménicos; bastábale presentarse con su tiara en la frente y decir al mundo que reinaba sobre almas capaces de idear y de ejecutar aquellas milagrosas maravillas. Si luego tendiais la vista por otros lados descubriais junto á los grupos de cardenales vestidos de púrpura los grupos de diáconos con sus casullas argentadas; aquí los magistrados florentinos envueltos en rozagantes túnicas de terciopelo y raso, cerca de los frailes de todas las órdenes con sayales negros, pardos, azules y blancos, allá los arzobispos y obispos de la Iglesia latina con sus mitras y sus capas sostenidas sobre el pecho por broches que cuajaban multitud de preciosas piedras; por todas partes, los eclesiásticos griegos y orientales, los patriarcas con sus anchos sombreros patriarcales, los monjes con sus hábitos de estameña oscura y sus colosales capuchas; los prelados orientales con su veste de tisú y sobreveste de seda y su manto de brocado y sus mitras bizantinas parecidas á imperiales coronas, juntamente con los nobles griegos de trajes talaes tan ajustados y tan finos, y los albaneses con pintorescos uniformes, y los esclavones con ropillas de escarlata, y los croatas con gabanes de raso verde circuidos con pieles oscuras, y los valacos con sotanas de paños sedosos, y los transilváneos con sus cuellos desmesurados y prendidos á la garganta por botones riquísimos, representantes todos de varias razas y naciones, mezclados con aquellos nobles de todas las ciudades italianas, venecianas, florentinas, genovesas, enriquecidos por el comercio, por el trabajo, por la libertad, gastando más en trajes y preseas, ellos simples ciudadanos, que los primeros y más poderosos reyes de la tierra. Unid á toda esta riqueza en la cual se reflejaban y se rompian formando mil varios juegos de matices, tantas luminarias, unid las melodías del órgano, los ecos de los cánticos sagrados, las nubes del incienso, la solemnidad de la ceremonia en que oficiaban ó tenian la participacion de su presencia prelados venidos de tan remotas regiones, diputados de tan diversas iglesias; y decidme si al romper Eugenio IV en el *Te-Deum* sublime, y contestarle el coro inmenso formado por tantas voces y el clamoreo de todas las campanas de Florencia echadas al vuelo en alegre repique, no debia parecer, por olvidada y perdida que esté nuestra pobre tierra en los espacios, la ascencion sublime de su espíritu, del espíritu humano, por esas trasformaciones propias de su inspiracion y de sus ideas, desde el polvo y las sombras de este mundo limitado á la inmensidad de la gloria y á

la presencia del Eterno. Parecia que así como al concluirse el mundo antiguo y cerrarse el libro apocalíptico de la antigua historia; cuando el Capitolio temblaba á guisa de montaña desgajada en pedazos, y los dioses de la Naturaleza caian á guisa de hojas desprendidas del árbol de la vida; en la interseccion del Asia y Europa, en Nicea, se habian reunido bajo la espada de los bárbaros aullando hambrientos de matanza los Padres de la iglesia para completar la idea del Padre con la idea del Verbo; once siglos más tarde, cuando el Vaticano bamboleaba á los primeros asomos de la heregía y á las primeras sublevaciones del clero y Bizancio se doblaba á la cimitarra de los turcos, la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente se unian en el Concilio de Florencia, Jesucristo y Platon en las academias de la filosofía, á fin de difundir por el espíritu humano, á la hora de comenzar la historia moderna, de nacer el Nuevo Mundo, de renacer el antiguo, en aquel Tabor de la humanidad, el fuego divino del Espíritu Santo, que necesitaban para completarse la razon libre y la conciencia emancipada.

proporcionadas á sus grandes culpas en castigo de esa audacia que habrá colmado la paciencia del Señor.

—Verdaderamente, añadió el segundo cardenal después que hubo Su Santidad concluido, verdaderamente no puede comprenderse la ceguera de aquellos que todavía están alejados del redil y de su pastor. Cristo acaba de hacer un milagro patente para mostrar al mundo como está siempre en comunicacion estrecha con su Iglesia. El Oriente, tocado de un orgullo parecido al orgullo de Satanás, separóse por completo del Occidente católico, cayendo en el infierno de la heregía. El César Bardás, de perversas ideas porque bebía su ciencia entre los árabes; y de perversísimas costumbres porque vivía amancebado con su propia hijastra, después de haber querido apuñalar á Ignacio, Patriarca legítimo de Constantinopla, que le reprochaba aquellos desmanes, le envió á lejana isla, nombrando para reemplazarle un complaciente sofista, capaz de ceder á sus heregías y sus vicios. El demonio puso en este alumno suyo, en el infame Phocio, todas las seducciones imaginables, riqueza, gracia, sabiduría, elocuencia, para que tentara á un mundo entero y lo perdiera como su malignidad perdió á nuestros primeros padres en el primer Eden. Todo un caballerizo de las cuabras imperiales pasó á gefe de la Iglesia griega por arbitraria voluntad de un tirano, enteramente falto de propias luces y de ajenos consejos. Y se quería que Roma confirmase este odioso nombramiento. Los legados del Papa fueron comprados en Constantinopla, que intentó comprar después al Papa mismo. Pero no contaban con el Espíritu Santo, cuyas alas protegen la infalibilidad inmutable de su Iglesia representada por su eterna cabeza, el Soberano Pontífice. Y el Espíritu Santo habló por boca de Roma y condenó las heregías orientales. En vano un Emperador lujurioso, por casarse cuatro veces, reconoció un credo y un patriarcado maldecidos por la verdadera Iglesia de Dios. La unidad de doctrina quedó en Roma; y la Iglesia de Oriente apareció como una Iglesia cismática. Tras seiscientos años el cisma cae, y el Emperador vuelve á nuestro regazo, y el Patriarca de Constantinopla muere, dejando en testamento las mas claras verdades del dogma y el mas explícito reconocimiento de la Iglesia como un legado divino á todos los fieles; y bajo las bóvedas de Santa María dei Fiori se lee el Evangelio de Cristo en griego y en latin, se canta el simbolo de Nicea reconocido por todos, se cambia el beso de paz entre dos Iglesias cristianas que forman ya una sola desde el Oriente al Ocaso.

—Y en estos tiempos de verdaderos milagros, añadió Eugenio, descritos por vuestra elocuencia con tanta verdad, pretenden imponernos una jurisdiccion superior á la verdadera jurisdiccion soberana, cuando tan clara hemos visto la divina gracia sobre nuestra persona y nuestras decisiones. Dícesenos desde las orillas del Rhin por una turba de ambiciosos, rebelados en la Santa Iglesia de Basilea, que no podemos excomulgar y ellos si, como

CAPITULO IV.

Súplicas de un laico y escrúpulos de un Papa.

Al día siguiente del Concilio, se encontraba la santidad de Eugenio IV en su cámara de Santa Maria Novella, convento transformado en palacio, muy satisfecho de haber venido á meditado acuerdo con la Iglesia griega, cerrando el cisma de Oriente con definitiva concordia. Junto á magnífica mesa, bajo dosel de brocado, en silla verdaderamente imperial, destacábase su majestuosa figura radiante de alegría; y en torno, de pié, agrupados segun sus gerarquias, véianse varios cardenales de la Santa Iglesia Romana, con los rojos mantos de púrpura, las sotanas de seda, tambien rojas, sobre las cuales resaltaban los blancos roquetes de finísimos encajes que les caian hasta las rodillas, dando indudablemente con su presencia solemnidad verdadera á la figura principal del aquel acabado cuadro. La conversacion versaba sobre el asunto del día, sobre los Concilios rivales, asunto enlazado con la paz de la Iglesia y con la disciplina del clero.

—¿Qué dirán ahora los Padres de Basilea?

Preguntaba el cardenal más cercano al Papa, después de haber oido las exaltadas palabras de éste sobre los beneficios guardados para la Iglesia en el Concilio de Florencia.

—Digan lo que quieran, respondió el Papa, cuando un Concilio ecuménico, sin igual desde los tiempos del segundo de Nicea acaba de hablar, solamente toca y corresponde á los verdaderos católicos doblar las voluntades y las inteligencias al par de las rodillas y de las frentes. Si persisten los Padres de Basilea en su rebeldia, á los rayos divinos que les he lanzado, en nombre y por inspiracion del Espíritu Santo, seguirán grandes calamidades

si la delegacion de Cristo mismo no estuviera en nuestra persona, y en nuestras manos las llaves del cielo. Cuando los he llamado á Ferrara á fin de que á Nos se unieran sumisos en la obra de reconciliacion entre las dos Iglesias, hánse resistido á pesar del voto expreso de nuestros legados y del acuerdo de una parte de sus cofrades. Y han desconocido los Concilios ecuménicos de Ferrara y Florencia; y han citado á comparecer en Basilea, como si fuera un criminal cualquiera, al gefe de la Iglesia, desacatando de esta suerte al Espíritu Santo y por consecuencia á toda la Santísima Trinidad. Nos atizaremos pronto el fuego de la Inquisicion bajo sus plantas hasta que atizen los ángeles de las tinieblas el fuego del infierno para sus almas, pues no podemos perdonarles, á pesar de nuestra mansedumbre y nuestra misericordia, que venidos los orientales de tan remotas tierras á occidente nos hayan hallado rotos por estas disensiones y acongojados por estas penas; y que, al irse unidos á nosotros en espíritu y doctrina, nos dejen mas divididos y mas enconados que nunca. El rey de Francia y el Emperador de Alemania sostienen á nuestros enemigos empeñados en erigir Iglesias dentro de las cuales no quede ni una sombra siquiera de la autoridad de Roma. Inútilmente nuestro cariñoso hijo el rey de Aragon ha movido al sabio arzobispo de Palermo á que defendiera nuestra Iglesia y á Nos en admirable arenga. Juan de Segovia, en su respuesta, llevó la desvergüenza hasta llamar herege á nuestra sagrada persona. Y como un prelado le interrumpiera, han puesto al interruptor de rodillas en medio del Concilio, durante toda una sesion, como á niño de escuela, dándole á beber y apurar las amarguras y las ignominias que los judíos á Cristo en el pretorio. Y el arzobispo de Burgos ha llegado hasta la demencia de querer probar la del Concilio sobre mi autoridad, no solo por textos más ó menos adulterados de los Santos Padres y por cánones más ó menos fingidos de la Santa Iglesia, sino tambien por sentencias de un pagano, por sentencias de Aristóteles. Mas aun no acababa de cometer la culpa cuando ya tenia encima la pena. Su discurso comenzado con abundosa elocuencia fué interrumpido por una falta absoluta de memoria. Las rechiflas llegaron á tal extremo que la Santa Iglesia de Basilea parecía un circo de titiriteros, y el Concilio una compañía de bufones. Creeríase que todo estaba ya bastante profanado. Pues no, las cosas han llegado más léjos. Tomás de Corcellis pronunció un discurso horrible contra Nos y contra la autoridad por Nos recibida del cielo. Y al llegar á lo más furioso y más desatentado de tamaña perorata citó estas palabras de San Lucas, al capítulo veintidos, versículo treinta y dos; «he orado por vosotros, á fin de que no desfallecais en la fé, decídselo á la Iglesia,» pretendiendo que Nos no escuchábamos estas oraciones, y por tanto debíamos ser considerados como pagano, como relapso, como caido de nuestro sόlio altísimo, el cual tiene por superior únicamente en lo creado y en lo increado el sόlio celestial. Y como algunos de aquellos á quienes todavía

queda sentimiento de caridad negáran que tales palabras pudiesen aplicarse con propiedad á nuestra sacratísima persona, volviόse airado y dijo que cuantos me eximian de su aplicacion inmediata, ó eran cortesanos dispuestos á hablar así por sentimientos de adulacion y por apetitos de lucro, ó eran embusteros empeñados en discutir por tenacidad y por ignorancia. Al oír tal lluvia de injurias no reprimidas por quien dirigia la discusion, los injuriados se ponen de pié y comienzan á protestar á gritos y gestos y exclamaciones contra los injuriosos en ruidosísima algarabía; y mientras los embajadores de los reyes y potentados europeos detienen con sus brazos á tales energúmenos, verdaderos combatientes, con más aires de soldados que de apóstoles; el patriarca de Aquilea y el arzobispo de Palermo, cerrados los puños, espumosas las bocas, encendidos los ojos, temblorosos de rabia los cuerpos, se maltratan, y hieren á sendos golpes, comprometiendo á todos en los azares de tal irreverencia; rayana con guerra que hubiera podido ensangrentar aquel piadosísimo sitio, si la Providencia no velara por los que han investido con la suprema dignidad del sacerdocio hasta cuando, olvidados de sí, indignos de su ministerio, y adscritos al vasallaje de las pasiones más desacordadas, la desacatan y la afligen. El término de todo esto ha sido una sentencia de excomunion lanzada sobre Nos, y que os ruego leais atentamente para persuadiros de la infinita audacia del hombre y de la infinita misericordia de Dios. Leed, leed, hermano mio, en virtud de mi mandato y por necesidad de obediencia.

«Gabriel.....»

Leía el cardenal encargado de esta lectura:

—Ya veis, me dan mi nombre de pila en vez de darme el santo nombre que para su glorificacion y la glorificacion de mi Pontificado me inspiró el Espíritu Santo.

—Excusad, Santísimo Padre, dijo el primero de los Cardenales, excusad á estos príncipes de vuestro sacro colegio y cardenales de la Santa Iglesia Romana la amargura de leer, ó de oír leer tales blasfemias, cuyos ecos entristecerán á los bienaventurados del cielo y regocijarán á las potestades del averno.

—Me llaman contumaz, exclamó fuera de sí Eugenio IV. Me deponen por virtud de una sentencia que usurpa su divina autoridad á los cielos y su ministerio á la muerte. Eximen á los fieles de toda obediencia. Lanzan los reyes de la tierra en persecucion de mi persona como los cazadores y los monteros lanzan los perros en persecucion de los jabalíes por el monte. Impulsan además las potestades infernales á empeñarse en esta guerra fundada sobre un pacto de exterminio con Lucifer y sus legiones. Me llaman usurpador, rebelde, perjuro, incorregible, cismático, hereje, simoníaco, malversador, indigno hasta de la humana compasion y reo irremisible de la divina justicia, á mí, á un elegido segun las constituciones y cánones de la

Iglesia; ocupante del s6lio Pontificio, asistido del Espiritu Santo cuyas blancas alas veo sobre mi frente, destinado por eleccion de la divina gracia 6 ver reconciliadas las dos Iglesias cristianas y depuestos 6 mis pi6s el b6culo de los Patriarcas y el cetro de los Emperadores, por sucesor del ap6stol San Pedro y por vicario de Nuestro Se6or Jesucristo.

—Se6or, dijo el segundo de los cardenales, vibre V. S. sus rayos y caigan todos al pi6 de vuestro excelso tron6.

—Tanto mas, a6adi6 el primero, cuanto que la paciencia divina ha comenzado 6 cansarse. Los 6ngeles estermidores expedidos del cielo para descargar la ira celeste sobre estos nuevos Faraones y satisfacer la divina venganza, escondidos entre los giros del aire, acaban de exhalar su aliento de muerte, que se conoce por el veneno de la peste. Bien pronto ser6n todos envenenados, y despues de faltarles aqu6 el aire de la vida, les faltar6 all6 la luz de la gracia. Ya los veo sobre sus mundanales lechos, donde se daban al placer despues de haberse dado en c6tedras de pestilencia 6 la hereg6a, revolcarse entre dolores y sacudimientos terribles, lacerados de los pi6s 6 la cabeza, heridos en cada una de sus fibras, envenenados en las gotas de su sangre, destrozados y rotos en sus huesos, hasta pasar 6 otro mundo y caer rebotando en los mares de hielo, en los bosques de llamas, en los laberintos de ruedas, en los abismos de dolores, donde padecer6n tormentos sin fin y sin t6rmino, corporales y espirituales, entre las carcajadas y los juegos de todos los demonios, y con universal regocijo de todos los infernos.

—Hable V. S. y el mundo entero oir6 su voz.

Grit6 el 6ltimo de los cardenales.

—Escribid ahora mismo, dijo el Papa, dirigi6ndose al primero de los Cardenales presentes, la bula de excomunion. Llamadles asamblea de bandidos, capaces de quitar 6 t6do el g6nero humano honra y vida, impulsados por el soplo venenoso de cuantos demonios hay esparcidos en tierra, aire, agua, y fuego, por montes y por abismos, para colmar la medida de todas las iniquidades imaginables y desolar con abominaciones sin cuento la Iglesia de Dios y sus eternas dominios. Llamadles hijos de las brujas, padres de los enemigos, escandalosos fornicadores, criminales sin remordimientos, asesinos insaciables, ladrones de las almas como Satan6s, violadores de la humana conciencia, destinados al juicio inapelable del Se6or como Cor6, Dathan y Abiron, para escarmiento de los herejes del mundo, terror de los condenados al infierno, y pesar de los 6ngeles del cielo, los cuales sentir6nse sedientos de inmediata venganza, y abrasados hasta en sus tronos incommovibles por los rel6mpagos de c6lera que lanzar6n los airados ojos del Eterno.

—S6, dijo el primero de los cardenales, que sientan 6 un tiempo el peso de su culpa y de vuestro castigo; que los hombres se aparten de ellos como

de los ap6stados y de los leprosos; que las v6boras levanten sus 6spides para herirlos, y los perros rabiosos afilen y envenenen sus dientes para morderlos; que en las negras nubes bajen bandadas de cuervos carniceros 6 separarles las carnes vivas de los huesos y 6 com6rselos en pedaz6s como si fueran ya cad6veres corruptos; que los rayos del cielo azoten sus espaldas mientras las esp6nas del campo desgarran sus plantas; que tengan los hombres verg6enza de socorrerlos, y todo cuanto haya de tierno y de compasivo en la creacion se aparte de ellos, y todo cuanto hay de duro y de cruel en ellos se cebe con su apetito insaciable y su voracidad inextinguible, hasta exterminarlos y hundirlos en la implacable eternidad de las crueles penas y de las eternas sombras.

—Id en buenhora, dijo el Papa, id todos 6 redactar esa excomunion y tra6dmela encendida en vuestras implacables c6leras y venganzas. Que la muerte se cebe en esos rebeldes, y despues de la muerte, el fuego del infierno.

Y los cardenales bajaron la cabeza y se fueron 6 redactar la excomunion que les habia sido encargada por el Papa. Cuando todav6a le temblaban los l6bios con la vibracion de estas palabras y le ardian las mejillas con el fuego y el ardor de estas c6leras, abri6 Eugenio IV un libro de horas y rezos, ilustrado por espl6ndidas miniaturas, regalo de los novicios de un convento florentino, y ley6: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos ser6n consolados. Amad 6 los que os aborrecen; interceded por los que os persiguen y os calumnian.»

Cerr6 Eugenio IV el libro como si le quemara, y 6 fin de no arrepentirse de su c6lera 6 este aviso de la divina palabra, convirti6 la atencion 6 cosas mucho mas mundanales y llam6 con viveza 6 su tesorero.

—¿C6mo andamos de dinero?

—Muy mal, Santidad, muy mal.

—¡Ah!

Suspir6 profundamente el Papa.

—Esos prelad6s y esos pr6ncipes griegos se nos han comido por un pi6.

—S6, son voraces.

Observ6 Eugenio IV.

—Dir6ase que no habian catado el pan en toda su vida, segun han venido aqu6 de hambrientos 6 sacar la tripa de mal a6o.

—Mi autoridad se ha glorificado mucho con su presencia.

Observ6 severamente el Papa.

—No lo niego; pero se ha resentido mucho vuestro tesoro.

—Y ahora hay que conducirlos nuevamente 6 sus estados.

—Pues estamos frescos.

—No tiene remedio. Ocorre 6 todas estas necesidades inmediatamente.

—Se6or; para tanto gasto necesitaria V. S. tener 6 mano la antigua fa-

bulosa Hesperia, donde se cuenta que eran de oro y plata hasta las cacerolas de las cocinas.

—Promulga unas cuantas indulgencias y vende unos cuantos beneficios.

—Pero ni eso siquiera dá gran cosa desde que han promulgado tantas herejías los Padres de Basilea.

—¡Infames! Empobrecer de esta suerte la Iglesia de Dios.

—Ya vé V. S. lo que han hecho con la mayor de nuestras rentas, con las annatas.

—Las han echado por la ventana.

—So pretexto de que solo servian para las Cruzadas y de que ya no hay Cruzadas, han limpiado como una patena el tesoro pontificio.

—Y los pueblos obedecen al Concilio.

—En diciéndoles que no paguen, los pueblos obedecen á todo el mundo.

—¿Aun á riesgo de sus almas?

—Mucho me cuesta decírselo á V. S.; aun á riesgo de sus almas.

—Diantre.

—¿Qué le pasa á V. S.?

—Pues la natural extrañeza de ver como las proposiciones más heréticas se deslizan hasta mi propia cámara.

—Yo, Señor, no apruebo que tal suceda; pero digo que sucede. Y como nadie lo experimenta de una manera tan viva cual este vuestro siervo, nadie cual este vuestro siervo se queja.

—Dejémonos de quejas y vamos al grano.

—Pues vamos al grano.

—Dinero para los griegos.

—No lo tengo ni para griegos ni para romanos.

—Ya ves, hay que reembarcar y conducir hasta Constantinopla una Iglesia ambulante compuesta de veintiun prelados, y un Imperio compuesto de un Emperador y setecientos cortesanos.

—Las carnes se me abren solamente de pensarlo. Y que no son amigos del fausto y de las fiestas los tales señores. Han arruinado la Señoría de Venecia en los tres días que han vivido allí, siempre de regocijo y de jolgorio.

—Tienes razon.

—V. S. mismo en el festin que ha dado para celebrar la vuelta de esos Hijos pródigos á la casa paterna, ha consumido un reino.

—Y como no bastan ni la palabra ni el ejemplo; como el Espíritu Santo mismo nos aconseja el impeler á los inciertos con alguna coaccion material á entrar en su Iglesia; para que firmaran el acta por la cual ha caído la pared separatoria entre las dos grandes comunidades cristianas, he tenido que prometer, además de todos esos gastos de ida y vuelta, el sustento de la guarnicion de Constantinopla, el envío de cuatro galeras, la obligacion de

procurar todo el dinero que necesiten á la primera notificacion que dirijan

—¡Cielo Santo!

—¿Te asustas?

—¿Pues no he de asustarme, Santidad?

—La palabra imposible no consta en el diccionario de los sucesores de San Pedro.

—Y sobre todo en el particularísimo que para su uso propio tiene la Santidad de Eugenio IV.

—¿Qué quieres? He llegado hasta ceñirme la tiara, sueño irrealizable. He visto venir á mis plantas el Imperio fundado por Constantino. He borrado para siempre la heregía de Phocio. He concluido un cisma. Despues de esto solo falta.....

—Dinero.

—No me despeñes de estas alturas á esa triste realidad.

—Mi deber consiste en advertir á V. S. del estado de su tesoro y cumplo mi deber.

—Promulgaremos nuevas indulgencias. Abriremos un jubileo al cual vengán todos los católicos. Tocaremos á rebato para reunir una nueva Cruzada con ánimo decidido, ó bien de defender á Constantinopla, ó bien de recobrar á Jerusalem. Y la cristiandad entera tendrá sus manos llenas de presentes y riquezas al Papa mas asistido del Espíritu Santo, puesto que él y solo él ha cerrado el Cisma entre las dos Iglesias separadas y devuelto su unidad al mundo cristiano.

—Y no quisiera, Señor, entibiar en nada el justo entusiasmo de V. S. Mucho menos quisiera oponer objecion ninguna á cuanto sale de esa boca divina, por cuyo conducto habla el Espíritu Santo. Pero no dude V. S. que la fé católica se entibia. No dude, que si el cisma de Oriente se ha cerrado, el cisma de Occidente parece todavía abierto en las rivalidades y en los combates de los Concilios. ¡Ah! Los pueblos no saben á qué asamblea creer, como hace poco no sabian á qué Papa seguir. Esta incertidumbre de los ánimos engendra necesariamente penuria de los tributos. Cuando V. S. propone, sirve para un tiempo remoto, para un espacio largo; no sirve, no puede servir en este momento de angustias y de apuro.

Al decir estas últimas palabras el tesorero, la voz de uno de los Ugieres del Papa grita:

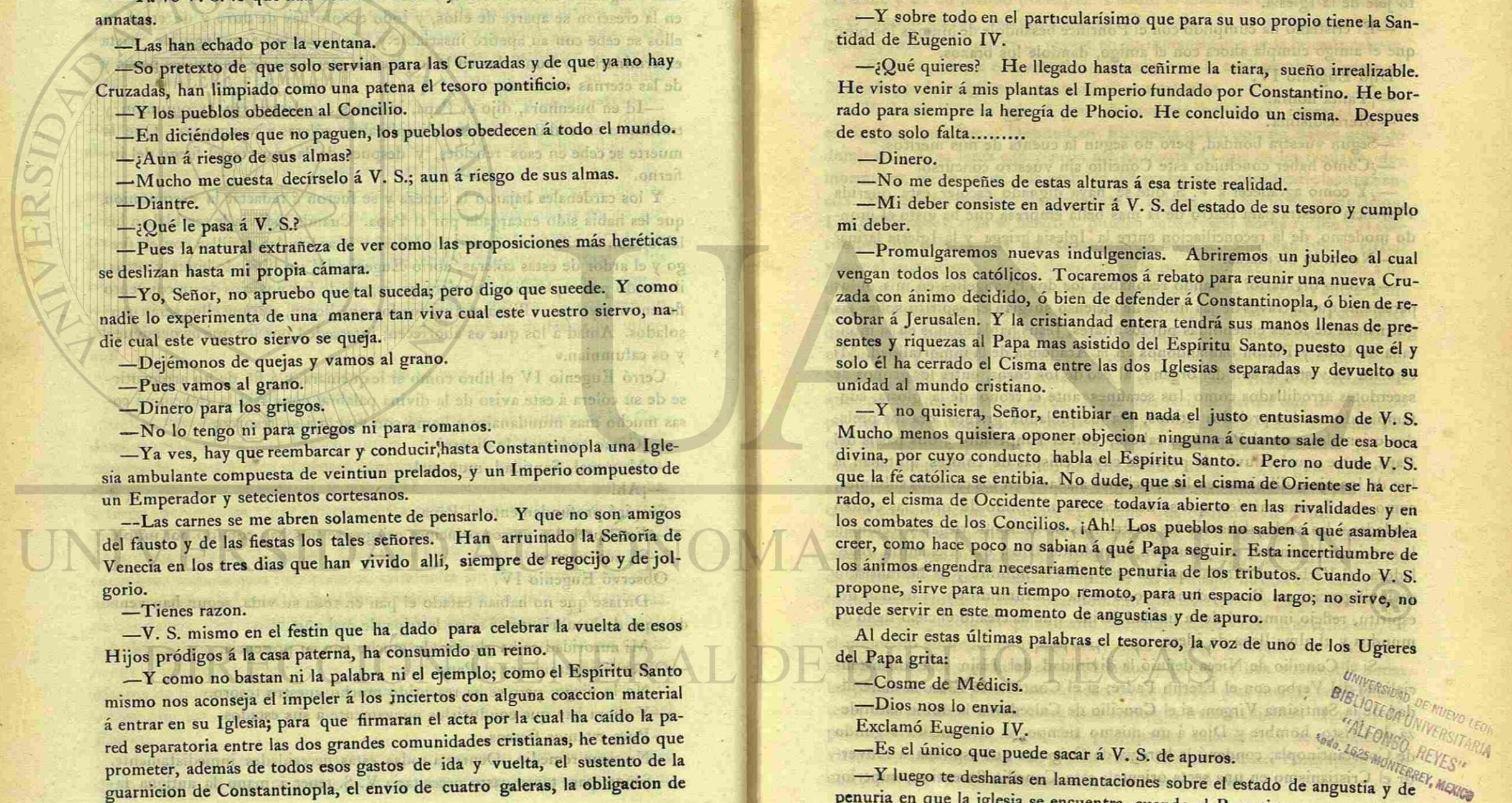
—Cosme de Médicis.

—Dios nos lo envia.

Exclamó Eugenio IV.

—Es el único que puede sacar á V. S. de apuros.

—Y luego te desharás en lamentaciones sobre el estado de angustia y de penuria en que la iglesia se encuentra, cuando el Papa tiene para su digni-



dad espiritual de rodillas á un lado el Emperador de los griegos y para su provecho material de rodillas á otro lado al Emperador de los banqueros.

—Dios guardé á V. S. largos años para bien de la cristiandad y para gloria de la Iglesia santísima de Jesucristo.

Dijo Cosme de Médicis al entrar, posternándose á los piés del Papa y poniendo sus lábios en la cruz de las sagradas chinelas que calzaba el augusto jefe de la Iglesia.

—El cristiano ha cumplido con el Pontífice besándole de hinojos los piés; que el amigo cumpla ahora con el amigo, dándole los brazos.

Dijo Eugenio IV.

—¡Tanta honra!

—Merecidísima.

—Segun vuestra bondad, pero no segun la cuenta de mis méritos.

—¿Cómo haber concluido este Concilio sin vuestro concurso?

—¿Y cómo agradecer á V. S. que se haya dignado escoger esta querida Florencia nuestra para teatro de la mas bella empresa que ha visto el mundo moderno, de la reconciliacion entre la Iglesia griega y la Iglesia latina?

—Nunca lo olvidarás.

—¿Cómo olvidarlo? Cuando resonaban los dos Evangelios en mis oídos parecíame que al través de las nubes de incienso surgían en espíritu sobre las guirnaldas de luces encendidas por los altares, Jesús hablándonos en la montaña de Dios y Platon hablándonos en la Academia de la inmortalidad. Mi espíritu ha visto, al son del órgano, al eco de los coros, entre los grupos de sacerdotes arrodillados como los serafines ante el trono de la gloria, contemplando ora los prelados latinos, ora los prelados griegos, ora los prelados orientales, con el Papa á su cabeza, con el Emperador á dos pasos del Papa, entre aquel diluvio de pedrería cuyas chispas de colores quitaban la luz de los ojos, dibujarse en las oraciones aladas y en los cánticos sublimes, como esas figuras místicas que se destacan de un fondo de oro, las cuatro ciudades á las cuales debemos los cuatro ríos de ideas que riegan y fecundan la conciencia humana; esa Jerusalén, templo de Dios; esa Alejandría, reveladora del Verbo; esa Atenas que ha esculpido al hombre y ha hermoñado su inteligencia; esa Roma, donde todo se ha confundido en la unidad del espíritu, reflejo inmortal de la unidad divina, que ha creado el cielo lleno de mundos y el alma llena de ideas.

—Si el Concilio de Nicea definió la divinidad del Hijo y la consustancialidad del Verbo con el Eterno Padre; si el Concilio de Efeso la maternidad de la Santísima Virgen; si el Concilio de Calcedonia la doble naturaleza de Cristo, hombre y Dios á un mismo tiempo, si el Concilio segundo de Constantinopla, condenó la herejía de Orígenes que aspiraba á convertir el Cristianismo en una secta oriental; este Concilio florentino, superior

penuria en que la Iglesia se encuentra cuando el Papa tiene su digni-

á todos los otros, ha señalado la procedencia del Espíritu Santo y ha reunido en el seno de una sola fé y bajo el cayado de un solo pastor la Iglesia universal.

—Imagine V. S. cuan agradecida ha de estarle Florencia que con motivo de la union entre las dos Iglesias puede asegurar que ha sido el sitio donde se han juntado el espíritu de Oriente y el espíritu de Occidente en una misma alma y en un mismo principio. Platon, el Bautista espiritual de Cristo en el mundo heleno, ha resucitado en Florencia y la ha convertido en segunda patria de su espíritu, mayor en su inmensidad que la bóveda celeste.

—Todo lo merece esta artística poblacion en la cual domina Cosme de Médicis por la mágia y la variedad de sus talentos.

—V. S. me abruma bajo el peso de tamañas bondades, expresadas con esa ingénuo sencillez. Domino en Florencia quizá por no haber querido dominarla. Una larga experiencia me ha mostrado que en las ciudades democráticas, quien aspire á la realidad del poder ha de sacrificarle las apariencias. Por eso he buscado sinceramente el mérito y he huido de la adulacion. Los principados, que se heredan, pueden conservarse por la rutina y la costumbre; los principados, que se adquieren, solo se conservan por la virtud y por el patriotismo. Falto de armas y de poder militar lo debo todo á mi destreza; y es bien difícil esta destreza en pueblos tan diestros y entre hombres tan listos como los buenos florentinos. Aprovechar todas las ocasiones de servirles; he ahí mi único mérito. Vincular en mi familia una autoridad no política y tangible, sino moral y como la mía, he ahí mi única esperanza. Solo dependo de mí, por consecuencia corro menor riesgo de estrellarme que cuantos dependen de otros. Nada más fácil de perder que lo adquirido por los favores caprichosos de la fortuna, y nada mas fácil de conservar que lo adquirido por los esfuerzos tenaces del trabajo. Mientras los demás han pretendido gozar yo he pretendido dirigir. He gobernado con sacrificio de mi persona y en provecho de mis conciudadanos. Nunca he creído como muchos orgullosos patricios que apoyarse en el pueblo equivalía á apoyarse en el fango. Nunca tampoco, he imaginado á la manera de ciertos plebeyos, ó partidarios de la plebe, que perseguido y acusado por los de arriba, encontraria segura defensa en los de abajo, ilusion que bien pronto desmentirian los hechos, pasándome lo que en Roma le pasó á los Gracos desoidos del pueblo en quien tanto confiaran cuando mas lo necesitaban, en el momento supremo de la derrota y de la muerte. Ciudadano de esta Florencia donde los combates entre patricios y plebeyos han estremado todas las pasiones, puse particular empeño en equilibrar esas fuerzas contrarias y tener una posicion media entre esos enemigos irreconciliables. Los principados civiles no son, Señor, los principados eclesiásticos sostenidos por virtud de una autoridad tan grande como la autoridad del Pontificado y de una proteccion tan directa como la proteccion del cielo.

—Si no tienes la virtud de esa magistratura religiosa, tienes en cambio, la virtud de las artes.

—Es verdad, las amo con pasión.

—¿Y cómo va la casa?

—Adelanta cada día más.

—No la quisiste tal como la presentara en sus planos Brunelleschi.

—No, señor.

—¿Por qué?

—Por una razón sencillísima, casa grande acusaría grande soberbia. Y grande soberbia heriría á un pueblo tan susceptible como Florencia.

—Pues los Pittis han adoptado para su palacio los proyectos del sublime arquitecto.

—Los Pittis no se miran á sí mismos, ni miran tampoco á cuantos les rodean. Brunelleschi gusta de las cosas grandes. Lanzado en el tiempo de mi destierro, como un náufrago sobre las gigantescas ruinas de Roma, ha acostumbrado los ojos á aquellas perspectivas inacabables y ha sometido los cálculos de su entendimiento á aquellas moles inconcebibles. En vez de sobreponer piedras como los albañiles, sobrepone montañas como los titanes. Esa magestad resulta admirable para los edificios públicos; inadmisble para los hogares donde pocos corazones deben juntarse y confundirse. Si levanto un palacio inmenso, crearán mis conciudadanos que aspiro á levantar una inmensa tiranía. Acuértese V. S. de Augusto que tenía modesta casa en Alba, y todavía más modesta en el Palatino, para que aquellos republicanos, los cuales solamente adoraban ya las apariencias de la libertad, se creyeran gobernados por uno de sus modestos conciudadanos y no por uno de sus terribles dictadores.

—Pero en tu casa las maravillas se aglomeran por todas partes y la riqueza de los adornos que no descubre la vista de los profanos compensa con mucho la exigüidad de las proporciones.

—En efecto, Señor, mi casa es un verdadero templo de las artes, por aglomerarse en ella todo cuanto ha producido Florencia, en esta nuestra época, de más acabado y hermoso. Donatello ornó mis patios con bajos relieves de aquellas transformaciones paganas que más han sonreído á la fantasía por sus formas y á la inteligencia por sus ideas, en las cuales se encerraba profundo sentido de las manifestaciones varias de la vida en el inmenso Universo. Ucello traza en las paredes sus largas perspectivas pobladas de pájaros que parecen volar y cantar en animado concierto y en diversos giros. Dello resucita en los techos la antigua teogonía en que los poetas griegos y latinos se inspiraron. Aquí las diosas en su olímpica serenidad; allá las ninfas en sus graciosos movimientos; acullá las bacantes pidiendo á los airecillos, que levantan en su carrera y que agitan sus tendidos cabellos, besos de amor; y por todas partes el coro inmenso de los géneos que llenan con

sus armonias la Naturaleza. Luego joyeros, cinceladores, tallistas, venidos de los talleres de Donatello ó de Ghiberti, circundan todas estas pinturas con aquellos marcos de ornamentación prodigiosa, cuyas líneas encantan los ojos y mueven la fantasía á sonrosados ensueños, acompañando maravillosamente aquí un cuadro que resalta sobre telas de Oriente ó tapices de Flandes: allá una estatua aislada en las perspectivas de la galería ó escondida en las sombras de misterioso nicho; acullá sobremesas talladas con exquisito gusto, áureas cajas de nuestros joyeros, vasos sembrados de perlas por esos magos de la cristalería que se llaman venecianos, figurillas de Ghiberti comparables con las figuras de Grecia, porcelanas de Lúcas de la Róbia, cuyos esmaltes semejan á disoluciones de piedras preciosas; todas las maravillas del arte.

—Y haces bien, porque en tales obras, recreándose la imaginación, alaba al Señor y comprende toda la grandeza y toda la magestad de su poder, pues inspira á estos hijos del pecado tamañas maravillas, lejano y apagado, pero verdadero reflejo de las maravillas celestes.

—Pues ahora he encontrado un pintor que excede á todos en fecundia creadora y en amor á la Naturaleza cuyos espectáculos reproduce con un sentido verdaderamente artístico y una realidad verdaderamente maravillosa.

—¿Hablas de Filippo Lippi?

—Vuestra Santidad ha acertado.

—¿Quién no habla de Filippo despues que ha regalado á tu mujer ese precioso cuadro de que todo el mundo se hace lenguas?

—Yo traigo á V. S. hoy un cuadrito bellísimo: varios ángeles sosteniendo en sus rosadas manecitas girnaldas de frescas flores.

—Cuanto lo agradezco. Veámoslo.

Cosme hizo una seña y diligente Ugier trajo el precioso cuadrito.

—¿Qué vida y qué armonía! Parecen como recién-creados. Quizá reproducen con demasiada exactitud los tipos naturales, no obstante, representan figuras angélicas. Pero admitiendo que el pintor se haya propuesto representar la verdad no pueden ser más verdaderos.

—Pues lo tengo encerrado en mi palacio, con permiso del prior de su convento, para que decore una de sus habitaciones.

—¿Cómo encerrado?

—A guisa de fiera.

—¿De veras?

—Señor, de veras.

—¿Y por qué lo encierras?

—Porque tiene naturaleza tan ardiente, ímpetus de la voluntad tan irresistibles, que en cuanto vé á una mujer, siente avivarse en su pecho la llama de un amor irresistible.

—Te agradezco los circunloquios que has empleado para hablarme de los apetitos de tu protegido.

—Señor.....

—Malo, malo.

—Esas naturalezas artísticas son verdaderas naturalezas celestes. Por lo mismo que tienen tanta superioridad, el diablo pone en ellos un centella de su fuego infernal. Más poseedoras de la virtud que el resto de los mortales, también resultan más poseídas del mal. Las tinieblas y la luz se mezclan igualmente sobre sus sienes. Los vicios de este mundo se enroscan á sus piés. Hay que tener con ellas alguna misericordia.

—Te extravía por completo tu pasión al arte en esos temerarios juicios. La responsabilidad moral del hombre crece á medida que su mérito crece. Si Dios ha puesto en las almas un claro entendimiento, ha debido poner en su compañía también una clara conciencia. La inspiración podrá ser una llama que abraza, pero también luz que ilumine. A medida que los seres son más sábios deben ser también más perfectos.

—Cuando alguna vez las gentes se quejan de los defectos de nuestra República, yo les digo que, de ser mejor, sería sin duda alguna el cielo. Cuando alguna vez se quejan de que los artistas son moralmente malos, yo digo que de ser moralmente buenos, resultarían verdaderos ángeles y no hubieran venido de los celestes tronos á la oscura tierra.

—Según eso, los tienes á todos por perversos, y después de tenerlos á todos por perversos, los excusas á todos por inspirados y sobrenaturales. Pues, á los malos hay que declararlos sobrenaturales si queréis, pero sobrenaturales demonios.

—Yo no excuso sus flaquezas; las explico. Si el ruiseñor no fuera de tan breve cuerpo quizá no tendría tan grandes pulmones. Dios lo ha hecho para el cántico y ha puesto en su garganta más fuerza que en las garras de otras aves. Tal vez una superioridad de entendimiento, de razón, de fantasía exija una inferioridad de conciencia y de juicio. Yo no lo afirmo; Dios me libre de afirmar cosa alguna en presencia de aquel que es la verdad misma, y que asistido del Espíritu Santo, define la moral y guarda el dogma, pero lo apunto como una atenuación á los escrúpulos que pueda suscitar el caso cuya proposición voy á presentaros y la gracia cuyo cumplimiento voy, Señor, á pedirlos.

—Pues, sin rodeos, habla: que atentísimo te escucho.

—La idea de las formas, el sentimiento del colorido, la virtud de crear la hermosura, la inspiración, todas estas facultades altísimas no pueden menos que dar alguna especie de enfermedad, á quien las posee y las ejercita, como el exceso de sangre, como el exceso de vida.

—Ya vuelves á las disertaciones, y olvidas los hechos. Déjate de retóricas y de circunloquios. Vamos al grano, al grano.

—Señor, Filippo Lippi.....

—Ya suponía que ibas á dar en él.

—Filippo Lippi no es un malvado, sino un pobre enfermo.

—Pero, ¿se ha propuesto confesarse por tu boca? Pareces un penitente que implora la absolución de otro. Mas no queda redimida sino la falta confesada. Tú me cuentas esas cosas, no te confesas. Quien no tiene valor para decir su culpa no tiene remordimiento de haberla cometido, ni propósito de rescatarla con la penitencia y con la enmienda. Y quien ni se arrepiente ni se enmienda, no puede esperar la misericordia de Dios ni el perdón de su Vicario sobre la tierra.

—Señor, V. S. no me deja concluir, defendiendo su autoridad moral á mis obyrugaciones, como yo defiendo mi dinero á las atrevidas manos que lo piden prestado, para no devolverlo ni pagarlo.

—Pues, casualmente suscitás ahora con tu comparación el asunto porque hoy mismo te hubiera llamado de no haber tú mismo venido.

—Hable V. S. y crea que una palabra suya es para mí una orden.

—Necesito que la casa de los Médicis adelante á la Silla Pontificia, en calidad de préstamo, el dinero necesario á la traslación de todos los griegos venidos al Concilio.

—La Casa de los Médicis se honra por extremo siendo la Caja de los Papas y de los Reyes.

—Yo te lo agradezco y Dios te lo premiará. Arregla pues con mi tesorero la suma á que debe subir y las condiciones con que debe realizarse el préstamo. Y puesto que, tan diligente has estado en servirme, veamos qué puedo yo hacer en tu obsequio.

—Me ha criticado paternalmente V. S. mis circunloquios, mis perífrases. Por consecuencia dejo á un lado todo exordio y acometo el decir clara y llanamente la verdad entera. Lippi es un enamorado de primera, y para estar bien con Dios y con su cuerpo, desea, Santísimo Padre, casarse. Y para casarse necesita una dispensa de V. S. que lo exima de sus juramentos y de sus votos.

—Ave María Purísima.

—Señor, sentiría haber ofendido con mi demanda á V. S.

—Calla, Cosme, hijo mio, calla; no has podido venir en peor ocasión.

—Pues ¿cómo?

—Y tú me lo preguntas.

—¿A quién sino á V. S. he de preguntar estas cosas?

—Ya sabes que los falsos conciliares de Basilea me amenazan con una deposición inmediata, á mí, satisfecho de haber contribuido á concluir el cisma de Occidente con mi elección, como á cerrar el Cisma de Oriente con mi palabra.

—Pero, si no fuera falta en mí de respeto y sobra de audacia, atrevería-

me á preguntar á la Santidad de mi Pontífice cómo, para concederme ó negarme cosa tan fácil y sencilla, toma los antecedentes de tan léjos.

—¿De tan léjos, cuando hablo de lo que hoy sucede?

—Perdóneme, Señor, me he explicado mal, no debí decir de tan léjos, debí decir de tan alto.

—Y de léjos ó de alto, hijo de mi alma, lo indudable es que mi contestacion tenía estrechas relaciones con tu demanda. Hablemos dulcemente y en familia. Cosme de Médicis no debiera extrañar mis aprensiones cuando uno de sus títulos á la general gratitud, uno de los títulos de su familia al amor de la Santa Sede está en haber acompañado á Juan XXIII por aquella Babilonia de Constanza y haberle asistido en aquella fuga.

—Cuántas veces he oído al amor de la lumbre, en las largas veladas de invierno, referir como aquel Baltasar Cossa, acostumbrado desde la niñez á los naufragios y á las tormentas, habia subido al sôlio pontificio con ánimo de restaurar la autoridad entera de los Pontífices, y se habia encontrado el espíritu de la Iglesia mas removido que los vientos y mas alterado que las ondas del mar. Constanza abrigaba un Concilio y aquel Concilio se convirtió en un circo de torneos, en una feria de mercaderes, en un salon de cortesanas, en un teatro de titiriteros, en un campo de soldados, en una córte de reyes y emperadores, en todo lo mas distante de una asamblea poseida por el Espíritu Santo y destinada á evangelizar el mundo. La Emperatriz de Alemania pasaba la mitad del dia arrodillada en los reclinatorios de la Catedral y la otra mitad del dia tendida en los lechos de la prostitucion y del vicio. El Emperador tomaba la casulla de Diácono para ayudar á misa solemnemente al Papa y luego enardecia contra el Papa todas las temibles furias eclesiásticas. El Duque Federico de Austria se constituia con gran golpe de gente el guardian de S. S. y luego resultaba el carcelero. Los obispos y arzobispos comenzaban por besar las sagradas sandalias al Vicario de Cristo y concluian por pedirle la abdicacion. Por eso una tarde, cuando todos los reyes y emperadores se hallaban justando en los torneos, todos los obispos y arzobispos embebidos en tamaño espectáculo, todo el pueblo y todo el ejército viendo esta suerte ó apostando por aquel mantenedor, el Papa, vestido de cochero, se esquivó al Concilio, huyendo de Constanza y revelando al mundo las abominaciones y los escándalos de aquellas gentes.

—Y sin embargo, hijo mio, ha habido necesidad de reconocer aquel Concilio como un Concilio ecuménico y de aceptar las Constituciones dadas por su ceguera y su apasionamiento como constituciones fundamentales de la Iglesia. Todavía ese conciliábulo de Basilea aparece como una secuela del Concilio de Constanza. Todavía se imaginan los Obispos que pueden reunirse donde quieran, como quieran, para lo que quieran, á su antojo, en virtud de aquellas pasiones orgullosas infundadas por la ambicion que tuvo su conventiculo en Constanza.

—Es verdad.

—Luego reconoces que son estos tiempos tristes para el Pontificado y para la Iglesia adversos.

—Lo reconozco.

—Si lo reconoces ¿cómo tú, la prudencia y la sabiduría mismas, puedes pedirme que rompa un cánón eclesiástico y que arranque un monge á las paredes de su claustro?

—Santidad, por el bien de un alma.

—Cosme, por su perdicion.

—Los votos recientes, la juventud florida, el amor inmenso atenuan....

—Agravan la falta. ¿Cómo preferir al amor divino el amor carnal y mundano?

—Hay almas predestinadas al cielo y almas formadas con el barro de la tierra.

—No arguyas de esa suerte. Concedo cuanto quieras que conceda. Pero una disposicion de esa suerte debe mirarse, no tanto en si misma, como en sus consecuencias y resultados. Si ahora dispensara yo de sus votos á un fraile, y á un fraile de la importancia de Filippo Lippi, cree que Basilea tomara pié de este hecho para denunciarme como relajador de la doctrina católica y como empeñado en destruir las bases de la Iglesia universal. Y lo dirian en la hora misma en que acostumbran acusarme de haber transigido con los griegos en el espinosísimo asunto del celibato eclesiástico. Si la gracia recayera en clérigo pobre y oscuro, todavía podríamos darla sin temor al escándalo. Pero en fraile de la Merced, en pintor habilísimo, en jóven célebre, dentro de Florencia, capital de las artes, asiento de los últimos Concilios, la mas conocida y la mas celada de todas las ciudades italianas, ¡oh! jamás. Pídemelo cuanto quieras y lo concederé. No me pidas que relaje ni por una sola escepcion la disciplina, porque no puedo. El Espíritu Santo me inspira resoluciones contrarias á las resoluciones que deseas. La salud de la Iglesia exige una entereza sin ejemplo. ¿Quién sabe si por arrancarle una sola piedra podria venirse abajo todo el edificio? Luego esas órdenes monásticas crecen diariamente en autoridad y en poder. El Convento de los Carmelitas florentinos, que tiene á orgullo poseer el mas jóven y más brillante de los pintores célebres, no me perdonaría jamás haberle arrancado esa joya. Bueno está el mundo y buena la Cristiandad para indisponerse con una orden monástica. Me amenazan con el destronamiento allá por las riberas del Rhin. Para conseguirlo traman confabulaciones diabólicas inspiradas por el espíritu del mal que quiere tentar á la Iglesia y perderla en esta hora de su triunfo, como tentó y perdió á Eva en la inocencia del Paraíso. No puedo, no debo, no quiero ponerme al lado de los que atizan el fuego del Infierno. Cristo me diria en el trance de mi muerte que no me habia delegado su autoridad para que abriera las puertas del mundo

á las almas, sino para que les abriera las puertas del cielo. Aun podía esperar de la misericordia de Dios perdon; pero de las víboras de Basilea solo puedo esperar mordeduras venenosas. ¿No has notado cómo se parecen estos dos nombres Basilea y basilisco? Un Médicis ayudó á un Papa angustiado á salir de Constanza: que otro Médicis no empuje á un Papa angustiadísimo á caer en Basilea. ¿Y no sería yo, en vez del mejor, el peor de los sacerdotes, si destrozara por un capricho tuyo y una complacencia mía el mas fundamental entre todos los cánones? Ya sabes como hablan los rebeldes del Rhin. Dicen que un Papa no podria deponer á la Iglesia y que la Iglesia ha depuesto muchas veces á los Papas. Dicen que pueden resistir á mi autoridad como San Pablo resistió á San Pedro. Y piensan en elegir otro Pontífice y oponerlo á mi soberana é indivisible autoridad. Sus ojos se han fijado en orgulloso Duque de Saboya, retirado á las orillas del lago ginebrino, para darse, ¡infame! so pretesto de adorar á Cristo en la maceración y en la penitencia á obedecer á Epicuro en la mesa y en la cama. El mundo se indignará contra los facciosos cuando sepa que ponen al frente de nuestra Santa Madre Iglesia un príncipe con hijos. ¿Y quieres que dé fuerza y razon á sus enemigos mostrándome débil en aquel capitalísimo asunto donde pienso encontrar mi fortaleza y mi defensa? ¡Oh! No. Tú eres mi único refugio en este angustioso momento, porque sólo tú puedes enviar los clérigos griegos á Constantinopla. Mas si vienes á ponerme un puñal en el corazon y á exigirme en cambio de tu dinero mi indulgencia por los extravíos de la carne.....

El Papa hablaba con tal exaltación y con tal fuerza, que Cosme no se habia atrevido á interrumpirle ni con palabras ni con ademanes y gestos. Pero al verle entrar en semejante orden de ideas, ofensivo á su persona, echóse á los piés de Eugenio IV, y con elocuentísimo encarecimiento, le pidió perdon por interrumpirle y le dijo que no continuara esforzándose en demostrar el fundamento de una negativa cuya justicia estaba tan clara y tan manifiesta. En seguida extremó con aquella finura florentina, característica de su génio, cuanto le dolia la suposición relativa á un cambio de servicios por el dinero prestado, suposición que no pudo escuchar sin exaltarse y caer en súbitas y hasta cierto punto irreverentes interrupciones. Así es que no insistió en sus súplicas, persuadido de cuan arraigados se hallaban por causa de las circunstancias en el ánimo de Eugenio aquellos poderosos escrúpulos. Y despues de haber llevado la conversacion por variados temas, á fin de distraer y calmar al Papa, dejó la vivienda pontifical, apenado por no saber cómo decir á su pintor que todo estaba perdido y que no tenia el pobre otro remedio sino resignarse á llevar sobre la cerviz la coyuga del fraile y sobre el corazon la soledad de la muerte.

UNIVERSIDAD

UN

ROMA

ALDE

CAPITULO V.

O sea capítulo que podria tener, como las comedias antiguas, dos títulos: de la invencion de la pintura al óleo ó los ángeles endemoniados.

Salió Cosme de su conversacion larguísima con Eugenio profundamente entristecido. El ánimo de tan fino estadista, con ser entero, acogojábase al tener que participar la inutilidad de sus esfuerzos á quien los creía omnipotentes. En el mirar tempestuoso, en el acento firme, en el temblor extraño, en la palabra veheméntísima del artista sintió que anhelaba con anhelo verdadero, y no con voluntariedad pasajera, la licencia necesaria á romper sus votos y recobrar su libertad. ¿Cómo sumirlo en la desesperacion sin profundísima pena? Hallábase, pues, el Padre de la Patria en extraordinario aprieto. Larga experiencia le mostrara cuán irritable es el génio de las gentes movidas por algun aliento de inspiración ó consagradas á alguna de las manifestaciones del arte. Contrariadas, sus alas de ángel se truecan fácilmente en alas de águila herida; y su voz de ruiseñor en rugido de fiera calenturienta. Así Cosme debia desengañar á Filippo y volverse y tomar voz en pró del Papa, cuando Filippo, desengañado, hundiese su lengua de serpiente en la persona del Papa. Al pronto quiso aplazar la notificacion del caso y entretener las ilusiones del jóven; pero en seguida comprendió que sólo conseguia herirlo con mas rudo golpe y exacerbarlo con mas temible desesperacion al desprenderlo del cielo de los encantos en la tristísima realidad. Encaminóse, pues, á su palacio donde Filippo acababa de comenzar el ornamento de una habitacion, y encaminóse á decirle sin circunloquios aquella verdad tristísima que no consentia atenuaciones.

Estaba Filippo embebido en trabajos de artista. Largo mandil cubria su hábito de carmelita, y sobre el mandil resaltaban las chispas de los colores

molidos para la obra de sus pinturas al fresco. El placer mas intenso se reflejaba en la expresion de su rostro naturalmente expresivo. Un movimiento aceleradísimo comunicaba increíble rapidez á sus actos y á sus gestos. Parecía un Dios creando y produciendo, que lo vé todo, provee á todo, y está á un mismo tiempo en todas partes. No necesitaba en aquel momento, por lo menos de ningun extraordinario esfuerzo. El pincel obedecía á su mano con la misma docilidad que su mano obedecía al pensamiento y el pensamiento á la inspiracion. Ni arrugas en su frente, ni ceño en su entrecejo, ni contraccion en sus labios, ni vacilaciones en sus toques. Notábase tan solo que, al dejar en la pared humedecida un color, un matiz, ó una línea, por virtud de sus magistrales pinceladas, se le dilataba el pecho como para recojer mayor cantidad de aire y las pupilas como para recojer mayor cantidad de luz. Creeríais, al verlo, encontraros en presencia de esos artistas de Grecia, cuyas facultades desconocian todo desequilibrio, y en cuya frente brillaba con la paz del alma el purísimo reflejo de una tranquila expresion completamente armonizada con la serenidad luminosa de sus inspiraciones y de sus ideas. Y no sólo sentia regocijo sino que lo comunicaba á cuanto le circuía de igual suerte que los cuerpos luminosos irradian y comunican su calor.

Cosme se detuvo á contemplar tanta alegría y sintió una especie de dolor intenso al tener precision de interrumpirla.

—Amigo Filippo.

Dijo.

—Señor.

Le respondió Filippo.

—Se trabaja con ahinco.

—Cual merece la casa que debe albergar á mi protector y á mi amigo.

—El trabajo tiene virtud bastante á calmar todas las penas.

—Menos las penas del amor, las más vivas y las más intensas del alma.

—Siempre con tu tema.

—¿Habeis visto al Papa?

—Le he visto.

—¿Y le habeis hablado?

—Le he hablado.

—¿De mi asunto?

—De tu asunto.

—No me atrevo á preguntaros nada: tan suspensa ¡ay! se encuentra mi felicidad de vuestra contestacion.

—Filippo!

Dijo Cosme de Médicis moviendo tristemente la cabeza.

—¡Oh! Si traeis una mala nueva, no me la digais por piedad. Consentid-

me creer, siquiera sea por un minuto, que voy á ser libre y que la libertad va á darme la ventura. No me mateis, Cosme.

—¿De qué sirve la fuerza en el hombre, si no sirve para arrostrar la desgracia?

—¿No ha permitido mi dicha?

—No la ha permitido. Escrúpulos invencibles.....

—No sigais, no sigais.

—Filippo.

Dijo Cosme, endulzando la voz en términos que pudiera penetrar con su triste y suave dulzura hasta el alma del jóven y consolarla con la magia que tiene el acento dulcificado.

—No me habéis. Cada palabra que quiera explicarme esta desgracia sólo servirá para trastornar mi razon y enardecer mis sentimientos.

—Modérate: que en el reposo y en el recogimiento pueden adquirirse hasta las fuerzas necesarias á intentar y conseguir lo imposible.

—Moderarme cuando el corazon se parte en mil pedazos, cuando plomo derretido y no sangre hierve en mis venas, cuando el desierto se extiende como la desolacion de las desolaciones ante mis ojos, cuando la vida entera se disipa como una niebla inútil en la soledad inmensa. No quiero gloria porque no tengo con quien compartirla. No quiero inspiracion porque no tengo á quien consagrarla. No quiero riqueza porque no tengo con quien repartirla. Quiero la muerte, único lenitivo á mis penas, y consuelo único que me queda ya en el mundo.

—Pero, Filippo, ¿á qué repetir todas las frases vulgares de la desesperacion antes de procurar los más vulgares remedios?

—Pero, señor, ¿quereis que me ponga á idear preciosidades de estilo en el momento mismo en que la pasion me ahoga el pecho y me trastorna el cerebro?

—Confórmate con tu suerte.

—Cosa fácil de deir; difícilísima de alcanzar. Pedí auxilio al poder, á la riqueza, á la gloria; y no lo encontré.

—Porque era imposible.

—Imposible á un Médicis arrancar de un Papa pobre, que necesita su dinero; de un Papa perseguido hasta en la cima de su trono; de un Papa desacatado hasta en su autoridad espiritual; de un Papa atribuladísimo y desdichado, licencia para un monge á quien no conoce, y cuya libertad, despues de todo, le importaría tanto como la libertad de la última de sus aves prisionera y colgada por sus celdas.

—Acostumbrado á pasear por esos inmensos espacios de tu fantasía, donde nunca encuentras obstáculos que te detengan, crees al poder político, el más limitado de todos los poderes humanos, con la fuerza y con el alcance de tus creaciones y de tus ideas.

—Menos filosofía y más verdad. Menos retórica y más hechos.

—Filippo, no creas que por ser un artista puedes arriesgarte á todo y desconocer hasta el respeto debido á Cosme de Médicis, cuyas manos, si no tienen el cetro de los reyes, ¡ah! tienen el hacha de los verdugos. Así me pagas el que haya ido en porfía extraña á pedir al Papa una sancion á tus insensateces y á tus caprichos.

—Perdonadme, Señor, perdonadme. Comprendo que debia dirigirme tan solo á ese viejo asustadizo y ridículo, vomitado por Roma sobre Florencia, para volcar el infierno de sus ambiciones.....

—Olvidas que ese anciano, á quien agravias con palabras soeces é insultos insolentes, lleva en sus sienes la Tiara de la Iglesia y tiene para su defensa el arma de la Inquisicion en sus manos. Tiembla, Filippo, tiembla.

—¿Yo temblar? Nada hay tan valiente como la desesperacion en el mundo. Lanzadme todos los verdugos que tengais á mano; podrán á lo sumo arrancarme la vida. ¿Y para qué la quiero yo? ¡Vaya una amenaza! Quien no teme morir, no teme matar.

—Mira, Filippo, me he convencido de que estás loco. Y el loco necesita dos cosas; una jaula y un loquero. De consiguiente no saldrás de aquí, de este cuarto, donde te encierra mi autoridad hasta tanto que no haya concluido tu locura.

Y Cosme de Médicis, dando dos pasos hácia atrás, pues solo dos necesitaba para salir, cogió con fuerza la puerta, la cerró con estrépito, echó el cerrojo con celeridad, y se fué, entre risueño y mohino, á contar por la casa como su pintor se habia vuelto loco y necesitaba largo encierro y severísimo castigo. El pobre Filippo saltó hácia la puerta con salto de tigre y pugnó por abrirla con esfuerzo de Hércules. Pero la puerta quedó tan pesada é inerte como sólida pared. Así comenzó el pobre á dar vueltas en todos sentidos, para buscar una salida, agitado como el aye prisionera. La habitacion, que pintaba, era un camarín de la señora de Cosme. Estrecha, sobre todo para albergar á su ornamentador que se movia de continuo en desordenados movimientos, presentaba poco espacio á la agitacion material con que Filippo desahogaba ó divertia su cólera. Y necesitaba el infeliz correr, volar, ir en pos de algun vértigo bastante á quitarle con la inteligencia y con la memoria, siquiera fuese por algunos momentos, el sentido y el conocimiento de la tristísima realidad. ¡Pobre jóven! Nada para mantenerle en el equilibrio de sus facultades, en la paz de sus inspiraciones, en la alegría de sus sentimientos, en la virtud que resulta de semejante estado, nada como la felicidad. Pero en cuanto venia la desgracia á herirle, se desconcertaba todo su sér, y perdidas así la razon como la conciencia, se precipitaba tristemente en el desórden. Y creía con la exaltacion propia de todas sus creencias y de todos sus sentimientos que solo el placer desordenado calmaba el des-

ordenado dolor. Y ¡oh rábia! El potentado á quien halagara por conseguir de otro potentado mayor la libertad apetecida; esbirro, le perseguia; juez, le condenaba; carcelero, le aprisionaba; verdugo, le hería. Y encerrándole allí, le privaba del vino, del juego, de las jácaras, de las orgías, de todo cuanto en su perversion imaginaba que servia para alimentar la llama de su vida cuando no la alimentaba el calor de una dulce y satisfecha pasion. Su entrada en el claustro coincidió con dos prósperos sucesos; con la ruptura del casamiento de Lucrecia que vino á esperanzarle y con el laurel de la gloria y el rumor de la fama que vinieron á engreirle. En tal encanto, producía como si solamente necesitase para producir el verbo, la inspiracion natural de la idea, á la manera de Dios al producir el universo. Así recreábase extático en lo que nuestra lengua llama recreacion, es decir, en contemplar y recontemplar, como si segunda vez las produjera, sus nacientes obras. Mas si en producir estaba la aspiracion primera de su inteligencia, en amar estaba la primera aspiracion de su sentimiento. El amor y la inspiracion se presentaban en él como dos manifestaciones de una misma esencia. Del sentimiento brotaba la fantasia como del agua el vapor, como de la planta el aroma. Y de la fantasia se animaba el sentimiento como de la luz el calor, y del calor la vida. Feliz, corria la inspiracion tranquila y mansamente reflejando en su linfa las cosas creadas y las ideas increadas, con ese doble carácter ideal y plástico propio de las humanas artes. Infeliz, tronchábanse sus celestes aspiraciones, y caía desplomado en el barro de la tierra. Por esta complexion suya, en aquel momento de supremo dolor necesitaba emociones supremas. Un alma delicada y tierna se hubiera refugiado en la soledad y en el retiro á pedir á Dios el sueño de la muerte para sus párpados y la calma del olvido para su alma en oraciones impregnadas de vago misticismo; pero esta alma de Filippo, más tempestuosa que iluminada, tonante y relampagueante, herida por las chispas de tantas pasiones, profería la blasfemia como desahogo é invocaba la orgía como lenitivo y como alivio. Nunca necesitaba tanto la agitacion, y nunca le condenaron tan cruelmente á la inmovilidad, impidiéndole toda salida, á él, necesitado del vértigo de una interminable carrera. Podrá formarse una idea de la situacion de Filippo aquel que haya visto un hidrófobo, los estremecimientos de sus nervios crispados, la convadura de sus miembros doloridos, el resuello de su pecho roto, el estridor de sus mandíbulas rechinantes, el extravío de sus ojos enrojecidos, los espumarajos de su boca contraída, las transiciones del movimiento á la inercia y del calor al frio, y de la exaltacion á la rigidez, los signos de la más terrible de todas las enfermedades y del más intenso y atroz de todos los dolores. Pues á un hidrófobo se parecia aquel hombre, corriendo de un lado á otro aunque tropezara con las paredes; forcejeando la cerradura de las puertas aunque se rompiera las manos; hundiéndose en la carne viva las uñas aunque chorreara sangre; dando alaridos terribles aunque

solo respondiera el eco lejano á su desgarradora voz. Lo que más le apenaba en aquel instante era su forzosa clausura en la habitacion donde acababa de ejercitar su númen, habitacion trocada, como por mágia, en cárcel de su infortunio. Golpeó las puertas y las paredes; subió por sus escalas al techo á ver si ocultaba alguna trampa; escarbó al suelo con sus uñas á ver si habia allí alguna salida. No le quedaba más que un medio, la ventana por donde podia lanzarse al espacio y caer en la calle. Mas la ventana estaba á tanta altura que salirse por ella equivalia á estrellarse necesariamente en el suelo. Solamente un ave podia tener el impulso que agitaba en aquel momento al pintor. Si miraba para medir con la vista el espacio que le tenia separado de la calle, asaltábanle verdaderos vértigos. Por consecuencia tirarse de aquella ventana equivalia á romperse, como decimos vulgarmente, la crisma. Y con semejante certidumbre, aun le atraia el abismo por virtud de atraccion irresistible. Mas si por un lado tiraba de él fuertemente la extension vacía; por otro lado tiraba el instinto de la vida. En cualquiera otra coyuntura, el instinto predominara sobre todo: en aquel dia angustioso predominaba el vértigo. Y sin encomendarse á Dios, Filippo se montó en la ventana y se lanzó al espacio. Si cualquiera lo hubiese visto en aquel trance, augura con seguridad su estrellamiento necesario al chocar en tierra, segun venia como una pelota por los aires. Las leyes físicas no pueden burlarse como se burlan las leyes morales; y era como resultado matemático que, al caer Filippo, ó se partia en mil pedazos el cráneo dejándose esparcida la mollera, ó se reventaba como un sapo aplastado, ó se rompía en pedazos los huesos; de manera que al buscar en la libertad el placer, encontraba la muerte. Reiránse los escépticos cuanto quieran de lo que llamábamos en la escuela finalidad de los séres. Si el mundo es el teatro donde la casualidad compone un drama sin plan ni concierto, los séres racionales pasan como las moléculas de polvo en los giros del viento, traídos de aquí para allá por fuerzas incontrastables y ciegas. Pero si una inteligencia sobrenatural dirige, como yo creo, las cosas, desde la gota de agua hasta el alma del hombre, todo tiene un fin. Y los séres no desaparecen de la tierra sino despues de haber cumplido ese fin supremo. Lo cierto es que Fra Filippo debia morir; y la casualidad que dirian unos, y la finalidad de los séres, que diria yo, quiso detenerlo y lo detuvo en el hierro saliente de un balcon colocado bajo de la ventana. Y una vez suspendido de allí por los paños del hábito, vino fácilmente á tierra sin ningun peligro, así que el hábito cedió, y lo dejó caer de mucha menor altura. Y una vez en tierra, echó á correr con la celeridad vertiginosa de la liebre perseguida y escapada por milagro de las acechanzas del cazador.

Y bien creia que necesitaba huir, pero temia ser perseguido como un criminal por burlador de la vigilancia de todo un Médicis. En cuanto cayó sano y salvo por milagro, y echó á correr como si tuviera en los piés rapi-

das alas, pensó en refugiarse, huyendo de su propio protector, al abrigo de una iglesia. Arrojó pues al suelo su mandil de trabajador, envolvióse en su capa de fraile que bajo el mandil llevaba, calóse la capucha hasta las cejas; y acogióse al asilo sin duda más seguro, á una iglesia. No lo creeríais; pero en cuanto llegó á la iglesia aquel hombre que blasfemaba del Papa y casi casi estaba por blasfemar de Dios y de los Santos, se hincó rendido y se puso á orar acongojado. Quien le hubiera visto al pié de los altares, ceñida la coyunda monástica, cruzados los brazos, hincadas las rodillas, extáticos los ojos, tomáralo por una imágen mística ó de la oracion ó de la penitencia. Y allí despues de orar, aguardaba realmente la caída del dia para que las sombras le prestasen algun auxilio en sus errantes marchas por la ciudad, y le diesen alguna esperanza en su nueva y desatentada aventura. Efectivamente, entrada la noche, despues de haber corrido al acaso, oyó instrumentos de música, ecos de orgía, voces conocidas de pintores; vió reflejos de luces que anunciaban un festin; y penetró decididamente en aquel sitio á donde le llamaban todos sus instintos.

Así que subió la escalera, se encontró en singular teatro y extrañísima escena. En salon espaciosísimo, sobre una mesa por blancos manteles cubierta y ceñida de olorosas guirnaldas, veíanse copas y ánforas, todas admirablemente cinceladas, de varios tamaños y formas, que recordaban las artes griegas y romanas; en medio de la mesa una estatua, ó antigua, ó imitada de lo antiguo, cuya casta desnudez evocaba los recuerdos de aquellos tiempos en que los pueblos, ébrios de vida y de alegría, danzaban en danzas sagradas al rededor de sus dioses; á la cabecera sendos coros, uniformados con rojas túnicas y coronados de verdes laureles que pulsaban cítaras doradas y decian versos clásicos; á los piés, cuatro pebeteros, que lanzaban á los aires en columnas de azulados vapores embriagadoras esencias; y al rededor, jóvenes de ámbos sexos, vestidos cual si todavía los templos paganos estuvieran de pié, que libaban alegres sobre mullidos lechos formados por ramos de mirto las copas rebosantes de espumoso vino, y los labios rebosantes de ardentísimos besos. Imagínese lo que parecería en aquel mundo pagano un fraile católico, vestido de áspera estameña, con su rosario al cinto, su cruz al pecho, su capucha á la cabeza, plegados los brazos, y metidas las manos dentro de las mangas. Cualquiera diria que la imágen del misticismo bajaba á recordar la nada de las cosas humanas en medio de los trasportes sensuales, y el deber de la penitencia y la realidad de la expiacion en medio de los culpables excesos. Al pronto, glacial silencio cayó sobre toda aquella juventud enardecida, como si fuera el fraile un ministro de venganzas celestes, pero, en cuanto atrevida mano bajó la capucha describiendo así el velo de los misterios y mostrando el rostro sensual de Fra Filippo Lippi, una sonora carcajada respondió á la súbita revelacion, un aplauso siguió á la car-

cajada, un hurra al aplauso, estallando ruidosa explosion de furiosísima alegría.

—Filippo, Filippo.

Exclamaron todos.

—Pero ¿qué demonios haceis aquí de esa suerte? Por Baco, creeríame en casa de locos ó en teatro de feria.

Dijo Filippo.

—Celebramos, exclamó uno de los jóvenes, que estaban tendidos sobre los ramos de mirtos, irguiéndose, y tomando en una mano el pié de la copa que tenia al frente y en la otra mano la cabeza de la mujer que tenia al lado, celebramos la resurreccion de los dioses. Las inspiraciones de los tiempos antiguos, que estaban dormidas en las cenizas de los claustros, se han avivado al calor de este siglo primaveral y se han convertido en bandadas de mariposas. Bajo nuestras plantas, en el suelo, como filones de plata, se encuentran entre cordilleras de ruinas, estátuas y bajos relieves que revelan la inmortal belleza de la forma humana. Grandes descubrimientos vienen á unirse á estos grandes restos, de tal suerte, que dos paraísos, el de los recuerdos y el de las esperanzas, ámbos perdidos, se elevan en torno nuestro; y nos devuelven, si no la inocencia que para nada queremos, la felicidad que viva y ardientemente deseamos. Viene pues una nueva edad. Los siglos se sucederán como larga serie de luminosos horizontes. Alzaránse los profetas hebreos y las sybilas griegas á decirnos que la vida ha dejado su amarga hiel, y la alegría sus sombríos eclipses, y la flor sus agudas espinas, y el corazon sus tristezas, y el deseo sus ansias, y el trabajo sus sudores, y la ilusion sus desencantos, y la esperanza sus desengaños y el amor sus penas, para que la tierra sea como un compendio del cielo y los hombres como legiones de ángeles.

—Maldito sea, dijo Filippo, malditas las generaciones que me han precedido y las que habrán de seguirme, si á todo este galimatías le saco en limpio y en claro ni una sola palabra. Veo pintores, que yo creí formales, vestidos de máscara. Veo gentes, que yo creí graves, tocadas de locura. Veo la representacion de una farsa y no puedo dar ni con el sentido que tiene, ni con la razon que entraña.

—Filippo, Filippo amigo, dijo otro de los jóvenes. Parece imposible que estés en el cielo de las artes donde las ideas creadoras habitan, y desconozcas la tierra de promision que se está formando poco á poco bajo tus plantas. No hace mucho que observó la escudriñadora mirada humana como el imán atrae al acero y el Norte á la aguja imantada. Esta relacion de amor entre una piedra y un metal, entre una estrella y un poco de hierro, misterios de misterios, ha servido para las largas navegaciones, y servirá mañana para ceñir de voladoras velas todos los mares, aprisionados, á pesar de sus ondas tumultuosas y de sus tormentas terribles, en las redes de nuestra in-

dustria. Un rey de Francia padecía de insomnio, y sus insomnios dimanaban de tristeza. Para distraerlo, se le ocurrió á un cortesano inventar las cartas de juego, y tras las cartas de juego vino el grabado en madera, mediante el cual tus obras maestras no quedan aisladas y solitarias entre las paredes del claustro ó los salones del palacio, sino que se copian, se reproducen, se extienden y llevan á los más apartados climas y á las más diversas naciones, en la comunión sacratísima de los espíritus, tus inspiraciones y tus ideas. Pues dicen que allá en las tierras del Norte, entre las nieblas, un oscuro industrial trabajando como misterioso nigromántico que buscara el secreto de producir oro, ha encontrado con un pedazo de plomo y un pedazo de vidrio, las letras movibles, con las cuales puede reproducir nuestros libros de la misma varia y rica suerte que reproducen sus hojas en todos los años ¡ah! los árboles. Imaginaos cómo se trasformarán las almas, cuando las ideas, vinculadas hoy en verdaderas castas, lleguen por esta facilidad de reproduccion y de repetición á todos los entendimientos, al igual iluminados por la verdad. Castillos feudales habitados por las aves de rapiña; horcas donde el plebeyo paga sus aspiraciones á la independencia; calabozos erigidos para encarcelar el pensamiento; hogueras atizadas para consumir las ideas; máquinas de tormento que descoyuntan nuestros piés así que intentamos marchar hacia adelante; instrumentos de tiranía, vais á desplomaros derribados por una chispa eléctrica verdaderamente invisible, y diluida en la impalpable palabra humana, vais á desplomaros heridos por la idea, para dejar paso franco al único ministro de Dios en la creacion, al hombre independiente y libre.

—Ahora comprendo mucho menos, despues de todo cuanto decís, ni qué haceis, ni qué celebráis.

—Pues celebramos, exclamó un tercero, la más bella de las invenciones y la más necesaria á tu arte.

—¿Cómo?

Preguntó Filippo.

—Celebramos, dijo su interlocutor, un verdadero invento, que aumenta el brillo de los colores y que asegura la inalterable perpetuidad de los cuadros.

—¿Cómo es eso?

Preguntó Filippo, en cuya alma estalló seguidamente la vocacion de las vocaciones, la vocacion de pintor. Habladme de eso. Quiero, necesito saberlo. ¡Un medio de dulcificar los colores, de armonizarlos, de diluirlos en tintas suaves! ¡Oh! Quiero saberlo, y saberlo inmediatamente.

El tono de Filippo tenia fuerza tan imperiosa que los allí reunidos le obedieron en seguida y sacaron de vecina estancia, entre grupos de preciosas doncellas y apuestos donceles, todos vestidos á la griega, un joven pintor, de dulces y melancólicos ojos, de larga y sedosa cabellera, de apuesto talan-

te, soldado verdadero de esta milicia del arte que por su misma universalidad tiene tanta grandeza y exige en sus adeptos tantas y tan diversas aptitudes. En cuanto apareció el recién venido, ávidamente buscado por la mirada de Lippi, rompieron las cítaras en deliciosa armonía, y los coros de ámbos sexos en estrofas dignas de la antigua metrificación clásica. Parecía que veinticinco siglos acababan de evaporarse, y que jóvenes bajados del Pindo, con los ecos del oráculo en los oídos, con el agua del Alfeo en los labios, con la sombra de las encinas de Dodona en la frente, con la luz del divino Apolo en los ojos, con el sudor de los juegos pithicos en el cuerpo; seguidos de los enjambres de abejas que depositaran su miel en la boca de Júpiter á los conjuros del cántico de los Corybantes, celebraban todavía, empleando la lengua de los poetas antiguos, la paz de los valles donde crecen el olivo y el laurel mezclados con las espigas y los racimos sobre los terrones del terruño, y la adelfa con sus rojas flores á orillas del arroyo, y en las horas de siesta cantan las cigarras, y al caer la tarde prorrumpen en gorgoros sin fin el coro de ruisenores como para llamar la atención de los dioses y obligarles á cambiar las etéreas cimas del Olimpo inmóvil por la felicidad y la alegría de la armoniosísima Grecia.

Realmente Filippo no podía explicarse esta escena. Y sin embargo nada más propio de aquellos tiempos y de aquellas costumbres. Tratábase de un descubrimiento. Permitid, lectores carísimos, una digresión al autor de esta historia. En nuestros días de libre exámen y de rigurosa ciencia, los descubrimientos mayores pasan como cosas vulgares y corrientes. Cuando saboreais rico habano de la vuelta de abajo y veis la columnilla de humo escapada de vuestros labios disiparse en los giros del aire, no os acordais del fraile Ramon Pano que encontró la aplicación de esta planta, poco después de muerto Colon, allá en Santo Domingo; ni del Sr. Francisco Hernandez que la propagó por España; ni del plenipotenciario francés Nicot, á pesar de llamarse su esencia nicotina, que la envió desde Lisboa á la célebre furia conocida por sus crueldades con los hugonotes; ni del Nuncio Próspero Púbblicola que la regaló al Papa, el cual ahumó con sus emanaciones toda Italia. Cuando la tempestad truena, y merced al pararrayos podeis burlaros de sus latigazos, no convertís el pensamiento al modesto tipógrafo, cuya vista perspicaz, siguiendo en los aires la cometa con que juega un niño, trajo á nuestras manos el rayo blandido por los dioses. Cuando vais en vuestro ferrocarril, devorando leguas, como si dispusiérais del viento, no teneis un recuerdo para Wath que encontró la aplicación del vapor, ni para los ingenieros ingleses que concluyeron la primera línea férrea de Liverpool á Manchester en Setiembre de mil ochocientos treinta. El milagro se opera á vuestra vista; la palabra dicha en los bosques de la Florida ó en las radas de la Patagonia llega instantáneamente á vuestro oído recogida por una chispa impalpable; el suceso acaecido dentro de la muralla china ó al borde de los rios

indicos se os notifica tan pronto como si hubiera pasado en vuestra vecindad ó en vuestro barrio; por virtud de unos hilillos de metal que burlan los climas y los océanos estais á un mismo tiempo en todas partes, y sentís los afectos y las ideas de la humanidad como si formárais con todos vuestros semejantes un solo cuerpo; y sin embargo nada sabeis del profesor Lichtenberg, el primero en aplicar la electricidad á la telegrafía en Gotinga; ni del industrioso Wheatstone, el primero en establecer una línea en Inglaterra; ni del mismo Morse que ha obligado á escribir á la máquina eléctrica y casi á hablar con su campanilla de alarma; sobrenaturales magos, más maravillosos que los buscadores de la piedra filosofal, pues han hallado riquezas no comparables al oro con los medios de centuplicar nuestras fuerzas y de extender y dilatar nuestra inteligencia y nuestra vida.

Y somos ingratos. Un grano artificiosamente producido nos preserva de la terrible enfermedad, que naciera por el siglo décimo en los alrededores de la Meca, y que por mucho tiempo mató la mitad de las generaciones humanas y afeó la otra mitad superviviente. ¡Qué número de hermosuras perfectas vieron manchada en la flor de su vida la gracia juvenil á la granizada de incorrectos hoyuelos dejados en el rostro por las pústulas variolosas! Los célebres historiadores del Júpiter de Versalles cuentan que Luisa la Valière perdió una gran parte de sus nativas gracias al influjo de este pernicioso mal. Y sin embargo, las damas, que suelen tener tantos rezos y tantas devociones, seguramente no rezan, ni siquiera al contemplarse en el espejo y ver incólume su finísima tez, tan diversa de la maculada y maltrecha de sus abuelas, no rezan por quien nos trajo la milagrosa vacunación admirablemente celebrada en versos inmortales del mayor poeta que la causa de la libertad tiene en España moderna. Estoy seguro de que el sábio astrónomo instalado en su observatorio, al mirar de cerca las montañas aisladas y cónicas de nuestro satélite, no recuerda absorto en su contemplación, los dos niños que, jugando en las orillas del Arno con vidrios rotos y tubos de órgano desechos, avisaron, sin querer y sin saberlo, al gran físico del siglo décimo-séptimo la posibilidad de encontrar en el telescopio una material revelación de los cielos. Las gentes en lo porvenir no serán tan desmemoriadas ni tan ingratas. Los primeros años, por ejemplo, del siglo, crecieron en la memoria humana antes que por esas victorias napoleónicas en tantos poemas celebradas, por esa pila de Volta, cendensadora de la electricidad, y que lleva en sus metales y sus líquidos, corrientes y fuerzas como si fuera un reducido Universo, un resumen de la química con que producen y conservan la vida los grandes agentes de la Naturaleza. Hoy mismo, cuando entráis en la catedral de Pisa, bajo aquellas bóvedas semi-orientales, en los senos del edificio original por excelencia que nos ha legado la Edad Media, vuestros ojos se fijan y vuestra atención se reconcentra sobre la lámpara, colgada de la piedra central del crucero, que despertó con su vaci-

lante llama consagrada á Dios y sus oscilaciones continuas, la teoria del péndulo en la inteligencia de Galileo para que demostrase la figura de la tierra y su eterno movimiento por las esferas celestes. Los pueblos cambiarán sus peregrinaciones de hoy por otras peregrinaciones en tiempos no lejanos. Y agradecidos á todos sus bienhechores peregrinarán para ver, por ejemplo, el escollo cercano á Alejandría, llamado Faros, del cual han recibido su nombre esas estrellas terrestres, esas pródidas luminarias, esos guías salvadores que en la oscura noche muestran al navegante las costas y le excitan á luchar con las tormentas y á obtener la victoria del trabajo sobre la fuerza, sin las cuales apenas tiene valor alguno la existencia.

Es verdad que para extender la historia de los descubrimientos se necesita cambiar por completo el sentido histórico y hasta el sentido poético. Si un día os paseais por la huerta de Játiva con un historiador, que evoca los recuerdos guardados en aquel sitio, refiriéndose á los tiempos medios, apuesto á que os hablará de los reyes moros, de las victorias cristianas, de los almoravides en lucha con el Campeador; y refiriéndose á los tiempos modernos, de la heroica defensa contra Felipe V, y de los terribles castigos que este impuso á la ciudad, comparables con los infligidos por Alejandro á Tiro, por Tito á Jerusalen, por Alarico á Roma. Pero quizá olvide ó deje la principal gloria que tiene aquella ciudad, á la cual podríamos llamar por su pintoresca vega, la Granada valenciana. ¿Sabeis lo que significa é importa la sustitucion del papel al pergamino? Pues significa la comunicacion de las ideas facilitada; pues importa tanto como el proemio necesario á la invencion de la imprenta. Solamente los poderosos y los ricos podian escribirse cuando precisaba valerse del caro y pesado pergamino. La tenue hoja, cayendo en todas las manos, inicia la emancipacion intelectual de la humanidad. Cuando la cogéis descuidadamente, cuando le infundís vuestro pensamiento y le confiáis vuestro secreto, de seguro no os asalta jamás la dea de todo cuanto ha hecho esa leve materia, tan barata y extendida, por vuestra lenta redencion. Los chinos, raza bien poco religiosa, casi han divinizado, y si no divinizado inmortalizado al tercer emperador de la dinastia Tahg por haber descubierto el papel. Mas todo el mundo sabe la inutilidad de las invenciones chinas para nosotros. Aislado este pueblo en su muralla, que lo separa del mundo, ha sentido nuestras mismas necesidades y las ha satisfecho de manera análoga á nuestra propia manera; ha pasado por nuestras revoluciones y las ha resuelto con una solucion que parece copia ó modelo de otra solucion europea; prueba evidentísima de la unidad y de la identidad del humano espíritu. Pero las invenciones chinas, su brújula, su pólvora, su imprenta, su papel no se comunican ni á Europa ni al resto de Asia. Por consiguiente la gloria de haber tenido las primeras fábricas de papel en Europa es pura y simplemente de Játiva. El fuero dado por Don Jaime á Valencia, esa carta de nuestras antiguas libertades, ya está escrito en

esta materia que tanto contribuirá á emancipar de sus errores y supersticiones á nuestra conciencia. Y debemos tambien recuerdos en nuestra memoria y gratitud en nuestros corazones á otros descubrimientos, á primera vista menos importantes. Mirado á la ligera, parece cosa de poca monta la invencion del aguardiente. En la vulgaridad diaria de la vida solemos asociarlo á los buñuelos y á las borracheras. Y si os fijais en lo que sirve á la medicina, á la cirujía, á la farmacia, el oficio que desempeña en la conservacion de las cuerpos, sus propiedades químicas, no podreis desconocer que contribuye á la vida como tantos otros elementos descompuestos en nuestras retortas y hallados por nuestro tiempo. Pues el aguardiente se encontró por el cordobés Abul Kasem en aquellos jardines cercanos á Córdoba y de los cuales solamente han quedado reflejos correspondientes á sus resplandores en los relatos de las crónicas árabes. El médico mahometano comunicó su invento al sábio Arnaldo de Villanueva, su discípulo; y el sábio Arnaldo á otro discípulo suyo no menos ilustre, Raimundo Lulio; y por las continuas comunicaciones de Cataluña y de Mallorca con Provenza y con Italia, se extendió por toda Europa.

El hábito embota el sentimiento y nos impide apreciar en su justa estimacion las satisfacciones encontradas en cosas, en sustancias, en materias descubiertas ayer, de que carecieron pueblos ilustres, y cuya privacion contraria de tal suerte esta segunda naturaleza nuestra, la costumbre, que no alcanzamos, ni siquiera á imaginarla, no ya á concebirla, como no concebimos ni imaginamos siquiera los desvelos y los dolores empleados en el cultivo asiduo de un sér que llega en su desarrollo gradual, tras largo tiempo, á la plenitud y á la robustez de la vida.

Los descubrimientos brotan entre dudas y misterios. Las gentes que veían á Guttemberg, embebido en sus obras, desvelado á guisa de alquimista, suspenso de sus artefactos, trabajando á la luz de la luna en los sótanos de una iglesia, debian tomarlo por un hechicero; y en efecto, cosa de hechizo hubiera parecido si les digeran que aquel hombre encrontraba el filtro de la inmortalidad para el verbo humano, para la expresion del humano pensamiento. Todavía os dá como escalofrios leer la terrible sacudida que produjeron en los nervios del célebre doctor holandés el primer chispazo de su botella de Leyden, afligiéndole y conturbándole de manera que juró no volver en su vida á tocar aquella diablura. En las postrimerías del pasado siglo, en los comienzos de la revolucion, los secretos de la electricidad tomaban aspecto de secretos místicos ó litúrgicos y arrastraban á sus cooperadores al seno de asambleas misteriosas donde proferian fórmulas satánicas y experimentaban nerviosos ataques semejantes á las trepidaciones de la Pitonisa antigua en el momento de poseerla el Dios y dictarle sus sibilinos oráculos. Todos los inventores tienen su pasion como el Redentor. Y todos merecen ciertamente en grado mayor ó menor los obsequios de un reli-

gioso culto. Las academias florentinas en el siglo décimo quinto eran realmente Iglesias de Pluton donde se veía coronada la efigie del filósofo á la sombra de los mismos árboles inmortalizados en sus diálogos, cuyos párrafos se recitaban en griego ó en italiano con la misma solemnidad y se oían con el mismo recogimiento por los fieles allí reunidos que los Santos Evangelios en nuestras sagradas misas. Los antiguos algo tenían tambien de esto. La Odisea es la divinización de los navegantes y de sus combates, ora violentos, ora astutos, con las fuerzas y con las sirtes del mar. No podemos admitir en todo á Evehemero, pero no hay duda; el que halló la llama celeste para encender el fuego sacro en la tierra, se denomina Prometeo; el que forjó el hierro, Vulcano; el que pisó la uvas y produjo el vino, Baco; el que tocó el caramillo, deleitando con sus suaves ecos las majadas y los oteros, Pan; todos adorados por haber traído algun auxilio de la industria á la triste debilidad del hombre.

Dado el temperamento de la inmortal Florencia, imagínese lo que sería en ella un descubrimiento relativo al arte de la pintura: el mayor de los sucesos. Las gentes hablaban de ello como de una revelación súbita y sobrenatural. Los pintores se afanaban por saber en qué consistía la naturaleza del secreto y de sus inmediatas aplicaciones. No se pensaba que pudiera resultar cosa natural y sencilla; creíase en algo de mágico, en algo de diabólico. La industria entonces, aunque comenzaba la era del trabajo, tenía en las vulgares supersticiones algo que ver con el infierno. Los inventores parecían magos. En cuanto se ejecutaba una obra maestra, decíase que al autor le habían arrancado los ojos para que no ejecutase otra igual. En cuanto se ponían con algun atrevimiento las piedras en las bóvedas, decíase que el diablo, allí presente, aunque invisible, las sostenía en sus espaldas. Cuenta la tradición que echó á correr y no se supo de él nueva cierta, asustado de su propia audacia, quien levantó la linterna en el crucero de la Catedral de Burgos. Y el arquitecto de la gran bóveda, que en célebre monumento de Portugal admiramos, creyó tanto en lo menguado de sus propias fuerzas y en lo directo de la protección celeste que, por un voto público, prometió estarse tres días y tres noches sin beber, sin comer, sin moverse, de rodillas, bajo su propia obra, voto, cuyo estrecho cumplimiento le costó la vida. Una invención referente á la pintura en aquella época, con tales creencias, entre muchedumbres de imaginación exaltada, tomaba en seguida aspecto de leyenda. Nada tiene pues de extraño que, en ciudad de tantos ritos artísticos, se recogiera y celebrara la invención extraña con fiestas extrañas, las cuales constituían como una especie de misteriosa liturgia.

Así es que, reanudando el hilo de nuestra historia, Lippi, por su natural exaltado y fantástico, quedó absorto en presencia de aquel pintor desconocido, á quien rodeaban los coros con ofrendas y los músicos instrumentos saludaban con armonías, como si realmente fuera un Dios. No de otra

suerte se recibían y aclamaban las nuevas divinidades en los antiguos pueblos, cuando la conciencia estaba llena de mitos como de mariposas una tierra florida y los campos llenos de genios como de ideas una mente inspirada. Fundamento, pues, y sólido, tenía la extrañeza del monge. Mas creció de punto así que describieron un velo y brilló un cuadro á sus ojos. Representaba la visita de San Joaquin á Santa Ana, y el nacimiento de la Virgen María en espléndido camarín, á cuya puerta destacábanse un niño sonrosado y gracioso con pesadísimo martillo en la mano, y multitud de nobles de aquel siglo, retratados todos al natural, delante de los cuales grotesco enano rompía en su rodilla izquierda misteriosa varita, rodeado de varias mujeres, todas bellas y vestidas todas con los rozagantes y pintorescos trages propios de la rica y fastuosísima Venecia.

—¿Cómo te llamas?

Preguntó Filippo al pintor.

—Me llamo Domenico.

—¿De dónde vienes?

—De Venecia.

Dijo.

—Del cielo debieras decir.

Añadió exaltado el fraile.

—¿Cómo?

Le preguntó su interlocutor.

—¿Pues no observas lo vivo de esos colores templados por una dulzura increíble? ¿Pues no comprendes, tú, autor de esa maravilla, como se deslién y desvanecen ahí las tintas en suavísimos matices? ¿Pues no ves que la luz de nuestros cuadros de ahora parece externa y á ellos ajena, mientras que la luz de ese cuadro tuyo parece venir de su propio fondo?

—Y todavía no comprendes, Filippo, otras ventajas que voy á revelarte: primera, la duración de esas obras que serán inmortales; segunda, la facilidad de corregir un toque y de volver sobre lo ya hecho que puede llevarte á la más acabada perfección.

—Cuéntame cómo has sorprendido este secreto ignorado de todos nosotros.

—La historia es larga.

—Pero interesante.

—Fastidiosa para referirse aquí.

—En esta tierra de artistas no fastidia nunca cuanto al arte se refiere.

—Es, en verdad, mi invención un nuevo procedimiento pictórico.

—¡Y tan nuevo!

—El ingrediente, esencial en él, produce esa suavidad de tintas que tanto te ha halagado.

—Y que acaricia la vista, como pudiera una melodía acariciar el oído.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Ciertamente.

—¡Qué empaste! ¡Qué gradaciones tan naturales! ¡Qué tonos en el colorido! ¡Qué seguridad en los toques! Yo temo volverme loco de admiración y de entusiasmo. Cuéntame, Domenico, cuéntame por Dios la historia de este secreto. Ya que no puedes ni quieres decirme su esencia, dime su arribo hasta tí, amigo mío.

—Desde luego te confieso que el secreto no fué encontrado sino adquirido por mí.

—Háblame de todo, de todo.

—Hay en Italia dos hombres, que aman las artes sobre todas las cosas, soberano el uno, semi-soberano el otro. Llámase este Cosme de Médicis; llámase aquel Alfonso de Aragon. Ambos recibieron de un pueblo como Alemania y de un genio como Juan Van-Eike sendos cuadritos pintados por esta misma manera, y que han tenido casi ocultos por temor á un robo, pues tan extraordinario mérito tenían y con tanta viveza llamaban la pública atención que bien podían tentar á todo el mundo. Los conocedores de las dos obras se maravillaban, no solamente por lo que veían á la simple vista, sino también por lo que adivinaban al través de aquellos suaves matices y brillantísimos colores.

—¿Quién no se trasporta y extasia ante tales maravillas?

—Sabeis muy bien cuanto sufrimos hoy para secar los colores. Por ejemplo, estendemos uno sobre las tablas, y para sobreponerle otro, necesitamos que llegue el primero á secarse, y á secarse al sol. ¡Qué de tiempo en esta operacion delicada! ¡Qué de paciencia para aguardar cuando la fiebre de la inspiracion os posee y os aqueja la necesidad espiritual de crear!

—Es verdad. Cuántas obras he malogrado yo de esta misma suerte; cuántos valiosísimos trabajos he perdido tristemente. Creía ya seco el color y me arriesgaba á sobreponerle otro. Y el color primero no estaba seco, haciéndome perder este afán inútil horas larguísimas de zozobra y de angustia.

—Juan Van-Eike, llamado también Juan de Brujas, no encontró tampoco el secreto.

—¿De veras?

—No lo encontró.

—¿Se lo reveló algun otro?

—Se lo reveló el libro de un monge.

—¿Cuántas riquezas como este secreto perdidas en las Bibliotecas de los monasterios!

—Y aprendió en aquellas páginas una especie de barniz que, ageno completamente al agua, léjos de emplearse como elemento húmedo, podía emplearse como elemento secante, sobreponiendo los colores y dándoles sus varios y armoniosos tonos.

—De suerte que á nuestras maneras de pintar, á las tres conocidas, á la

que mezcla con los colores la clara de huevo y la resina; á la que mezcla la cal húmeda; á la que tiene por fondo la blanda cera, se une otra nueva y más perfecta.

—Justamente.

—Dime cómo te compusiste para sorprenderla y adquirirla.

—Tenía yo un amigo de Mesina, que he perdido, joven de valerosas resoluciones y de probada audacia. Pintor, usaba los antiguos medios bizantinos y griegos, como si no hubiera existido ni la escuela de Sienna ni la escuela de Florencia. Inquieto de temperamento, pero estudioso en su arte vió por acaso el cuadrito enviado de Brujas á Nápoles; y se propuso allegar el secreto de tanta hermosura y enriquecer con él á los artistas de su patria. Saltó, pues, de lo pasado á lo porvenir. Un día se fué á Alemania y se personó en casa del mágico pintor, dándose por rico caballero italiano, venido de luengas tierras, sin más objeto que obtener su retrato de tan hábiles manos y con tan extraordinarios procedimientos. Los caballos que montaba, el séquito que tenía, el oro que derramaba á manos llenas, la riqueza fabulosa de su traje, la magestad austerísima de su porte, el número y valor de su séquito, la pompa de que iba acompañado á todas partes, engañaron á las pobres gentes del Norte incapacitadas para comprender en su oscuridad y en su pobreza todo el lujo natural en los artistas del Mediodía. Y Juan de Brujas le admitió en su estudio creyéndolo profano á las artes, y compuso en su presencia el barniz, y lo empleó con entero abandono en la seguridad de que trataba con un rico-hombre, cuyas palabras y ademanes de tal suerte se componían que nunca revelaban al artista. Volvióse Antonio, pues, con su retrato y con su secreto, más alegre que unas pascuas, y dióle á Juan de Brujas en cambio de la ignorada sorpresa mucho oro y varios y riquísimos cuadros. Y llegado á Venecia se ligó conmigo; y, en el lecho de la muerte, á la hora de la agonía, me reveló su enigma encerrado, como todas las cosas y todas las ideas verdaderamente grandes, en una sola palabra.

—Domenico.

—Filippo.

—Pronuncia esa misteriosa palabra en mi oído.

—Cuando de ello seas digno.

—Dime qué debo haer y lo haré inmediatamente. Tanto me dá que me exijas actos de virtud como actos de maldad. Si debo moverte por el bien, seré bueno; si por el mal, seré malo. Oigo indiferente los gritos de la conciencia porque se ahogan en el oleaje de pasiones que hirviente y encrespado ruge en mi pecho. La gloria es mi ambicion, y tras la gloria corro desalado. Sólo el amor puede en mi voluntad mucho más que la gloria. Sácame, pues, de este infierno de dudas en que mis carnes se abrasan por el temor constante de no merecer ni una hoja de laurel á la inmortalidad,

ni un nombre imperecedero á la historia. ¡Una palabra! Y decir que con una sola palabra puedes traer la ventura á mis desgracias, la luz á mi oscuridad. Pronúnciala por Dios. Unas cuantas letras combinadas y dichas al aire penetrarian por mis oídos hasta mi conciencia. Habla, pues. Te pido que hables. No desoigas esta súplica de un artista que pende completamente de tus lábios. Háblame por piedad, Domenico, si quieres calmar en algo la vehemencia de mis intensísimos deseos.

—Filippo, veo que verdaderamente amas el arte.

—Y por lo tanto.....

—Veo que mereces mi confianza y mi cariño.

—¿Qué has dicho?

Preguntó una voz ronca y siniestra.

—¡Andrés del Castaño!

Exclamó Lippi.

—Sí, Andrés, dijo el recién venido, mirando al fraile con una mirada solo comparable en lo siniestra á su voz.

—¡Oh!

Murmuró Domenico.

—Veo que eres desmemoriado.

Dijo Andrés, acercándose al joven pintor veneciano para que Filippo no pudiese oír el diálogo.

—Perdóname.

Exclamó por lo bajo Domenico.

—Ya sabes que te encontré en momentos de angustia.

—No me lo recuerdes.

—Ibas á dar el alma al diablo.

—Y el cuerpo á la muerte.

—Yo te salvé.

—Verdad.

—¿A qué precio?

—A precio de mi secreto.

—Pues bien, vengo á exijírtelo.

—Pero si todavía no me has dado el objeto por cuya adquisicion prometí mi palabra sacramental.

—Ya está en tu poder.

—¿Qué dices?

—Esta noche misma.

—¿Me aguarda?

—Te aguarda.

—¿Y podré estrecharla contra mi corazón?

—Será tuya.

—¡Andrés!

—¿Qué te pasa?

—Me flaquean las piernas.

—Al estremecimiento de tu corazón venturoso.

—Sí, sí.

—E ibas á dar tu secreto á ese frailucho loco.

Dijo Andrés reconviniendo á Domenico mucho más con la vista que con la palabra.

—Perdóname.

—Ya ves que procuré tu gloria.

—Me has dado una fiesta como Florencia no recuerda otra igual.

—Y además de las satisfacciones de la gloria te procuro las satisfacciones del amor.

—¡Oh amigo del alma!

—Sí, amigo, y prefieres á mí ese insensato.

—Te he pedido desinteresadamente perdón; otórgamelo.

—¿Qué noche!

—Maravillosa.

—De los arreboles de la gloria vas á pasar á los brazos del amor.

—Gracias á tí.

—A mí, olvidado y pospuesto.....

—¿Qué hago con Lippi?

—Engáñalo de cualquiera manera.

—¿Engañarlo!

—Dale cuantas vanas esperanzas te inspire tu fantasía.

—¿Mentir?

—Quien no sepa mentir, no vivirá largo tiempo en el mundo.

—¿Mentir! Andrés.

—No, alimentar esperanzas de imposible realizacion hasta el punto y hora en que puedas desvanecerlas.

—¡Oh!

—No haces más que suspirar. Ven conmigo. Esquívate á esa gente con toda la celeridad posible. Escabúllate en el salón cercano donde podremos estar solos para en la soledad abrirte por completo todo mi corazón y anunciarte todas tus dichas.

Domenico Veneciano y Andrés del Castaño eran dos naturalezas completamente opuestas. En el primero predominaba la dulzura y en el segundo la crueldad. Con ver á aquel, veíase una de esas almas suaves, en las que canta dulcemente el amor; y con ver á éste, se veía una de esas trombas de pasión y de ira, en cuyos senos retiemblan y resuenan de continuo las grandes tempestades. El afecto, que predominaba sobre todos los afectos del uno, debía llamarse ternura. El afecto, que predominaba sobre todos los afectos del otro, debía llamarse envidia. ¡Dios mio! Cuán criminales son

los envidiosos! El espectáculo del bien, que eleva á todos los hombres, á ellos los entristece y los vicia. Seméjense á esas pobres aves que huyen de la luz y que aman las tinieblas. Buscan en la vida los abismos, y cuando los han hallado, precipitan por ellos á las gentes. ¡La envidia! ¿De qué puede ser capaz? Vamos á verlo en el desenlace de esta trágica historia.

El envidioso iba á ser envidiado. Los pintores á quienes aborrecia, iban á caer de hinojos á sus plantas, en virtud de aquel secreto poseído por Domenico Veneciano; y que Andrés trataba de sorprenderle y arrancarle á toda costa. Imagínese, pues, cuál sería su impaciencia por sobrepujarlos á todos con trabajo mucho más rápido y resultado mucho más brillante que los trabajos y los resultados hasta entonces universalmente conocidos. Andrés que, nacido con ciertas aptitudes, no traspasaba la línea donde se estrellan como en su límite propio las brillantes medianías, iba á verse por virtud de la mágica revelación más admirado del pueblo, más querido de las mujeres, más rico y más célebre que sus odiados émulo, cuyos nombres tantas veces le quitaran el sueño, emponzoñándole con sus glorias y sus triunfos la vida. Así no podía surgir obstáculo que lo detuviera en su empeño. Tenía de los artistas de su tiempo los defectos, aunque no tuviera las cualidades. Impresionábase, gustábase el desorden: apasionado, anegaba la razón de las pasiones; vehemente, quería con arrebatado cuanto deseaba con vehemencia, importándole poco el bien ó el mal, porque ni los distinguía ni los separaba apenas en la oscuridad de su conciencia y en el hervor de su sangre. La envidia era su pasión y su tormento. El alma de su envidia estaba en el odio. Y el odio le imponía la necesidad de guerrear perpetuamente con todos sus semejantes á quienes tenía por enemigos. Con tal temperamento asíóse á la ventaja guardada en la palabra sacramental de Domenico Veneciano como á un amuleto propio para satisfacer todas sus pasiones. Ya puede, pues, comprenderse cómo se desvanecería su cabeza y saltaría en el pecho su corazón al temer que Domenico, seducido por las exaltadas palabras de Filippo, pudiera entregar á éste el prestigioso enigma. Así es que estaba al lado del dulce pintor como el diablo al lado de sus víctimas. Por el contexto de la conversación habrán los lectores inducido que Domenico se enamoró; y que, para satisfacer su amor, estuvo á punto de entregar su alma á Luzbel. Pero se la entregó á Castaño. Y Castaño dióse tales trazas, que logró vencer á la invencible hermosura por cuya posesión ofrecía el inexperto Domenico su preciado secreto, cosa de poca monta para quien llegaba hasta perder la eterna bienandanza. Acercábase, pues, para Castaño la hora suprema de su vida, el momento de averiguar la naturaleza de aquella invención por la cual podía obtener dos satisfacciones codiciadas: la propia gloria y la supremacía sobre todos sus émulo. El diablo no persiguiera con sus seducciones á quien le hubiese vendido el alma como Castaño perseguía á Domenico con sus halagos.

Veíale vanidoso, pues le daba una fiesta en cuyos incidentes brillantísimos pudiera creerse un dios: veíale enamorado, pues le procuraba con artes diabólicas, cual si levantase figura, la mujer más codiciada; siendo por estas artes una especie de enemigo, consagrado, como en la liturgia católica, el eterno enemigo de la humanidad, á encender todos los perversos instintos y calmar todos los malos apetitos. Inútil decir que al término de las maquinaciones de Andrés había una ruina inevitable para el pobre y confiado Domenico.

Así, mientras Filippo, artista antes que todo y sobre todo, contemplaba con arrobamiento aquellas maravillas de color, en cuyas gradaciones creía descubrir como nuevos cielos del arte, olvidándose hasta del candor con que se le había aparecido el dueño de tanto secreto y hasta de la furia en que había estallado su émulo; éste, Castaño, codicioso, vengativo, envidiosísimo, cogía á aquel, á Domenico, por la mano, y le llevaba á cercana sala donde pudiese maniobrar á sus anchas en logro de sus vehementísimos deseos, empleando desde la seducción hasta la amenaza, desde el cariño hasta el odio, desde la violencia hasta la corrupción, desde el hechizo hasta el crimen, como suelen todas las voluntades avasalladoras y enérgicas abandonadas á sí mismas por las dos reguladoras supremas de nuestra vida, por la razón y por la conciencia.

—Descansemos aquí, dijo Castaño, y departamos con toda libertad.

—Lejos, añadió Domenico, de tantas miradas como nos acechan y de tantos oídos como nos celan.

—Entregados á saborear los recuerdos del triunfo que has obtenido y las esperanzas del placer que te aguarda.

—¿Será verdad?

—Infalible.

—¿Cómo obtuviste esa victoria para mí?

—No lo preguntes.

—Es mi curiosidad natural.

—No, dañosa. Cada existencia guarda un misterio. Cada hombre proyecta con su cuerpo una sombra en el espacio material, y con su alma un secreto en el espacio invisible. Tienes tú misterios; yo también los tengo. El alma se parece al mar en que no puede existir sin abismos. Toda inmensidad guarda indescifrables enigmas. Conténtate, pues, con saber que vas á saciar tu amor.

—Yo he tenido siempre dos necesidades supremas, una de la inteligencia, la necesidad de ser admirado; otra del corazón, la necesidad de ser querido. Sentir la belleza es en resumidas cuentas amarla. El ideal se alimenta y se alimentará siempre de esta llama del corazón. Llévame, pues, á los pies de la mujer adorada que debe ser la musa del ingenio y el modelo eterno de mis obras.

—Feliz tú que amas con tal viveza y con tan fundada esperanza.

Dijo Castaño, en cuyo pálido rostro, en cuyos ojos torvos, en cuya sonrisa amarguísima se revelaba toda la acerbidad de su envidia: que hasta sentía no sentir como su émulo, y se encelaba por ver en otros lo mismo que no quería procurarse ó adquirirse para sí propio.

—¿Qué quieres? La gloria tiene satisfacciones egoistas, mientras que el amor desinteresadas y sublimes.

—A nuestros años no podemos amar ya con la abnegacion de otra edad. Nos fingimos mejores de lo que somos. Creemos amar el amor por sí, en sí, cuando realmente amamos el placer.

—No me apenes con tus sofismas frios como la muerte. Déjame creer que amo todavía. Y la prueba de que amo todavía está en que solamente una mujer me cautiva; porque en realidad me atrae su alma.

—Si te interrogaras á tí mismo con verdadera independencia de toda preocupacion, verias como esos pensamientos, á primera vista purísimos, se alimentan y mantienen por el hervor de la sangre y por el aguijon del sentido.

—¡Oh! Andrés, verdaderamente pierdo la luz de los ojos cuando veo la ventura que me prometes.

—A todo podemos resistir con nuestras fuerzas en el bajo mundo que habitamos, á todo, menos á la privacion del amor.

—Es verdad: en amar y ser amado consiste el secreto de nuestra existencia.

—Por consiguiente, quien te ha dado la satisfaccion de un amor correspondido, puede envanecerse de haberte dado la satisfaccion de una segunda vida.

—Es verdad. Te confieso que un secreto dolor me atenace el pecho. Deber esta dicha antes que á mi porfía á tu poder, ¡oh! es cosa dolorosísima. Quisiera, en verdad, Andrés, que mi amada me amase por mi mérito y no por tu influjo.

—¿En esas estamos ahora? ¿Con tal salida de tono te descuelgas? ¿Por ventura, Domenico, eres un filósofo que busca el móvil de las acciones ó un fraile que investiga el secreto de las conciencias? No; eres un artista que debe contentarse con obtener de la persona amada la expresion del sentimiento. Nosotros somos los admiradores de la forma, de lo exterior. ¿A qué meternos en mayores honduras? Cuando ibas á dar tu alma al demonio para que calmase tu pasion, en verdad, no te curabas de si la mujer amada iría á tí por propio impulso de su voluntad ó por inspiraciones diabólicas. Pues de igual suerte ahora no pienses en quien arrastra hasta tus brazos la mujer deseada; piensa que la poseerás, y que la poseerás como si te amara con todos los amores y tuviera suspenso de tu sér toda su existencia. Cuando un beso te quema los labios ¿vas á preguntar si detrás de aquel beso hay

una intencion al amor contraria ó extraña? Te basta con que tu amada finja bien y con que te engañe de manera, si engaño hay, que la ficcion se parezca á la realidad como una gota de agua se parece á otra gota de agua. Eso es la vida, la verdadera vida. Todo lo demas, que tú piensas y dices, tiene el aire de una traslacion arbitraria de la fantasia pura á la impura realidad.

—Me abraso en deseos de ver al tormento adorado que al par me aviva y me mata.

—Iremos en seguida; la fiesta se acabará por sí misma, y los convidados se dispersarán á su antojo en cuanto la luz los ahuyente y el sueño los asalte.

—Corramos.

—Corramos.

—Cuánto debo agradecerte, Andrés, amigo, esta noche, la más bella de mi vida.

—Puesto que hablas de tu gratitud, permíteme que hable tambien de mis créditos ó de tus obligaciones.

—Inútil recordármelas estando como están presentes en mi memoria y vivas en mi voluntad.

—¿Ese gran secreto?

—Premio resultará de tu acierto y precio de mi dicha.

—¿Cuándo vas á revelármelo?

—¿Te olvidas que tenemos un pacto, escrito es verdad en el aire, pero tan firme como si estuviese esculpido en el mármol?

—He sido generoso; te dejo la revelacion del secreto para despues que hayas alcanzado el favor.

—Corramos. Me falta tiempo. Mis deseos todos se atropellan y me apremian. Voy á verla, á oirla, á hablarla. Voy á escuchar su voz y á sumergirme en sus ojos. Voy á pedir á sus labios una palabra de amor que dé una nueva alma á mi cuerpo, y una nueva inspiracion á mi alma. Soy feliz con toda la felicidad imaginable. La voluptuosa satisfaccion que siento, segun me acerco al logro de mis aspiraciones, basta para compensar muchas penas y para convertir en paraísos risueños los más tristes recuerdos. He padecido mucho, es verdad, pero he padecido por ella. Si hasta en las penas con que ha taladrado mi alma encuentro gozo, cuánto no encontraré en los placeres que me reserva.

—Pues vamos á que gustes el fruto apetecido y calmes con la seguridad de tu dicha la vehemencia de tu deseo.

—Bendito sea este supremo instante.

Dijo Domenico, inundada el alma de alegría, cortado el aliento por el tropel de sus emociones, relampagueantes los ojos con el reflejo de sus deseos.

Los dos jóvenes salieron por una puerta secreta rebozados en sus mantos, y alejándose con rapidez, perdiéronse en laberinto intrincadísimo de estrechas y tortuosas calles. Como Florencia estaba sumergida en el sueño á

tales horas, solamente se oía allá lejos la resonancia del festin, interrumpida por las rondas á cuyos pasos ladraban los vigilantes perros. Lucía la luna plateando las torrecillas ligeras de los palacios y los artísticos aleros de los tejados, sin penetrar hasta el pavimento de las calles y los pisos bajos de las viviendas, todas frias y oscuras, y negras como en la más espesa y horrible de las noches. Tenía verdaderamente que ver el contraste de la oscuridad abajo y de la luz arriba, la estela negra de las sombras en el suelo y entre los aleros recamados de argentada luz pedazos de cielo tan claros como el cristal más bello y trasparente. Aquellos dos embozados, deslizándose entre las sombras espesas y la luz lejana, parecían pertenecientes á otro mundo. Por fin, llegaron á una casa de modesta apariencia y se detuvieron ante una puerta baja y estrecha. Allí, la noche del suelo parecia más negra, la luz del aire parecia más clara, el silencio circundante más profundo, las dos sombras más fantásticas, pues se diría que sonaban los latidos de sus corazones y de sus sienes sin que sonasen ni su respiracion ni sus pasos, como evocaciones de sobrenaturales lugares y de tenebrosas esferas. Ya llegados al apetecido sitio, sacaron entre los pliegues de sus mantos dos guzlas y se pusieron á pezpuntear una melodía suavísima que chispeaba esas ideas luminosas llamadas inspiraciones, las cuales se esparcian por los aires como ténues aromas. A los varios compases de esta grata música resonó una cancion de amor, toda melancolía y ternura. Necesitaba la casa de esa suerte saludada por los acentos de la música, por las frases de la poesía, por los suspiros del amor, estar de muertos habitada como las tumbas, para no mostrar que aquellas cadencias del arte y de la pasión tan efusivas y tan ardientes, no penetraban sus piedras y no desvanecian el sueño que en aquellos momentos pudiera acallarla. Efectivamente, una ventana se abrió, y resonó una voz argentina, que dijo:

—Entrad, Domenico, entrad en el paraíso tan deseado por vuestro vehemente corazón, y conseguido gracias primero al amigo que os ha fiado en mi receloso ánimo, y despues á vuestra constancia.

No se dejó decir esto dos veces el fascinado Domenico, y arrojando su guitarra y su capa, como si todo le pesara, cuando trataba de tomar vuelo al nido de sus amores, corrió donde aquella voz, para sus oídos celeste, le llamaba, y empujó la puerta bien pronto abierta á su empuje. Pero antes de que subiera por la oscura escalera le detuvo Andrés, y le dijo con aire imperioso y voz bronca:

—Tu secreto.

—En el momento de bajar.

—Pues goza de tu ventura; y aquí te espero.

—No me esperarás en vano.

—Sube, sube. Y considera una cosa. La misma impaciencia que siente

tu corazón por lograr la apetecida dicha, siente mi inteligencia por saber el preciadísimo secreto.

—Lo tendrás así que baje, según el pacto hecho contigo, en vez de hacerlo con el diablo.

—Baja pronto.

—No acortes mi dicha.

—No pruebes mi paciencia.

—Adios, Andrés.

—Adios, Domenico.

Y subió éste aquella escalera, por cuyas gradas creía ascender al cielo y en realidad bajaba al infierno. Castaño, al quedarse en la calle, parecia lívido, tirando casi á verde, como si la luz del azufre lo iluminara ó le tiñera el verdor de los cadáveres. La mano crispada se fijaba en el cinto donde tenia un puñal; los ojos errantes miraban á la ventana donde se habia visto la aparecida; y los pasos inciertos dirigíanse casi involuntariamente á la puerta como para forzarla y abrirla; pues á pesar de haber conducido á Domenico hasta aquella casa, y haberlo empujado por aquella escalera, pesábale ya su resolución y pretendia volver á llamarle, para impedirle voluntarioso la misma satisfacción á la cual tanto y tan poderosamente habia contribuido. Oigamos con atención, pues, las ideas que rodaban por la cabeza de Castaño, y los sentimientos que atenaceaban su pecho, mientras ponía sitio al secreto del pintor y aguardaba, paseándose por la calle, el instante de arrancarlo y tenerlo en su paleta para siempre.

—«Sube en buen hora, decia; sube, infeliz, á tu cadalso. Yo te aguardo aquí deseoso de vencer tu invencible resistencia y de saciar mi ardiente sed de venganza. Posees un secreto con el cual pudieras haberme hecho feliz, elevándome á la altura de los primeros artistas florentinos, y lo esquivas á mi deseo, y para revelármelo ¡ay! le pones un precio cuyo valor ni puedo yo decirte, ni puedes tú adivinar. ¿Cómo le tentaría el diablo para que llegase á enamorarse de mi amada, de mi Lisa? Y la ama verdaderamente. Estas almas tímidas, cuando se mueven por alguna resolución firmísima, se tornan casi férreas. La vió y la amó. A la verdad, mi amada hubiera enamorado los ángeles del cielo con su sonrisa voluptuosa, que recorren los labios más rosados y muestran los dientes más blancos; y con su frente serena bajo la cual resplandecen entre espesas cejas y larguísimas pestañas los ojos más negros; y con su rostro ovalado en cuyas mejillas se dibujan graciosos hoyuelos, y en cuya base una barba partida por la mitad parece como que está pidiendo amorosísimos besos; rodeada en aquel momento como estaba de flores, las cuales infundian con sus esencias el amor ardiente por las venas, y vestida de veneciano traje el cual realzaba con admirables preesas su magestuoso porte. Imposible verla y no amarla. El cuitado se enamoró

perdidamente de ella y le ofreció el homenaje de su amor. Pero ¡ella! que solamente me ama á mí.».....

[Al llegar á este punto en la serie de sus reflexiones, Castaño volvió á la puerta que estaba cerrada, se abalanzó á ella, y casi trató de derribarla].

«Y sin embargo ahora estará en sus brazos. Ahora le dirá á Domenico lo mismo que tantas veces me ha dicho á mí, y que yo ¡insensato! he creído. Ahora fijará sus ojos en los ojos y sus labios en los labios del jóven, para darle á gustar goces reservados antes á mí, solo á mí en la tierra. Subamos y matemos á esos infames. Que paguen con la vida él su atrevimiento, ella su traicion. Rueden del manchado lecho á mis plantas, traspasados sus corazones por este mi puñal, y beba yo la sangre de aquellas venas para calmar con sus amargos sorbos la vivacidad de mi venganza.» [Y Andrés sacaba del cinto un puñal florentino que blandía en los aires, y clavaba con rabia en la puerta].

«Pero ¿á dónde voy? ¿Qué hago? Me he vuelto loco. Yo, yo soy el autor de su crimen y el artífice de mis celos. La pobre Lisa no queria ceder á mi capricho que le mandaba entregarse á otro, y entregarse con ardor. Todavía me parece verla de rodillas; esparcido el cabello que se mesaba con ambas manos; henchida de ardiente sangre la mirada que me suplicaba amorosa; tendidos ambos brazos que se suspendian á mi cuello; pidiéndome por mi amor la muerte, preferible en todas ocasiones á la infamia. Trance terrible entregarse á un hombre á quien no amaba, y faltarme á mí su amado amante. Y yo fui riguroso, inflexible, implacable, cruel, infame, como un aborto del infierno. Penetrado profundamente de que solo al precio de este sacrificio podia conseguir la revelacion del secreto, no vacilé un momento en consumarlo, y ofrecer la mujer que amo á la sensualidad de mi afortunado émulo. Aunque la imaginacion me dice con viveza tanta las cosas y los hechos, y yo ideara mil veces el dolor que debia apuñalarme cuando entrase otro en mi propio paraíso, no creí nunca penar tanto como ahora estoy penando, ni arrepentirme tan de veras como ahora me estoy arrepintiendo. Si el cálculo frio de mi razon no detuviera el impulso avasallador de mi voluntad, entraria en la casa que he franqueado á mi rival para castigar el crimen por mí mismo cometido, y cuya perpetracion abrasa mi sangre con los celos y mi conciencia con los remordimientos.»

«Me vuelvo loco. Me horrorizo de mí propio. Cuando recojo mi razon y la repliego sobre toda mi vida, téngome ante el tribunal de mi juicio por reo de eterna infamia, condenado á la pena de no poder olvidar esta mi culpa ni creer que haya en la tierra ni en los infiernos castigo correspondiente á su barbárie. Asi pasan por mis ojos espectáculos terribles que mi pincel reproduce involuntariamente, como si el mismo Satanás me llevara la mano. Asi

pinto á diestro y siniestro tormentos y potros, ahorcados que penden del suplicio, diablos que llevan el fuego de los infiernos en sus ojos ¡ah! pedazos todos de mi alma lanzados al lienzo por mi desesperacion y por mi rabia, representando la eternidad de mis torcedores y de mis tormentos. Cuando los viandantes pasan por el claustro de Santa Croce y se detienen á mirar el Cristo atado á la columna, dicen que he sabido pintar los miembros crispados, los rostros feroces, los ojos torvos, los labios cárdenos, las aposturas violentas de aquellos verdugos, atormentadores de Nuestro Señor, que, atado á la columna, vierte de sus carnes abiertas por tantas heridas hilos de roja sangre. Si los he pintado tan bien ha sido porque he retratado en ellos mis propios remordimientos, y los golpes que dan á un tiempo en mis sienes y en mi corazon traspasándome el alma. Asi, he copiado mi propio rostro en el rostro de un Iscariote que estoy pintando; y he sabido poner en cuadro tan místico y etéreo como la Asuncion de María, donde solo debian verse flores en la tierra y estrellas en el éther, los ángeles sonando sus violas, la Trinidad extática entre nubes, un muchacho que le tira un jarro á otro y le rompe la cabeza, como yo les rompería las costillas á todos los pintores por no decir á todos los hombres en el ardor de mi rabia. ¡Oh! Confesemos que hay seres mucho más desgraciados que los ciegos, y los mudos, y los sordos, y los imbéciles, y los incomunicados con la naturaleza, y son aquellos que han nacido como yo con aspiraciones á la perfeccion completa en el alma, y faltos de medios por irremediable inferioridad de procedimientos. Soñamos con ser dioses, queremos la omnipotencia, nos sentimos capaces de identificarnos en pureza con nuestro propio ideal, y cuando llegamos á la realizacion de todos estos ensueños, vemos tristemente que los materiales del arte ó la expresion de las palabras, no corresponden á toda la intensidad del deseo, y no obedecen á todo el vigor de las ideas. Confesemos que cuantos somos así, resultamos ante las conciencias rectas de todo punto irresponsables. ¿Por qué habernos hecho de esta suerte? ¿Por qué no quitarnos la grandeza de tantas aspiraciones ó no concedernos la variedad de las facultades necesarias para cumplirlas?»

«Soy artista, y en el concepto de artista, soy como un verdadero enviado del cielo para embellecer y perfeccionar la tierra. Nuestra fantasia es el centro donde se juntan los rayos rotos y dispersos de la vida. Yo debo saber desde lo que quiere decir el ave cuando canta, hasta lo que quiere decir el astro cuando centellea. Yo debo recoger la esencia que se exhala de una flor, la niebla que se evapora de un lago, la nube que se alza de un incensario; y henchirlas de la idea que van buscando por el impulso de su ascension á lo infinito. Si los seres rezan, yo debo recoger sus oraciones; si lloran, sus lágrimas; si anhelan, sus deseos; sacerdote de este templo que se llama universo; intérprete de esta poesia que componen sin saberlo todas las cosas;

músico que anota el concierto producido por el coro de los séres y por el movimiento de los astros en la eterna inmensidad. Desde el balido de la oveja hasta el trueno de la tormenta; desde el ala del insecto hasta la ráfaga del huracan; desde el gusanillo perdido en la tierra hasta el sol que fecunda el planeta, todos tienen un pensamiento divino que en su inconsciencia no conocen y que yo recojo en esta alma de los séres creados, impalpable pero luminosa, en la fantasía del poeta, en la virtud creadora del artista. Así oigo el diálogo de la alondra con su nido que le pia; del planeta con su luna que le sigue; del capullo con su mariposa que lo acaricia; de la estrella con su arroyo que la retrata; de la voz con su eco que la repite; de todas las cosas creadas con el amor universal que las produce y las mantiene, y las eleva hasta enrojecerlas en el fuego de la eterna vida. Y con tan alto ministerio caigo desde mi luminoso trono de ilusiones celestes en los más negros y más horribles abismos donde solo tropezamos con el mal que tristemente se enrosca á nuestros piés.»

«He nacido dotado de aspiracion indestructible; de la aspiracion á superar en gloria á todos cuantos participan de mi propio arte. Pues quien me creó con esta aspiracion irresistible indudablemente me creó para que de alguna manera y en algun grado la realizase. Y un irresistible impulso me arrastra ciegamente á empeñar con todos cuantos me rodean terrible guerra de exterminio. Domenico, que no puede compararse conmigo como pintor, me supera y me aventaja en virtud de un secreto que él solamente posee. Y en este empeño mio de vencer á todos mis rivales debo arrancarle su secreto. Mas el dia que lo posea, quiero ser solo. Todos los fuertes aspiran á la soledad. Las humildes codornices van por los aires en bandadas, pero las águilas reinan allá en regiones donde ningun sér habita. Los tímidos gamos se juntan en manadas, pero el leon domina solo el desierto. Las hierbecillas forman haces y manojos; pero los cedros se levantan erguidos sobre las altas rocas en soberbio aislamiento. Todo aquel que se resigna á estar confundido en el coro, no se siente con fuerzas necesarias para desempeñar el papel de protagonista en la inmensa tragedia de este mundo. Yo sí, yo estoy dispuesto á extirpar todo cuanto se oponga vivamente á que las raíces del árbol de mi vida lleguen hasta las profundidades del infierno, y la copa se extienda y esparza por la inmensidad de los cielos. Domenico, el dia que posea tu secreto, debo quedarme solo con él en la tierra. Si fuéramos dos, no tendria yo ningun mérito. El sol, cuando se despierta en los horizontes, no permite que brille otro astro. Como no puede haber dos dioses en el cielo, no puede haber dos artistas en Florencia. Goza pues de tu amor. Bebe hasta la última gota la áurea copa de todos los placeres. Embriagate para no ver que sobre esa voluptuosidad, que te parece el exceso de la vida, se dibuje descarnado y frío el esqueleto de la muerte. Vive, vive

mucho en tus trasportes porque vas á morir dentro de algunos minutos. Cuando por el conocimiento de tu secreto esté yo á tu altura, creelo, Domenico, no cabremos ambos en la tierra.»

«Yo, pastor un dia, gocé en el campo de la vida que guarda la naturaleza como ningun otro mortal. Entre mis compañeros nadie me ganaba á correr por el llano, á trepar por el monte, á perseguir las zorras enemigas de nuestros gallineros, á tirar la onda, á contender con el lobo que descendia hambriento de sus cavernas, asustando á todos los campesinos, menos á mí, que le aguardaba con las uñas afiladas, los dientes largos, los ojos fuera de las órbitas, el cuello estirado, la piel espeluznada, los cabellos erizados, como si fuera un perro de presa. Mi vocacion á trazar líneas, á reproducir los contornos de las cosas, á copiar los séres de la naturaleza, me sacó de pastor y me convirtió en artista. Yo he pintado los claustros de San Miniato; yo he embellecido el bellissimo cenobio de San Benedetto; yo he puesto mis inspiraciones ante la puerta principal del monasterio de los Angeles; yo he ilustrado los palacios de los Pandolfinis; yo he inmortalizado las capillas de los Cavalcantis; yo he merecido un lugar entre los maestros que han animado con sus figuras las paredes de Santa María dei Fiori; yo cuento con la amistad de los Médicis: desde la dura condicion de labriego yo me he levantado por mi propio esfuerzo á la alta categoria de artista y de gentil-hombre en Florencia; y á pesar de esta favorable metamórfosis, siento en mi nuevo estado rabia igual á la que sentia en el antiguo. No lucho, es verdad, con los lobos, pero lucho con los émulos; no trepo anhelante por las montañas, pero trepo más anhelante todavía que entonces por las humanas ambiciones; no me desvelo al cuidado de guardar mis ovejas, pero me desvelo al cuidado de guardar mis glorias; y para defenderme y derribar á mis contrarios, me valgo de todo, desde la calumnia que destila la punta de mi lengua hasta la muerte que guarda la punta de mi puñal. Como ciertos séres he nacido para la guerra, y al guerrear, cumplo con mi destino; y al cumplir con mi destino, hago el bien. La planta extirpa á la planta cuando le regatea espacio; el pez allá en los abismos de las aguas se alimenta de peces. Mi pincel celoso como los árboles aniquila á los pinceles que no le dejan moverse; y yo, pintor, hago en el mundo lo mismo que hacen los brutos en los abismos del mar, me alimento de pintores. Noche tranquila, que parece convidarme al bien, ¿por qué iluminas con luz tan suave mi crimen? Y tú, hermosa luna, compañera de los tristes que no pueden conciliar el sueño, cuando te recojas en el cielo y cuentes al Criador lo que has visto sobre la tierra, no te reduzcas á referir el acto que voy á perpetrar y que acaso nuble tu blanca faz; entra hasta la conciencia que guardo bajo mi cerebro y hasta el corazon que oculto en mi pecho; y allí podrás ver como un artista, destiñado á repetir las tristezas humanas, á contar las humanas tragedias, á

sentir innumerables penas, tiene para contener la luz divina sin quebrarse, más barro de la tierra que el resto de los mortales, y ángel por sus ideas, está por sus pasiones más pegado que las bestias al mundo; y en vez de maldecirme y condenarme como á un criminal, me compadecerás como debe compadecerse desde las alturas de tu celeste serenidad á todos los desgraciados.»

En estos desvarios consumía Andrés del Castaño largas horas de la noche, mientras gozaba toda la felicidad de su amor el pobre Domenico. Mas tantas y tan contradictorias ideas, dichas en formas mucho mas vagas que las empleadas por nosotros, obligados á concretarlas en la precision del lenguaje escrito, tantas y tan contradictorias ideas no bastaban á matar el largo tiempo de la amorosa entrevista. Andrés, por consiguiente, se impacientaba á medida que veía la tardanza de Domenico. Cuando ya su espera se cansaba, temeroso de que viniese el alba, cogió su guzla y rasgó una melodía en apariencia tributo de amor, en realidad seña convenida con su amada. Y efectivamente la puerta se abrió y bajó Domenico, radiante de alegría, con el placer de los deseos satisfechos y la esperanza de nuevas y futuras dichas. Un movimiento de rabia, consecuencia inmediata de un impulso de celos al toque de aquel regocijo, acusador de una grande infidelidad, sobrecogió el ánimo de Andrés, pero con su acostumbrado dominio sobre sí mismo, supo sujetarlo y fingir una serenidad tal que no pasó ni por sus labios la sonrisa de la amargura que sentía, ni por su frente las sombras de la tristeza que lo acongojaba. Su odio contra aquel jóven, afortunado, poseedor de los secretos del arte y de los goces del amor, se aumentaba, pero tambien se aumentaban en la misma medida sus caricias, como si el exterior de Castaño no dependiera para nada de su interior y discordasen completamente en él cuerpo y alma, voluntad y sentimiento.

—Andrés, Andrés, gritó Domenico, no sé como pagarte tanto favor.

—Lo sabes puesto que tienes hace tiempo de ese favor señalado el precio.

—Es verdad; prometí, y las promesas tienen el mismo carácter sagrado que las deudas.

—Por consecuencia, ya que tan grande ha sido tu felicidad.....

—Inmensa, indescriptible. ¡Oh! Puedo asegurarte que despues de esta noche amo la vida con exaltado amor y quisiera vivir eternamente en la tierra.

—Mayor razon para que pronto te descargues del peso de tu deuda y cumplas con la debida formalidad tu palabra.

—Inmediatamente. Nada tan agradable á mi corazon obligadísimo.

—¿Lo ves? Desconfiabas de mí que tanto te quiero, y que siento por tí con el cariño de un amigo la ternura de un padre.

—Atribúyelo á la desgracia que en mí desde los tiempos mas remotos se

ha cebado. El que sufrió tantas desventuras en materia de amores no puede fácilmente creer á sus propios ojos, cuando su mala estrella se pone y brilla otra mas fausta.

—Vámonos de aquí no demos que sospechar al vecindario, y decidámonos á andar un poco para que pueda estirar mi cuerpo entumecido por el frio de la noche, puesto que no ha estado como el tuyo entre ricas sábanas de hilo, y al amor de la lumbre de unos ojos, sino á la luna.

—Vamos donde quieras.

Y los dos amigos se perdieron en tortuosas calles y continuas encrucijadas. Los faroles, que brillaban en tanto número al pié de las imágenes, delante de los retablos, en las capillas, comenzaban ya á extinguirse y espesaban con su ausencia las espesas sombras de la calle. Aunque de vez en cuando se oía el canto de algun gallo, parecia mas dormida la poblacion entera en estas horas vecinas de la mañana que en las horas vecinas de la tarde. Ora fuese porque se aproximase el dia, ora por otras razones, las rondas se retiraban, bien al revés de al ir los dos amigos al sitio de la última aventura, que pululaban por todas partes. Andrés vió que aquel momento supremo era el propio para realizar todos sus planes, emprender su última hazaña, cumplir su meditado propósito, y dijo parándose en sitio muy desierto y á la sombra de esquina muy sombría:

—Vamos, Domenico, tu secreto.

—Todo él consiste en mezclar á los colores aquella sustancia que parece como la sangre misma de la luz.

—¿El aceite?

—En vez de la cal como para el fresco, y de la clara como para la encáustica, y de la cera como para el esmalte, mezclas á los colores el aceite de linaza. Pruébalo y verás el resultado. Ya tienes mi secreto.

—Es verdad, es verdad. Ahora caigo. De ahí el brillo, de ahí los matices, de ahí la mezcla de los colores, de ahí la duracion, de ahí la facilidad en cecarse.....

—De ahí, amigo mio, de ahí.

—Ven, ven; deja que te estreche contra mi corazon.

Dijo Andrés, abriendo á Domenico sus brazos.

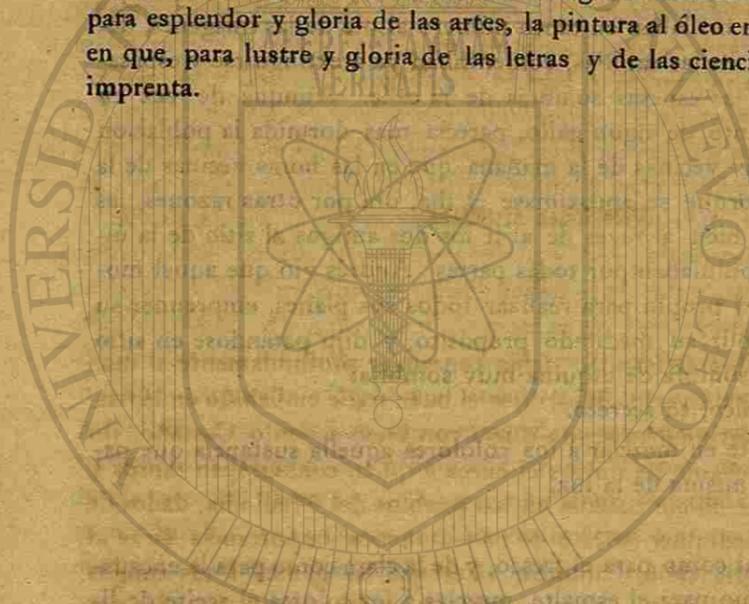
—Hermano del alma.

Dijo Domenico, lanzándose á los brazos que Andrés le abria, con toda la efusion imaginable.

—Toma, toma el precio que mereces.

Respondió Andrés, clavándole su agudo puñal con tanto arte y tanta seguridad, que el pobre Domenico dió un suspiro desgarrador y cayó sin vida en el suelo.

Todo el mundo supo la muerte; pero nadie supo quien fuese el matador. Los restos recogidos al amanecer por una ronda, que tropezó con ellos, y enterrados al día siguiente con gran pompa, pasaron pronto al yerto olvido. El primero en ir al entierro y demostrar la intensidad de un dolor incomparable fué su asesino. Florencia compadeció mucho á Domenico Veneciano fenecido de tan desgraciada manera en la flor de sus años, pero compadeció mucho más á su amigo superviviente, á Andrés del Castaño, que perdió la mitad de su alma, segun revelaban los extremos de su dolor. Y entre estas trágicas incidencias se divulgó el descubrimiento y se ganó, para esplendor y gloria de las artes, la pintura al óleo en la misma centuria, en que, para lustre y gloria de las letras y de las ciencias, se descubria la imprenta.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VI.

Veleidades artísticas.

La muerte del pobre Domenico debía conmover profundamente al movedizo Lippi. Vamos á verlo. Hallábase el buen fraile embebido en la fiesta. Los regocijos continuaban segun dijera con buen acuerdo Castaño, sin que los festejantes echasen de menos el héroe á quien consagraban tantos y tan varios obsequios. Suele suceder en los pueblos del Mediodía, dados de suyo á fiestas, que cualquier suceso de más ó menos importancia sirve al esparcimiento y alegría de los ánimos. Festejan las gentes á sus amigos para festejarse en realidad á sí mismas. Por consecuencia, en los vértigos de la danza, en los acordes de la música, en las cadencias de los coros, en el vapor de los licores, en el regocijo de los sentidos, nadie recordaba que todos aquellos placeres tenían el carácter de verdadero holocausto á una divinidad ausente. Filippo estuvo absorto largo rato en contemplar la obra maestra del Veneciano y sus espléndidos colores. Tras esta larga contemplacion dejóse arrastrar en la corriente del placer que con tan poderosa atraccion le llamaba, dividiendo aquella noche como dividia toda su vida, entre los arrebatos de sus sensaciones fugaces y los trasportes de sus instintos artísticos. Por un resto de consideracion á su estado, y sobre todo, á su hábito, no bailaba; pero departia con las muchachas más bonitas, prendadas todas de su elocuencia, sobre el tema esencialísimo á su pensamiento y á su vida, sobre el amor. De vez en cuando solia recoger de aquellos labios con el acibar de algun grosero insulto la miel de algun ardorosísimo beso. En otro pueblo fuera extrañado tal proceder de penitente monje; en Florencia no. El ardor de aquella primavera pagana llamada Renacimiento, exaltaba

con tal exaltacion los temperamentos y enardecía con tanto fuego la sangre que los florentinos consideraban tamaños excesos cosa natural entre las gentes de Iglesia. Florencia ardía en las llamas de una pasion alimentada al cabo por una idea.

• Cuando mas alegre parecia la fiesta y mas ruidosa sonaba; entre los choques de las copas y de los labios; entre los acordes de la música y los compases del baile, oyóse una voz que dijo: Domenico de Venecia acaba de ser asesinado. No hay cambio tan brusco y violento como el cambio de estas decoraciones en el teatro donde representamos el drama de la vida. El dolor, siempre solemne, se eleva mucho mas en solemnidad, cuando entra en el seno de una orgia. Nunca se ve tan clara como en este violentisimo contraste su naturaleza purificadora. El vicio se estremece y espanta. El placer se suspende. Los ojos enrojecidos por la fiebre se convierten en una expresion mística al cielo. Y el payaso, que sonaba sus cascabeles, salta de pronto hasta las cimas de lo infinito, como el alma de un sacerdote en los deliquios de una plegaria religiosa. Así sucedió pues en aquella fiesta. El que llevaba la mano á una copa, la retiró; el que tenia abrazada á una jóven, la soltó; el que bailaba con los mareos del vértigo, se quedó frio con la rigidez de la muerte: siguió el silencio á la música, las lágrimas á los tragos, la oracion á la blasfemia, porque siguió al placer el dolor.

Lippi no sabia lo que por él pasaba. Acababa de ver al muerto, como no lo viera ninguno otro de los presentes, con su aureola de inspiracion y de gloria en las sienes; y acababa de animar en aquellos centelleantes ojos el esmalte que dan á las almas una ambicion satisfecha y un amor correspondido. Y desde el seno de esa ventura ¡el infeliz! cuando los ojos se iban tras sus cuadros, cuando los laureles se posaban sobre su frente, con el éxtasis de la gloria que tanto desvanece, entre el ruido de los aplausos que tanto embriagan, ve salir un puñal, escondido como venenoso áspid en las flores, puñal que le muerde en el corazon y le arrebató una vida llamada á los mas puros goces y próxima á transformacion casi celeste despues de haber sentido todas las congojas del trabajo y todas las heridas del combate. Ya sabeis lo que es un artista. Sobre su cabeza pesa la nube que todavía no se ha formado; por sus nervios corren con terribles sacudidas las chispas eléctricas que todavía no se han producido; en sus ojos centellea el relámpago que no ha surcado aun el espacio; los dolores de las generaciones muertas desgarran sus fibras; las tristezas y deseos de las generaciones por venir desvelan sus noches y desasosiegan sus días; porque su alma, semejante á esas flores púdicas, al menor contacto contraídas, sufre con cuantos sufren y se traga ella sola en sus zozobras la hiel preparada para todos. Ninguno pues en aquella orgia tan desvariado, mientras reinaban los placeres, como Filippo; ninguno tan triste y caído desde el momento mismo en que se habia presentado, á la manera que en los antiguos convites egipcios un cadáver, la imá-

gen del dolor acompañada por las siniestras sombras de la muerte. Y le asaltó en seguida un arrebató de misticismo.

—Puesto que la muerte, dijo para sí, tan cercana se encuentra de la vida, procedamos como si hubiéramos de morir mañana mismo. La tierra que tanto queremos, es un matadero donde las reses aguardan indiferentes que llegue el sacrificador. Entre la cuna y la tumba se estiende como una línea de puntos dentro de los cuales está encerrada la muerte, si, muerte de esperanzas, muerte de ilusiones, muerte de amores, muerte de la juventud, muerte del corazon. Cuando chocamos con nuestra última hora somos como árbol despojado de sus hojas. Al morir, tenemos en nosotros millares de muertes, gusanos invisibles que se han comido nuestras carnes y nos han dejado solamente el descarnadísimo esqueleto. Sombra de nosotros mismos somos al llegar á la region de las sombras. Sin duda alguna, el destino ha querido preservar al pobre Domenico de estas muertes lentas y lo ha matado de un solo golpe y de una sola vez. Pero, nosotros, mortales como él, vamos muriendo todos los días aunque nos aferremos fuertemente á la vida. Para vivir muriendo no hay espacio tan propio como el claustro. Allí, al borde del Arno; en frente de las montañas que parecen altares elevados á la oracion; bajo la sombra de las bóvedas inmóviles como las copas de árboles petrificados y eternos, á cuyo amparo se encuentra por lo menos paz; oyendo las voces místicas que salen del coro y respirando las nubes de incienso que suben á lo infinito, de rodillas sobre las aras, veré blanquear mis cabellos en la penitencia, precursora de la muerte, y extinguirse la luz de mis ojos en la contemplacion de las tumbas henchidas de huesos, donde descansan ya generaciones salvadas del horrible naufragio de la vida. Vamos, vamos al claustro, dejando á un lado y otro del camino la ambicion y el amor convertidos en montones de ceniza que esparcirá el viento continuo de los tiempos, soplando sobre la tierra desde la insondable eternidad. Soy un náufrago, es verdad, de las humanas pasiones. Pero no he sabido aborrecer jamás. Pequé por haber amado mucho. Mil veces me he precipitado desde las eminencias por los abismos de la vida como ayer me precipité; y mil veces me detuvo una fuerza salvadora, la oracion sin duda de mis hermanos, los pobres penitentes. Yo he desplegado mis pasiones en la inmensidad como el águila real sus alas, y solo he sentido allá arriba los latidos de mis propias sienes mezclados con las palpitations de mi propio pecho. Yo he pugnado por llegar á las alturas y solo he hallado arriba ó volcanes ó nieves. Vuélvome, vuélvome al claustro. Allí recibiré de nuevo en mi frente el óleo sagrado mas esplendoroso que el oro de las régias coronas y en mi alma la santa esperanza en la eternidad mas vívida que el fuego de los sentidos. Ya que no he oido murmurar mi nombre en los labios de un padre, ya que no he visto reflejarse en mis ojos la mirada de una madre, ya que no puedo contar con la compañía de una esposa, desligándome todo de

este mundo y uniéndome al cielo, vaya en buena hora al cumplimiento de mi destino, á repetir en los claustros la oracion que forma en los espacios el coro de todas las cosas. La flor se marchita, el torrente se despeña, el aroma se desvanece, el amor se hastía, la vida se disipa, la ilusion se descolora, la esperanza se desengaña, todas las dichas, una vez logradas, se malogran; pensemos pues en las cosas eternas. Y sin embargo, pequeños como somos, la felicidad humana se encuentra solamente en las cosas pequeñas. Bástanos, pues, un campo regado con el sudor de nuestra familia, una casa oculta entre el follaje como los nidos y en cuya puerta zumben las abejas salidas de la colmena, y en cuyo tejado vuelen las palomas escapadas del palomar; la cuna por todo lecho, la voz de nuestras madres por toda música, los hermanillos con pedazos de pan saturados de miel en las manos por toda compañía, la era cargada de mieses para teatro de nuestros juegos, y para asilo de nuestros espíritus la iglesia de la aldea que habla con la lengua de sus campanas y con las trompetas de su órgano, teniendo en la pared el nicho con la efigie de la Virgen, y en la torre el nido de la cigüeña, y en las aristas de sus esquinas las sombras que proyectan las sedosas alas de las tier-nas golondrinas, cuyos píos parecen los ecos de dulces y no aprendidas plegarias. ¿Por qué buscamos luego la felicidad en las gigantescas obras de arte que no podemos producir sino á costa de dolores terribles; ó en los giros tempestuosos del combate que no podemos empeñar, sino vertiendo torrentes de nuestra sangre? Nada hay santo, nada fecundo, nada hermoso sino el amor. Yo le ví aparecer un día sobre mi frente como vívida llama, é imaginé que Dios en persona me lo enviaba, como envió sus lenguas de fuego sobre el Cenáculo de sus Apóstoles en la Pascua del Espíritu Santo. A su ardor floreció mi fantasía, como los campos florecen al ardor de la primavera. Yo ví una vírgen, blanca como la azucena; y la amé con arrobamiento, como dizque aman los ángeles en el cielo. Aun me parece percibir el rojo crepúsculo que la iluminaba con rosáceos arreboles, y las ardientes miradas que despedía al través de su blanco velo, semejante á una de esas plateadas gasas con que la luna llena envuelve los objetos y les dá melancólica poesía. Desde entonces la amé y la seguí sin que mi voluntad pudiera dejar de amarla y de seguirla. Pero el destino se ha interpuesto entre nosotros arrancándome votos fundados en su desamor y en mi desgracia. ¿Qué me resta, pues, en tan suprema angustia? Me resta el claustro: desnuda celda semejante á hondo sepulcro, sayal que á mis carnes se pegue como anticipado sudario, los maitines al amanecer en el alto coro cuando solo canta el gallo en la tierra y la alondra en el aire, la cava diaria de la sepultura al pié de los cipreses, lo misa oída con recogimiento sobre las losas fúnebres que tapizan el pavimento de la iglesia, la mesa de pino desde la cual me mire con sus ojos vacíos la calavera de mi predecesor, la cruz como signo de mis dolores al pecho, el rosario como cuenta de mis oraciones al cinto; y por toda

ocupacion el oído abierto á los vientos para requerir al ángel de la muerte á que suene pronto la trompeta del juicio y me llame al cielo ó al infierno, á cualquier lugar que no sea esta maldecida tierra.

Y Fra Filippo, dejándose la compañía de aquellas gentes, que absortas en la meditacion del triste caso, apenas en él fijaban la vista, dirigióse, arrastrado por sus emociones, al convento del Carmine. Cuando llegó, ya era de día; y como imaginaban que volvía del palacio de Cosme, donde le tuvieran recluso tanto tiempo, nadie le preguntó cosa alguna en sustancia, ni siquiera el hermano portero. Dirigióse á su celda, donde se tendió un momento sobre el jergon sin poder conciliar el sueño, y luego á la iglesia donde oró al impulso de ideas tan místicas como las expresadas en su íntimo é interior monólogo. Salido de la iglesia, tomó camino del jardín, y se fué á sentarse sobre un poyo colocado á la sombra de triste pasionaria, al través de cuyas hojas veíase en lontananza la cruz de piedra entre las líneas del claustro. Y cuando más embebido en sus meditaciones se hallaba, como para tentarle y divertir su atencion de tan piadosos pensamientos, apareció el mundano y entremetido Fra Alberto, empeñando la siguiente conversacion.

—Hola, ¿de vuelta?

—De vuelta.

—¿Qué tal te ha ido?

—Pésimamente.

—Nadie lo dijera, habiendo estado en casa del padre de la patria.

—¿Qué quieres?

—Así somos, si vamos al mundo, suspiros por el claustro; si volvemos al claustro, suspiros por el mundo.

—Desengáñate, cuando experimentamos la vanidad de todo lo terrestre, volvemos gozosos aquí.

Alberto no pudo menos que lanzar una carcajada en cuanto oyó la mística palabra de Filippo.

—¿De qué te ries?

—¿De qué quieres, hermano Lippi, que me ria? Pues de tí, de mí, de todo el mundo.

—Triste caso. Créite lastimado de mis penas y te veo gozoso.

—¿Tus penas! Vamos. No te la eches de triston, tú que arrancas risas, si tomas la ventolera del buen humor, á la boca helada de un muerto.

—Cuántos dolores me aquejarán cuando, tal como me conoces, vengo á refugiarme aquí, anhelante por obtener, no ya compasion, olvido.

—¿Cuánto tiempo te durará ese capricho?

—Toda una eternidad, porque no tengo ni esperanza.

—Tristezas que pasan.

—Bien quisiera, hermano Alberto, que fuesen fugaces como los arreboles del ocaso, pero serán eternas como el pálido sol de los muertos.

—Siempre con tus imágenes. ¿Qué quiere decir eso de sol de los muertos? Nada. Una palabra, sin ningún sentido; una frase sin ningún objeto.

—Quien tiene ideas sin formas en la mente, tiene palabras sin significación en los labios.

—¿Cómo te desconoces á tí mismo en cuanto estás triste! Ideas sin forma, tú, pintor, que lo ves todo esmaltado por vivos colores y en hermosas líneas.

—Déjame, Alberto, déjame. No me tientes con tus gracias mundanas. No me diviertas de mis pensamientos místicos.

—Vamos, estoy por creer que me engañan mis propios oídos. El diablo, harto de carne, metido á fraile.

—No me molestes.

—No digas tonterías y no te molestaré.

—¿Qué libro llevas en la mano? ¿Por ventura un libro de horas?

—¿De horas? Ja, ja.

Respondió Alberto desternillándose de risa.

—Por ventura ¿la Imitación de Jesucristo?

—Buena imitación nos dé Dios. Quien pasa largo tiempo en el claustro al fin se cansa de todas esas materias dulzonas y empalagosas.

—¿Qué lees? Veamos.

—Pues leo los cuentos de Bocaccio.

—¿Ave María Purísima!

—¿Te extraña?

—¿Pues no ha de extrañarme?

—Mira, Filippo, no vas á incomodarte conmigo por lo que voy á decirte.

—Al entrar en el claustro atesoramos por necesidad tanta paciencia.

—Justo.

—Rumiamos tantas cosas amargas.

—Verdad.

—Por consiguiente, dí cuanto te dicte la loca imaginación y te pida el extragado gusto.

—Gracias por esos calificativos.

—De Dios dijeron.

—Pues iba á decirte una cosa sencillísima.

—¿Qué?

—Que tu vida se parece á un cuento de Bocaccio.

—Sea en buen hora.

—Vamos, está visto que no hay medio de moverte.

—El dolor me hiela como la muerte.

—Pues distraete: que de este mundo no sacamos cosa alguna, cuando no sacamos la tripa de mal año con verdaderos goces.

—¿Con qué distraerme?

—Imagínate, cuánto me habré distraído yo con la lectura amenísima del Decameron.

—Buen libro para un convento.

—En él aprendo que á los devotos de San Julian, dotados de celo y memoria bastantes á pronunciar todas las noches una oración piadosa en su loor, si van de viaje, les proporciona el Santo, aunque los bandidos los despojen, y desnudos los entreguen á las inclemencias del invierno; vestido, posada, lumbre, lecho, cena, y los brazos de una princesa tan hermosa como la querida del ilustre marqués de Ferrara.

—Moral excelente.

—Pues no digo nada de la que contiene el Calendario de los Viejos.

—Poco más ó menos como la anterior.

—Mucho más salada todavía.

—Mejor hicieras en llamarla picante.

—¿Y qué quieres? Tenemos el Padre Santo en nuestra ciudad, y el libro anda en manos de todos sin ningún impedimento; tenemos la Santa Inquisición entre nuestras instituciones, y el libro se reparte á sus barbas como pan bendito.

—Veamos la moral del Calendario de los Viejos.

—Recobras tus bríos, retornas á tus gustos.

—Son tan fuertes tus tentaciones.

—Y tan débiles tus resistencias.

—Oigamos.

—Albricias.

—Eres el demonio, Alberto.

—Pues juraría que tú, Filippo, me endemonias.

—Verbo atrevido.

—Te vengas en mis verbos de las críticas á tus figuras retóricas.

—No lo creas. Tú si que te endragonas y revuelves airado en cuanto alguien te dice una palabra agri-dulce.

—Volvamos pues al cuento.

—Volvamos.

—Érase año, como decirse suele de los árboles, magistrado pisano, mas apto para cumplir los deberes de la magistratura que los deberes del matrimonio. Deleitábase nuestro hombre en contemplar sus tres amadas verdaderas, la ley, la severidad, la justicia; y no caía en la tentación de encerrar ninguna otra, por bella que le pareciese, en aquel su platónico serrallo, donde á sus anchas se glorificaba y deshacía en puros y nada esforzados deliquios. Viviera así el cuitado y durara en la vida mas que un cántaro roto en un sembrado. El diablo, que en todo se mete y todo lo descompone,

como deleitándose en traer al mundo el infierno, pintó, y no con arrebole-
ra de colores suavísimos, el rostro de una muchacha conocida con el nom-
bre de Bartolomea, única de buena tez en aquella palúdica Pisa, donde to-
dos amarillean como la pajuela en la cocina y el jaramago en los campos.

—Te burlas, Alberto, de mis comparaciones, pero dígoté que las tuyas
pueden arder en un candil.

—¡Qué quieres, la peste no es tan epidémica como el mal gusto!

—Sigue pues tu relato.

—Ganóle, ó si quieres, endiablóle el Diablo, y se enamoró á sus años y
á sus desengaños de la muchacha; necesitaba, seguramente de otros arrullos
apropiados á su garbo.

—Perdona.

—¡Cuánta interrupcion!

—No puedo dejarte pasar un dicho que riñe con todas mis creen-
cias.

—¿Cuál?

—Eso de que el diablo atize el amor aunque sea en el frio y desierto
hogar de un pobre viejo.

—Pon lo que quieras en lugar de esa palabra y continuemos.

—Continuemos.

—Holgóse la muchacha de encontrar marido y entregó su blanca mano
al porfiado viejo. Nunca la entregára. Su matrimonio se redujo, como no
podia menos de suceder, á continuada abstinencia. Los Mártes por días
aciagos, los Viérnes por santos, los Lunes por lunáticos, los Miércoles por
miercuriales, los Sábados por judíos y embrujados, los Juéves por caer en
ellos el Corpus y la Ascencion, los Domingos por ser de descanso, toda la
semana rezaba ayunos. Esta cuaresma eterna dilatábase por Pascua florida
y granada, por Carnaval, por Navidad, por témporas, por San Juan y San
Pedro, por todos los días del año, días de descanso en los Caléndarios de
aquel exhausto y apergaminado asceta.

—Pues buena manera tenia de cumplir el mandamiento divino de crecer
y multiplicaos.

—Para desbravar á la pobre, muy escocida con la inutilidad de su viejo,
llevábala de aquí para allá, empeñándola en toda especie de divertimientos
que pudieran borrarle del magin la imagen de su desgracia, á la cual no
llamaré desdicha por no inducir á creer que perdiera alguna dicha quien
nunca fué ni por un momento dichosa, como que solo tenia ante los ojos
su escueto y estéril calendario. Por fin, cierto dia diéronse á bogar por los
mares de Pisa y cayó la jóven hermosa en manos de un corsario cuyo al-
manaque, al revés, no señalaba ni un solo dia de ayuno. El marido se fué
por riberas y desiertos en busca de su mujer hasta topar con ella y pedirle
por favor que volviera al triste y abandonado hogar. Pero le cerró la boca

diciéndole que no le conocia ni mas ni menos que él no le habia conocido
á ella en otro tiempo.

—¿Sabes que el dichoso cuento ni siquiera tiene gracia?

—Porque la pierde pasando á mis lábios desde las páginas del maestro.

—Sigue, que francamente me parece monástica esta conversacion.

—¿Quieres convertir cada monasterio en vasto sepulcro?

—Quiero la verdad en todo.

—¿Y qué entiendes por verdad aqui?

—Tal fué la pregunta de Pilatos: *¿Quid est veritas?*

—Intrincada habla la tuya.

—No es sino clarísima.

—Tú lo dices; pero no veo esa claridad.

—La verdad aquí es obedecer la regla de nuestro santo fundador, es apar-
tarse de los placeres del mundo, es.....

—¡Cielos! Filippo. Dios ha debido tocarte en mitad del corazon. Tu
discurso me parece discurso de converso. El libertino, disgustado de este
monasterio por sobradamente mudano, dará con su cuerpo en el desierto y
con su alma en el éxtasis.

—Vine aquí, ahora, en este momento, llamado por Dios, y tú oficias
ahora de diablo.

—Pues, si vieras como el maestro habla de los monjes y de las cosas mo-
násticas, te quedarías boquiabierto: Cuenta que andaba por tierra de Cer-
taldo cierto frailuco de tomo y lomo seguido de su lego llamado por unos
Ballena á causa de su descomunal abdomen, por otros Cochino á causa de
su grasiento y atocinado pescuezo y admirable para todos á causa del ojo
avizor y del fino olfato que la naturaleza le concediera para avizorar y oler
donde las guapas chicas se encontraban. El siervo de Dios que, segun de-
cia, andando por tierras donde los peces tiraban de los carros y los caballos
se perdian y nadaban en las aguas, encuentra reliquias singularísimas, como
un dedo recién cortado del Espíritu Santo, una costilla fresca del Verbum
caro, la túnica con que se vestia la Santa fé, los resplandores de la estrella
que guió á los magos, las gotas de sudor que le costó á San Miguel su vic-
toria sobre el diablo, y otras muchas cosas, prometió solemnemente enseñar
á los fieles una pluma de las brillantes alas del Arcángel San Gabriel por
casualidad caída en el cuarto de la Virgen á la hora y punto de la sagrada
anunciacion. El pueblo ardía en deseos de ver aquella maravilla, cuando
cuatro chuscos, mientras el fraile se atracaba á la mesa de sus penitentes,
deseosos del cumplimiento de aquella palabra, se entraron en su posada, le
sorpndieron las alforjas, y le sacaron de un canuto la verde pluma de pa-
pagayo, animal no muy conocido entonces, sustituyéndola con negros pe-
dazos de carbon. Al dia siguiente, cuando, en altar portátil con dos velas
encendidas, la capucha puesta, púsose á enseñar la reliquia, y se encontró

con los carbones en vez de encontrarse con la pluma, dijo el hermano sin desconcertarse que, si no era la pluma caída de las verdes alas de San Gabriel, eran los carbones con los cuales tostaron el cuerpo de San Lorenzo, puestos allí por el santo mismo á causa de ser su festividad dentro de tres dias.

—Con estos y otros cuentos extinguis la fé en los corazones y no les dejais consuelo alguno contra las acechanzas de la desgracia y los asaltos del mundo.

—Pues no te digo nada de aquel célebre cardador de lana, á quien el clero de Santa María enseñara tantas oraciones, que una de ellas le sirvió para conjurar cierta alma en pena, venida todas las noches á la ventana de su cuarto y al borde de su cama, y que en realidad era el cuerpo robusto del amante de su mujer.

—Así Dios prospere tus dias como tú desconciertas y pierdes mi alma.

—¿Qué quieres? El pensamiento en esta ociosidad gusta de esplayarse por el mundo y la mano en esta servidumbre de arrancar á las ramas del árbol sus frutos prohibidos. Nunca acabáramos si refiriéramos las cosas profanas ocurridas entre los clérigos. Habia en Rimini comerciante riquísimo casado con jóven de bellas prendas morales y singular hermosura corporal. Como nuestros malaventurados tiempos padecen de tantos achaques, todo esposo feliz emponzoña de buen ó mal grado su felicidad con ciegos y ponzoñosos celos. El buen comerciante no se excusaba de esta regla, y perseguía á su costilla con sospechas, precauciones, celadas, encerramientos, hasta no dejarla salir de casa, y tenerla como en tierra de moros, circuida de celosías y guardada en solitario apartamento. Por aquello de «no puede ser guardar á la mujer» escarbó la cautiva en la pared de su serrallo, hizo un agujero por el cual podia hablar á su sabor con cierto vecinillo, jóven, guapo, listo, amoroso, que en la casa vecina vivia, y cuya alcoba colindaba con su propio encierro. Sin mala inclinacion, por pura venganza, la buena mujer industrió medios seguros de pegársela al celoso y receloso marido. Como las Navidades se acercáran dijole que no podia aguardar en pecado el nacimiento de Nuestro Señor y necesitaba descargar su conciencia en el confesonario y obtener la santa absolucion. Imagina cuantas cábalas forjaria el marido allá en su interior y qué curiosidad tendria por saber el pecado cuyos sombríos remordimientos quitaban el sueño á su adorada mitad. Si tuviera medio de impedirle hasta la confesion, se la impidiera, por no verla hablar con ningun mortal, siquiera fuese con santo sacerdote. Mas ya que no pudo esto, procediendo con arte y ganando al confesor de su mujer con dinero, arrellanóse en el confesonario antes de que ella fuese por la Iglesia, cubrióse el rostro con el capuchon y llenóse la boca de piedrecillas para no vender á la femenil astucia su estudiado disfraz y no revelar su bien urdida celada, á fin de saber en cambio las flaquezas despertadoras de su curiosidad

y causantes de su angustia. Mas, al punto de arrodillarse la penitente, tosió el fingido confesor, que si bien quiso refrenar la tos, no lo logró, delatándose por ende á sí mismo. La buena mujer fué mas mañosa, y aunque le atarazó la garganta fuerte carcajada, producida por la locura de su esposo hecho fraile, acertó, señora de sus impulsos, á reprimirse fuertemente, y con la facilidad de improvisacion natural en las mujeres, encajóle, para sacarle de sus casillas, la fábula de que tenia amores con un cura, en cuya compañía pasaba las noches sin que cerrojos ni puertas ni ventanas impidieran al enamorado llegar de la calle al lecho. Estuvo á punto el pobre de perder la mollera abrasada de sus celosas supersticiones; y á la noche siguiente, se instaló en la puerta de la casa con lanzon en mano y espada al cinto so pretesto de tener que ausentarse, y con ánimo de asesinar al fantasma. Y no sabia que, mientras él celaba una sombra, iba á su propio cuarto el vecinillo de junto metiéndose por los no celados desvanes. La impaciencia del cuitado llegó á tanto extremo, despues de una semana pasada en ateridas guardias, que echó en cara violentamente de su mujer la culpa confesada. Y no la niego, replicó ella, el cura de quien estaba enamorada eras tú, cura á la sazón, de mí adivinado; y por eso dije que llegaba hasta mi cuarto sin que pudieran impedirselo ni puertas, ni ventanas, ni rejas. Curóse el cuitado de sus celos con esta fábula precisamente cuando más motivos debiera tener para estar celoso.

—¡Oh! Tal afán de decir y contar gracias nos pierde porque aumenta nuestra enfermedad moral, la ligereza, y disminuye, ó mejor dicho, quita todos los medios de curarla.

—Singularísimo eres, Filippo, en todos tus achaques. Diríase, al oírte, que estabas hecho un santo. Artista, y por lo mismo fácil á todas las sensaciones, cuando cambias de ideas por cualquier evento, crees la emocion pasajera, tu estado perdurable y á tí mismo te engañas. Pero no te hagas de nuevas ni te la echés de melindroso. El mundo no ha sido formado por nosotros y de consiguiente no podemos enderezarlo y componerlo. Bien dijo el filósofo cuando dijo que así como la materia apetece la forma, la mujer apetece el varón y el varón la mujer. Tú mismo glosaste hace tiempo aquel suceso de una monja sorprendida en su celda con audaz galán á media noche por la abadesa, despertada de improviso á los gritos de la comunidad, y que al levantarse, en vez de ponerse en la cabeza su toca, se puso los calzones de su confesor, el cual no debia por cierto andar muy lejos.

—Hermano Alberto, déjame ya en paz y calla. Venia al convento, resuelto á santificar mi vida, y me has apartado de tal propósito con tus historietas y chascarrillos soeces encaminados á matar el alma. Mira que forman bien extraño contraste tus gracias groseras con el tañido de las campanas, el murmullo de los rezos, la resonancia de los pasos en las huecas tum-

bas, la melancólica vibración de los cipreses en este cementerio. Un epicúreo en el cenobio es doblemente criminal y repulsivo.

—Todo epicúreo en los cenobios resulta doblemente criminal y repulsivo; es así, Filippo, que tú eres un epicúreo en el cenobio, luego tú resultas doblemente criminal y repulsivo.

—Alberto, me estás fastidiando hace rato con tus impertinencias. Todo lo echas á broma. Pero en broma te romperé las costillas como tú en broma me rompes los oídos. Déjame en paz, repito, ó teme mi cólera.

En esto oyóse pasar una procesion por el cercano claustro; y el jóven Fra Alberto, metiendo bajo el sayal su Decameron y sacando su Devocionario, incorporóse á ella cabizbajo y humilde, y unió su voz á estas estrofas del Miserere: *Amplius lava me à peccato meo et ab iniquitate mea munda me.* Terrible contraste, como decia con razon Filippo, entre las palabras severas del salmo que invocaba la penitencia y las groserías sensuales del monje que se revolcaba en el cieno. Pero oportunos ó no, los cuentos de Alberto movieron aquella alma de Filippo, sensible á las ideas y á las emociones ajenas, como el agua á los matices de la luz y como la arena á los soplos del viento. Desde las ideas primeras producidas por la muerte del pobre Domenico cayó en otras ideas producidas por la ligereza del hermano Alberto. Y en efecto, acongojóse al pensar que la vida sin placer, la vida sin amor, la vida sin una compañera adorada, la vida sin hijos que alegrasen el hogar, la vida sin familia no tenia ningun precio. En aquella mente los pensamientos se arremolinaban con una facilidad increíble; y en aquel corazon las pasiones. Una chispa eléctrica, por alejada que brillase, desgarraba sus nervios; y una idea, por extraña que fuese, su conciencia. Tenia pocas fuerzas en el ánimo para promover una reaccion de su voluntad contra las fatalidades del mundo externo. Un acaso le impulsa al convento; la alegría de los habitantes del convento al mundo. El acento de los cánticos sagrados y el humo del incienso santo, que embargaba sus sentidos, volvía á despertar en ellos cierta sensibilidad y con la sensibilidad cierto deseo de amar y ser amado. A este deseo, debe decirse en su honra, mezclábase siempre el nombre querido de Lucrecia, única mujer, que en el continuo desorden de aquella vida agitada por tantas emociones pasajeras, y consumida en tantos placeres fugaces, fijaba su pensamiento y atraía su corazon por entero. Pensando en ella estaba con aquella fuerza de abstraccion que correspondia á su facilidad en conmoverse, cuando aparece el Prior del Convento, para los demás monjes severo jefe; para Filippo amoroso padre.

—¡Aquí otra vez!

Díjole al verle.

—Otra vez.

—¿Cómo?

—Dejé mi trabajo.

—¿Por qué causa?

—Por imposibilidad de continuarlo.

—¿Qué te faltaba?

—Nada.

—¿Entonces?

—Ya sabeis que amo la libertad.

—Hablaras más propiamente diciendo: el libertinaje.

—Y me encerró Cosme de Medicis.

—Lo siento por él. Pero este sentimiento no justifica tu desercion.

Acaba.

—Y me escapé.

—No sabes el daño que has hecho al convento.

—No sabeis el daño que me ha hecho Cosme á mí.

—¡Loco!

—¡Encerrarme!

—Si lo tienes tan merecido.

—Pues á una persona como este frailecillo no se la encierra tan fácilmente.

—Ya lo creo.

—Y salté por una ventana próxima al tejado.

—Eres un bárbaro.

—Y de no detenerme, como me detuve, colgado al balcon por mis hábitos, caigo y me estrello en la calle.

—Pena merecida ciertamente por tu incurable demencia.

—¡Encerrarme á mí!

—¿Qué hacer con las fieras?

—Pues si soy fiera, no hay para qué pedirle á las fieras que pinten.

—Angel, cuando sopla viento favorable á tus caprichos; demonio, cuando la menor adversidad te contraría.

—Angel ó demonio, quiero aquellos atributos por cuya virtud sé yo que pertenezco á la humanidad, quiero ser libre.

—Libre y has entrado cuitadísimo en este convento; libre y vives en una comunidad donde la campana te regula y ordena desde la hora de comer hasta la hora de dormir.

—Y ya sabeis cuán difícilmente tasco el freno.

—Y da gracias á tu arte, por el cual tienes libertad prohibida á cuantos no presentan los privilegios excepcionales del génio.

—Por la mañana pensé en quedarme á la sombra del claustro, y me arrepentí por la tarde.

—Siempre el mismo. Pasas la vida entre propósitos firmes y arrepentimientos tardíos.

—Ya sé que no existe en la tierra otro hombre, como yo, tan anheloso de la libertad y tan sujeto á la servidumbre.

—Pues el medio único de conservar la libertad, hubiera consistido en quedarte allí donde todo poder tiene su asiento, en el palacio de los Médicis.

—Dejándolo á mi arbitrio, quedárame toda la vida; imponiéndomelo por fuerza, ni un momento.

—Pues voy á castigarte de veras, porque una ley escrita en los cielos y en la tierra, quiere que no haya falta sin pena.

—Cúmplase la voluntad de mi Prior.

—Si concluyeras esa obra, te encargara otra no menos importante.

—¿Dónde, señor, dónde?

—En el convento de Santa Margarita de Prato.

Filippo perdió la luz de los ojos á la percepción sencilla de la respuesta, porque Santa Margarita de Prato era el monasterio donde se hallaba recluida Lucrecia Butti.

—¿Qué, qué habeis dicho?

Preguntó balbuciente.

—Ya lo has oido. Te preparaba una obra para Santa Margarita de Prato.

—Por Dios, exclamó Filippo, no me la negueis. Deseo componer algo para un convento de monjas que inspirarian seguramente á mi pincel con la hermosura, con la virtud, con el misterio.

Y la imagen de Lucrecia pasaba resplandeciente por las pupilas de los enardecidos ojos de Filippo, mientras decia esas palabras.

—¿Cómo quieres que prometa á persona humana tu trabajo, quien te vé saltar de un tercer piso por huir de cualquier aprension ó por realizar cualquier capricho, abandonando obra tan necesaria á tu nombre y tan provechosa á tu convento, como la decoracion al fresco de un camarín preciosísimo en la casa de los Médicis?

—Creed que en ese convento me encerraría ahora mismo, no digo por toda la vida, por toda la eternidad.

—Te conozco, picaron, te conozco.

—Creédmelo.

—Y tanto como lo creo; no has menester jurármelo.

—Convencido como estais de ello, hacedme feliz, padre.

—Como tienes esos relámpagos en vez de ideas, esos saltos en vez de pasos, esas emociones en vez de sentimientos, todo ese desorden de inteligencia y de vida, aun no has visto un claro cuando te lanzas por él, como te has lanzado por la ventana, á riesgo de romperte el bautismo. Veo deslumbrados tus ojos á la idea de pintar en un convento, porque te imaginas ¡picaron! allá, en tu nativa perversidad, en la exaltacion de tu carácter, en el

deseñfreno de tus pasiones, que es un serrallo. Guárdate bien, si fueras, de faltarme, porque te entrego á la Inquisicion.

—Padre, padre, no me juzgueis tan mal por piedad.

—Las cosas claras, clarísimas. ¿Crees tú que á otro le dispensara yo todo lo que dispenso á tu inspiracion y á tu génio? Te engañas tristemente.

—Pues ya que tanto me dispensais, perdonad, perdonad, padre mio, mi último desaguisado, y concededme la autorizacion necesaria para pintar en el monasterio de Prato. Os lo pido por la memoria de vuestra madre, y por la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.

—Este muchacho, cuando quiere persuadir, se vuelve persuasivo, como un misionero.

—Solo busco allí las satisfacciones del arte, y solo me impulsa á ir el afan de crear. Quiero en aquellas paredes no manchadas por ojos profanos, bajo las líneas de aquellos arcos por donde vuelan las oraciones más puras que pueden salir del corazon, al eco de tantas voces angélicas, pintar entre nubes de nácar y arreboles del ocaso la Virgen Madre ceñida de estrellas, entre ángeles cuyas manos sostengan esas guirnaldas, copias simbólicas de la cadena de oraciones que sostiene á manera de lámpara misteriosa nuestra baja tierra, colgada del azul zenit de los cielos.

—Poeta, artista, orador, vamos, capaz de convencer á un corazon tan rebelde como el mio, y de fingir los argumentos más difíciles para alcanzar los mayores imposibles.

—Habla el sentimiento incompatible con toda argucia.

—Pues como habla el sentimiento, calla la razon. Y por ende no puedes fundarme en argumento sólido que deba dar encargo alguno á quien ha abandonado el primero de mis encargos, y desoido la más vehemente de mis súplicas.

—Todo tiene remedio, como decirse suele, menos la muerte.

—Dime, pues, si hay manera de remediar el entuerto del palacio de los Médicis.

—La hay.

—¿Cuál?

—Volver á casa de Cosme; y lanzarme al cuarto con mi paleta y mi pincel, despues de haber hecho penitencia pública y pedido perdon.

—Te mandará con la música á otra parte.

—No.

—¿En qué fias?

—En mi humildad monástica y en su amor al arte.

—Buena humildad la tuya.

—El justo tropieza al día siete veces, y el artista setenta veces siete.

—Y cuando ese artista se llama Fra Filippo Lippi, setecientas veces siete.

—Pero Dios, que es la suprema justicia, perdona.

—Con esta idea de perdón y arrepentimiento habeis querido convertir la moral cristiana en a más laxa y más relajada de todas las leyes.

—Iré á la puerta de Cosme. Entraré humilde. Aunque me pegue, le lamere las manos, como un perro golpeado lame las manos de su amo. Y luego cogere mis pinceles y acabare mi obra. Si para ir á Prato es condicion precisa pasar por la horca caudina de los Médicis, aqui está mi cerviz acostumbrada á encorvarse bajo la humillante cogulla.

—Vé en buenhora, y si consigues el perdón de Cosme y acabas la obra de su palacio, cuenta con el trabajo pedido por la abadesa de Santa Margarita de Prato.

No lo oyó dos veces el exaltado Filippo. Con esa impetuosidad propia de su complexion, saltó de su poyo, atravesó el jardín, tomó la puerta, despues de haber dicho con expresivo gesto de gratitud á su Prior cuan obligado quedaba á la reconocida misericordia con que procedia en aquel trance. Por el camino, su hirviente sangre dispertó y animó sus ideas. Pareciale verse ya feliz, alcanzando por la virtud de su génio y las prendas de su persona, el premio de un amor eterno. Tenia de tal manera paganizada, si es permitido hablar así, su conciencia por la sávia del Renacimiento, que no se curaba de sus votos. Reducianse sus deseos á ser amado como era amante. Allende este pensamiento no aparecia ni á su conciencia ni á sus ojos ningun otro. Encerrábase su moral en la obediencia ciega á esta ley del amor, como si en vez de libre, fuera un ser sujeto por la implacable fuerza del destino á las incontrastables fatalidades fisicas.

—Todo ama en el Universo, decia. El astro lejano engendra con sus rayos, besos de amor, en las entrañas de su esposa la tierra el oro puro, y me privan á mí, ardoroso artista, de un goce que necesitan hasta los frios minerales. La palma en el desierto, por aislada que parezca, no vive solitaria; su verdinegra corona se cimorea al abrazo de los vientos y gime de gozo porque en sus giros le traen el pólen fecundante por cuya virtud produce sus frutos; y piden á mi corazón una indiferencia que no tienen los vegetales, á mi corazón, todo él encendido en fervientes amores. La mariposa, que se despierta de su largo sueño á tomar pintadas alas, surge inquieta, moviéndose en giros continuos, bañándose en aromas embriagadores, avivada por el amor, y condenan mis ilusiones tan vivaces, á tener menos calor que los gusanos de la tierra. Ama la alondra oculta entre los terrones del sembrado, la golondrina viajera que roza con sus alas benditas nuestras frentes, el ruiseñor misterioso que encanta con sus endechas la noche; las aves nocturnas, huyen de la luz, y no pueden huir del amor, el águila carnívera combate en los aires y los mancha de sangre, toda ódio y crueldad, para amansarse y enternecerse luego á la vista de su nido; y me obligan á mí, que no puedo contener en el pecho los estallidos del corazón á valer

en la creacion ménos, mucho ménos que un ave. Destruid los mundos, trocadlos en cenizas, y vereis como en la inmensidad se buscan y se encuentran por afinidades misteriosas los átomos esparcidos, produciendo y formando al cabo nuevos orbes. Todos los brutos se sienten agujoneados á vivir por los agujones del amor. El leon tiene su hembra delante de la cual se trueca en amoroso cordero. Y yo, que siento agolparse á mis sienes la sangre de todos los seres animados y á mi inteligencia las ideas exhaladas por todos los orbes luminosos y á mi corazón los amores sentidos por todo cuanto ama bajo el cielo y sobre el cielo, yo he de pasar por el mundo solitario como una sombra que se paseara sobre una tumba. No, Lucrecia, no. Te buscaré y te encontraré, porque hácia tí me arrastra mi destino. Serás mía, ya que mi corazón es tuyo. Ni las maceraciones del claustro ni los vapores de la orgía han borrado tu imagen de mi memoria. Encerrado tristemente en la honda sepultura mi corazón se moveria aun por tu amor y mis labios dirian por toda una eternidad que te amo.

CAPITULO VII.

El convento de Santa Margarita.

En gran salon adornado de cuadros religiosos, á la luz mortecina de dos lámparas, departen asentadas en sillones de cuero, despues del coro y de la cena, aguardando la hora en que la campana dé la señal de recojerse y dormir, las monjas pertenecientes á la comunidad de Santa Margarita de Prato, rodeadas de varias educandas y novicias. Inútil decir que allí se encontraba Lucrecia Butti, sin pertenecer á ninguna de las tres categorías de contertulias que hemos mencionado. No pertenecía á las educandas porque su educacion estaba concluida; no pertenecía á las monjas porque jamás pronunció votos sagrados; no pertenecía á las novicias porque ni intencion abrigaba entonces de renunciar á la vida y á los placeres del mundo. Su situacion aparecia como extraña y aparte. Realmente era una fugitiva del hogar y de la sociedad que pedia asilo pasagero, más seguro y honroso, á las paredes del claustro. Y con todas sus desventuras, no desesperaba. Creia que, salvada por su resuelta voluntad de un matrimonio sin amor, tarde ó temprano le depararia la suerte cualquier encuentro, tan casual y extraño como los anteriores, con el misterioso personaje á quien hasta entonces consagraba toda la devocion de su alma. Singular estado moral y singularísimo estado social, pero superior en su concepto á un casamiento por fuerza. Todo dependia de su espera. Habíale puesto á esa espera un plazo, y si dentro de este plazo, las ilusiones, que acariciaba, no se cumplian, estaba resuelta á empezar por ceñirse el velo blanco de novicia para concluir por llevar la vestimenta fúnebre de las monjas. Mas, en el momento que historiamos, distinguida de todas sus compañeras de convento, se aislaba

en una situacion, como he dicho, extraña y aparte. Su traje correspondia á su suerte porque se desemejaba de todos los hábitos que la circuian sin dejar de tener por eso visos monásticos. Compuesto de blanca lana y ceñido al cuerpo con verdadera elegancia, dábale bajo los anchos pliegues de un velo, tambien blanco, aspecto semejante al de esas estatuas colocadas sobre las losas de las tumbas en los panteones y en las iglesias.

El convento era un mundo. Vivian en él pobres mujeres á quienes la exaltacion de la fé llevaba á enterrarse en vida junto á otras á quienes arastraba más que la vocacion la conveniencia. Solteronas sin matrimonio posible; doncellas abandonadas de su novio; hijas recluidas por sus padres á demanda de impías madrastras; jóvenes que tropezaron y cayeron, mal arrepentidas y peor curadas, alternaban con algunas almas místicas, cuya vida corria entre las armonías del órgano y las nubes del incienso, aguardando al pié de los altares la transfiguracion celeste por virtud del sacrificio y de la muerte. ¡Extraño contraste! Unas mujeres con la oracion siempre en los labios, y el éxtasis en los ojos, y el deliquio en el corazon, y el rosario en las manos, vivian entre ejercicios piadosos y penitencias acerbas, suspirando por deceñirse del barro terrestre y alejarse del mundo pecaminoso, junto á otras mujeres ménos sublimes y más terrestres, con sus pasiones exaltadas por la privacion, y que al través de los fuertes hierros y de las espesas celosías de su jaula, miraban con mirada codiciosísima, allá léjos, fuera del alcance de sus manos, una sociedad donde únicamente encontraban el aire respirable necesario para sus tristes combatidas almas.

Todas las reuniones de estas personas, tan opuestas por sus temperamentos contrarios, revelaban la contradiccion continua en que vivian. Así, examinando los grupos que formaban al punto y hora de nuestro relato, veíase la lucha irremediable en el seno de aquella paz, tan parecida por su uniformidad á la muerte, y tan falta del silencio y del reposo, que la muerte ofrece en su profundo y perdurable sueño. Mientras unas fijaban sus ojos en devocionarios de rica vitela ilustrados por pinceles místicos y repetian en voz baja los rezos latinos; otras hacian flores de trapo ó bordados de seda, diciendo entre dientes profanos versos de Petrarca consagrados á sus amores por Laura; mientras estas hablaban de la procesion que tenian en mientes ó del ejercicio espiritual que preparaban para el domingo, departian aquellas de cuentos, de chismes, de pasiones, de asuntos varios entre los cuales se encontraban, admirense nuestros lectores, desde la crónica escandalosa de la comarca hasta los abtrusos problemas de la política.

Oigamos su conversacion.

—Ave María Purísima, dijo Sor Rosa, dirijiéndose á una hermana que junto á ella estaba, no habéis de asuntos en los cuales mete su mano el diablo.

—Calle, hermana, le contestó Sor Rita, que si no tratamos de nuestra

República y sus negocios ¿de qué trataremos en estas rápidas horas consagradas al soláz en nuestra estrecha regla?

—No diga, hermana, si la regla le parece estrecha ó ancha, pues nosotros debemos obedecerla y no juzgarla.

—Exclamó Sor Perfecta que también se la echaba de Santa.

—Válgame el cielo. ¿Y de qué hablar entonces? dijo Rita. Mi familia pertenece á la aristocracia florentina y me ha acostumbrado desde la niñez á tratar de las graves cosas del Estado. Nuestra lógia en todo tiempo resonaba con discursos políticos.

—Más vale hablar del mundo, de sus pasiones, de sus luchas, de sus amores, cosa divertida y amena, dijo Sor Berta, cuyos ojos brillaban con extraordinario brillo.

—Ave María Purísima.

Exclamaron persignándose á una las dos santas, Rosa y Perfecta.

—Socorrida y amena, añadió otra monja llamada Teodora, la conversacion de ciencias ocultas.

—Otra diablura.

Dijo Rosa.

—Condenada por la Iglesia.

Añadió Perfecta.

—Entonces debemos renunciar á toda conversacion.

Observó Rita.

—Y enmudecer para siempre.

Observó á su vez Berta.

—Y de algo hay que hablar.

Apuntó Teodora.

—De Dios, de Dios, les replicó Perfecta.

—Tema inagotable.

Dijo á su vez Rosa.

—Todos los caminos de la virtud conducen á Dios.

Exclamó Teodora.

—Pero los hay sembrados de escollos que debemos evitar á toda costa. Quien ama el peligro perecerá en él.

—Veo, dijo Teodora, que vuestras reverentísimas personas, puestas á elegir entre una conversacion que tuviera por tema la ciencia y otra que tuviera por tema el mundo, preferirian la segunda.

—Claro es que sí, repuso Rita, accionando desordenadamente, con su libro en la mano.

—Pues no adivino la causa ni entiendo la razon de semejante preferencia.

—Yo la diré con lisura.

Dijo Rosa.

—Y todas la oiremos con atencion, exclamó Rita, pues en la ciencia se contiene el arte más empujado, el arte de gobernar á los pueblos.

—Esa ciencia política debiera llamarse la ciencia verdaderamente oculta, porque nadie la ha encontrado todavía.

Dijo Berta.

—Miren qué cosas se le ocurren, replicó Rita, picada, á esta mundana Berta.

—¿Quereis oír á la hermana Rosa?

Preguntó la hermana Perfecta.

—Que hable cuando y cuanto quiera.

Dijo Rita.

—Nos dirá lo que dice siempre.

Dijo Teodora.

—Aumentado con alguna cita latina.

Dijo Berta.

—Y en tono de sermon.

Volvió á decir Rita.

Y todas armaron tal y tanta algazara hablando á un mismo tiempo, que la priora intervino para recordar á la comunidad sus deberes y regir y ordenar la desvariada competencia. Solamente á este poder de la autoridad debió Rosa la atencion que, vencidas por la palabra de su priora, todas le concedieron bien ó mal de su grado. Así, la buena monja comenzó á hablar de esta suerte.

—Disputábamos con empeño acerca de la conversacion que puede servir más, así á nuestra alma como á nuestro cuerpo. Ninguna de vosotras oponia la menor objecion á las conversaciones religiosas. Pero algunas discutiais respecto á la bondad de los asuntos mundanos sobre los asuntos científicos. Y Sor Teodora, en son de queja, nos ha dicho que posponiamos estos á aquellos. Es verdad.

—Mal rayo te parta.

Exclamó Teodora.

—Habrás visto descaro.

Añadió Rita.

—Siervas del Señor, ¿qué palabrotas son esas tan impropias de esta santa casa?

Preguntó con voz gangosa y en tono acre la madre priora.

—Santa madre, se oyen aquí unas cosas.....

Dijo Teodora.

—Que me hacen estremecer de pena, repitió la priora, y por lo mismo os ruego que pidais perdon á Dios por haberle ofendido, y luego mutuamente os perdoneis las unas á las otras.

Pusiéronse, en efecto, de rodillas las monjas para pedir perdon á Dios,

murmurando una oracion de rúbrica, pero de perdonarse unas á otras no dieron ni el menor indicio, aunque se saludaron con majestuoso aparato y ceremoniosas reverencias.

—Continúo lo que iba afirmando, dijo Rosa, que habia vuelto á recojer el hilo y la hilacion de sus palabras. Las potencias del alma son varias. La primera quizás de todas ellas, el entendimiento; y la segunda la voluntad. El entendimiento guía á la voluntad. Las conversaciones mundanas hieren la voluntad y las conversaciones científicas hieren el entendimiento. El error resulta mucho más criminal que el pecado. Por consiguiente, siendo la voluntad una potencia del alma subordinada y el entendimiento una potencia del alma predominante, recelo mucho más de las conversaciones atentatorias al entendimiento, que de las conversaciones atentatorias á la voluntad. Siendo el error mucho más desagradable á Dios que el pecado, deben anteponerse á todo preservativo los preservativos contra el error.

—Vaya, dejémonos de estas cosas, exclamó Berta, para tratar de otras más interesantes. Si consagramos á Dios hasta las horas de descanso, desmentimos nuestras propias ordenanzas que las han destinado al recreo de la inteligencia y al esparcimiento del ánimo. ¿No sabes lo que pasa en la vecindad? Pues el sacristan requiere de amores á la hija del veterinario de enfrente; y la lavandera del monasterio tiene las brujas en el cuerpo, por lo cual hánle puesto escapularios en el vientre y echádole agua bendita á la cara con copia de exorcismos; y el chantre de la catedral cantando la antífona de vísperas, se ha tragado un diente que llevaba postizo, lo cual hále traído á extremo de ahogarse; y la dama principal de esta nuestra calle, prendada del novio de su hija, en arrebató de celos y desesperacion acaba de envenenarse para pedir luego, así que sintió los estragos del tósigo, rápido contra-veneno, temerosa de que se le llevarán todas las malas lenguas su reputacion, y todos los diablos del infierno su alma; el señor obispo.....

—Madre Berta, dijo la priora, á quien Lucifer en persona buscará algun día, si tarda en corregir esa lengua, es á la sierva del Señor capaz de decir tales disparates y contar tan perversos cuentos, sin caridad para el prójimo y sin temor á Dios.

—Perdone, santa madre nuestra, perdone; pero yo creo que el mal no está tanto en que se digan estas cosas como en que sucedan.

—Lo más desagradable á Dios, hijas mías, no lo olvideis, es el escándalo.

—Vamos, exclamó Teodora, ya veo que acabareis por preferir las ciencias á todas las cosas de este mundo. Catad los alambiques y vereis las cosas ocultas. Si quereis adobar el rostro, allí encontrareis los albarinos; si curtir la piel, allí la esencia del zumo de limones; si perfumar el cabello, allí los aromas de estoraque; si inspirar amor, allí el aceite de cebolla albarana; si curar las penas, otros líquidos eficaces y prontos. Dadme el pan

que habeis mordido, y os pintaré con rayas de bermellon en las manos, despues de haber descrito varias figuras en torno de los piés, el destino reservado en sus misteriosos decretos á vuestra vida por el cielo.

—¡Oh abominacion de las abominaciones! ¿Y que creais esas cosas? dijo Sor Perfecta. Envíenos su luz el Espíritu Santo para que podamos dar alguna á estas sus siervas. Encenegadas en el pecado, las almas se levantan á la virtud cuando oyen y entienden requerimientos del cielo. Y á fin de que el cielo hácia Dios nos llame con amor por medio de la gracia, preciso es que nosotros le llamemos antes á él con insistencia por medio de la oracion. Dejád, hermanas, las groserías del cuerpo: que sobre todos los gozos, sobre todos los deleites, sobre todos los contentos, está el despertar del sueño de los sentidos á la vision perfectísima de Dios por medio de las meditaciones sobre su esencia absoluta, y de los éxtasis místicos que inspira el deseo de verlo para perderse en su inmenso sér.

—Lástima grande, dijo Berta, que no tenga nuestra religion la orden de predicadoras como tiene la Orden de predicadores. Dígoles que Sor Perfecta, en tal caso, mereceria su nombre propio, acreditándolo con verdadero crédito. Pero nosotras no estamos llamadas á esas cosas tan profundas, y debemos contentarnos con otras más humildes y de menos subido precio.

—Como por ejemplo, con la política, natural, digan lo que quieran, de nuestro estado y de nuestro sexo. ¿Quién no se enorgullece en Italia de contar entre tantos nombres, como ilustran sus anales, á Catalina de Sena? Su piedad le consiguió el dictado de esposa por excelencia de Cristo. Si las potestades del cielo pudieran envidiar, la hubieran envidiado á ella. Su virtud crecia á tal punto en los ejercicios piadosos que se mantenía con el pan de los ángeles, con la hostia consagrada, como si fuera en los abismos de la tierra un espíritu puro, una estrella del cielo. Y con toda esta virtud sobrenatural mezclábase en los negocios políticos de su tiempo, y se atrevía á dar consejos á los Papas y á los Concilios ecuménicos.

—Hermana, replicó Rosa, para eso que deseais y quereis, se necesita la misma claridad de ingenio que Catalina tenia, y la misma rectitud de propósitos y de intenciones. Una golondriua no hace verano, como dice el refran. Una excepcion no deroga las leyes generales, antes las demuestra y afirma. La palomica del aire, anda. Pero no anda como vuela. El cisne se sale del agua pero no tiene la majestad en tierra que en el estanque, cuando parece blanca espuma batida sobre el cristal azul. Nosotras debemos orar á todas horas, y en vez de empeñarnos en combates correspondientes á otro estado y á otro sexo, meternos como ángeles de caridad entre los combatientes con riesgo y aun sacrificio de nuestra vida para unir los corazones, poner paz entre los combatientes, curar los heridos y enterrar los muertos, cuando todos los abandonan y los dejan entregados á la voracidad de los cuervos y al frio del olvido.

—Bien hablado, exclamó Berta, pero si estoy porque algunas de nosotras tengan esa perfeccion, no estoy porque la tengan todas. ¿A qué hemos de ignorar nosotras los sucesos ocurridos en el mundo? Sabiéndolos, sabemos los escollos de que nos hemos libertado. Un confesor ejerce ministerios tan santos como nuestro ministerio mismo y sabe por el confesionario cuanto pasa en el mundo. ¿Por qué nosotras no hemos de saberlo? Veré yo al sacristan desde mi celosía pasarse horas enteras machacando herraduras en el banco del albeitar y habré de callármelo? Sabré que la sobrina del Podestá se ha comprado un hilo de perlas con el cohecho de un preso escapado á su jaula y habré de olvidarlo por no promover escándalo? Cuando la juececilla de marras apretó la mano al escribanillo que le daba agua bendita y le dijo que le amaba, yo, que atisé toda aquella tragi-comedia desde el coro ¿había de tragármelo á riesgo de que pudriera mi estómago?

—No diga bellaquerías.

Exclamó Sor Perfecta.

—¡Bellaquerías! Respondió airada Sor Berta. Puede ser que algunas que no las dicen, las hagan.

—Todo sea por el amor de Dios, exclamó la Madre Priora. No podeis juntaros sino para reñir. Dice Sor Berta muchas cosas fuera de propósito....

—¿No es verdad? Madre.

Preguntó Sor Perfecta.

—Pero tambien las califica Sor Perfecta con sobrada crueldad.

—Tiene razon la Santa Madre.

Dijo Berta.

—Mas no convengo en esa comparacion con los confesores. No sé por qué la Iglesia nos ha prohibido á nosotras las mujeres que predicáramos, pues todas, cual mas, cual menos, todas somos elocuentes, y empleamos la mejor elocuencia, la elocuencia del sentimiento. Pero sé por qué no las ha hecho confesoras. ¡Oh! Seguramente todas lo sabeis, y si no, lo adivinais; no las ha hecho confesoras porque no podrian guardar ni un minuto los secretos de la confesion.

Dijo la Priora.

—Con todas estas razones, observó Rita, fortaleceis mi sentir. En nosotras la indiferencia política no cabe. Las revoluciones sacuden los monasterios como pudieran sacudirlos ¡ay! los terremotos. Aun vuelan por Florencia las cenizas que produjeran las teas de los Ciompi. A cada orilla del rio arde dos líneas de incendios, y por el agua enrojecida al fuego y á la sangre, rodaban restos semejantes á los despojos de una batalla ó de un naufragio. Las torres yacian arruinadas, y sobre sus piedras esparcidas alzábanse las horcas llevando cadáveres medio podridos, cuyas carnes por los cuervos y por los perros desgarradas, se caian á pedazos, manchando el suelo y corrompiendo el aire. ¿Preserváronse por ventura de esta furia los con-

ventos? El de Eremitas de los Angeles se vió por dos partidos igualmente violado. La campana del Carmine despertó el general levantamiento con sus tañidos á rebato. En Santa María, al pié de la Virgen Madre pintada por Cimabue, acogiése la gente menuda, pidiendo auxilio y confesores. ¿Quién se salvó de aquella desventura? ¿Quién no sintió en sus carnes el calor de tales llamas? Todos sufrieron por igual, así los culpados como los inocentes, más aun los inocentes que los culpados. Desasios luego de las influencias políticas. Sonreid al rumor de la plebe alterada, y el dia menos pensado os veis con agua al cuello, en medio de inesperada inundacion. Todas debemos llevar en una mano el libro de rezo y en otra mano el libro de política.

—Convertis esto, dijo la Priora, en una especie de Academia florentina, y hay que mezclarse bien ó mal de nuestro grado en vuestras controversias.

—Ni creo ni espero que la Santa Madre desconozca la fuerza de mis razones en favor de las ideas políticas.

—Fuerza tienen; pero no tanta que me muevan á admitirlas. Yo pienso con Sor Rosa que debemos orar por todos los combatientes.

—¿Por todos? ¿Así por los asesinos como por los muertos? ¿Así por los ladrones como por los robados? ¿Así por los asaltantes de los conventos como por las monjas inmoladas? Confieso que no llega á tanto en mí la misericordia. ¿Qué diríais si orase por Luzbel?

—No hay que orar por Luzbel, pues en el infierno jamás entrará la esperanza, pero sí por el pecador que aun puede arrepentirse, sí por el alma del purgatorio que aun puede salvarse.

—Pues yo jamás perdonaré á los que, promulgando hace pocos años la odiosa reforma del impuesto sobre la renta, han empobrecido al rico sin enriquecer al pobre, para quedarse ellos con la fortuna y con el poder pertenecientes á todos.

—Mire, hermana Rita, que eso quema y mucho. Al tratar semejantes cuestiones, tratais de los Médicis; y al tratar de los Médicis, arriesgais mucho, porque á todas partes llegan los oidos de su inquisicion y las manos de su poder.

—Madre: ni puedo, ni debo, ni quiero resignarme á la proscripcion de todos los míos, de los nobles cuya genealogía se entronca con los Pares de Francia cuando no con los Patricios de Roma, y cuyos esfuerzos han formado la tierra que pisamos.

—Tanto orgullo desdice de ese hábito.

Exclamó la Priora.

—Potentes deposuit de sede, murmuró Sor Rosa, et exaltavit humiles.

—Buenos están los humildes exaltados, buenos. Son, en último término los negociantes trapalones, los usureros crueles, los mercachifles.....

—Calle, hermana, que no quiero disgustos.
Gritó la Priora.

—Cuánto mas divierte, exclamó Berta, hablar del magistrado á quien hallaron la otra noche en camisa tiritando y medio yerto al soplo de los Apeninos, en el alero del techo que guarece á una de las mas lindas damas de Prato.

—Ni de eso, ni de lo otro, dijo la Priora, frutas prohibidas en nuestro jardín. Al cogerlas renovais el pecado de Eva, y si no perdeis como ella al género humano, perdeis á esta santa y piadosa comunidad, cuya defensa Dios me ha encomendado por su divina eleccion.

Calláronse todas las madres á esta reprimenda, y no volvieron á hablar, hasta que la Priora inició la conversacion, dirigiéndose á una de ellas denominada Constanza y preguntándole por sus progresos en los estudios ¿de qué dirán los lectores? de los dichos latinos con frecuencia usados en la conversacion particular.

—Gracias, Madre nuestra, gracias por esa cariñosa atencion. El amor á la antigüedad ha echado en la lengua corriente innumerables maneras de decir cuyo sentido todos conocen y cuyo origen ignoran todos. Cuéntase una historia tomándola de muy lejos, y el malhumorado que la escucha ruega á su interlocutor que no comienze *ab ovo*. ¿De donde ha venido esta frase *ab ovo*. Pues ha venido del arte poética de Horacio, donde se alaba á Homero por haber empezado su poema sobre el sitio de Troya en la cólera de Aquiles y no en el huevo de Leda, madre de la célebre Helena, cuya fatal hermosura causa los desastres y ruinas de tamaña guerra. Quiere, por ejemplo, calificar á los miembros de una comunidad con calificativos iguales, y tomáis á uno solo por tipo, añadiendo luego: *ab uno disce omnes, ó por uno conoce á todos*. Y proviene tal frase del libro segundo de la Eneida, donde habla Virgilio por boca de Eneas con tanta elocuencia de las perfidias griegas personificándolas en Sinon. Muchas veces tambien suele decirse á un defensor tenaz de sus propios intereses que habla *pro doma sua*, ignorando que proviene tal dicho de aquella célebre arenga de Ciceron contra el tribuno Clodio, injusto acaparador de la casa del grande hombre.

Al oír todas estas disertaciones bostezó Berta con bostezo cuyo ruido vino á promover una carcajada general en la bulliciosa comunidad.

—Pues ya se ve que bostezo. Traer á un convento de monjas como cosa mas amena que los chismes de vecindad, las sentencias latinas de esos paganos que arderán á estas horas en los infiernos, téngolo por disparatado y condenable.

—Hermana Constanza, exclamó Rita, no pare mientes en las simplezas de nuestra hermana Berta, pues leyendo libros latinos se aprende á gobernar á los pueblos en breves sentencias como aquella que tan admirablemente

nos describe la naturaleza de la monarquía: *Dum delirant reges, plectuntur Achivi*.

—Justo, en que el poeta.....

—Callen, hermanas, con sus poetas en lengua ininteligible, dijo Berta, ó pido permiso á la Madre Abadesa para recojerme ántes de tiempo y acostarme tempranito huyendo de latinas majaderías.

—Hablemos pues de artes.

—Otra que bien baila.

Replicó Berta.

—No hay arte como el del Gobierno.

Exclamó Rita.

—Como el amar á Dios.

Añadió á su vez Rosa.

—Y servirlo.

Murmuró Perfecta levantando los ojos al cielo.

—¡Cuanta pulla inútil se echan unas á otras estas buenas madres!

Dijo casi entre dientes Berta.

—Para artes la gramática latina.

Apuntó tímidamente Constanza.

—Griselda.

Gritó la Priora levantando la voz sobre los murmullos de la Comunidad.

—¡Santa Madre!

Respondió una novicia de veinte años, fresca como una rosa, alegre como unas pascuas, de voz dulce como un ruiseñor, de timidez pudoroso como una violeta, adelantándose en medio del concurso.

—Diles á todas estas madres, empeñadas en disputas de escuela, tú, sacerdotisa del arte, la emocion sentida por el corazon abierto á las inspiraciones divinas en el momento de crear algo imperecedero, y muéstrales como, entre las cosas profanas, las más próximas al ideal es la poesía, ó la pintura, ó la música, ó la escultura, esas hijas de la luz y del amor. Pruébales con sencillez lo mismo que sientes con vehemencia; como la mujer se emplea mejor que en ninguna otra cosa, despues de la oracion y de las ofrendas á Dios, en el culto austero de las artes.

—Vuestra maternidad acaba de decir todo cuanto puede sobre este tema decirse, y no deja idea alguna digna de agregarse á sus palabras. Todo arte se engendra en el sentimiento y se anima del ideal, segun he oido en las escuelas platónicas de Florencia. Si en el sentimiento se engendra ¿dónde existen sentimientos tan vivos como en el corazon de la mujer? ¿Quién puede ni sabe amar como nosotras? ¿Quién se eleva por la contemplacion, por el arrobamiento, por el éxtasis, á esos ideales en cuya presencia las cosas tangibles aparecen como vanas sombras? Los romanos confiaron á las

vestales, castísimas vírgenes, la conservacion del fuego sagrado. Lo porvenir nos dará á nosotras la conservacion de la llama del ideal. En nuestros ojos se bebe el amor, esa virtud creadora, porque en nuestros ojos resplandece el alma de los séres y la esencia de las ideas.

Sordo rumor de aprobacion salió del auditorio en cuanto resonaron aquellas palabras recogidas sin duda como una especie de perfumada miel en las academias florentinas donde se practicaba el culto á Platon. Mas acababa apenas de comunicarse al aire, cuando calorosa protesta surgió de aquel coro de alabanzas producido naturalmente por la madre que consagraba todas sus ideas y todos sus sentimientos á las cuestiones politicas.

—Yo detesto el amor al arte porque ha sustituido el amor á la patria. Los que enseñan cuanto Griselda nos ha repetido, pertenecen á la República de Platon; pero no á la República de Florencia. Suben tanto los artistas que no tocan por ninguna parte á la tierra. Como su mundo está en el cielo, se exentan de nuestras bajas tempestades. Así fabrican sus obras sublimes, al par que los tiranos forjan sus pesadas cadenas. Y ninguna de nuestras lágrimas llega á los ojos de sus figuras celestes. No saben odiar pero tampoco querer. No combaten porque no viven. Allá en sus alturas apenas se respira. La indiferencia entre el mal y el bien se trasluce en el culto prestado á la hermosura aunque sea la forma de un vicio. Serán dioses, pero dioses que reinen sobre esclavos. Los detesto por indiferentes á los males de su patria y por serviles cortesanos de los Médicis.

—Vamos, no hable así la madre Rita, dijo la Priora, que llama sobre este monasterio con sus palabras imprudentísimas, odios muy terribles.

—Al fin os dejareis todos esos rimbombantes tiquis-miquis viniéndoos conmigo, dijo Berta. Gústame á mí interesarme en todo; saber cuántos hijos tiene la vecina de al lado y cuántas novias el mancebo de enfrente; qué importan las cosechas del hortelano de nuestra huerta, y qué ganancias alcanza el mercader de la esquina; cómo se componen el médico y el boticario para prolongar las enfermedades de sus clientes y acrecentar las visitas y las recetas; por qué y á favor de quién el escribano falsifica los codicilos; cuántos dientes postizos llevan en su boca y arreboles prestados en sus mejillas las damas principales; por qué el cura visita.....

—Ya me tiene atronados los oídos con esa charla sempiterna, gritó la Priora, al considerar la resbaladiza pendiente por donde Sor Berta se deslizaba.

Y para evitar malas tentaciones y divertir la atencion de aquellos peligrosos temas, volvióse hácia otro rincon de la sala y dijo:

—¿Dónde está Lucrecia Butti?

—Aquí, Santa Madre.

Respondió Lucrecia, saliendo del rincon á cuya sombra escuchaba todas aquellas varias opiniones, en recogido y profundísimo silencio.

—Aquí teneis la mujer fuerte.

—No me avergüence Vuestra Maternidad.

—Ha preferido el asilo de este claustro á un matrimonio rico y nobilísimo.

—Es verdad.

—Ya ves de qué hablan las hermanas en este rato de ocio. Tú debes saber mejor que nadie dónde se encuentra la verdadera felicidad para la mujer, puesto que has procedido de esa suerte.

—Madre, yo no queria mezclarme en conversaciones que creo del dominio exclusivo de la Comunidad, y en las cuales no podemos intervenir con provecho nosotras, de paso en este sitio, y á la Comunidad ajenas.

—Pero, si por tus votos no nos perteneces; casi nos perteneces por tus ejercicios. Tomas parte en todas nuestras ocupaciones y debes tomarlas en todos nuestros recreos. Para quitarle al tema su aridez impidiendo al mismo tiempo disputas ya fatigadas y fatigosas, dime, tú, que has tenido valor para dar un no redondo al pié del altar, dime dónde crees que debe hallar su felicidad la mujer. Habla.

Lucrecia se turbó un poco, y apenas pudo responder á la interrogacion que le dirigia la Abadesa.

—Que hable, que hable.

Gritaron á una todas las monjas.

—Preguntad, dijo Lucrecia, y hablaré en virtud de la santa obediencia que debo á sus autoridades desde el momento mismo en que entré en esta casa.

—Vamos. Responde.

Dijo la Priora.

—Pregunte, Madre, pregunte.

Contestó Lucrecia.

—¿Dónde crees que la felicidad se encuentra para la mujer?

—En el hogar, en el matrimonio, en la educacion de los hijos, en el amor de un esposo amante y amado.

Un rumor de extrañeza recorrió aquella Comunidad que expresaba sus emociones con la espontaneidad propia de todas las asambleas en el mundo.

—¿Se extrañó la Santa Comunidad de lo que dije?

—No se extraña tanto de lo que dices, como de lo que digas tú.

—¿Por qué?

—Porque si crees que la felicidad se encuentra en el matrimonio, ¿cómo del matrimonio has huido?

—Por razon de esta misma creencia.

—Explicate.

—La explicacion es facilísima.

—Mayor razon para que inmediatamente la dés.

—No he dicho que la felicidad se encuentre en el matrimonio solamente, sino en el matrimonio tal como yo acierto á comprenderlo, compuesto de un marido y de una mujer que mutuamente se amen.

—Pues vamos, desarrolla tu pensamiento.

—No gusto de hablar despues que han hablado tan venerables madres. Tengo estas controversias por impropias del sitio en que nos encontramos, y de la profesion que ejercemos; unas como religiosas de profesion, otras como aspirantes á profesar, estas como educandas, aquellas como novicias; yo misma como asilada en el santo refugio y sometida á su necesaria austeridad. Diríase que estamos en una academia de sabias ó en una córte de amor como las que, segun dicen, suelen celebrarse en la poética Provenza. Pero entraré en materia, no por mi libre albedrío, sino por superior mandato. Cuatro principales causas se han matenido aquí: segun unas, la mujer debe mezclarse en el mundo y sus enredos; segun otras, en el ideal puro y sus goces; para estas la política la llama como al hombre, para aquellas el arte. Francamente no participo de ninguna de estas creencias. El mundo tiene demasiadas sirtes para que podamos surcarlo con seguridad y con firmeza como lo surcan los hombres.

—Justo, justo.

Dijeron Rosa y Perfecta.

—Por el contrario á la mujer mas que el gran mundo le cuadra ese otro abreviadísimo donde se encuentra la modesta felicidad correspondiente á nuestra tímida naturaleza. El hogar, hé ahí el verdadero mundo de las mujeres. El misticismo, á que sor Rosa y sor Perfecta nos convidan, reservado debe quedar por lo escabroso del camino, por lo inacésible de las cimas, para alientos mayores que los alientos de una débil mujer. Y si todas á ellas subiéramos, pasaríamos por mas castas, pero tambien por menos humanas. El mundo se acabaria pereciendo la humanidad. Seríamos unos ángeles que habríamos dado muerte á nuestra especie. En la mujer hay que considerar ante todo la delicadeza. Por ella no puede entrar en las competencias del mundo, no puede combatir en los campos de batalla, no puede cosa alguna que contradiga su naturaleza. Esther no es tan heróica como Judith; pero es mucho más mujer. La política exige dos pasiones viriles impropias de nosotras; ese apego á las grandezas humanas que se llama ambicion y esa tendencia al combate que se llama valor. La amazona, si no es un mito, es un mónstruo. Semíramis no tendrá en la posteridad el renombre de Lucrecia, á pesar de que la una supo contender y la otra supo morir. Quédense la conquista de reinos y mundos para la fuerza de los hombres; á nosotras debe bastarnos la conquista de reducido dominio, la conquista de un solo corazon. En las batallas curemos las heridas y recojamos

los muertos. A los hombres la espada, á las mujeres la venda; á los hombres la sangre, á las mujeres el bálsamo; á los hombres el grito de guerra, á las mujeres la plegaria de reconciliacion y de paz. Que ellos arreglen el mundo mientras nosotras arreglamos la casa. Que ellos aticen las ideas y las pasiones del Foro, mientras nosotras atizamos la lumbre del hogar. Que ellos se encaramen allá por las cimas vertiginosas del Estado, mientras nosotras nos reducimos á inclinarnos sobre estrecha cuna. Que ellos preparen las inteligencias á pensar, mientras nosotras preparamos los corazones á querer. Me creereis exagerada y fanática; pero ni siquiera el arte, con ser arte, me parece propio de nuestras facultades. Las piedras de un edificio pesan demasiado para ser trasportadas sobre alas de mariposa, el buril se asemeja á la espada y la desbastadura de los mármoles al sitio de las fortalezas; la misma paleta y el pincel mismo se ajustan mal á nuestras delicadas manos como la tribuna se aviene mal en su vertiginosa grandeza con nuestros delicados piés; no podemos hinchar los carrillos hasta hacerlos sonar la trompa épica, ni reducir el corazon hasta hacerlo enfriarse en la imparcialidad de la historia: un verso en los lábios, un arpa en las manos; hé ahí cuanto nos está permitido á nosotras, que somos la flor en el campo, la melodía en la música, los colores celestes en el cuadro, la caridad en el mundo, la lágrima en los combates, la ternura en la vida, la sonrisa en los labios, el corazon en la humanidad, la esperanza y la fé en todas partes. En el arte nosotras más que producirlo, debemos inspirarlo; y quizá nos reservamos la mejor parte. Beatrice no ha hecho la divina Comedia, para cuya produccion se necesitaba la mano poderosa del Dante, pero la ha inspirado. Sin su inspiracion no existiria el poema. Vestida del sol, coronada de estrellas, sobre nubes, con su manto cerúleo en los hombros, con su rosa mística en las manos, los ojos extáticos ante las regiones celestes, los oidos atentos á las angélicas melodías, calzada con los argentados borceguines de la media luna, suspendida entre el cielo y la tierra, no compone la Musa cristiana nuestros versos místicos, pero los inspira, á manera que el sol no puede producir en sus llamas ni la violeta, ni la rosa, ni la miel, pero vivificarlas con los besos de sus fecundos rayos en las entrañas de nuestra baja tierra. ¿Sabeis pues á qué debemos aspirar? A conservar en toda su pureza lo que somos esencialmente. ¿Y qué somos esencialmente? Pues somos el impulso que mantiene las moles, el alma que anima las cosas, el calor que vivifica la sangre, el espíritu que ilumina las inteligencias, la creacion que reproduce eternamente los seres, somos el milagro de los milagros, somos el amor. Así debemos reducirnos á pensar en lo amoroso y en lo tierno. Por consiguiente nuestra dicha se encuentra en hogar que tenga la austeridad de un monasterio; en amor que pueda por su virtud animar la vida íntima y por su legitimidad revelarse al mundo; en esposo á quien idolatremos y que nos idolatre; en hijos cuyas sonrisas y cuyos juegos animen

y atruenen toda la casa, siendo los ángeles de tan hermoso cielo. Esa y no otra es la dicha de la mujer.

Habia hablado Lucrecia con tanta convicción y al mismo tiempo con tanta elocuencia, que nadie se atrevió á contradecirla, ni la mística Rosa, ni la extática Perfecta, ni la mundana Berta, ni la politicóna Rita, ni la artista Griselda, ni la culta Constanza, ni la imperiosa Priora. Bien es verdad que sonaba ya en la alta torre del convento la hora del retiro y del silencio y que pocos minutos antes de este plazo fatal y despues de la arenga de Lucrecia, recibiéronse dos cartas al igual interesantes para la comunidad, diciendo una que el rico caballero Guido de Montaperto pagaba varios retablos al convento de Santa Margarita y diciendo la otra que se encargaba de pintar estos retablos así como varios frescos en las paredes de la Iglesia, el célebre pintor Fra Filippo Lippi, cuya visita próxima conmovió profundamente á toda la Comunidad.

CAPITULO VIII.

Providenciales encuentros.

En risueña mañana cabalgaban dos jinetes por la feracísima y hermosa campiña de Prato. Sus trajes, sus monturas, su aire, delataban vivamente un señor con su escudero. Eran Guido, el amante despedido de Lucrecia, y Gasparo, criado de toda la confianza del grande y principal caballero, mas que criado, amigo. Por su conversacion, á la cual podemos prestar oído atento, entenderá quien leyere el objeto de aquel paseo, excursion ó viaje.

—¡Siempre lo mismo!

Decia Gasparo.

—Firme, firmísimo.

Respondia Guido.

—Firmeza inútil.

—Pero necesaria á mi corazon.....

—Descarriado por una sola mujer como si no hubiera mujeres en el mundo.

—Para mí no las hay.

—Parece imposible que con esos ojos tan grandes no veais ninguna. Yo diera cualquiera cosa por ser de esta suerte. Bien al revés llegué á solteron por no lograr preferencia en mi voluntad para ninguna: que todas me gustan.

—No sabes cuantas penas ahorras con semejantes veleidades.

—Pusiérais empeño en ello y alcanzaríais igual resultado.

—No lo creo.

—Mejor dijerais diciendo: no lo quiero.

—¿Olvidas los propósitos realizados?

y atruenen toda la casa, siendo los ángeles de tan hermoso cielo. Esa y no otra es la dicha de la mujer.

Habia hablado Lucrecia con tanta convicción y al mismo tiempo con tanta elocuencia, que nadie se atrevió á contradecirla, ni la mística Rosa, ni la extática Perfecta, ni la mundana Berta, ni la politicóna Rita, ni la artista Griselda, ni la culta Constanza, ni la imperiosa Priora. Bien es verdad que sonaba ya en la alta torre del convento la hora del retiro y del silencio y que pocos minutos antes de este plazo fatal y despues de la arenga de Lucrecia, recibiéronse dos cartas al igual interesantes para la comunidad, diciendo una que el rico caballero Guido de Montaperto pagaba varios retablos al convento de Santa Margarita y diciendo la otra que se encargaba de pintar estos retablos así como varios frescos en las paredes de la Iglesia, el célebre pintor Fra Filippo Lippi, cuya visita próxima conmovió profundamente á toda la Comunidad.

CAPITULO VIII.

Providenciales encuentros.

En risueña mañana cabalgaban dos jinetes por la feracísima y hermosa campiña de Prato. Sus trajes, sus monturas, su aire, delataban vivamente un señor con su escudero. Eran Guido, el amante despedido de Lucrecia, y Gasparo, criado de toda la confianza del grande y principal caballero, mas que criado, amigo. Por su conversacion, á la cual podemos prestar oído atento, entenderá quien leyere el objeto de aquel paseo, excursion ó viaje.

—¡Siempre lo mismo!

Decia Gasparo.

—Firme, firmísimo.

Respondia Guido.

—Firmeza inútil.

—Pero necesaria á mi corazon.....

—Descarriado por una sola mujer como si no hubiera mujeres en el mundo.

—Para mí no las hay.

—Parece imposible que con esos ojos tan grandes no veais ninguna. Yo diera cualquiera cosa por ser de esta suerte. Bien al revés llegué á solteron por no lograr preferencia en mi voluntad para ninguna: que todas me gustan.

—No sabes cuantas penas ahorras con semejantes veleidades.

—Pusiérais empeño en ello y alcanzaríais igual resultado.

—No lo creo.

—Mejor dijerais diciendo: no lo quiero.

—¿Olvidas los propósitos realizados?

—Ni los olvido, ni olvido tampoco vuestra resolución de que no fructificaran.

—Dígame que tenía la resolución contraria á la por tí supuesta. Dígame que clamaba por el grato olvido. Dígame que me hubiera bebido Leteo.

—Todos esos deseos suenan en vuestra boca, pero no habitan en vuestro corazón.

—¡Desdeñado!

Y suspiró Guido profundamente.

—Tate, tate, pronunciásteis la palabra sacramental. Siempre lo mismo, siempre en ese uniforme plañido.

—¡Desdeñado! No sabes, no puedes saber toda la amargura de ese vocablo.

—La adivino, aunque no la he probado. Y no la he probado, porque no he tenido porfías. Abandoné toda fortaleza sobrado resistente. Á las inexpugnables no les he dirigido ni una mirada siquiera. Así, en vez de desdeñado, parezco desdeñoso. No tomo pesadumbres; las doy.

—Feliz tú.

—Felicidad bien adsequible á quien desee adquirirla.

—No se manda con ese imperio en el humano corazón.

—Pues yo he mandado.

—Por que no lo tienes.

—Con poner la mano en el pecho se le siente golpear con fuerza tal que parece la rueda de un molino.

—Corazón de carne.

—¿Los hay de otra cosa mejor? ¿Dónde los venden? Vive Dios que los comprara.

—No te burles de mis ansias.

—Guárdeme el cielo de tamaño desacato.

—Padezco mucho.

—Y con la curación adoptada padeceréis mucho más todavía.

—¿Qué quieres?

—Poniendo uno tras otro los viajes hechos del castillo al convento y del convento al castillo, llegaríamos á Tierra Santa.

—Allá iremos vestidos de saco, cubiertos de ceniza á pié desnudo, con el cilicio á los riñones, cuando pierda toda esperanza.

—Vuestra merced irá como le plazca. Yo de mí sé decir que llevaré un saco, pero repleto de comestibles; en vez de ceniza, vino; y á los riñones un buen jamón, curado al frío de la sierra y al humo de la chimenea.

—Calla, epicúreo.

—Llamadme como queráis; pero convenid en que veo las cosas á derechas.

—Por lo mismo que eres tan torcido de vista como de alma.

—Pero, venid aquí, amo y señor de mis entrañas. Oídmeme con paciencia: que por vuestro bien hablo. ¿Á qué estos viajes continuos?

—Á ver el sitio que habita.

—Buena vista; un conventucho parecido á una cárcel.

—Cada cual tiene sus aprensiones.

—Pero ninguna tan rara como la de venir aquí para ver la jaula, porque el pájaro, en cuanto sabe nuestra llegada, desaparece.

—Es verdad.

—Y venido á ver una hermosura, jóven y espléndida, tropezais con una vieja, fea y desdentada, que os habla gangoso y os saca el dinero á maravilla. Porque Lucrecia Dios la dé. Ni que se hubiera muerto.

—Pero, al menos sé que está allí. Al menos me cerciuro de que no ha huido á su retiro.

—Con mandarme á mí, á otro, consiguierais el mismo resultado sin necesidad alguna de ir y volver en este perpétuo tráfigo.

—Todas las noches sueño que se ha ido.

—Váyase en gracia de Dios.

—Despierto, pienso en ella; y con ella sueño, dormido.

—Hasta que entre pensamientos y entre sueños perdais la cabeza.

—Si Dios lo quisiera.....

—Pero mientras ella habita el convento y vos el castillo, iremos del convento al castillo y del castillo al convento sin tregua ni descanso.

—Por lo ménos me persuado á esperar.

—¿Qué esperanza!

—Esperanza que se acabará con la vida.

—Á todo el mundo le dice que antes de rendirse á Vuestra Merced se caerá el sol en pavezas; y los mares se convertirán en tierras y las tierras en mares; y los delfines irán de paseo por las crestas del Apenino y los cuervos á nado por las entrañas del Arno; y volarán las serpientes por los aires y se arrastrarán por el suelo las águilas; con otras majaderías igualmente risibles pero acusadoras de una tenacidad sin ejemplo y de un propósito sin vacilaciones ni arrepentimientos.

—Pero, si no la poseo yo, ningún otro mortal puede poseerla. Ponte á pensar cómo se aumentarían mis penas si uniese á la desdicha de los desdeñosos recibidos, la rabia de los celos exaltados. Creo que buscaría al afortunado en el centro de la tierra, si preciso era, para comerme su corazón. Creo que incendiara el convento de Santa Margarita con comunidad y todo. Creo que desafiaria á desigual batalla á los deudos y amigos del rival, á los que le hubieran hablado una palabra ó le hubieran dirigido un saludo, de cualquier clase y categoría que fueran, para matarlos uno á uno, en las explosiones de mi cólera. Creo que la llama de mis celos en su vivacidad infinita podría abrasar todo el Universo.

—De exageraciones en exageraciones andamos.

—Si me miraras de hito en hito, cuando el recelo de los celos pasa por

mi pecho, verias en el extravío de mis ojos, el extravío de mi pensamiento, y en el extravío de mi pensamiento el dolor de mi corazón. La muerte misma, con su silencio y con su olvido, no podría curarlo.

—Pues veo que ha echo bien Lucrecia al no casarse con Vuestra Merced.

—No digas eso ni en broma.

—Seriais capaz de copiar á aquel célebre español que mató a su mujer estando á su lado en la cama porque soñó que dormía con otro.

—No te diré que no, Gasparo.

—Locuras se cuentan de tal pasión. Diz que un alemán tenía celos del agua bebida por su amada y otro de los cuadros por su amada mirados, sobre todo si había en ellos figuras de hombres. Platon nos ha pintado una celosa singular, la cual exigía á su amante que solo invocara en sus oraciones á los dioses y no á las diosas. Los sirios, al adoptar el Cristianismo, convinieron en que las mujeres se confesarían unas á otras y no quiero decir como andarían por el mundo los secretos de la confesion.

—Basta, basta.

—Pues basta, callo mi pico, aunque todavía pudiera contar cosas divertidas respecto á los celos.

—Así son las humanas pasiones, varias en sus accidentes, unas en su esencia.

—Como la vuestra no conozco otra.

—¿Como?

—Los celos.....

—¿Vas á definirlos?

—No.

—Pues sigue.....

—Nacen del amor correspondido.

—¡Ah!

—Mas no he visto tener celos de quien nunca se recibió amor.

—¿Nunca? Ora fuese por miedo á su padre, ora por otra causa, Lucrecia llegó hasta la Iglesia conmigo.

—Pero volvióse de la Iglesia, con lo cual dió harta prueba de no haberos amado jamás; cosa que vos sabiais de antemano, pues diz que no os engañó.

—Cierto.

—En tal caso, ¿á qué tener celos?

—Llámame egoísta, ó como quieras llamarme. Búrlate á tus anchas de mis manías y de mis caprichos. El hombre es así, como Dios lo ha hecho. En mi dolor me consuela pensar que si no me pertenece á mí, tampoco le pertenece á nadie.

—Y tenemos nuestra vida limitada.....

.....

—A ir al convento; á hablar con la madre priora; á ver los medios de

que un día mis ojos beban la luz de los ojos de Lucrecia, siquiera sea por un segundo y con la rapidez de un relámpago.

—¿No podríais, señor, distraeros de esos pensamientos con la guerra?

—Mucho he guerreado, cuando tenía esperanza de ser querido. La guerra pide la compensacion del amor. Si no os mantiene en vuestro empeño una pasión; si no os aguarda despues del combate un premio; si, entre los vapores de la sangre, no entreveis los arreboles de una sonrisa; si sobre el campo de batalla no flota una imágen adorada, ten por cierto que caerás en la indiferencia, y por esa indiferencia te será igual ó la victoria de unos ó la victoria de otros; la vida ó la muerte. No hay vocacion humana que necesite tanto los agujijones del amor como la vocacion de la guerra. Los antiguos lo sabian y casaron á Marte con Vénus. La naturaleza quiere que el principio de destruccion vaya junto con el principio de creación. A este precio existe el Universo. ¿Dónde iba yo, pobre de mí, dónde iba á guerrear sin amor? ¿Qué podía proponerme? Destruir por destruir; derribar por derribar; matar por matar. Eso es propio de chacalas. Necesito tener una causa que me interese para verter por ella la ajena y la propia sangre. Abandonado de Lucrecia nada me importa en el mundo.

—A lo menos, si no la guerra, la política podía embargar vuestra atencion y entretener de alguna manera vuestro tiempo. Acogeos á ella.

—¿La política? Pertenezco por mi cuna á la nobleza; por mi corazón á la plebe. Tengo privilegios heredados que debo trasmitir á mis herederos; y desearia la destruccion de todos los privilegios. Mi sangre me inclinó á una causa; mis ideas á otra. En mi hogar caballero feudal; en la plaza tribuno popular. Luego he visto Florencia, la ciudad de la República y he adquirido el convencimiento de que no puedo vivir en ella sino poniendo en guerra abierta mi nombre de familia con mi deber de ciudadano. ¡La política! Un arte de fraude. Los francos no podemos ejercerla porque necesita mucha cautela; ni los honrados porque necesita mucha corrupcion. Yo buscara la libertad mientras mis amigos me demandarian que buscase el poder. Yo trabajaria por el bien de la República y mis partidarios querrian que trabajase por su propio bien. Y tendria que convenir en la impunidad de los fuertes y en la justicia y en el derecho absoluto de los vencedores. El hartazgo llega á tomar por rebelion el hambre; y el hambre por crimen el ahorro. Decidido á contener y limitar las exageraciones me declararían su enemigo los exagerados, es decir, todo el mundo. Muchos vociferan libertad; pocos la comprenden. En cuanto á la igualdad quisiera aquella que eleva y no aquella que rebaja. Para tener á los hombres en esa igualdad forzosa, precisa emplear la fuerza. Para mandar exclusivamente con la fuerza, necesitase la tiranía. El mundo es como un borracho; cuando lo inclináis del lado de la libertad, cae en la anarquía; cuando lo inclináis del lado de la autoridad, cae en la dictadura. Combinar la autoridad y la libertad

resulta la mas difícil y la mas arriesgada de todas las operaciones. ¿Y quién se compromete á que la autoridad no degenera en despotismo, ni la democracia en demagogia? Dejadme pues en paz y no me habéis de política.

—¿Pero vais á pasar la vida del castillo al convento y del convento al castillo?

—Toda mi felicidad consiste en el matrimonio, y me ha faltado el matrimonio.

—¿Qué diablo! Quizá lo echeis de menos por no haberlo conseguido. El matrimonio es hermano del hastio. Estaban en una habitacion marido y mujer. Bostezaba éste; y como ella se quejara, dijole el compañero de sus días: marido y mujer forman uno solo, y siempre que estoy solo, no puedo remediarlo, me fastidio.

—¿Fastidiarse! Cómo se conoce que no has amado nunca. Si la eternidad parece un momento al lado de la mujer amada.

—Frasca. Hace pocos días iba yo con mi médico por las calles de Prato. Y como viera venir cierta casadita de la vecindad metióse en el primer portal que topó al paso.—¿Por qué evitas el encuentro con esa mujer?—Porque fui médico de su marido, me respondió.—¿Lo mataste por ventura?—Al contrario; lo salvé.

—De nada se han burlado tanto los hombres como del matrimonio y en nada han sido tan felices.

—Yo suelo hablar con gente de letras y algo se me pega. Como á Sócrates le preguntara uno si debía casarse ó no, dijo: sea cualquiera el partido que tomes, habrás de arrepentirte.—Dinos, Diógenes, le preguntaban al filósofo griego, cuando debemos casarnos.—En la juventud, demasiado pronto; en la vejez, demasiado tarde.

—Pues asegúrote en verdad que no participo de semejantes ideas.

—Pues ya lo creo; como que andamos bebiendo los vientos por la ingrata que no ha querido casarse con Vuestra Merced; resolucion de la cual estoyle agradecido en el alma y le pagaria á cualquier precio.

—Calla, no blasfemes. Al acercarme á este monasterio parézcome al atarido que al calor de una buena lumbre se acerca. Solamente de saber su presencia en el mismo sitio donde yo estoy, de adivinar su respiracion cercana á mi respiracion, de oír á los que la oyen, de escudriñar los ojos donde se han fijado sus ojos y que aun conservan la luz de su retina, vivo algunos días mas; á pesar de la intensidad de mis dolores mas grandes que mi alma y de la anchura de mis heridas mas latas que mi corazon.

—En fin, con tal que no sea dañosa á nuestra salud esa porfia, haced Señor, cuanto os pida el gusto, pues ya me voy cansando de predicar en desierto.

Y en estas y otras llegaron al convento. Algunas horas antes habia llegado el bueno de Fra Filippo que iba en apariencia á recibir órdenes de la

Priora y en realidad á ver á su idolatrada Lucrecia. El airecillo no recorre con tanta presteza é inquietud el camino de Florencia á Prato como lo recorrió Lippi en alas de sus deseos. Desde la noche célebre del terremoto y la tempestad no volviera á ver ni las cercanías de aquel prestigioso monasterio donde estaba encerrada toda su ventura. Así, á sus ojos de artista, dibujábase en lontananza, como una aparicion que tuviera por fantástico fondo, fugaces relámpagos. Conforme se acercaba creia acercarse á la felicidad sin término, llevado por aspiraciones sin medida. La sangre le hervia en las venas, el corazon le estallaba en el pecho, latianle las sienes con tal fuerza que le aturdián los oídos como el ruidoso martilleo de los yunques. Llevado de aquí para allá por el remolino de sus ideas y de sus pasiones, ora al subir escaleras creia subir como Jacob la escala mística de los cielos; ora al abrir una puerta, creia abrir como Jacob la losa de su sepultura. Ya le henchian de júbilo el corazon las esperanzas mas insensatas; ya le desconcertaba sin motivo suficiente la desesperacion mas cruel. De los arrebatos de placer pasaba á los arrebatos de dolor en virtud de esa movilidad en las emociones que constituía su naturaleza de artista. Así es que llogó á la sacristía del convento, en la cual estaba citado; llegó sudoroso, jadeante, fatigadísimo, no por lo largo del camino: por lo vario de las emociones.

En la sacristía encontró un personaje que hasta ahora no he podido presentar al lector y que merece toda su atencion. Era un fraile franciscano de veinte años llamado Padre Serafin, de extraordinarias prendas así intelectuales como morales, realzadas por una verdadera prestancia, si hablar podemos á la manera antigua. Su alta estatura crecia entre los pliegues de su hábito llevado sin ninguna afectacion, pero con natural elegancia. Su cabeza, verdaderamente esférica y proporcionada, revelaba el equilibrio y la armonía de todas sus facultades. La frente tenia espacios dilatados como para recibir en su amplitud innumerables mundos de ideas. Los ojos resplandecian con esa luz de la inteligencia y ese fuego de la pasion que deslumbran y vivifican y animan. Bien dijo quien dijo que por los ojos no solamente se revela sino que tambien se mira el alma. Sus facciones ostentaban esa correccion que, sin excluir la dulzura, mostraban la austeridad. Los labios estaban dibujados como para dejar paso al continuo fluir de las ideas. En la palidez de su color resaltaban todavia mas, entre pestañas sombrías, sus ojos negros y brillantes de una luz en que parecian mezclarse resplandores materiales como el resplandor de las estrellas, con resplandores espirituales como el resplandor de las ideas. Con solo aparecer, ejercia Fra Serafin sobre todos cuantos le rodeaban, esa poderosa atraccion que ejerce la superioridad manifiesta, pues hay una grande armonia entre las fuerzas morales de la conciencia y las fuerzas mecánicas del Universo, en la compenetracion de dos mundos que constituyen la ley fundamental de nuestro ser y el principio de su misteriosa existencia.

Pero todas estas prendas físicas no valian nada en comparacion de sus prendas morales. Era un hombre embriagado de la idea de Dios. Su alma parecía nota mística destinada á recoger todas las oraciones de la creacion y á expresarlas y repetirlas ante el trono de su Creador en una elevacion constante y en un misticismo perpétuo. Y este misticismo no era vago y abstracto, no, se encarnaba en la realidad viviente por medio de la virtud. Serafin no vivia para sí; vivia para los demás. Pasaba por el mundo como si existiesen solo sus semejantes y no él. Así todas las penas encontraban en su corazon algun consuelo; todas las necesidades algun socorro; todas las desgracias algun refugio. No llevaba nada en sus manos, y con solo abrirlas, parecía que derramaba pródigamente la abundancia de bienes materiales. Y era porque intercedía con el rico para que socorriera al pobre y con el pobre para que orara por el rico. Veíasele ántes que á nadie en la cárcel del preso, á la cabecera del enfermo, junto al lecho del moribundo y al ataud del muerto. En las lágrimas de los demás se perdía y se anegaba su alma. Cuando no bastaban las obras, socorria con palabra así á los necesitados de bienes materiales como á los necesitados de religiosos consuelos. En aquellos días de guerra no hubo batalla que no le viera entre los combatientes ó para predicar la paz, ó para socorrer á los heridos, ó para enterrar los muertos. De vida purísima ni mancilló su cuerpo con un vicio, ni su alma con un mal pensamiento. La cosecha de espinas que recogen cuantos siembran el bien no fué parte á inspirarle jamás el desaliento que á las almas vulgares inspiran las ingraticudes terribles. Hacia el bien por el bien mismo. Y á ninguno de los que favorecia le alegraba tanto sentir sus favores, como á él mismo dispensarlos. Así pasaba por la vida como si fuese un ángel de los cielos perdido y extraviado en las tortuosidades de la tierra. Y sin embargo, este hombre moralmente tan bueno ¡ah! no creia en la religion que profesaba y cuyo hábito ceñia.

—Hermano Filippo.

Dijo Serafin al ver entrar á Lippi en la sacristía.

—Hermano Serafin.

Respondió Lippi con satisfecha sonrisa.

—¿Tú por aquí?

—Vengo á negocios de mi arte.

Añadió Filippo, como si necesitara explicar de manera plausible su presencia en el convento.

—Sea en buenhora.

—¿Y cómo te encuentras aquí? Serafin.

—Muy sencillamente.

—Alguna obra de caridad te trae.

—Una enferma, cuyo hedor aleja de su cama á todo el mundo.

—Y que tú resistes.....

—No por virtud.....

—Vamos, no debias llamarte Fray Serafin, sino Fray Modesto.

—No, no huelo.

—No huele, dijo un monaguillo que trasteaba por la sacristía, y ha vomitado hasta las tripas.

—Olerás como todo el mundo; pero.....

—Déjate de alabanzas.

Exclamó Serafin interrumpiendo á su amigo, al adivinar su elogio.

—Pero, sobrepondrás tu conciencia á tu olfato, y no olerás á fuerza de imaginar que no debes oler.

—Gracias, Lippi.

—Los ciegos no ven el sol; pero los viciosos vemos la virtud.

—No te echas así al pié de los caballos.

—Si yo pudiera dominarme como te dominas tú.

Y Lippi miraba por todos lados, cual si quisiera entrever alguna persona ó cosa en el convento.

—Mas medios de dominios tienes tú que yo, pues al cabo eres artista, y por consecuencia elegido de Dios.

—¿Serafin!

—Como el Eterno ha puesto el aroma en las flores, el resplandor en las estrellas, el cántico en las aves, ha puesto también el estro en los artistas.

—¿No viene?

Murmuraba Lippi, mirando á todas partes.

—¿Por qué tan impaciente?

—Muchacho.

Gritó Filippo, volviéndose al monago.

—¿Qué manda Vuestra paternidad?

—¿Le has dicho á la Priora que estoy aquí?

—No, padre.

—Pues díselo pronto.

—Lo diré al través del torno á la madre portera, para que la madre portera lo diga á la madre Priora. No es fácil llegar hasta su Reverencia.

—Haz con mil diablos lo que quieras y lo que quieras dí; pero sepa yo pronto ó que me reciben con la debida presteza ó que me dan con la puerta en los hocicos.

—Repórtate, Filippo.

—Déjame en paz, Serafin, que á veces pierdo la luz de los ojos.

Y Lippi miraba por todas partes para ver si descubria el anhelado objeto de sus ansias, el asunto de sus ensueños, el blanco de sus deseos; la hermosa jóven á cuyo amor tenia consagrado todo su pensamiento.

—¿Cuánto tarda!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

Exclamaba tirando de los cordones de su hábito con fuerza.

—¿Tienes prisa?

—Al contrario, quisiera quedarme aquí toda la vida.

—¿Tanto este monasterio te interesa?

Lippi vió como acababa de traspasar los límites de la prudencia, y volviendo sobre su dicho, lo explicó de manera que á una alma menos cándida que el alma de su interlocutor le sugiriera fundadísimas sospechas.

—Te diré. Amo locamente el arte. Debo, segun mis noticias, emprender aquí tantas obras de las cuales aguardo honor y provecho..... Luego en los conventos se encuentran mujeres hermosas cuya figura inspira á los artista. Así es que en sitio donde recojo gloria y trabajo, me quedaria toda la vida.

—No soy yo artista y gusto de contemplar la hermosura, esa revelacion manifiesta de Dios.

—Justo.

—El Eterno Padre no ha querido revelarse solamente por su palabra, por su Verbo, sino tambien por su obra, por la Naturaleza, y por su emanacion mas verdadera, por el humano espíritu.

—Verdad, verdad, verdad.

—Y el humano espíritu resplandece en el cuerpo humano con un atributo divino, con la hermosura.

—Admirable manifestacion; y por tanto, adorando la hermosura, adoramos á Dios.

—¿No conoces el tesoro mayor de este convento?

—No, no sé de quien hablas.

Respondió Lippi visiblemente turbado.

—De Lucrecia Butti.

La expresion de este nombre afectó tan profundamente á Filippo que hubo de agarrarse al respaldo del sillón cercano para no caerse.

—¿Te pasa algo?

—No me pasa nada.

—¿Te has puesto tan amarillo!

—En el anhelo de venir, descuidé el desayuno.

—Toma algo. Como estoy de enfermero, dispongo de la cocina. Pide.

—No, no quiero nada. Esto se pasa pronto. Decias.....

—Que Lucrecia es un verdadero portento de hermosura.

—¡Oh!

—Y de inteligeia.

—¿De veras?

—Y de corazon.

—Pues desearia verla.

—Paréceme natural tu deseo.

—Los pintores idolatramos la forma bella. Y no la hay en el Universo igual á la mujer.

—Trataré de que la veas.

—¿De veras?

—De veras.

—Solamente Dios puede pagarte esta gracia, porque nuestro oficio de artista se reduce á mirar y admirar en el mundo las criaturas que tienen el divino don de la belleza.

—Filippo, conozco y compadezco tus flaquezas.

—Serafin.

Dijo Filippo con esa conformidad que á las reconvenciones de la virtud prestan hasta los mas descarriados y los mas viciosos.

—Y creo que, en vez de dañarte la contemplacion pura de una belleza casta y buena, te corrige y te eleva.

—Si vieras cuan dicifilmente se pierden ciertas mañas, Serafin. No juzgues por tu complexion de las ajenas complexiones, ni por tu conciencia de las conciencias ajenas.

—En verdad te digo que, si contemplas una de estas hermosuras verdaderas, echarás de ver en seguida que la castidad de su vida, la pureza de sus ideas, la elevacion de sus afectos le añaden belleza y le dan esa transparencia del alma serena reflejada en los ojos y en la frente, transparencia que vale por todos los dibujos de las líneas y por todos los matices y todos los arrebos del color.

—Puedo asegurarte que, si logro ver á Lucrecia, la contemplaré cual pudiera contemplar una estatua. Pero tus palabras han despertado mi curiosidad y necesito verla.

Al decir estas últimas frases, apareció con la respuesta de la Priora el monago, respuesta que no pudo, á pesar de la garrulería natural en su oficio, dar sin que Filippo le dirigiese mil preguntas.

—¿Has visto á la Abadesa?

—La he visto.

—¿Qué te ha dicho? Pronto.

—Déjeme Vuestra Merced respirar.

—No parece sino que vienes del otro mundo, segun lo fatigosa que traes la respiracion y lo cortado el aliento. Despacha.

—Dice la Abadesa.....

—¿Qué dice?

—Que la espere Vuestra Merced; pues viene sin falta.

—Ya la espero.

—Tiene una gran visita.

—¿Qué visita?

—La de un caballero principalísimo.

—¿Principalísimo?
—El Señor mas poderoso de los montes Apeninos.
—¿Guido Montaperto?
Preguntó Filippo con anhelo.
—Efectivamente, Montaperto.
Contestó el monago con naturalidad.
—¡Oh!
Y Lippi lanzó un resuello que parecia un rugido.
—Muchacho, dame el jarabe bendito que guardas en el armario de la derecha.
Dijo Serafin.
—Tómelo Vuestra Paternidad.
Contestó el muchacho, entregando al fraile inmediatamente la bebida que pedia.
—Espérame aquí, Filippo, que en cuanto haya dado este calmante á mi enferma, vuelvo.
—Como gustes.
Le respondió Filippo distraido.
—¿Qué hace aquí ese poderoso señorón?
Preguntó Filippo con anhelo al monaguillo, que no pecaba de reservado y silencioso.
—¿Qué hace?
—Sí.
—Para saberlo hay que oír á Sor Berta.
—Tú la habrás oído.
—Mil veces. Cuando no tiene á quien contar las cosas, se les cuenta á si misma, y habla á solas.
—¿Y qué dice?
—Dice que viene so pretexto de encargar cuadros, y hacer altares nuevos, y distribuir mandas.....
—Todo eso, como tú mismo has dicho, no es mas que un pretexto.
—Justamente, so pretexto.....
—¿Á qué viene realmente?
Gritó Lippi golpeando el suelo con el pié derecho, como si de esta suerte pudiera acelerar la respuesta y detener la impaciencia.
—Á ver el verdadero milagro de este convento.
—¿Á ver á Lucrecia?
Preguntó Lippi con tal vehemencia que casi, casi se ahogaba.
—A ver á Lucrecia.
—¿Y la vé?
—No por cierto.
—¿Cómo?

—En cuanto sabe que está en el convento, ó en sus cercanías siquiera, se encierra como una muerta, y no vuelve á salir hasta despues de su partida. Buena es ella. Como que tal proceder es la comidilla diaria en todas las conversaciones conventuales.
Filippo, que nunca pecara de disimulado, mostró una alegría tal, despues de las revelaciones del muchacho, que no la echó éste en saco roto, y le dijo:
—Paréceme que valen alguna propineja mis noticias.
—Pues ya lo creo.
Respondió Lippi arrepentido de haber mostrado gozo tan franco que llegara á ser comprendido hasta por un muchacho tan inexperto.
—Y que nos encargan el mayor secreto sobre todo.
—Lo supongo.
—No, que no.
—Me has dado la buena noticia de que un Señor tan rico va á encargar muchos cuadros.
—Ya se vé. Dice que hará de oro, si es preciso, este Convento.
—Para todo tiene.
—No se pueden contar sus castillos.
—Ni medir sus posesiones.
—Y Dios lo ha llamado por ese camino.
—Sea en buen hora.
—Que Dios prospere sus días.
—Amen.
—Viene el Padre Serafin.
—Pálido y demudado.
—Se necesita ser él para hacer lo que hace. Personas robustas han caido mareadas á la puerta de esa enfermeria. Tanto valdria encerrarse en la sepultura con un cadáver comido de gusanos.
—Es un santo.
—Es un ángel.
—¿Serafin?
Le dijo con acento de profundísimo cariño Filippo, al verle volver tan fuera de sí, corriendo á sostenerle en sus brazos, pues temia que se cayera al suelo, segun lo vacilante y lo incierto de su andar.
—Filippo.
—Le contestó Serafin mirándole con verdadero reconocimiento.
—¿Te sientes mal?
—Cuando uno sale de aquella tumba, trae perdida la cabeza.
—Me dicen que pasas tanto tiempo en esa enfermeria.....
—Es nesario, porque solamente yo tengo la fuerza que pide el estado de la enferma.
—No vayas á morirte tú por dar vida á los demás.

—Dios me mostraría su predilección si me concediese morir por el último de mis semejantes.

—No hables, con esa indiferencia de la muerte. Pues yo puedo asegurarte que amo vivamente la vida. Me gustan de ella hasta los dolores.

—Lo comprendo. Vosotros habéis venido aquí á hermostrar la tierra y á infundirle el espíritu creador y divino. Dios quiere largo tiempo reteneros para que puláis este bajo mundo y lo compenetreis por todos sus poros de su esencia incommunicable. Aves de otros climas y de otros cielos, volaríais de este nido de barro al éter sin las cadenas de flores que os tienen como ceñidos y sin los sueños de oro que os pintan edenes sobre las impuras y tristes realidades. Encantáis, porque antes sois encantados. La vida se aparece á vuestros ojos como una magia continua. Y deseáis vivir para crear y vivificar. Cierta egoísmo os conviene y conviene al mundo, porque existencias tan necesarias como las vuestras han de tener muchas inclinaciones á la duración para que perfeccionen la imperfecta vivienda del humano espíritu, esta árida tierra.

—No puedo, aunque artista, compararme contigo, sublime hacedor de buenas obras, que has hecho de la vida un holocausto continuo. Corazón de indecible ternura, tienes por todos los seres el mismo pródigo cuidado. Te interesa un campo y un alma, la idea que asoma en la conciencia y la semilla que germina en la tierra, la cuna de los niños y el nido de las ave-cillas, la hoja que se cae del árbol y la vida que se desprende del cuerpo, la nieve que cubre la montaña y el sepulcro que guarda los cadáveres, pues, semejante á tu seráfico Padre San Francisco, abrazas en tu caridad todas las cosas creadas de las cuales quisieras borrar los límites que las contienen y las estrechan para convertirlas por un milagro de amor en verdaderamente divinas y purificarlas en las llamas eternas de la incommunicable esencia. Así difundes el bien como difunden los cuerpos luminosos el rayo ó los rayos de su luz. El mundo te ha visto lanzarte á las tormentas del mar, entre los escollos, cuando los marinos más consumados creían imposible, no ya la victoria, pero ni siquiera el combate, á socorrer á los naufragos y traerlos á la orilla vivos, después de haber desafiado á la muerte y vencido el furor de las implacables tempestades, como si creyeras que hasta el oleaje férvido y el huracán desatado obedecen dóciles á la buena voluntad de los hombres, en la cual debe haber siempre algo de la eterna voluntad de Dios. Yo te he visto arrancar á los niños, que, ignorantes de los dolores humanos, apenas pueden comprender las penas causadas por sus juegos, el nido robado á la ave-cilla; y devolverlo con lágrimas en los ojos al in-terno árbol por no poder oír aquellos píos henchidos de ayes que te taladra-ban las sienas y te rompían el corazón. Y lo mismo que con las ave-cillas procediste con el leproso, en cuyas heridas y llagas posaste los labios como si besaras los pies y las manos de Cristo; y con los huérfanos, en cuya ca-

sa te resignastes á los oficios del padre y de la madre, pidiendo por las noches limosna á los transeúntes para alimentarlos; y con los moribundos, que el terror engendrado por la peste dejaban en el mayor abandono, por tí socorridos en la última agonía, así con palabras de consuelo como con obras de misericordia; y con los muertos, por tí enterrados en medio del asalto de una ciudad, cuando caían los edificios consumidos por las llamas y los combatientes semejaban con su espada tinta en sangre y su tea despiendo negro humo, furias vomitadas por el infierno para servir á la destrucción universal, mientras tú, ángel del Criador enviado desde los cielos á la tierra para recoger en las benditas alas, invisibles á nuestros ojos de carne, las últimas pavesas de la vida, y el aroma y la esencia de las almas.

—¡Filippo!

—¿Serafín!

—Te expresas respecto á mí con la vehemencia natural á los artistas.

—Pálidas creo mis palabras en comparación de tus méritos.

—Hermano mío.

—Sí, hermano del alma.

—¿No comprendes el móvil que impulsa todos estos hechos?

—No, no lo comprendo.

—Pues no creas que es la virtud.

—¿Pues qué es?

—El remordimiento.

—Mayor mérito entonces, si haces tanto bien á todos; no por tus inclinaciones naturales, sino violentándolas y combatiéndolas.

—Aquí estamos solos.

—Enteramente solos, pues hasta el monaguillo, después de haberme arrancado una moneda en pago de sus chismes, se ha ido sin duda alguna á jugársela con los chiquillos de la calle.

—Y podemos confesarnos uno á otro, como hacían los primeros cristia-nos.

—Podemos si te place.

—Pues bien, escúchame.

—Habla, te oigo.

—Escúchame y comprenderás todas mis penas.

—Habla, te digo.

—Entré en la religión del Padre San Francisco, mi seráfico maestro, con voluntad irrevocable y vocación ineludible.

—Ni más ni menos que yo, hermano mío, que entré en la Orden del Carmen con tanto gusto como si me arrancaran las muelas.

—En mi anhelo por una vida superior á la vida vulgar, miré en el con-vento un refugio seguro para esta alma que no quería posarse en el mundo; y parecióme necesario tener por esposa á la Iglesia, por hijos á los hom-

bres, por vida el misticismo, por poesía y arte la oración, por único objeto el bien universal, por única esperanza el descanso después de la muerte en el seno de la bienaventuranza.

—Ni más ni menos que yo, pendenciero, jugador, mujeriego, camorrista; ni más ni menos que yo, amigo Serafín.

—Fáltome tiempo para entrar en el convento, y una vez entrado, para vivir de aquella vida celeste. El misticismo, natural á mi alma, embargaba la vida entera. ¿Con qué íntimo placer me arrodillaba sobre las frías piedras de mármol, delante del altar mayor, cuando los coros de los monjes se unían con las notas del órgano, y los rayos del sol cernidos al través de los vidrios de colores, se reflejaban en las doradas alas de los ángeles, en los libros marmóreos de los santos, en las coronas de los reyes tendidos sobre sus fastuosas sepulturas; y el sacerdote elevaba la hostia consagrada entre nubes de incienso al través de cuyas indecisas y azuladas espirales veía en visión beatífica la Trinidad divina, animando con su esencia, no solamente la vida en la naturaleza, sino también las ideas en mi alma, presa en aquel sublime instante de un profundo y religiosísimo deliquio, en virtud del cual sacudía de sí todas las cenizas de la materia y del cuerpo para perderse, más etérea que las mismas religiosas plegarias, en la insondable eternidad.

—Pues yo, aparte de algunos arrebatos de pasión y algunos asaltos de mal humor que me inclinaban al claustro, he corrido la tuna como si fuera todavía mozalvete; he estudiado los femeninos modelos revestidos con los trajes del paraíso antes de la culpa; he trincado en las tabernas, he combatido en las calles, he jugado en los garitos, he asistido á todas las orgías, he puesto mis cinco sentidos en arrojarme como á nado en las emanaciones de la vida universal y confundirme á guisa de bacante en la embriaguez de la vida, presa por completo de la fiebre del placer y de la exaltación de los sentidos.

—Pero ¡ah! Filippo, compadéceme; entre tantas oraciones empecé á dudar, ó mejor dicho, empecé á no creer.

—Pues, mira, para que todo sea entre nosotros dos radicalmente opuesto, entre tantos placeres y tantas orgías, yo he creído siempre.

—¿Cómo es posible que, si tus creencias fueran sinceras, no encarnaran profundamente en tu vida?

—Mira, yo creo en Dios á puño cerrado, yo creo y confieso todo cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre la Iglesia. Nunca me paré á pensar en los dogmas sino para adorarlos.

—Mas ¿cómo con tales creencias tienes esa vida?

—Por una sencillísima razón; porque yo creo á Dios más resplandeciente por su misericordia que por su justicia. Yo le creo infinitamente bueno, y por ende, no espero que me haga ningún mal. Para mí nuestro Dios es el

Dios del perdón. La rigidez de sus leyes se halla templada por la dulzura de su bondad.

—Pero, Filippo, Dios ha escrito las leyes y luego te ha dado la libertad. En su sabiduría, ha querido que el mal no viniese jamás de su voluntad sino de la nuestra. Esencial y absolutamente libres, el castigo que nos imponga, no nace de él sino de nosotros mismos, artífices de ese castigo irremediable. Y no solamente ha escrito el Criador una ley, nos ha dado para verla una luz natural que se llama la razón; además de otra sobrenatural que se llama la fe. Y luego, para avisarnos de las infracciones de esa ley, nos ha dado un juez muy severo que pesa todas nuestras acciones, sin dejarnos de la mano ni un momento, y que se denomina conciencia. Y después de habernos dado en la razón un criterio, en la conciencia un tribunal, ha querido también dotarnos de la libertad, á fin de que por nosotros mismos nos sometieramos á sus leyes ó las quebrantáramos si queríamos. Por lo mismo el mal que hacemos no tiene excusa, pues con tales y tantos medios podemos evitarlo é ir al bien, por deliberados propósitos, y plena y completa voluntad.

—Eso está perfectamente hablado y no tengo ninguna objeción que oponerle. Razones como si fuéramos espíritus puros. Allá en el éter tu doctrina no podría encontrar reparo ni objeción. Pero acuérdate de que llevamos con nosotros este incómodo compañero que se llama el cuerpo, y que tiene mucho, pero muchísimo de bestia, como sujeto á leyes cuyo fatalismo no puede en manera alguna contrastar. No soy libre de no constiparme, ni libre de no tener hambre, ni libre de ahogar otros apetitos.

—No me digas eso. Si fueras eterno en tu forma presente, de seguro tendrías razón, completa razón. Pero no hay pasión alguna capaz de vencer al hombre, que puede morir antes de claudicar. La muerte, la muerte, hé ahí el refugio de la vida. En la escala de la creación es el hombre el único animal que se mata á sí mismo. Los demás seres están sujetos á la vida por la fatalidad de su instinto. Nosotros, como podemos evadirnos de las leyes, podemos escaparnos de la cárcel del mundo. Por consecuencia, no me hables del poder fatal de la materia sobre quien tiene el poder superior de darse la muerte.

—Serafín, ¿á dónde vas con esos pensamientos?

—No pensamos aquello que queremos.

—Reflexiona que tus teorías morales dan fatalmente en el suicidio.

—No, mil veces no.

—Acabo de oírlo y me lo niegas.

—Me habré explicado mal.

—Quizás; porque yo persisto en que he entendido bien.

—Decía, no que debiéramos suicidarnos antes que caer, no; decía que, puestos por ajena voluntad ó fuerza ajena, en la dura alternativa de claudicar

car ó morir, debíamos anteponer á las malas acciones una buena muerte. Y para probarte como en la muerte puede y debe encontrarse alivio á muchos males, decíate que el hombre es el único animal en las escalas del organismo, capaz de vencer su instinto de conservacion hasta el extremo de darse á sí mismo la muerte.

—Ahora comprendo mucho mejor tu pensamiento, aunque en su fondo queda siempre alguna sombra, por lo cual deduzco sin necesidad de que vuelvas á repetírmelo, como te separas poco á poco de los principios de tu antigua doctrina y de los dogmas de nuestra Santa Iglesia.

—A eso voy. Vivía en el monasterio como si viviese en el cielo. Sus celdas, sus claustros, su disciplina, cuadraban al fervor religioso de mi ánimo. Aun no había sonado la campana del alba cuando estaba yo en el coro. Aun no había amanecido el nuevo día en los horizontes, cuando amanecía la oracion en mis pensamientos, volando al cielo en pos de la primera luz antes que las madrugadoras avecillas. Todas las ceremonias de la Iglesia me poseían por igual hasta absorberme en sus misterios. Con qué regocijo asistí á las misas de Navidad, creyendo ver entre las quebraduras del monte los pastores con sus ofrendas, y oír el concierto de sencillas voces acompañadas por misteriosas zampoñas, en torno del divino Niño que nos traía el perdón de la culpa, y nos recobraba la inocencia del Paraíso. Cuando entonaba el oficiante con los brazos alzados á las alturas el *Gloria in excelsis Deo*, y prorrumpían las trompetas del órgano en aquel alborozo, y las voces del coro en aquel hosanna, mi alma saltaba del cuerpo; y como si tuviera alas, prestadas por los torrentes de armonía, se elevaba entre las potestades celestes á la vision beatífica del Eterno. Emociones contrarias pero igualmente profundas me causaban todas las festividades religiosas. El Miércoles de Ceniza traía á mis mientes la fragilidad de la vida, pronta á disiparse como el humo, y reconcentraba mi pensamiento con sus tristes cantos y sus solemnes meditaciones sobre las desnudas lozas de los sepulcros, dejándome despues de sus rezos tan inanimado y yerto, como los cadáveres y los esqueletos. En los entierros, así que oía las salmodias del *Dies iræ*, me aterraba; como si la obra del Universo estuviese ya concluida, la pasion de la humanidad consumada, el día último de la vida universal señalado; y los ángeles exterminadores, lanzando hálito mortal de los labios entreabiertos por la cólera, viniesen á destruir los mundos con sus espadas; mientras, al son de la trompeta del Juicio, los muertos se despertaban del polvo, y se dirigian mirando con sus ojos vacíos á todas partes, y haciendo sonar en terrible estridor sus huesos mondados hácia el eterno Juez, cuyo trono relampagueaba entre rojizos nubarrones, parecidos á vapores de sangre sobre remolinos de destruccion, y á fantásticos reflejos proyectados en el inmenso negro cielo por las universales ruinas. Y al mes de Mayo, cuando el horizonte más resplandecía y verdeaba más el campo, entre los arbustos carga-

dos de flores y de nidos, viendo las rojas amapolas juntas con las espigas de los trigos, y las golondrinas acompañadas por los ruiseñores, al piar de los pajarillos recién salidos de los huevos, y al susurrar del arroyo recién hinchado por las primaverales lluvias, cantaba las alabanzas de la Virgen y sentía derramarse por todo mi sér, con los acordes consagrados á la rosa mística en las interminables letanías, el fuego de amor divino, á cuyas vívidas llamas se animara la luz primera del Universo en la primer mañana de la creacion. En todo creía entonces, como cuando era niño y me enseñaba la religion mi madre. Pero, á fuerza de leer, empecé á dudar. Recuerdo, como si fuera ahora mismo el génesis de mi duda. Era una tarde hermosísima de la Pascua de Pentecostés. El sol entraba por las vidrieras de la Iglesia superior de Asis, y entonaba con sus rayos quebrados en mil matices varios las aureolas de los santos, los ojos de las vírgenes, las doradas alas de los ángeles. Al son del órgano que vertía por doquier ruidosísimo regocijo, habíamos cantado vísperas consagradas al Espíritu Santo. Despues del *Veni, Creator*, calló el coro en sublime recogimiento, y las voces del órgano produjeron un rumor, semejante al rumor del trueno en las selvas; tanto que yo creí ver el espíritu de Dios extendiéndose, como una águila sobre su nido, sobre la inmensidad del espacio. Entonces brotó mi duda. Entonces me dije á mí mismo, no que las revelaciones enviadas del cielo fueran mentidas, libreme Dios de tal pensamiento, sino que estaban incompletas, necesitando nuevas confirmaciones celestes, puesto que así en religion como en ciencia, aunque puedan asentarse muchas verdades definitivas é indiscutibles, jamás se dice ni jamás se oye la última palabra. Y pensé en nuevo cenáculo, en apóstoles nuevos, en una Iglesia de lo porvenir, más pura, es verdad, que todas las antiguas Iglesias; y con resplandores mucho más vívidos, mucho más intensos, mucho más luminosos de la eterna verdad, cuyo calor fecunda y produce eternamente el bien. Y no podeis dudar. Las personas de la Trinidad son tres, aunque Dios sea uno solo en esencia y en sustancia. El Padre es el Sér, el Hijo es el amor, el Espíritu es la ciencia.

En el mundo antiguo tuvimos la revelacion del Padre reducida á un solo pueblo; en el mundo moderno la revelacion del Hijo ampliada á muchas más naciones; y en el mundo por venir tendremos la revelacion del Espíritu Santo extendida á toda la humanidad. El libro de la primera revelacion fué la Biblia, donde el sér absoluto se manifestó en toda su omnipotencia; el libro de la segunda revelacion el Evangelio, donde se revela el Verbo en todo su amor; y el libro de la tercera será el libro de la ciencia, revelador de la verdad en toda su pureza. El Padre nos dió la vida y la ley de la vida; el Verbo nos dió el amor y nos reconcilió con el Padre; el Espíritu nos dará la plenitud de la luz con la plenitud de la ciencia. De un monte, el Sinaí, descendió la ley; de otro monte, el Calvario, descendió el sacrificio

por la ley; de otra montaña mística descenderá la idea. Entonces veremos que todas las religiones han sido en más ó menos grados símbolos de una sola religion, guardada en las cimas de las idealidades celestes para educar y perfeccionar el hombre. Así, no solamente sentí en mi corazon estas ideas ardientes como la sangre de la juventud encendida por el amor, sino que sentí necesidad de difundirlas. Si la revelacion del Padre habia sido revelacion de la autoridad; no así la del Hijo, que fué revelacion de libertad. Pero la libertad plena, como la verdad plena para mí, no podrian encontrarse sino en la última de las revelaciones posibles, en la revelacion del Espíritu Santo. ¡Ah! Todas estas ideas subieron como azulada nube al cielo, sin que las empañase con una sola sombra nuestra baja tierra. Salian de mi alma con esa espontaneidad de las grandes creencias, y se acercaban al cielo con esa ingénuu sencillez propia de la fé. En mi ignorancia y en mi inocencia creíme mucho más cerca de Dios, desde el punto y hora de esta revelacion súbita. Me acuerdo que pasé aquella tarde en beatitud celeste. Los objetos se transparentaban á mi vista como si quisieran revelarme la idea divina que cada uno lleva en su seno, y decirme como son pálidos símbolos de anteriores arquetipos. La noche vino y con ella vinieron nuevas y más felices visiones. Me parece que veo todavía desde la ventana de mi celda por el cielo despejado, la luna llena reflejando sus rayos en la nieve de las montañas de Umbria; en los arcos marmóreos del monasterio de Asis; en la lustrosa yedra entretejida por los claustros y por las sepulturas. La voz del poeta de la noche, escondido en las verdes ramas de un oscuro ciprés, subía al cielo como para acompañar mis ideas. Dormí el sueño de los justos y me desperté en las más tranquilas esperanzas. ¡Cuál no seria, pues, mi asombro, cuando al ir á reconciliarme en la mañana siguiente con mi confesor para decir la misa sin sombra alguna de pecado, me dijo que estaba en mitad del infierno á causa de estos malos pensamientos, y que debía arrepentirme; porque, de lo contrario, llamaba sobre mi alma el rayo de la cólera celeste y sobre mi cuerpo el castigo de la Santa Inquisicion! No quiero, Lippi, no quiero decirte lo que por mí pasó. El fuego del infierno verdaderamente se pegó desde entonces á mis carnes. Caí á mis propios ojos en los más pavorosos abismos. Traté de arrepentirme y enmendarme, pero á mi porfia contestaban las ideas inspiradas por un poder mayor que mi voluntad, imponiéndose con verdadera fuerza. El confesor se apartó de mí como de un apestado, y por el convento corrió la nueva de que no habia obtenido la absolucion en vista de la muchedumbre y la perversidad de mis maldades. Nadie me miraba, nadie me hablaba. Parecia la sombra de un muerto. Mi alma necesitada de afectos, se consumia en aquella soledad tan triste como la desolacion del desierto. Más que ódio mostraran hácia mí glacial indiferencia, y confieso que prefiriera el ódio. Por fin, yo que antepongo en teoría la muerte al crimen, claudiqué, hermano mio, claudiqué.

Notifiqué á mi confesor una mentira, á saber: que solemnemente me retractaba de mis ideas, y dije misa despues de su absolucion. La paz volvió al convento; pero no volvió á mi alma. ¿Y cómo volver? Pertenece con el cuerpo á una Iglesia á la cual no pertenecia con el espíritu. Practicaba una liturgia en mi vida sin el asentimiento de mi conciencia. Ofrecia á Dios un holocausto renegado en lo íntimo del sér por mi enflaquecido corazon. ¡Horrible tormento!

—Aun lo hay mayor.

—No lo creas.

—Las batallas del pensamiento no son nunca como las batallas del corazon.

—Filippo, te quiero demasiado para pretender que experimentaras por tí mismo y en tí mismo lo vano de tu afirmacion.

—Serafin, no padezcas nunca lo que yo he padecido.

—¡Oh! Abrazar el sacerdocio con toda la fé del alma y sentir luego que esa fé, encanto de la vida, esperanza para la eternidad, se debilita y se acaba! ¡Estar en el paraíso, á la sombra del árbol de la vida, y sin presentirlo siquiera; encontrarse entre las flores, enroscada como una serpiente, la ponzoñosa duda! El acento del órgano que antes te elevaba al cielo, suena gárrulo como el viento entre las cañas; la efigie divina, que á través de su mirada y de su sonrisa, te prometia el divino amor, se convierte en pálida ficcion del arte; truecase el templo, henchido de oraciones y cargado de lágrimas, en aparatoso teatro; y el corazon que se habia adherido al ara, al tabernáculo, al santo altar y vivia de su jugo, y la inteligencia que brillaba como la mística lámpara del santuario, en presencia de Dios, pierden sus ideas, no quedándole más remedio que pedir en la tristeza de su abandono y en la intensidad de su dolor, el sueño eterno y la eterna nada. Y luego, como te rebajas á tus propios ojos, como desmereces ante el juicio de tu propia conciencia, como caes del sólio altísimo de tu dignidad al verte forzado por leyes fatales á murmurar una oracion con los labios y otra con la inteligencia, á mentir una fé que no experimentas en tu corazon, á postrarte ante un altar que es de piedra dura y fria, en comparacion de los altares elevadísimos que á un Dios desconocido del resto de los mortales elevas en la secreta intimidad de tu alma.

—Las tormentas de la inteligencia, en comparacion de las tormentas del corazon, parécenme vanas. Tú has sentido la duda; pues yo he sentido el amor. Tú has renegado de tu fé, yo de mis juramentos. Tú has experimentado zozobras allá en la region serena de la inteligencia, yo los estremecimientos del dolor material y fisico aquí en mis entrañas. Mucho morderá una idea, pero no tanto como una pasion. Mucho atenaceará un problema, pero no como atenaceaa el amor. Mis días en la tristeza, mis noches en el insomnio, los suspiros sin desahogo, las vehementes aspiraciones sin reali-

zacion posible, el amor sin esperanza, ¡ah! eso, eso es el infierno. Ahí está con sus llamas eternas, con sus torcedores terribles, con sus penas inacabables, en toda su verdad.

—Filippo, ¡qué desgraciados somos!

—Serafin, más aún de lo que nosotros mismos imaginamos.

—Mi corazón está casto como el corazón de una virgen; pero mi conciencia está oscura como la noche.

—Mi inteligencia está pura como la fé de un bienaventurado; pero mi corazón está henchido de tormentas.

—¿Por qué no me das, Filippo, tu inteligencia?

—¿Por qué no me das, Serafin, tu corazón?

—Yo me he consagrado al bien, para divertir mis tristes pensamientos y acallar con las buenas obras las reconvenciones de mi conciencia.

—Yo me he dado al arte para amar algo.

—Y cuanto más penetro en las sinuosidades de la vida, más anhelo predicar á los desgraciados, á los oprimidos, á los perseguidos, la religion del Espíritu en que mi alma se abrasa.

—Y cuanto más me elevo al ideal artístico, más me embriago en el amor humano.

—La Madre Priora.

Gritó el monaguillo, entrando de pronto y dirigiéndose á Fra Filippo Lippi.

—¡La Priora!

Dijo Lippi bajando profundamente la cabeza.

En efecto, describióse una cortina de rosada seda que se veía en frente del sitio ocupado por los dos frailes, y á través de dorada reja, con aire de satisfaccion, ademanes de imperio y actitud de majestad, apareció la Abadesa rodeada de varias educandas y novicias. Filippo, al pronto, no vió nada porque sus ojos prescindieron de todo cuanto se le presentaba para fijarse en las novicias y educandas, por si acaso estaba entre ellas Lucrecia. Pero bien pronto pudo cerciorarse de que no estaba, y volvió sus expresivos ojos hácia la Madre Abadesa que le sonreía con franca y bondadosísima sonrisa.

—Alabado sea el Señor.

Dijeron á una todas las aparecidas en la dorada reja.

—Por siempre sea alabado.

Repitieron los dos frailes.

—Fra Filippo.

—Señora.

—Huélgame mucho de ver á Vuestra Paternidad por este Convento.

—Y yo más de ver á Vuestra Maternidad en tan buena salud.

—Me gustan los conventos, decía, filosofando como siempre, Gasparo

á su amo Guido, á quien pisaba los talones, según le seguía de cerca, en el momento de entrar ambos á dos en la sacristía.

—¿Por qué te gustan?

Le preguntó Guido.

—Porque, en razon á sus votos de no ser padres ni madres, se llaman unos á otros monjas y frailes paternidad y maternidad, ni más ni menos que llamamos rabones á los mulos, y perdone Vuestra merced la comparacion, que no tienen rabo.

—No tontees, Gasparo, y deja todas esas salidas tuyas para cuando estemos solos.

—El caballero Guido de Montaperto desea conocer al fraile Filippo Lippi.

Dijo la Priora al ver entrar á los nuevos circunstantes.

Guido se dejó á su espalda á Gasparo, se adelantó unos pasos y exclamó, haciendo reverencia profundísima.

—Es verdad.

—Gracias os sean dadas.

Dijo Lippi muy conmovido pero poco turbado.

—¿Quién no desea conocer á Lippi?

—Señor.

—¡Qué extraña mirada!

Exclamó Guido para sí.

—No tengo palabras bastantes á expresar mi gratitud.

Murmuró Lippi.

—Juraría que yo he visto estos ojos alguna vez y en alguna otra parte.

Añadía entre sí Guido.

—¿Qué gentil presencia! Decía Lippi entre dientes. ¿Será posible que Lucrecia no le haya amado? ¿Qué dudas! Soy un necio. De amarle, se hubiera casado con él.

—¿Qué dices?

Preguntó Serafin.

—Nada.

Respondió Lippi.

—El caballero Montaperto, exclamó la Priora, quiere ayudarnos á pintar este monasterio, y nosotras no hemos encontrado artista mejor que Fra Filippo Lippi, un monje.

Berta, que estaba entre las monjas del locutorio, tosió fuertemente al oír las candidas palabras de la Superiora y dijo, volviéndose á una de sus vecinitas, con gran retintín.

—Si supiera los chismes de vecindad como debía, no se fiara gran cosa nuestra Madre del frailecillo.

—La Señora, dijo Guido, os encargará lo que quiera; y yo lo pagaré.

—El cielo os premie tantos beneficios, dijo la Abadesa á Guido. Bien sabeis que todos los días ruego á Dios por nuestro bienhechor, y pido que le colme de sus mercedes.

—Fra Filippo, ¿quereis ser poderoso como un príncipe?

Le preguntó Guido á Lippi.

—Ciertamente.

—Yo os daría una de mis coronas feudales y uno de mis estados en la montaña.

—¿Por qué? Despachaos.

Dijo el Fraile con su acostumbrada impaciencia.

—Por un retrato.

Exclamó Guido.

—¿Por un retrato?

Preguntó Lippi, que ya se habia comido la partida.

—Repito, contestó Guido insistiendo, que por un retrato.

—Por el retrato ¿de quién?

Preguntó Filippo.

—Por el retrato de Lucrecia Butti.

El buen pintor perdió al pronto la luz de los ojos, sufriendo un verdadero vahido. Pero pronto se repuso. y dijo:

—Señor. como queráis.

—¡Oh! Á difícil cosa os habeis comprometido.

—Cuanto en lo humano pueda hacerse, yo lo haré.

—Lo creo y lo cree conmigo todo el mundo. Mas, para pintar á Lucrecia, se necesitaría un pincel divino.

—Lo creo, y en tal caso, nada puede hacer quien es tan humano como yo, y nunca ha pretendido traspasar los límites que encierran y contienen á la humanidad dentro de su incurable contingencia.

—Pero todavía, dijo la Priora, no ha dicho Guido el mayor inconveniente.

—¿Cuál?

Preguntó Guido.

—Que difícilmente, muy difícilmente Lucrecia se dejaría retratar. Es casi imposible.

—¿Por qué?

—Su pudor, su recato.....

Exclamó la Abadesa.

—Su eterno encierro en una celda, cuando vienen por aquí ciertos pájaros.

Añadió Berta, cohibida por la mirada imperiosa de la Priora.

—En fin, hermano, si podeis conseguir un retrato, yo os prometo joya que valga un reino.

—Señor, ignoro si lo conseguiré. Pero, de conseguirlo, creedlo, preferiría

á todo premio la aprobacion de la retratada, el aplauso del Convento, y vuestro inapreciable aprecio.

—Pero ¿quién ve á Lucrecia?

Preguntó Gasparo.

—Difícil es.

Dijo la Priora.

—Sobre todo, cuando aquí se halla su frustrado esposo.

Añadió Gasparo.

—Vámonos.

Exclamó Guido, malhumorado por las bromas de su escudero.

—El cielo os guie.

Dijo la Priora.

—Con vos se quede.

Exclamó Guido.

—El diablo viene con nosotros, segun el humor que gasta mi amo.

Dijo Gasparo.

—Con que, lo dicho, dicho.

Añadió el caballero feudal volviéndose hácia el fraile pintor.

—Entendido.

Repuso éste.

—Ya verás, murmuró Sor Berta al oído de su compañera, ya verás como Lucrecia se aparece por el locutorio en cuanto esos dos señores desaparezan por el horizonte.

—Filippo, dijo la Priora, el renombre que teneis crece de día en día. Nuestro Convento será bendecido y admirado, así que tengamos la dicha de poseer uno de vuestros cuadros.

—Yo os diré, señora, en qué consiste mi mérito, si alguno tengo; y os lo diré con la sencillez digna de Vuestra Maternidad y propia de mi naturaleza. Poseíamos pintores místicos de primer orden que en el puro amor de Dios inspiraban sus cuadros. Aquellas pinturas eran visiones angélicas adivinadas en la maceracion de las acerbos penitencias y en el deliquio de las religiosas plegarias. Vino mi inmortal maestro, vino Masaccio, y dijo que existía otra fuente de inspiracion, la vida real; y otro tipo de hermosura, el humano cuerpo. Absorto en esta contemplacion de la figura, no vió más allá, no pensó que aun dejaba espacios infinitos y mares insondables en las sombras de lo desconocido ó por lo menos en el silencio y en el apartamiento en que yacen todos los seres y todos los objetos. no reproducidos y no animados por el arte. Yo traté de pintar la figura humana tan solamente como su génio la habia pintado. Pero, además, traté de otra cosa mas importante si cabe todavía, traté de asociar á la figura humana lo mismo que la Naturaleza le ha asociado, además del arte y de la luz, la tierra sembrada de flores, el ave que sobre las flores gorgea, la mariposa que se baña en los

aromas y se pinta las ténues alas en los jugos de las plantas, las abejas que liban la dulce miel, toda la vida exuberante que rebosa en el inmenso Universo. Así puede decirse que yo he añadido á la pintura la vida. Por eso mi amor es el campo. Por eso yo me iría sin reposo á través de majadas y oteros á oír los caramillos del Dios Pan que resucita; y á través de las viñas á embriagarme con el vino nuevo y á agitar sobre mi cabeza el tirso ceñido de pámpanos como los antiguos bacantes.

Las monjas de Santa Margarita escuchaban con verdadero éxtasis tan extraña oracion pagana dicha en la sacristía de un monasterio, y el bueno de Serafin, no queriendo, en su natural caridad, verlas en trance tan extraño, distrajo la conversacion de la filosofia del arte que profesaba Lippi para llevarla á otra esfera mas práctica, los cuadros del gran maestro.

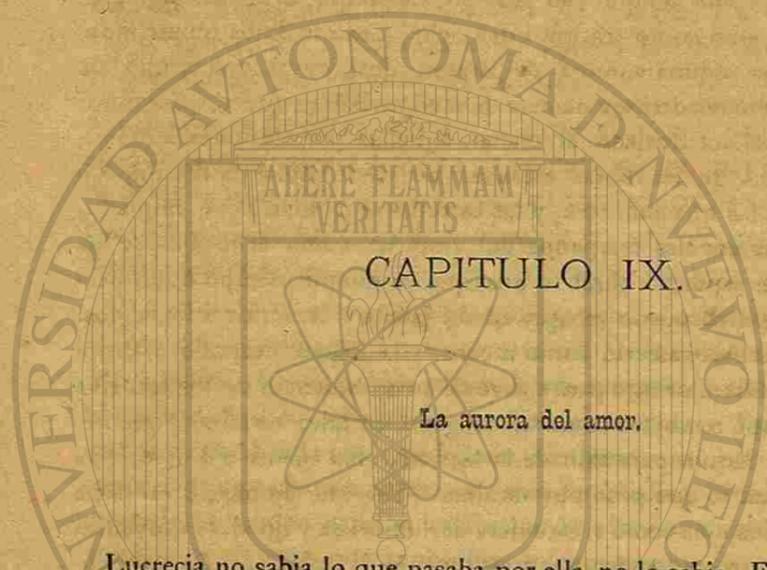
—Con esos ú otros principios, dijo, pues el artista jamás razona bien lo que ejecuta, Filippo, á sus cortos años, ha llenado de cuadros Iglesias y Monasterios. En su propia casa religiosa ha pintado con admirable verdad la confirmacion de la orden de los Carmelitas por el Papa. En la pilastra que sostiene el órgano de su Iglesia, ha trazado un San Marcial querido y celebrado por toda Florencia. Cosme de Médicis le ha dado su amistad, como á los mejores artistas, el día que ha visto en su propia capilla un Nacimiento que tiene toda la angélica dulzura propia de este religioso idilio. Diríase que se oye cantar á los ángeles. Las muchedumbres acuden á Santa María Primerana en la plaza de Fiesole para admirar la Anunciacion y el Angel de una hermosura verdaderamente celestial. En la sacristía del Santo Espiritu resplandece hermosa Virgen recién surgida de su fecunda paleta. Coros de ángeles se elevan sobre su frente y legiones de santos rezan á sus piés. Y no sabe uno qué admirar con mas profunda admiracion, si la melodiosa ternura de aquellos ó la austera severidad de estos. Por todas partes, por donde quiera que va, deja obras maestras de su mano y resplandores celestes de su génio.

Poco antes de terminar Serafin estas palabras apareció, como habia anunciado Berta, en el locutorio, Lucrecia. Su hermosísima figura, envuelta en largos blancos cendales, resaltaba en las oscuras sombras. Aquellos ojos, que tantas pasiones inspiraran en el mundo, resplandecian con luz nueva en los claustros como las estrellas en las noches. Diríase que derramaba en torno suyo una misteriosa esencia y que el crugir de su traje, el tranquilo respirar de su pecho, y hasta el compás de sus pasos producian dulcísima sonata. Era Lucrecia una hermosura completamente armónica: armonía entre su alma y su forma, armonía en su bellissimo cuerpo, armonía en la voz, armonía en la palabra, armonía en las ideas y en los sentimientos. Mas que á una mujer asemejábase á una musa, á una aparicion. Lippi sintió un sacudimiento como eléctrico al ver aquella hermosura por la cual

suspirara toda su vida. De un salto se plantó junto á la reja dorada y se agarró á sus áureos barrotes.

—Señora, dijo Filippo, dirigiéndose á la Abadesa, como ante todo soy artista, admiro la hermosura que me inspira con su presencia religioso fanatismo. Bellezas como las que veo por este Convento no deben, no, pertenecer á la tierra, sino como trasunto del cielo. Cuando Dios quiere mostrar á los mortales alguna sombra del divino ideal, envia una mujer, de cuya frente bajasobre nosotros, á manera de rayo invisible, que traspasa nuestro cuerpo, como el sol traspasa el cristal, aquellas inspiraciones sobrehumanas vivificadoras de las obras eternas. Dejarme copiar la faz que yo escoja entre todas las que ahí lucen, y las estrellas se pararán á contemplarla, y al descender los ángeles cristianos del empíreo como al levantarse los dioses paganos del sepulcro, dirán á una que en ningun tiempo hubo perfeccion como la que yo puedo recoger en mi paleta y transmitir á los siglos.

La campana del Monasterio llamó á coro, y la Priora despidió á Lippi diciéndole que volviera pronto para convenir en el comienzo de los trabajos contratados. Filippo temblaba como un azogado, en tales términos que necesitó el brazo de Serafin para salir de la sacristía. En cuanto á Lucrecia ya nos dirá ella misma lo que pasó por su alma. En este momento no hacia mas que frotarse los ojos como si estuviera deslumbrada y quisiese ahuyentar de ellos alguna seductora imagen que creía tener en la retina cuando realmente la llevaba impresa en el corazon.



CAPITULO IX.

La aurora del amor.

Lucrecia no sabía lo que pasaba por ella, no lo sabía. Filippo acababa de fijar su atención como jamás la fijara ninguno otro hombre; sin quererlo ni pensarlo recordaba todas las minuciosidades más insignificantes de la rapidísima entrevista interrumpida por el acento de la campana que llamaba á la oración. La varonil hermosura del pintor, la firmeza de sus ademanes, el acento músico de su palabra, el fuego de su mirar, la expresión elocuentísima de sus ideas, la aureola resplandeciente de su genio, la nativa singularidad de su natural, cautivaron aquella alma extraña de Lucrecia que desde el nacer buscaba otra alma como la suya por los espacios del mundo.

Más la infeliz no sabía en los primeros momentos cuanto acababa de sucederle. No presentía, no, como aquel interés iba á convertirse en verdadera pasión. Cuando hay temperamentos que se completan y se perfeccionan, aunque quieran cada uno de por sí apartarse del otro; jamás se apartan si alguna vez se encuentran. Lucrecia se deslumbró y en su desconocimiento de sí misma, atribuyó á efectos de admiración lo mismo que era ya puro efecto de amor. Fué al coro y parecía no separada del locutorio; unió su voz al rezo religioso, pero tuvo suspensa su memoria del profano encuentro; miró con místicos ojos el Cristo del altar mayor, y entre la imagen divina y la humana mirada se interpuso la figura del fraile tan realmente, que estaba viéndola como si fuera sombra enteramente proyectada por su propio cuerpo; entró en la celda y en ella entró también su idea fija, porque la llevaba en el alma; como era su única pasión desde aquel instante decisivo de su

vida, no podía de esa pasión apartarse, á no ser que se apartara y huyera de sí misma, unida ya indisolublemente por todas sus inclinaciones con aquel avasallador y peligroso artista.

Lucrecia no podía confesarse á sí misma que tal sentimiento se confundiera y se identificara con el amor. La idea de lo imposible se levantaba como infranqueable muro de bronce entre su deseo y su conciencia. Mujer de pasiones exaltadas, á pesar de esta exaltación, concebía la vida con toda la regularidad de las mujeres caseras. Creía el amor correspondido y satisfecho, la primera de las felicidades humanas; y porque lo creía, renunció á un matrimonio que le presentaba, honra, gloria, riqueza, influjo, poder, todo menos lo esencial á su alma, todo menos el amor. Y creyendo de esta suerte la vida, y tomándola en tal sentido y concepto, no podía, no, imaginarse que un hombre del cual su religión, su conciencia, sus ideas todas y todos sus sentimientos lo separaban, llegase á apoderarse de su alma, cuando por ningún concepto podía apoderarse de su vida ni unirse á ella con el único lazo que admitía para el amor y el matrimonio, por los votos y los juramentos eternos. Creía, pues, el amor necesario á la vida; pero el amor legitimado, el amor correspondido, el amor puesto bajo el amparo de la religión, el amor santo, el amor que podía confesarse ante el mundo como una honra y ante Dios como una virtud. ¿Qué felicidad cabe allí donde se encuentran los dolores más acerbos, los remordimientos más vivos? ¿Qué satisfacción podrá tener un corazón falto de la ajena estima y de la interna tranquilidad? El amor no puede aspirar á la dicha cuando no puede confesarse ni ante el mundo ni ante Dios. Tales eran realmente las ideas de Lucrecia, y por estas ideas, tan grande su desconocimiento de sí misma y tan perfecta la seguridad de que ninguna pasión, ninguna más que el culto puro y desinteresado al genio, pudiera unirla con Fra Filippo Lippi.

Se engañaba, sin embargo; se engañaba tristemente. No sentía por el pintor ese culto desinteresado que el arte inspira; sentía la pasión de las pasiones, sentía el amor. Solamente que su íntegra conciencia, su pura virtud, su femenino pudor, su repugnancia instintiva á todo mal pensamiento le impedían darse cuenta de su estado, como esos éticos moribundos que suelen tomar el calor de la fiebre por el calor de la vida, y creerse más sanos á medida que están más enfermos. Desconocía su ser, desconocía su suerte, desconocía su corazón, desconocía su conciencia, desconocía todo su natural cuando ignoraba que iba á comenzar para ella ¡infeliz! un combate tan empeñado como el que terminara en la Iglesia de San Juan, pero mucho más temible y azaroso. En el primer combate su alma entera la impulsaba con impulso incontrastable á romper un matrimonio rechazado por su corazón; en el segundo no; en el segundo para salvar su virtud necesitaba vencerse á sí misma, vencer la fuerza de su sangre enardecida, el arrebató de su corazón enamorado, la vivacidad de sus intintos enemigos, el imperio de su pa-

sion exaltada, la atraccion del placer irresistible, los infinitos elementos conjurados en su daño y poderosos á producir su perdicion y su ruina.

¡Extraño caso! Desde que vió á Filippo no deseó ver de nuevo al fantasma que tanto embargara su atencion, y tras el cual se habia ido volando su pensamiento. Pero le pareció que entre la voz de aquel extraño aparecido en las sombras de la noche y la voz de este extraño aparecido al través de las rejas de un claustro; que entre los ojos aquellos y estos ojos relampagueantes habia una secreta afinidad: idea que le trastornaba el alma y la sumergia en múltiples y contradictorias aprensiones. Tal estado se elevó á esas monomanías del entendimiento llamadas en lengua vulgar cavilaciones. ¿Cómo Filippo le despertaba esa idea de analogía? Pues se la despertaba sin duda alguna porque tenia con el aparecido semejanza: que en el mundo los recuerdos provienen de los parecidos y los parecidos provienen á su vez de los recuerdos, pues así como se asocian los seres en la realidad, se asocian las ideas en la memoria. Y ved ahí la curiosidad que atormentaba el alma de Lucrecia: saber cómo y por qué el fantasma le recordaba á Filippo y Filippo le recordaba al fantasma. Y allá en lo recóndito de su mente brotaban multitud de razones, á cual mas infundada, excepto la verdadera y única, la de que el aparecido de la noche y el aparecido de la sacristía eran una sola y misma persona.

Si Lucrecia hubiera sido mujer vulgar, resuelve las dificultades que al paso le salian, con resolucion pronta y suprema. O bien conoce que aquellas inquietudes nacientes provienen de un amor profundo y conjura toda tentacion y se aparta de todo peligro; ó bien, rindiéndose á los llamamientos de su naturaleza y á los gritos de su corazon, se entrega á todo el goce desenfrenado de su amor. Pero un alma de aquella ternura, de aquella delicadeza, naturalmente virtuosa, contraria á todo pensamiento y á todo propósito que no fuera purísimo, creíase incapaz de amar ni por un minuto al hombre con quien no pudiera unirse en lazo legítimo consagrado por la Iglesia y reconocido por la sociedad. De esta suerte el peligro mayor estaba en su propia inocencia y en la confianza que tenia de avasallar con su enérgica voluntad todas las asechanzas dirigidas á su virtud y á su honra. Pero lo cierto es que, despues de haber visto al artista, solo deseaba volver de nuevo á verle. Recreábase con verdadero recreo en traer á la fantasía sus palabras originalísimas sostenidas por ademanes imperiosos y expresivos de una voluntad incontrastable. Nada atrae y seduce al sexo débil como las cualidades morales propias del sexo fuerte: la decision en las resoluciones, la firmeza en los propósitos, la fuerza en la voluntad, la energía en los sentimientos, el valor, todo aquello que contrasta con la debilidad, con la ternura, con la delicadeza, con las facultades propias de la mujer: que la naturaleza humana se divide por los sexos en dos naturalezas distintas pero necesitadas ambas de su mütuo y respectivo complemento. No cabe dudar-

lo, la naturaleza queria que el complemento del alma de Lucrecia se encontrase con el alma de Filippo; pero no lo queria la sociedad. Así es que en aquel supremo instante comenzaba el combate mas terrible que la pobre jóven sostuviera durante una vida tan desgarrada por desgarradores combates. Y comenzaba sin que ella misma ni lo presintiese, ni lo adivinase.

Al salir del coro encaminóse hácia su celda y tomó cierto tapiz que bordaba y que le servía para pasar algunas horas de distraccion en su apartado retiro. Con la flexibilidad propia de toda mujer, mil veces distrajera sus pensamientos y ahuyentara sus penas en ese trabajo tan peculiar de su sexo, pues no parece sino que el movimiento de la aguja sembraba en el frío lienzo gayas flores como las que el calor perfuma y la luz colora. Cuántas veces aquella variedad de matices, aquella riqueza de líneas, aquellas combinaciones de las sedas bastaban para absorberla en su trabajo y separar su memoria de todo otro recuerdo y de todo otro pensamiento su viva inteligencia. Y con amortiguar la memoria amortiguaba la intensidad de sus sentimientos, y con adormecer la inteligencia adormecía la exuberante vida de su agitado corazon. Al ver á Filippo ¡cuán variado todo! Así como en el coro no pudo rezar, en la celda no pudo bordar. Innumerables veces dió á la aguja direccion contraria á la señalada por el dibujo que tenia en frente; innumerables veces se pinchó los dedos por no mirar lo que hacía; innumerables veces se le cayó la cabeza sobre el pecho al peso de grave meditacion; innumerables veces se le deslizó el bordado de las manos al descuido natural que produce la indiferencia. La mujer necesita concentrarse sobre un solo objeto, y en cuanto muchos solicitan su cuidado, los descuida todos menos aquel que priva en su corazon y en su inteligencia.

Cuando más absorta estaba en esas contemplaciones sin objeto contemplado, la inerte puerta se abre con estrépito, el aire callado resuena con gritos, y Lucrecia se siente como sofocada por suspiros, besos, lágrimas, abrazos sin número y sin cuento que revelaban un verdadero delirio. Y era su dueña, de quien los lectores de esta historia no han podido olvidarse; su dueña, que tras largas é inútiles porfías consiguiera del airado padre permiso para ver á la ingrata hija, permiso del cual se aprovechó con la alegría y la premura que pueden adivinar todos cuantos hayan visto el amor á sus pupilas de esas viejas solteronas, privadas de todo otro cariño y que elaboran con la costumbre y con la necesidad de querer una especie de artificial maternidad en su pecho. No podríamos repetir sus trasportes, sus éxtasis, sus palabras incoherentes, sus abrazos sofocantes, sus sollozos profundos, sus carcajadas epilépticas, la mezcla confusa y la expresion desordenada de todos sus vivos sentimientos.

—¡Oh! ¡Qué hermosa! Gritaba. ¡Qué buena! Angel mio, hija mia, amor de mi corazon. Creí no ver jamás á mi palomita. ¡Y qué de penas!

¡Qué de angustias! No hacia más que entrar en el cuartito de costura y echarme á gemir y llorar como una Magdalena. Casi perdí la vista. ¡Tanto lagrimear! Si dura un día más esto vuélvome loca. El padre, más duro aún que la hija, se compadeció de mí. Y háme permitido este desahogo no sé por qué, por una de sus voluntariedades. Gracias, Virgen Santísima, gracias; Patrona de los afligidos, Madre de los desamparados, Luz de los ciegos, yo te prometo rezarte quince salves todos los días por espacio de quince meses seguidos, y decirte quince misas en quince iglesias distintas, el quince de cada uno de estos quince meses. ¡Oh! La masa se me hacía agria. Cada hora que pasaba sin ver á mi Lucrecia parecíame una eternidad. Luces á Santa Rita, abogada de los imposibles; novenas á San Antonio de Padua, abogado de los objetos perdidos; misas á Santa Cecilia, abogada de los músicos, á ver si cesaba la música de mis sollozos; ojos de cera á Santa Lucía, para que no cegasen mis ojos de carne al llanto y á la pena; romería á San Anton, á fin de que cuidase de mí que, al afligirme tanto, soy un animal, como cuida de los demas animales; ofrendas diarias á Santa Margarita, nuestra patrona, para que extendiese su manto protector sobre mi pobre hija; en fin, locuras, locuras, y más locuras. Pero veo buena á mi Lucrecilla y necesito dar gracias á toda la corte celestial. ¡Qué ojos tan grandes! ¡Qué labios tan sonrosados! ¡Qué cuerpo! No hay otro en toda Florencia, ni en toda Toscana. Y decir que pasa su juventud en este Convento como una monja, cuando debiera andar de castillo en castillo como una reina. Vamos, al pensar en esto, pierdo la chaveta y no puedo decir lo que pasa por mí. Y la Virgen Santísima se empeña en hermosearla cuanto más se empeña ella en ocultarse. Diamante escondido, perla del mar, yo quisiera verla en la corona de un rey, para lo que has nacido. Dejadme mirarla una, y cien, y mil veces. Dejadme que la abraza hasta ahogarla. Dejadme decirle toda la letanía de mis requiebros. Ahora que la miro con más espacio creo ver unas ojeras moradas que me afligen. Vamos. ¿Reconocerá su falta? ¿Se convencerá aquí, enterrada viva, de lo mal que ha hecho diciéndole nones á quien la ofrecía una corona? Necesita casarse. No hay otro remedio sino salir de aquí para ser feliz. Yo me iré con ella como el perro ó la perra que soy de la casa. Yo me pasaré la vida á su lado observándola con toda mi atención y queriéndola con todo mi corazón. Pero que se case. No cometa la bellaquería de enterrarse viva en este Convento. Ha nacido para encantar el mundo y no para rezar en el claustro. Hija de mis entrañas: marido, hijos, palacio, eso, eso conviene; y no tocas y monjíos más tristes aún que el sayal de los muertos. Vámonos de aquí donde puedan verla todos los jóvenes de Italia, que se pirran por una mirada de esos ojos, y que se mueren por sus pedazos, desde que saben que en materias de amor le da un no cuando le pasa por la mollera, al mismo lucero del alba sin temor á ninguna amenaza, lo mismo que cualquier moceton de pelo en pecho. Vámo-

nos, Lucrecia, de aquí, pues cada minuto que pasa en este encierro tan parecido á los sepulcros.....

.....
—Calla, mujer, calla.

—Dime algo.

—¿Qué puedo yo decirte cuando tú lo dices todo?

—Piense el mundo entero cómo estaré reventando de palabras, con solo pensar que desde el día de la dichosa boda no he vuelto á decir esta boca es mía, ni á cambiar con persona humana un saludo.

—Dime, Brígida, cómo está mi padre? Consuélame un poco refiriéndome sus palabras.

—¿Sus palabras? Pues no le he oído decir oste ni moste á nadie. Ni que se hubiera quedado mudo. El otro día dijo algo, y no pude menos de contestarle: como veía con gusto que conservaba expedita la antes paralizada lengua.

—¿Dijo algo? Y debió ser de mí. ¿Luego se acuerda de su hija? ¿Luego no ha atribuido á desamor una separacion provocada por sus rigores? ¿Luego me quiere todavía?

—En lo testarudo se parece á su hija. Es de los que clavan con la cabeza un clavo en la pared. No ha pronunciado el nombre de Lucrecia ni una sola vez, ni una sola. Pero ha dicho con aire que hizo erizar el pelo en mi cabeza: al fin su honor y el mio no han padecido en nada. Si padecieran, entonces te juro que la mataría. Y dichas estas palabras no ha vuelto á pronunciar en mi presencia ninguna otra. Allí lo tienes rígido, tieso, mudo, sombrío, vamos, hecho un santo de palo.

—Pobre padre mio; hace bien diciendo que si faltase al honor de su nombre me arrancaría del pecho el corazón, hace perfectamente. Su hija moriría mil veces antes que claudicar.

—Pues ya lo creo. A vosotras las frias, cosa fácil no tropezar ni caer. Como que teneis temperamento de hielo, y por ende virtud corriente. Ya es otra cosa en las mujeres de mi temple. Quince veces nos tienta el diablo por día, y nos conservamos tan vírgenes como la madre que nos parió. Yo tuve vocacion de casada y no me he casado. Pero yo le dije á mi amo que su hija no tenia tal vocacion, que su hija no se casará nunca.

—Pues te has engañado, y te has engañado gravemente. Para mí la mujer no encontrará en el mundo felicidad comparable, á la que le está reservada en el corazón de su esposo y en la cuna de sus hijos.

—Buena prueba de eso ofrece, quien renuncia al mejor marido de toda Italia, en la iglesia de San Giovanni.

—Renuncié porque, si creo el matrimonio la primera entre las felicidades humanas, tambien creo que necesita ser sostenido por el amor. Las estrellas del cielo no resplandecen como los ojos del ser amado; los palacios

mayores no valen como los estrechos nidos del amor casto donde os rodean los brazos de un marido y os sonrien los labios de un hijuelo. En nuestro pecho ni la ambicion ni la avaricia pueden tener entrada. Un corazon verdadero de mujer solamente se abre al amor. Pero necesitase que sea el amor natural, verdadero, sentido; pues nada hay tan triste como vivir siempre al lado de una persona odiosa ó indiferente.

—Pero si tal crees, ¿cómo te encierras en un convento? Buena manera de buscar novio. ¿Quién es capaz de mojarse en una hoguera ó arder en una ría? Hay que dejarse de cuentos; los hombres se encuentran rodando por el mundo, y el casamiento resulta de los juegos de azar.

—¿Y dónde iba yo, rechazada por mi padre, desavenida de mi única familia, puesta en el duro trance, si queria reconciliarme con los míos, de forzosa conformidad con un matrimonio á mi corazon y á mi conciencia repugnante? Libreme Dios de caer en una debilidad tras mi arranque de independencia. Si en este mismo sitio no encuentro antes de un año el hombre á quien yo ame por propia eleccion, me enterraré viva en este Convento. No vuelvo á mi casa.

—No quiero oirlo. El nacimiento de esta bendita muchacha le costó la vida á su madre; el matrimonio le va á costar la vida á su padre. Tiene el diablo suelto en su cuerpo. Se enamoricó de un fantasma, de un alma en pena, de un muerto á quien yo le hacia la señal de la cruz á cada momento. Y ahora espera un novio en la clausura de un convento.

—Dios proveerá.

—A Dios rogando y con el mazo dando. Si no pones algo de tu parte no caerá el novio de las vigas del techo. Fíate en la Virgen y no corras. Hay que compeler á Dios para que nos favorezca. Luego, la vida se pasa en un minuto, la juventud en un segundo. Cuando te vuelvas á mirar atrás te encontrarás vieja y fea. La que no aprovecha la primera ocasion se queda para vestir imágenes. Ya sabes que la ocasion la pintan calva. Y la pintan calva á causa de que solamente tiene un cabellito por donde cogerla. Con el primer novio presentable hay que apechugar á toda prisa.

—Brígida, me iba acostumbrando tanto al silencio del claustro, que me marea tu garrulería.

—Lucrecia, estaba de tal suerte mal con mi silencio de tanto tiempo que, rotas las compuertas, lo inundaré todo con el torbellino de mis palabras. Yo creo que al bueno de Butti nada le apenaria tanto como carecer de legitima descendencia. Los chiquillos, montados en escobas, con sus cascotes de papel á la cabeza, las cañas por espadas y lanzas, rodando en torbellinos por toda la casa, parecenme con razon la alegría de la vejez, y la esperanza brotando entre las canas como la flor entre espinas. Cruel será como una harpía quien, pudiendo, le prive de esa dicha. Si un ama de llaves fuera como una hija del alma yo te aseguro que mañana mismo me ca-

saba con el portero, con el sereno, con el sacristan, con el que más confianza me inspirara de poder convertir aquel caseron en una pajarera de vocingleros chiquillos.

—Brígida, las momias no paren.

—Ya lo sé. Pero yo no soy una momia, ni mucho menos. En la portería del Convento he topado con un fraile, cuyos ojos me han dirigido una mirada que ya, ya.....

—Por ventura ¿Fra Filippo Lippi?

—Justo, ese pintorazo que trae á mal traer á todas las muchachas de Florencia.

—¿Cómo?

Preguntó inquieta Lucrecia sin advertir que su misma inquietud la delataba.

—Este fraile se enamora de una escoba si á una escoba le ponen faldas.

—Brígida, no le maltrates así.

Y un sudor frio cubria la frente de Lucrecia.

—Vamos, no conozco hombre mas atroz.

—¡Brígida!

Dijo Lucrecia con voz angustiada.

—Yo no sé como en lugar de meterse á fraile no se ha metido á turco.

—Dime, Brígida, preguntó Lucrecia esforzando su voz y su palabra, dime cómo has dejado la casa. ¿Tiene alpiste y agua el gilguero? ¿El tapiz de Flandes que representa á Agar, saliendo de casa de Abraham, está todavía al frente de mi cuarto? ¿Aquel cojin de sedas, que dejé á medio concluir, ocupa el canasto de la costura? ¿Y el armario de Flandes, que mi padre me regaló, cubre el frente de mi camarín? Háblame de todos estos objetos á los cuales mi corazon se apega como el ave que recorre todo el espacio, á las pajillas de su nido.

—Hay para morir de pena contemplando tanto mueble rico por aquí, por allá, inservible, inútil, pues desde la fuga de quien llenaba aquello con su hermosura, seméjase á la iglesia sin santo. La cama, cubierta con cortinajes atorciopelados y de largas franjas; el aparador repleto de argentada vajilla; los tapices, tejidos con oro de Chipre; los linos de Reims, blancos cual manteles de altar, puestos sobre las multicolores alfombras de Persia; las largas túnicas de sedas orientales con botones de perlas finas; las arpas y los salterios en las paredes; los dados de oro y los ajedreces de marfil en las mesas; las altas sillas de roble esculpidas por Forrigiani y pintadas por Bicci, con guirnaldas y quimeras; el cofre gótico de boda rico en artisticas entalladuras y realzado por cuadros donde los santos de nuestra devocion se mezclan con los centauros á que tienen devocion los artistas; las cajillas marqueteadas primorosamente en Venecia; los reclinatorios de ébano; las telas bordadas de Ferrara; los encajes puestos sobre tiras de raso por la

mano bendita de Piero veneciano; los damascos de Almería mejores aun que los damascos de Syria; los brocados de Toledo y de Murcia; los mármoles de Donatello; las porcelanas de Lúcas de la Roblia con sus coronas de flores y sus manojos de frutas; los relojes portátiles de Carovagio en bronce dorado; los camafeos recién tallados en Milan; todas estas maravillas que ha aglomerado la familia de los Buttis, digna de hacerse por sus bancas y por sus comercios con la familia de los Médicis ó la familia de los Pittis, yacen allí en monton, perdidas y menospreciadas, á guisa de los objetos puestos por algunos pueblos, como ofrendas á la muerte, por los panteones y por los sepulcros, en la triste compañía de los cadáveres. No hablemos: que, al pasearme entre aquellos objetos, mas tristes cuanto mas hermosos, pareceme pasearme por las regiones del infierno. Y la reflexion que dirijo á mi propia conciencia no puede ser mas dolorosa: cuántas riquezas amontonadas para una sola persona, y que en desprecio y en olvido yacen, porque quien debiera gozarlas y superar en felicidad á cuantos seres felices ha contado la tierra, se empeña en labrar su propia desgracia, que en este valle de lágrimas los nacidos para felices se procuran por fas ó por nefas alguna irreparable infelicidad.

Mientras departian de esta suerte Lucrecia y su dueña Brígida, iba reuniéndose la Comunidad en el mentidero, á fin de esparcir el ánimo ya entristecido por las sombras del claustro y matar el tiempo, largo, muy largo en las tristezas de los conventos. Aquel día la reunion sobrepujaba en agrado á todas las anteriores, porque tenian las buenas monjitas seguridad de que iría Fra Filippo Lippi á concluir los arreglos necesarios para emprender sus prometidas pinturas. Unas traian encajes donde bordaban santas imágenes con paciencia digna de Job y aguja tan delgada como el aire. Otras aparejaban su caja de pastillas para iluminar los pergaminos de sus devocionarios. Estas realzaban con magníficos flecos las capas pluviales ó con sobrepuestos galones las místicas casullas. Las de más allá, hilaban al torno la tosca lana y la convertian al huso en largas y sedosas hebras. Pero todas miraban á una y con anhelo, á través de la dorada reja donde se entendian con las visitas del locutorio, á ver si llegaba el atrevido hermano Filippo acompañado, segun sus promesas, del santo hermano Serafin. Este último proyectaba un poco de sombra á la alegría monástica, porque solia quitar elocuencia á Filippo amordazando un tanto con su presencia la suelta lengua del carmelita.

Sor Teodora, empeñada en lucir á roso y belloso sus extraordinarias facultadas mentales y su riquísima erudicion científica, paseando con cierta serenidad la vista por aquel enjambre de trabajadoras religiosas, tan dadas á sus costuras y bordados, recordó cómo en el noveno siglo Santa Viborada ornaba ya con realces hechos á la aguja las cubiertas y forros de los libros sacros; y la célebre Hadwiga, hija de Enrique de Suabia regalaba al-

bas ornadas por sus manos á los primeros monasterios; y Judith de Barcelona, madre de Carlos el Calvo, cuando bautizó á la reina de Dinamarca convertida de la idolatría al catolicismo, le puso un traje de bautizar, obra de sus afanes, todo recamado de oro y cubierto de piedras preciosas. En fin, nunca acabara con estas indigestas noticias, si no viniera á interrumpirla de pronto la Priora preguntando con mezcla de humildad y de imperio.

—Qué tema ponemos esta noche en tela de juicio?

—El que Vuestra Maternidad disponga ó ninguno, porque el mucho hablar cede en deservicio de Dios. Cuando considero que debemos dar estrecha cuenta de las palabras inútiles, y recuerdo cuánto hablamos de más en estas casas, francamente me echo á temblar por la salvacion de nuestras almas.

Dijo Sor Perfecta.

—No maldigais de la palabra. ¿Cómo sin ella instruirnos, conocer cuanto pasa? Y debemos escudriñar todo, añadió Sor Berta, que vino la primera, y se colocó cerca de la ventana enrejada, debemos escudriñar todo para entender de cuántos peligros nos libertamos en el claustro. Así he sabido qué clase de pájaro es nuestro pintor, personaje ignorado de esta Comunidad.

—Calle, hermana Berta, calle por los clavos de Cristo, gritó la Priora, y no maltrate á un siervo del Señor con esa lengua que ha de causar su perdicion eterna y ha de traer sobre este Convento las plagas de Egipto.

Y despues de haber echado á Berta esta reprimenda, como para divertir la atencion de sus chismecillos de vecindad, y llevarla á mayores objetos, dijo:

—¿Visteis, hermanas, con qué elocuencia mantuvo Lucrecia el otro día que la verdadera felicidad para la mujer se encuentra en el hogar y en el matrimonio?

—Verdaderamente, exclamó Teodora. Pero imaginéla mucho más leída. Si hubiera frecuentado como yo en otro tiempo las academias platónicas eclipsara en belleza de ideas y en fluidez de palabra á las mismas mujeres griegas, tan célebres en las artes del bien decir. La erudicion clásica es en el lenguaje como los bajo-relieves antiguos en el arte, un verdadero portento. Nadie ha pintado como el divino Homero en el cántico vigésimo-sexto de su Iliada la niña que todavía necesita el pezon materno para nutrirse y que no puede aun poner los piecitos en el suelo para andar; ó el canto décimo-sexto la vírgen casadera, ceñida de rosas, hollando en concertado baile, y á las cadencias de suave música las praderas sembradas de flores. Todavía parece que veo las viñas cargadas de racimos y los vendimiadores y las vendimiadoras con sus canastos sobre la cabeza coronada de pámpanos entonando un coro acompañado por la flauta de dos tubos, cuyas suaves resonancias se dilatan por los aires y alegran y animan las

campiñas Qué belleza tan sencilla y armoniosa la belleza de aquellas fiestas nupciales en que la virgen se levanta del lecho asistida por el jefe de la familia, padre, monarca, pontíce, para ser llevada á casa de su novio entre los cánticos de los jóvenes concertados con las cadencias de las cítaras y de las liras, precediéndola hermosos esclavos con antorchas resinosas y perfumadas, acompañándola parejas de magestuosos bailes, y bendiciéndola el pueblo que se acerca á su dorado carro para deseárselo un amor sin límites y una posteridad sin mancha en los brazos de su esposo y entre el aleteo de sus pequenuelos, todos los cuales se mirarán en sus ojos con dulce arrobamiento.

—Eso está muy bien, dijo Rita, la monja dada á las cuestiones sociales, pero creeria propio del momento y del artista esperado departir sobre las instituciones políticas que mas se armonizan con el Cristianismo.

—Buena materia para Fray Serafín, que sabe mucho de libros, dijo Berta, por decir algo, pero materia baldía para Fray Filippo, que solo sabe de pinturas. Y aun si pinta, mas lo hace por inspiracion que por estudio. El único arte en que le creo ducho es en el arte de amar.

—Calle, lengua de infierno.

Exclamó la Priora, saliéndose de sus casillas al oír las temerarias palabras de Berta, llenas de malas intenciones y encaminadas á desconsiderar un artista y un religioso, en quien tenia puestas todas sus esperanzas de esplendor y de grandeza para su Convento. Así es que Sor Berta, conociendo como la Superiora se violentaba, selló el labio y dijo entre dientes.

—Haz lo que quieras, vieja regañona y ridícula, que ya te saldrá á la cara ese entusiasmo por el demente de Lippi

—Aquí no estamos, dijo Sor Rita picada con Sor Berta porque llevaba la conversacion lejos de su monomanía política, aquí no estamos para tratar asuntillos de vecindad, sino asuntazos de monta. Nada nos vá en que la escribana gane el jubileo, y el juez vaya descalzo á la romería, y la doncella de junto corresponda al veterinario de enfrente, y el farmacéutico de la calle ancha venda yerbas malas por drogas buenas, y la partera de la ciudad logre los muchachos mejor que la partera del campo, y el médico tal ó cual cure á los niños de ojos, y la viudita casta enferme de partos secretos. Nada de eso nos importa. A cosas mayores ciertamente estamos llamadas. Hay en el mundo tiranos y tiranizados. ¿Debemos nosotras, que somos de continuo arrodilladas ante las potestades celestes, y por lo mismo ciertas de que nuestras oraciones han de atenderse en la Eternidad, rogar por los opresores? Pues equivaldría á que los ángeles del cielo orasen por Satanás. Ya que nosotras sacrifiquemos nuestra libertad particular, que sea en provecho y honra de la libertad de todos. Nadie se daña á sabiendas á sí mismo. Y el pueblo todo congregado en la universalidad de los ciudadanos debe saber de sus propios asuntos mas que todos los reyes de Europa

y todos los doctores de Bolonia. Y luego, nosotras, ovejas predilectas de Jesucristo, debemos odiar á los tiranos, á los verdaderos lobos de la grey cristiana, hasta el punto de exterminarlos si es preciso. Jesucristo nada poseyó en la tierra y nada nosotras debemos poseer mas que su reino celestial, cuyos dominios se dilatan por los espacios infinitos del humano espíritu y no por el barro inmundo de esta baja tierra.

—Hermana Rita, hermana Rita, dijo la Abadesa, no entre en tales honrras que pueden marear hasta los entendimientos mas profundos. Lo que ha dicho es una herejía manifiesta, por lo que han merecido muchas gentes las dos muertes, la temporal y la eterna.

—Hablemos de las artes.....

Exclamó Constanza, cuando de rejas afuera se oyeron estas palabras dichas solemnemente por dos varoniles voces:

—Alabado sea el Santísimo Sacramento.

—Para siempre sea alabado.

Contestaron las monjas.

—Ave María Purísima.

Repitieron las voces.

—Sin pecado concebida santísima.

Dijeron las monjas.

Y dos monjes, uno con hábito blanco, otro con hábito de estameña parda, se adelantaron hácia la reja del locutorio.

Tengo la seguridad de que habrán adivinado en ambos á dos todos cuantos leyeren, la figura ya conocida de nuestro franciscano y la figura no menos conocida de nuestro carmelita. Las monjas se regocijaron mucho de este esperado arribo, y se reunieron en torno de la áurea reja para saludar al santo jóven Serafín y al endemoniado jóven Filippo. Los ojos de éste, que muchas veces le saltaban casi de las órbitas, fijáronse en la clausura donde estaban las monjas, buscando con anhelo á Lucrecia, y al ver que no estaba, espesa nube de tristeza pasó por ellos, nube semejante al velo de la muerte. Cayeron pues sus brazos, y se inclinó su cabeza con desesperacion.

—Hermano Lippi, dijole con gran reverencia la Madre Abadesa, hermano Lippi, mucho nos regocija verle por esta santa casa, pues queremos saber cuando comenzará sus trabajos á fin de que podamos ornar nuestros altares con esas obras maestras, verdaderas inspiraciones del cielo.

Debe decirse que el primer impulso del fraile, arrastrado por su impetuosa naturaleza, fué no responder á la pregunta sino preguntando por Lucrecia, único objeto de sus ansias y blanco único de su visita. Pero como ducho en las sirtes de la vida, y dado al disimulo para más fácil logro de sus deseos, recogióse un momento sobre sí mismo, y resolvió llegar al fin apetecido por largos y tortuosos pero tambien más fáciles caminos.

—Ya sabeis, señora, que á serviros vengo, y, esclavo de este Convento, á vuestro arbitrio me entrego y bajo vuestras órdenes me pongo.

—Un buen pintor ó un buen escultor es como un enviado del cielo, que trae de su reino celestial divinas reminiscencias á la tierra. Estos monasterios son sobrehumanos, cuasi divinos, imagen del Empíreo todo, porque están llenas de imágenes particulares de los santos, de las vírgenes, de todos los bienaventurados con cuya devocion se logra la vida eterna y se purifica la vida temporal. Por tanto en vos tenemos, hermano Filippo, un mensajero que reproduce las hermosuras celestiales como si las estuviera viendo en las beatíficas visiones.

—Holgárame de ser tal como Vuestra Maternidad me imagina, inspirado en mis ideas, hábil en mis manos, digno de vuestra eleccion.

—Todo el mundo lo pregona.

—A veces todo el mundo se engaña.

—No en este caso.

—Quizá en el que más se engaña.

—Nuestros ojos lo ven.

—Con el color del afecto.

—Inspirado por vuestras mismas obras.

—¿Tanto deseo teneis de que vuestro Convento posea mis cuadros?

—Es natural, dijo Serafin. Cada monumento de Italia brilla por un artista cuyas inspiraciones en las piedras se asemejan al centello de la luz en los astros. Santa María Novella brilla por la Virgen de Cimabue; San Márcos brilla por el Calvario de Fra Angélico; el Carmine brilla por la Resurreccion de Masaccio; la Iglesia de Asis brilla por la obra del Giotto; el cementerio de Pisa brilla por las figuras que en sus paredes han dejado Gozzoli y Orcagna: que el monasterio de Santa Margarita brille mañana, Filippo amigo, por tus celestiales ideas.

—Mucho me obligas, Serafin hermano, con esas dulces palabras. Algunos de los grandes pintores, que has citado, parecian hijos de la primera luz, despedida por la mirada de Dios sobre el mundo ántes de elevarse las sombras del pecado á oscurecer las almas, y las sombras del mal á oscurecer los cielos. Fra Angélico no pintaba figuras sino ideas; no trazaba cuerpos sino almas. Su vida pasaba en la adoracion, y en la adoracion extática. Diríase que era un bienaventurado preso y perdido en nuestra baja y oscura tierra. Pero yo nado en la vida del Universo; por cuyos senos me pierdo y me abismo de continuo. Más suele inspirarme el rumor de los aircillos en las hojas que el rumor de los pensamientos en las conciencias. Más gusto de pintar una flor, recién brotada en los campos, que de pintar una oracion recién salida del pecho. La vida, la vida me arrebatada y me lleva en sus torbellinos al seno de la madre universal, de la Santa Naturaleza. No me bastan pues las inspiraciones de mi fantasía, los conceptos de mi

entendimiento, los arrebatos de mi corazon, para concluir una grande obra; necesito, además de todo esto, los séres vivientes, los cuerpos reales, las formas tangibles. Para mi el arte es lo ideal contenido y encerrado en la viviente realidad. La belleza compenetra la verdad como el alma al cuerpo y la verdad á la belleza como el cuerpo al alma. Para lo bello me basta mi idea interior; para lo verdadero necesito el modelo externo. ¿Qué deseais tener de mis manos en vuestra Iglesia? Señora.

—Deseo una Virgen.

—¿Una Virgen?

—Ciertamente.

—Muchas veces habrá reflexionado vuestra Maternidad sobre las dificultades materiales que tiene el trazar una Virgen.

—Muchas veces.

—Hay que unir lo divino y lo humano, la belleza celeste y la belleza plástica, el cielo y la tierra en sus armonías. Hay que expresar la pureza de la doncella inmaculada y la serenidad de la madre verdadera. Las dos virtudes primeras de la mujer han de lucir en su frente con luz misteriosa, la pureza y la maternidad. El niño que lleva en los brazos es su hijo y su Dios. Ella tiene la carne de Eva y la gracia de Dios. En las formas nuestras, formas de pecado y de muerte, ha de encerrarse la luz increada, luz de gracia y de vida. María, más que ningun otro sér, contiene los dos extremos del Universo, la debilidad de la criatura humana juntamente con la perfeccion de la divina esencia. Todas las grandes figuras extáticas que pueda trazar el pincel, aspiran á Dios; Maria solamente lo posee porque lo lleva en su vientre más adorable que todos los santuarios. Para pintar verdaderamente la Virgen y la Madre; para expresar lo divino y lo humano; para unir el cielo con la tierra ha de juntarse nuestra idea celeste con la humana forma. Necesito pues, no solamente la idea que en mi interior se esconde y en mi retina se trasluce, sino el modelo viviente, una jóven hermosa que sea como el vaso de eleccion donde yo pueda recojer la forma mas propia de expresar la hermosura terrestre de la Virgen-Madre en armonía con mi idea, cuya esencia debe contener y encerrar la esencia celeste. Para subir al cielo necesitamos un punto de la tierra donde fijar la planta. Para expresar la hermosura ideal necesitamos de la hermosura real. No puedo pues pintar la Virgen invisible sino por medio de un modelo visible.

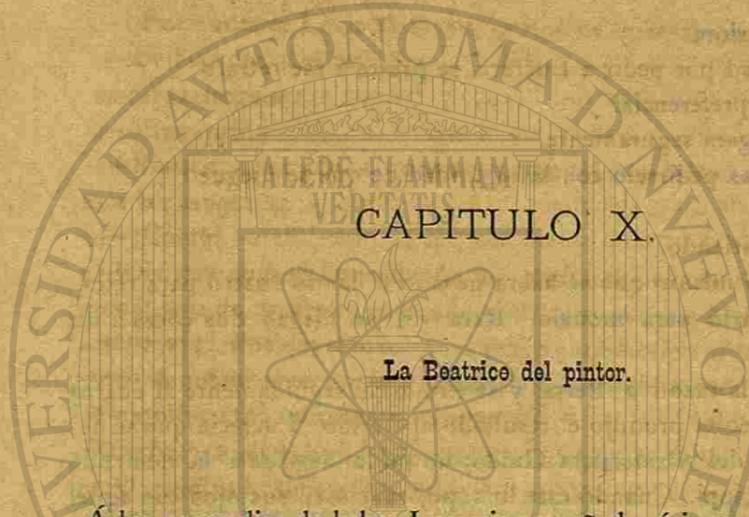
—Ya sabe Vuestra Paternidad que comprende este Convento lo que en su pro haceis dejándole un cuadro representativo de Maria. Por consecuencia pedid modelo y tendré á dicha lográroslo, si por casualidad no lo habeis encontrado.

—Lo he encontrado.

—¿Dónde?

- En este Convento.
- ¿Cómo se llama la que habeis elegido?
- Creí habéroslo indicado el otro día.
- Elegid entre las madres.
- No está ahí la que yo he elegido.
- ¿Por ventura Lucrecia Butti, que se ha quedado en su celda?
- Habeis dicho el nombre.
- Caso singular.
- ¿Por qué?
- Porque sobre ella no tengo el poder y la autoridad que sobre las monjas ó las novicias.
- ¿Cómo?
- Ni es religiosa, porque no ha profesado; ni es novicia, porque no lleva ánimo de profesar; ni es educanda, porque mas bien debiera llamársele educatriz. Por consecuencia no tengo jurisdiccion alguna sobre ella. No puedo mandar como pudiera mandarla á cualquiera otra en este Convento. Le rogaré y creo que oirá mi ruego.
- Aquí de mi ciencia, dijo Sor Berta. Ahora mismo voy á dar á Vuestra Maternidad, Señora Abadesa, un consejo, si me lo permite.
- Hable Sor Berta: que el asunto tiene importancia bastante á embargar el ánimo de toda la Comunidad.
- Cosa difícil obligar á Lucrecia á que sirva de modelo, ni siquiera para un cuadro de la Virgen, á causa de su recato.
- ¿De veras? Dijo Lippi enardecido como siempre que se veia contrariado. Si fuera para un cuadro de Eva lo comprendo; pero no lo comprendo para un cuadro de la Virgen.
- Me llaman mala lengua, dijo Sor Berta, y afirmo que no hay en toda Italia mujer del recato y de la pureza de Lucrecia.
- Pero ¿á qué recato puede ofender el trasladar velada por todos los velos de la castidad aquella frente espaciosa, aquella cabeza esférica, aquellos ojos divinos, aquella sonrisa celestial á un lienzo en representacion de la mujer única que por gracia divina ha reunido todas las perfecciones?
- Decid lo que querais, no podeis negarme cuanto hay en esto de violento.
- Dijo Sor Berta.
- Innegable, innegable, innegable.
- Añadió la Priora.
- ¡Modelo! dijo Sor Teresa. Todos los artistas lo necesitan. Arcesilao vendió al epicúreo y riquísimo Lúculo por seiscientos mil sextercios el modelo en barro que le sirviera para esculpir luego la estatua de la Felicidad.
- ¿A qué vendrán esas cosas del otro mundo cuando hablamos de este?
- Exclamó Sor Berta.

- Siga, hermana, siga, que la oigo con atencion verdadera.
- Dijo la Priora á Berta.
- Segun mis noticias Guido de Montaperto ha reclamado un retrato de Lucrecia Butti, á pesar de haberle tan ruidosamente desdeñado.
- Es verdad.
- Respondió la Priora.
- Pues comenzad por pedir á Lucrecia se preste á ese retrato.
- ¿Por qué esa preferencia?
- Porque se negará seguramente.
- ¿Y necesitamos pedírselo con la seguridad de que se niegue?
- Cierito.
- Pues no lo entiendo.
- Yo sí. Por lo mismo que se habrá negado á dar su rostro para retrato, no podrá negarlo para modelo. Rara vez se niegan dos cosas á un tiempo.
- La Priora dió la razon á Berta, y se encaminó seguidamente al cuarto de Lucrecia. La receta produjo el resultado apetecido. Lucrecia que se negara á la demanda del retrato para Guido, no pudo negarse á la demanda del modelo para Lippi. Cuando este lo supo, reveló en sus ojos con aquel fuego vivísimo que trascendia de sus pasiones interiores, un pensamiento mas impuro que los pensamientos artísticos. Serafin sorprendió en la mirada esta idea siniestra, y dijo, levantando los ojos al cielo.
- Yo velaré por la virtud y la inocencia.



CAPITULO X.

La Beatrice del pintor.

Á los pocos días de haber Lucrecia empeñado, á instancias de la Priora, su palabra, rodeábanla todas las madres de la Comunidad, entretenidas en vestirla de suerte que pudiese aparecer, no ya á los ojos de un artista, á los ojos vulgares, como la Virgen de los cielos en persona. Esta monja le calzaba sandalias de plata cuajadas de piedras preciosas que brillaban como las refracciones del sol en las facetas de los brillantes; aquella le vestía túnica de lino blanco tan ceñida que, sin herir el pudor dibujaba la líneas del cuerpo, la de mas acá le apercibía rojo manto sembrado de estrellas de oro, que recordaba uno de esos ocasos meridionales, en que la luz se arrebola entre nubes de púrpura; la de mas allá ensartaba perlas para un collar que debía atraer todas las miradas al punto donde se encuentran la garganta con el pecho; y todas disponían adornos ó perfiles, ricos y hasta de buen gusto, inútiles, sin embargo, á acrecentar una tan natural y verdadera hermosura. Pero la alhaja, que á todas sobrepujaba en propiedad y brillo, era una corona de oro en forma de círculo que sobre la cabeza debía ir suspendida como la aureola mística, reflejo del divino ether, elevada á los ojos mortales en la frente de los santos, cuyos destellos despiertan los arrobos de la oracion y confunden los éxtasis del divino amor.

Contrariadísima estuviera Lucrecia en otra ocasion, al verse de esa suerte manoseada como antigua imágen; pero, ahora, en el fondo de su alma, apetecía el feliz momento de ver al célebre artista á quien imaginaba profesar un sentimiento de admiracion bien ajeno al amor. Así es que dejábase vestir al arbitrio de la Comunidad y no oponía objecion alguna á cuantos

adornos le echaban encima las buenas madres. Bien es verdad que, dirigido el traje por pintor tan colorista y tan enamorado de las reverberaciones de la luz en el cielo inmenso, no parecía chillon á pesar de los fuertes colores dignos de cualquier veneciano, y cullos bruscos contrastes se avenían dulcemente con una guirnada de azucenas ideada para los piés y con fondo oscuro ideado para la cabeza de tan precioso modelo. Cada monja echó su cuarto á espaldas con arreglo á sus inclinaciones y creencias sobre el suceso que juntaba á la Comunidad en aquel sitio, y distraía sus uniformes horas. Prefiriera Rita que Lucrecia sirviera de modelo á una Judith, imágen de la república florentina; Constanza de personificación á cualquiera de las bellas artes ó las divinas ciencias; solamente Rosa y Perfecta se regocijaban de ver la hermosura de Lucrecia santificada por el pincel de un monje, y se desvivían para dar consejos á la jóven á fin de que reflejase en su frente la luz celeste, repitiese en su ojos la mirada angélica, y copiase en sus labios la sonrisa de los bienaventurados, trayendo el cielo á nuestra baja tierra. La única, que en ninguna de estas cosas se mezclaba, era la buena de Berta, cuyos avizores ojos atisbaban al hermanillo Serafin, medio oculto entre las sombras, por apartado sitio, con la vista fija en Lucrecia, contemplándola, no como un jóven á una jóven, sino como una madre á su hija. Quizás la única persona de quien ni sospechaba ni maldecía la deslenguada Berta, era del pobre Serafin, verdadero santo en su concepto, y sin duda alguna movido de interior sentimiento á la recelosa y vigilante actitud que á la sazón mostraba. Mas no podía Berta adivinar ni la razon secreta ni la causa oculta de tan extraño gesto; que si entraban sus ojos y sus oídos con facilidad en las casas ajenas, no entraba con igual facilidad su inteligencia en las ajenas almas.

La hija de Butti debía ir á una galería muy bañada de luz, y donde Filippo lo tenía todo arreglado para el cuadro. Jamás efigie pasó de una capilla á otra capilla como pasó Lucrecia de la celda á la galería. Precedíanla todas las monjas de dos en dos como en las más solemnes procesiones. Acompañábanla, yendo á su lado, la Madre Priora, que le servía de sosten y apoyo. Brígida iba detrás llavando la cola que se arrastraba mucho mas allá de los últimos bordes del vestido. Y detrás de Brígida las educandas entonando coros apropiados al momento, y parecidos por sus alegres *spicattos* el despertar de una bandada de alondras en las primaverales alboradas.

—El demonio, iba diciendo para sí Brígida, tiene esta muchacha en el cuerpo. Grande diferencia entre el día que para la boda se vistió y hoy en que solamente se ha vestido para una farsa como ésta. Entonces sus ojos eran fuentes de lágrimas, y ahora relumbran como carbones encendidos. Le digo á usted que tiene gracia la manía. Se pone colorada como un pavo, sosteniendo que á la mujer no le cuadra cosa alguna como la maternidad, ni la vale alhaja de ningun precio tanto como un buen marido; y luego en

la boda se viste como si la amortajaran viva, y en el Convento le retoza la alegría por todo el cuerpo, y se parece á una mañana de Pascuas.

—¿Qué murmuras por ahí? Brígida.

Preguntóle Lucrecia.

—Nana, nada, hija mía.

—Creía que refunfuñabas.

—No, no decía nada.

—Pues mira, te aseguro que mezclas al dulce cántico de las educandas resoplidos y resuellos harto desapacibles.

En estas y otras llegaron á la galería. El sitio donde Lucrecia debía colocarse estaba admirablemente preparado. Era como una peana dorada, en torno de la cual pendían guirnaldas de varias flores combinadas con el arte digno del monje á quien debemos llamar el primer pintor de la Naturaleza en su tiempo. Varios niños, medio desnudos, se agrupaban en torno de la peana y salían entre las flores tan gozosos, tan juguetones, tan risueños como si fueran mariposas. Un tapiz oscuro sembrado de estrellas; hacia resaltar en el fondo la figura de Lucrecia que, esclarecida por luz suave, arrebatada de color á causa de las emociones, centellante de mirar, y erguida de postura, parecía en realidad una efigie divina bajada de los cielos para inspirar maravillosa obra á la tierra. A su lado, de pié, devorándola con los oceánicos ojos, el pintor en traje blanco de carmelita, parecía á primera vista la imágen suave del cristiano arte. Y digo á primera vista, porque examinándolo con mas espacio y viendo aquella mirada, veíase tambien algo mas profano: que sus ojos encendidos de pasiones exaltadas contrastaban con los blancos cendales de su monástico sayal, como contrasta el fuego con la nieve en las altas cimas del Etna.

La Comunidad se habia quedado á la entrada de la galería por estar aquel lugar fuera de clausura, y miraba con ávidas miradas desde una reja tan bello espectáculo. Solamente habian pasado hasta el sitio de la escena, Brígida con las educandas, que formaban un grupo al lado derecho del cuadro, y Serafin, enteramente solo al lado izquierdo, Serafin, sobre cuyo tosco sayal de franciscano se elevaba aquella su angélica cabeza parecida á la imágen de los éxtasis y de los arrobamientos. ¿Qué efecto sentiríais si cayérais en una hoguera? Pues ese mismo efecto sintió el alma de Lucrecia al caer sin tener recelo alguno en los ojos de Filippo, el efecto de abrazarse. Otras veces le habia mirado furtivamente, á hurtadillas; en las sombras del misterio, cuando se aparecía á sus ojos como fantasma; á través de la reja de un locutorio, cuando se presentaba á sus ojos como un artista; mientras que ahora le veía sin ningun recelo, cara á cara, frente á frente; en ta comunicación libre de dos almas que estallaban á través de retinas encendidas, mirándose como puede mirar un modelo á su pintor y un pintor á su modelo. Tenian los ojos de Filippo dos expresiones igualmente ex-

trañas, pero igualmente suyas: la expresion de sus inspiraciones artísticas y la expresion de sus amores delirantes. Mas era muy difícil distinguirlos como no se distinguen allá en los haces del Vesubio las llamas producidas por la incandescencia de varias materias. La perspicaz y astuta Lucrecia, á pesar de los talentos que todos le reconocemos, no comprendía ni la pasión que inspiraba, ni la pasión que sentía. Engañábase á sí misma, si queréis, pero engañábase con toda sinceridad. Cuando Filippo, con pretexto de darle esta ó la otra postura, le apretaba la mano y casi le infundía el fuego de su sangre; cuando elevaba hasta sus labios aquel aliento encendido que parecía salir de la boca de un horno; cuando materialmente la abrasaba con su mirada; Lucrecia creía ver la tempestad tonante de una grande inspiracion. La luz misma de su conciencia le ocultaba las heridas de su desgarrado corazón. Sentíase feliz en aquel momento, como si su alma errante hubiera encontrado el paraíso con que todos soñaron en la vida, sin hallarlo sino por algunos rápidos minutos. Devolvía las miradas de Filippo con otra mirada no menos enchida de pasión. Y sin embargo creía que no amaba ni era amada. Poco dispuesta á distinguir la línea separatoria de lo ideal y de lo real, fingía que se hallaba en los cielos del arte, fuera de este mundo, por las simas sublimes del espíritu, en compañía de un pintor que era una alma pura, sirviendo de modelo á creaciones imaginarias y abrasándose en el fuego de pensamientos abstractos y vagos, bien lejanos de este mundo y de sus tristes realidades que no podían ser manchados por la divina inspiracion. Como su conciencia no concebía el amor sacrilego, el amor reprobado por la religion, el amor maldecido del mundo, pensaba que tampoco podía sentirlo su gran corazón. No sabía como en las contradicciones continuas de la vida humana suelen ir las ideas por un cauce y los sentimientos por otro. No sabía como el espíritu se sube muchas veces al cielo mientras el cuerpo se precipita en la manchada tierra. No sabía que muchas veces la conciencia ilumina, pero no calienta; brilla en las cimas del sér con rayos vivísimos y no produce ni engendra la vida. Se vé el bien; y se hace el mal. La verdad aparece á la razón pura y la pasión domina á la voluntad subyugada. Pártese el sér en dos séres que mutuamente batallan en abierto combate. Uno de estos séres tiene alas y el otro cadenas. Uno vuela y el otro se arrastra. De este divorcio nacen todas las flaquezas humanas, porque la conciencia nunca cree que el mal sea bien ni que el bien sea mal. Los remordimientos graznan sobre los cadáveres de nuestras virtudes como los cuervos en los campos de batalla. Los dolores vibran sobre las ruinas de nuestra vida moral á manera de los buhos sobre las ruinas materiales. Pero, sin que caiga el alma en el sofisma, cae el cuerpo desprendido de los cielos del alma en el vicio. Este combate iba á comenzar para Lucrecia y la infeliz no lo sabía. La luz de su conciencia no penetraba en los abismos de su corazón.

Pero volvamos á nuestro relato. La escena era tan hermosa que llamaba la atención hasta de los menos dados á la contemplación de la hermosura. Aquella galería adornada para el caso con tapices en la pared, macetas en el suelo, jaulas llenas de pájaros por los aires, objetos artísticos en todas partes; aquella Comunidad que aparecía en el fondo, á través de doradas rejillas mal veladas con rosáceos visos; aquel grupo de educandas en la edad más florida, presidido por la dueña cuyas negras tocas resaltaban sobre los blancos cendales; el carmelita y el franciscano á un lado, con sus sendos hábitos, el de éste tan oscuro, el de aquel tan albo, y sus rostros irradiando la luz de la idea el uno, y el otro la llama de las pasiones; en el centro, sobre peana de flores, como sostenida por los ángeles, bajo dosel de estrellas, Lucrecia radiante de hermosura; todo aquello, en verdad os digo, daba á los ojos un espectáculo tan hermoso como si lo hubiera fingido en una hora de inspiración la más exaltada fantasía.

Brígida, que á sus años y á sus desengaños, no podía estar ni quieta, ni callada un minuto, echó á vuelo seguidamente la sin hueso en alabanza de cuanto veía, y en logro de que todos repitieron por igual en coro sus loores á la incomparable jóven á quien consagraba su existencia.

—Podreis pintar á la linda moza, de gentil disposición, de talle flexible, de ojos bellísimos, de tez sonrosada; pero no podeis pintar su natural bondadoso, su ingenio agudo, las gracias que fluyen de sus labios, el desenfadado despejo de sus condiciones, el hablar suave de su boca. Mírenla qué contenta está, ni más ni menos que si fuera el espejo de las imágenes, cuando por este camino, para vestirlas más que para hacerlas, va á quedarse entre las cuatro paredes del claustro. Y decir que podría tener á estas horas marido poderoso, fortaleza feudal, damas y galanes por corte, y quizá una criatura en ciernes.....

—Vamos, calle esa boca.

Dijo Lucrecia toda encendida.

—Vieja que baila, mucho polvo levanta.
Añadió Filippo.

—¡Vieja yo! dijo Brígida toda espeluznada y furiosa como gata que ha visto un perro. ¡Vieja yo! Miren el deslenguado. Las viejas no tienen los novios á docenas como yo los tengo. Las viejas ni aman ni son amadas, como yo amo y soy amada. Las viejas no guardan mis calidades. ¡Mal pecado! Si Dios no me tuviera de su mano, que le arañara hasta sacarle los ojos de la cara y los hígados de la barriga.

En vano intentaron todos los circunstantes detener aquel torrente de injurias: cuanto más la interrumpían, más se sulfuraba, y más disparates vertía de aquella boca, fuente continua de chocheos. Gesticulaba desde su peana Lucrecia sin lograr contener la risa; gritaba el grupo de las educandas á una metiendo mucho ruido; reía á todo reír el bueno de Lippi, que

confesaba haber dado á la Quitañona calificativo inconveniente aunque propio; pero, sobre todos, se levantaba la voz chillona y penetrante de la vieja, aumentada por la fuerza de tanto agravio y el calor natural de la defensa. Solamente á Filippo agradaba, aunque ponía empeño por ocultarlo, semejante algazara, que podría darle pretexto á despejar el campo y quedarse solo con Lucrecia, vivo deseo de su natural impaciente. Así es que, para aprovecharse de tan pródigo alboroto, y preparar el logro de su deseo, dijo en tono muy formal y con voz muy solemne:

—Holgárame de teneros aquí á todos porque gusto de la algazara y de la gresca. Pero me será imposible como continueis gritando de esa suerte, y divirtiendo mi atención del trabajo. La Comunidad me encarga una Virgen que represente el amor divino. Y ya veis el recogimiento que necesitare si con algun acierto debo expresar en la tabla asunto de tal monta y describir imagen de tal grandeza. Por mí haced cuanto queráis. Yo pinto en cualquier parte y de cualquiera manera. Pero ¿y el modelo? Confesad que le distraeis; confesad que le obligais á la risa.

—¿Y quién no se ríe de ver la furia de la buena Brígida y la mansedumbre de Fra Filippo?

Dijo Lucrecia.

—Pues si no miro á la cara de quien me mantiene, y al sitio religioso en que me encuentro, júrote por mi virginidad no tocada, que le veriais el daño.

—Brígida, eres una amazona.

Dijo cierta educanda.

—¿Qué es eso de amazona?

Preguntó Brígida.

—Es una palabra griega compuesta de otras dos, una negativa que es el a y otra afirmativa que quiere decir pecho. Ambas traducidas al habla vulgar significan mujer que carece de un pecho.

—Pues los dos míos están bien redondos y enteritos. Por cierto que los he oído llamar turgentes en más de un soneto amoroso consagrado á mis pedazos.

—Pues mira, no te engrias con tales requiebros, dijo otra educanda, que turgente, voz latina, término es de cirujía, y no de literatura, aplicable en todo caso á los tumores hinchados de no muy limpias materias. Por manera que debiste decir al osado poeta mas flores aun de las que has dicho al padre Lippi.

—En verdad, no entiendo jota de esas andróminas que vosotras armáis, ni de esas cosazas que decís, educandas de convento, en todo industriadas, ménos en las femeniles artes de barrer, fregar, coser, remendar y demás indispensables á las mujeres de su casa. Decidme, ya que sabeis tanto, algo más respecto á ese nombre de amazona con que acabais de condecorarme.

—Se llaman amazonas, añadió una de las mas niñas, como si leyera de corrido algun libro ó recitara de memoria alguna fábula, ciertas mujeres del interior del Asia, viudas de sus maridos los sármatas por las guerras, y que consagradas á la venganza, se quemaban un pecho á los ocho años para sentir toda la viveza de los mas crueles dolores y acostumbrarse á todas las calamidades de las cruentas batallas.

—Vaya, y con esas señoras me comparais á mí, que tengo dos pechos enteros y blandos como rosas de Abril, y un génio dulce y apacible como acaso no hay otro en toda la comarca.

—Ya os digo que no podemos continuar de esta suerte, exclamó Filippo, el cual trazaba sobre la tabla, preparada al efecto, con franqueza y seguridad sus líneas. Ya os digo que impedís mi trabajo por completo. Esas conversaciones apartan mi idea del asunto principal é inspiran risa al modelo. No hay afecto alguno tan contrario á todo cuanto yo quiero expresar como la risa. Mi objeto es divino y la risa eminentemente humana. ¿Qué digo humana? Menos, mucho menos que humana. ¿Habeis visto un Cristo riendo? ¿Podríaís concebirlo siquiera? Los ángeles del cielo no prorrumpen, no, en carcajadas. La risa proviene de lo ridículo, y lo ridículo proviene de nuestra limitacion y de nuestra fragilidad incurables. Por consiguiente la risa no cuadra á mi asunto ni es propia de mi modelo. Ahora llega el resultado de todas estas observaciones precedentes. Necesito que os marcheis todos sin excepcion. Lo pido por favor. Si no accedeis á esta demannda mia, recurriré inmediatamente á la Priora, y la instaré para que ordene lo mismo que yo pido.

—Vaya, hermano Lippi, vaya. Déjenos estar aquí.

Gritaron las educandas con el mimo propio de su edad.

—Yo no me voy, gritó Brígida. Pues no faltaba otra cosa. Yo no quiero dejar á Lucrecia sola con ese camastron de fraile.

—Te prometemos callar.

Aseveró Serafin.

—¡Si es tan bonito esto!

Dijo una educanda.

—Si nos gusta tanto ver pintar.

Añadió otra.

—Si nunca hemos presenciado este espectáculo.

Aseveró una tercera.

—Imagínate, dijo Serafin, dirigiéndose á Filippo, que una creacion ofrece al ánimo recreo y esparcimiento. Estas pobres muchachas, que hoy tienen el solaz de ver á un grande artista empeñado en una grande obra, no pueden renunciarlo con la facilidad que tú imaginas. Súfrelas un poco, Filippo, que hartos segura es tu mano y hartos firme tu cabeza.

—Vereis como no me dejais hacer cosa de provecho, replicó Filippo, tra-

bajando y departiendo al mismo tiempo. El espíritu necesita de verdadera concentracion para la obra de crear, tan dificultosa, tan sobrehumana. Y con vuestros dichos, con vuestros cuentos, con las continuas disputas so-plais en mi mente muchas ideas opuestas á las que verdaderamente necesito, y deteneis mi brazo.

—Yo creí lo contrario, dijo Serafin, porfiado mantenedor de la idea de quedarse en aquel sitio, yo creí que este aleteo de las jóvenes, y esta conversacion ligera, y esta alegría sincerísima, y estos dichos agudos, y todo esto, lejos de distraerte y contrariarte, serviria para animar tu inspiracion y para sostener tu pincel. Te he visto trabajar en los jardines de Florencia y no he notado que necesitaras ese silencio y ese recogimiento ahora tan vivamente deseados. Aquello zumbaba como una colmena. Aquí se oía el resoplido del escultor fatigado y el golpeo de los cinceles en los mármoles. Allí un grupo de jóvenes entonaba armonioso coro al son de los melódicos violines. Bajo un haya y sobre una piedra recitaba cierto retórico arenga medio griega sobre el amor eterno y las ideas arquetípicas de Platon. Al susurro de los arroyos y de las hojas mezclábase la lectura de los versos. Por todas partes promovíanse disputas sobre arte, ciencia, religion, política. Y tú, sereno, con el pincel y la paleta en las manos, ora convertias la vista á tu modelo, ora el pensamiento á lo interior de tu alma, y trazabas aquellas figuras que surgian animadas y que llevaban en la frente el signo de tus inspiraciones y en los ojos el placer y el éxtasis de la vida.

—¿Y qué?

Preguntó Filippo.

—¿Qué?

—¿A dónde vas con ese discurso?

—Pues no has menester mucho cacumen para adivinarlo.

—A demostrarme que puedo emprender esta obra magna de mi vida con la misma ligereza que las obras ligeras.

—En fin, nos estaremos como en misa.

Dijo una educanda.

—¿Como en misa? Pues cuando entráis en misa, moveis tal ruido que ya, ya.....

Respondió Filippo.

—No sea Su Paternidad machacon.

—¿Qué machacon ni qué ocho cuartos! Soy pintor y conozco lo que exige mi arte.

Cualquier observador pudo notar fácilmente con detenerse un poco en aquella controversia entre el artista y su público, que Lucrecia, la mas interesada, no tomaba parte alguna ni en favor ni en contra de los contendientes. Consecuencia natural esta del estado de su ánimo. Deseaba allí en su interior quedarse sola con el artista, y no osaba decirlo ni á los de-

más ni á sí misma. Por tanto se abstenia de toda participacion en el ruidoso debate, y á la callada, en lo íntimo de su sér, se alegraba de todo cuanto contribuyese á la deseada soledad. Toda mujer ama un poco ciertos peligros; y Lucrecia mas que ninguna otra, por creerles vanos y ligeros á causa de lo desmedido de su orgullo, y de la absoluta confianza que tenia en sus propias fuerzas. Así presidia aquella justa de palabras sobre el tema puesto en cuestion por la algarazara de las educandas con toda la fria impassibilidad de una Diosa en su trono. Filippo, que en materia de amor tenia tanta perspicacia como en materia de arte, adivinó cuanto contenia el silencio de su amada; y dejó la porfia, reduciéndose á explicar con el doble sentido que el lector notará inmediatamente lo que ella en su rectitud debía decir, y lo que él en su creacion debía pintar.

—¡Lucrecia!

Dijo suspirando y volviendo los ojos hácia su amada con tal expresion, que Lucrecia sintió cierta especie de vértigo, como si la embriaguez manifestada en todas las frases del pintor la hubiera á su vez embriagado. Un silencio profundísimo siguió á esta exclamacion. La jóven no sabia qué responder. En aquella sencilla palabra ¡Lucrecia! iba encerrado un mundo. Mil ideas surgieron en el espíritu de la jóven, y sentimientos en armonía con esas ideas se agolparon á su corazon. No de otra suerte, un viento tibio en los primeros dias de primavera suele derretir la nieve en las cimas de las montañas, llamar la flor á las yemas de los árboles, traer al nido los pajarillos, y animar por todas partes el calor de la vida que parece suspenderse ó aminorarse bajo los hielos del invierno. El corazon de Lucrecia se despertaba al amor; obstinadamente ciega, no lo conocia su conciencia. Viendo Filippo que no contestaba á su llamamiento, y que solo correspondia con miradas á sus miradas, continuó de esta suerte:

—Ya sabeis, Lucrecia, el encargo que la Priora me confia, y que yo acepto. Trátase de pintar la Asuncion, es decir, la Madre de Dios, ascendiendo en cuerpo mortal á los cielos, impulsada por el amor divino que debe envolverla como una luz celestial, animarla como un espíritu puro, subirla en alas aéreas á la gloria, sonar en sus ojos armonías angélicas, y darle esos éxtasis de la felicidad completa que se adivinan en la tierra y se logran en la bienaventuranza. Bien sabeis lo que es el amor deseado y no cumplido; sed sin agua, aspiracion sin satisfacciones, sufrimiento sin consuelo, vida sin esperanza, algo vivacísimo como el fuego, y que consume nuestra sangre, y tuesta nuestras carnes, infierno de los infiernos, tan terrible como los abismos donde tiene sus perdurables castigos la divina justicia. El que ama sin esperanza palidece á ojos vistas como si faltara sangre á su cuerpo y calor á su sangre. Su mirada toma un extravío semejante á la mirada del perro hidrófobo que ve correr el agua. El descuido de su trage, la indiferencia por su persona, el encrespamiento de sus cabellos, las lágrimas que hin-

chan sus ojos, la palidez de sus mejillas y de sus labios, dicen que para él no tiene precio alguno la vida.

Y el pintor de tal suerte ponía sus ojos en los ojos de Lucrecia, que la trastornaba y la hacia vacilar en su peana como si absorbiera uno de esos aromas demasiado vivos, cuyas emanaciones se suben con tanta facilidad á la cabeza. Nada respondia porque nada realmente tenia que responder á estas disertaciones encaminadas á industrialarla en la idea que debía representar, y por lo mismo repetir en su actitud y en su mirada. La gente, que oia al pintor, callaba tambien, absorta en escuchar su elocuencia. Solamente Serafin se inquietaba comprendiendo hasta dónde trascendian todas aquellas frases. Pero Filippo estaba harto embargado por el propio pensamiento y la contemplacion de Lucrecia, para notar las inquietudes y las zozobras de Serafin. Así continuó su discurso de la manera siguiente.

—Yo quiero que representeis el amor satisfecho, el amor correspondido, el amor feliz, pues eso, y no otra cosa, significa el amor celeste. Eterno ¡ah! no teme á la muerte. Seguro de sí mismo, no se nubla por el desengaño, ni tiembla por el desvío. La duda no entra en su serena felicidad ni se atreve á su constancia. Es un sol sin ocaso, un dia sin noche, una felicidad sin sombras, una rosa sin espinas, una juventud sin recelo de que el tiempo traiga la vejez, una vida que se alza quebrantando y destruyendo á la muerte. Un amor sin esperanza es el infierno. Pues el cielo debe ser eso, un amor sin eclipses, sin desmayos, sin temores, sin celos, sin recelos; todo felicidad. Imaginaos que amárais y os viérais correspondida; y despues de correspondida, sintiérais que aquel amor os habia de acompañar toda la vida y encerrarse con vos en vuestro helado sepulcro, y seguiros donde quiera que fuéseis, al cielo ó al infierno. Pues centellearian de placer vuestros ojos, rosado carmin teñiría vuestras mejillas, la esperanza respiraría en vuestra respiracion, y una armonía de sentimientos, de ideas, de aspiraciones, de todas las facultades de la vida concluiría por daros esa expresion celeste que deben tener quienes sienten la felicidad sin recelo alguno de perderla.

—Juzgo que echas en olvido el encargo de la Superiora, dijo Serafin. Si tratáramos de un cuadro que representase humanos afectos, costumbres corrientes, pasajes históricos, santo y bueno todo cuanto dices. Pero, al tratarse de un cuadro religioso ¿á qué evocar el amor humano? La expresion que intentas prestar á Lucrecia con tu palabra, parece una expresion ajena al éxtasis propio de las visiones celestes y de la gloria eterna.

—¿Qué quieres? Respondió Filippo con vehemencia. ¿Qué pretendes? Sin duda alguna que trace aquellas figuras de Fra Angélico, largas de cuerpo, angostas de pecho, contrahechas de cintura, sin proporcion alguna entre el cuello y la cabeza, celestiales, si; porque allá en sus ojos y en su frente se concentra un alma venida del paraíso, y abrasada en las llamas del divino amor, bellissimo reflejo de la gloria, el alma del santo pintor que tra-

bajaba de rodillas y veía entre los arreboles de sus oraciones, como al través de una nube de incienso, la virgen ceñida de la luz divina y acompañada por los ángeles.

—No pretendo eso; te engañas. O mejor dicho, no te engañas; yerras á sabiendas. Haces lo de siempre; meterlo todo á barato para sustituir las razones con ruido. Vamos á cuentas. De ninguna manera te incito á que seas Fra Angélico. Cada pintor obedece á su propio natural primero y despues á las ideas de su tiempo. Entrégate, pues, con toda libertad á tus inspiraciones. La verdad te gusta más que el ideal. La naturaleza te inspira como á Fra Angélico le inspiraba la religion. Eres un artista de este mundo, que ninguna relacion puede tener con el otro mundo.

—Déjate de filosofías y al grano.

—Voy, voy. Refrena tu impaciencia. No por mucho madrugar, amanece mas temprano.

—Sí, por tal camino, y en tal galería, tiraré los pinceles, derramaré los colores, y me reduciré á disputar con vosotros. Esto no es un taller, ni Cristo que lo fundó; esto es un aquellarre. Así no podría trabajar ni el mismísimo demonio.

Y Fra Filippo contrastaba su aserto con su trabajo, pues á medida que se enfurecía con mas exaltacion, fijaba el pincel con mayor firmeza.

—No te hagas el mandria. Vite mil veces pintar y argumentar con igual desembarazo. Si te empeñas, mantienes en una mano el pincel y en otra mano la espada. Y combates y pintas si quieres; cuanto mas hablar y pintar al mismo tiempo, que aun es recreo y esparcimiento, Ven aquí, Filippo. Toda tu doctrina sobre el arte confirma mi dicho.

Filippo se bajó en este momento, dejando el trazado de su cuadro, á moler y arreglar ciertos colores.

—Ya se ve, todo lo haces tú. ¿Dónde te dejaste tu discípulo, el frailecillo Diamante, que tambien sirve para todos esos menesteres, secundarios impropios de tu mérito, indignos de tu renombre?

—En los infernos me lo he dejado.

Respondió Lippi, que se iba amostazando con Serafin hasta montar casi, casi en exaltada cólera.

—Tanto y tan grande es el empeño tenido en estar solo, que te has dejado en el taller á tu sombra, á tu acompañante perpétuo, á tu discípulo predilecto, al hermano del corazon, al amigo del alma, al que crees, con exceso de benevolencia, tu sucesor en lo porvenir y el heredero natural de tu génio y de tu gloria. Pero por estar solo, ni siquiera tienes quien te muele los colores.

—Pero á fé que tengo quien me muele el alma.

—Vamos, óyeme. Este es como los potros jóvenes, dijo Serafin dirigién-

dose á Lucrecia, espantadizo, inquieto, al freno poco dócil, pero noble de alma como gallardo de figura.

—Gracias. Ni por esas te perdono tus impertinencias.

Respondió Filippo.

—Eres un ingrato.

—No sé por qué.

—Porque te doy consejos.

—Inspiraciones he menester, que no consejos.

—La inspiracion es el fuego. Si lo dejas crecer á su arbitrio te devora la casa. El consejo recoge el fuego que quema y lo consagra á los menesteres de la habitacion y á las necesidades de la vida.

—Si te dejan hablar ¡vive Dios! que no te ahorean.

—Pintor de la realidad, para trazar la pureza, la virtud, la hermosura, basta con que copies y retrates á Lucrecia, por cuya frente no ha pasado la nube de una mala idea y que tiene la inocencia virginal, tanto en la armonía de sus líneas, como en la dulzura de sus ojos. Pero si la exaltas con ideas mundanas; si le pintas el amor profano en comparaciones semejantes á la comparacion del perro hidrófobo; si, para llevarla á expresar la beatitud celeste, arrastras su alma por las escabrosidades terrenales, francamente nadie diría que ibas á pintar una Virgen, sino una cortesana.

—Muy bien dicho.

Exclamó Brígida con entusiasmo.

—¿Quién le da á su merced vela en este entierro?

Preguntó Lippi á la dueña.

—Yo me la tomo. Pues no faltaba mas. De fuera vendrá quien de casa nos echará.

—Vamos, dijo Lippi, desasiéndose del coloquio con Brígida, y encarándose frente á frente con Serafin, vamos á cuentas. El tema que has propuesto tiene importancia verdadera. Te lo confieso llanamente. Argúyeme de haber expresado el amor con palabras sobrado profanas ante dama que recata su hermosura. No puedes verter las ideas sino en palabras, ni pintar los bienaventurados sino en cuerpos, ni decir nada del amor divino sino en conceptos del profano amor. Cuando alguno de nuestros místicos ha querido expresar como una vision celeste le extasiaba, ha hablado del espíritu animal que está repartido por todo el cuerpo, como si su pasion tuviera algo que ver con el tacto; y del espíritu natural que reside en el estómago, como si tuviera que ver con el alimento; y del espíritu vital que reside en el corazon, como si tuviera que ver con la sangre. Recuerda aquella vision de una jóven, mal envuelta en manto rojo, tendida en el éther como en lecho de áureo tisú, y llevando en las manos un corazon abrasado de ardientes llamas. Diríase que es la pasion profana, y no es sino la teología divina. Y la joven ideal se comia á bocados el corazon encendido. Así, padre, yo tambien he

de decir á todos cuantos han hollado las sendas, ora espinosas, ora floridas, de los verdaderos amores: mirad y ved si hay dolor semejante á mi dolor. Yo he sentido mas que ningun otro mortal, y sintiendo mas, he expresado menos.

Y al decir tales palabras miró con mirada tan ardiente y tan expresiva á Lucrecia, que ésta sintió un dardo agudísimo penetrando hasta el fondo de su corazon, y se removió en su sitio como si la molestaran ó la hirieran acerbamente. Por esa fuerza representativa que tienen los afectos profundos, de cuyos senos se evaporan á cada instante ideas mezcladas con recuerdos, vió pasar las noches aquellas en que erraba el fantasma en las cercanías de su palacio, y creyó columbrar las mismas estrellas y las mismas miradas retratándose en su retina y en su alma. El dolor, que denotaba la amargura de acento con que Filippo decia la intensidad de sus pasiones y la endeblesz de su expresion, la llenó de amargura. Hubiera querido, creyéndose mas curiosa que apasionada, descender hasta el abismo de aquel corazon, y adivinar hasta los últimos repliegues de su secreto. Serafin, profundo observador, como acostumbrado de antiguo á lo que mas observaciones procura en este mundo, á la predicacion y á la confesion, notó las tempestades que se arremolinaban sobre la cabeza de Lucrecia, y dijo dirigiéndose á Filippo.

—¿A qué hora termina hoy tu trabajo?

—No sé.

Contestó bruscamente Filippo, á quien molestaba terriblemente el recuerdo de que pudiera acabarse aquella entrevista con Lucrecia, cuya duracion hubiera prolongado por toda una eternidad.

—¿Cómo que no sabe?

Preguntó extrañada Brígida.

—No sé, repito.

—Si la Madre Priora se lo dijo en mi presencia.

—Pues si me lo dijo, no me acuerdo.

—Debería acordarse.

—Si fuéramos á hacer todo aquello que debemos.

—Pues dijo que hasta la hora de visperas.

—Es verdad.

—De modo, añadió Serafin, que en cuanto suene la campana á visperas, se suspende esto.

—Ciertamente.

Respondió Filippo sin mas objeto que responder algo.

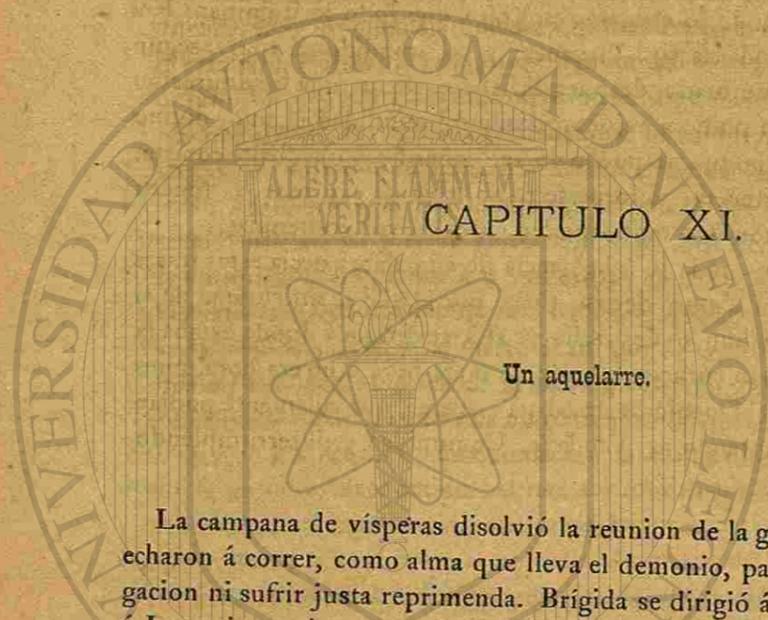
—Pues no lo echaré en saco roto.

Dijo entre dientes Serafin para su coleteo.

—Pintar, pintar esas perfecciones, exclamó Filippo con vehemencia dirigiéndose á Lucrecia, lo tengo por imposible. Al veros, caen desmayados los brazos faltos de fuerza, y desmayada la inspiracion segura de no poder

igualar tanta belleza. Pareceis el ideal realizado. Toda la hermosura celeste se ha compendiado en vuestra persona como en la persona de Cristo se encarnó toda la divina esencia. No hay medio alguno de copiar esa mirada mas rica en cambiantes y matices que el cielo y que los mares. ¡Repetir vuestra persona en las tablas! ¿Y quién repite ese aliento que todo lo embalsama, esa voz que todo lo encanta, esos ojos que todo lo iluminan? Fra Angélico pintaba de rodillas sus Virgenes; y yo, hundido en tierra segun estoy de atónito y deslumbrado, despues de haberos dicho toda la admiracion que me inspirais, acaso pudiera expresar desde mi humildad el amor divino de que sois modelo y de que no puedo yo ser jamás fiel y obediente copista, porque necesitaria pertenecer á lo perfecto si habia de expresar y repetir como las siento y las conozco tantas perfecciones en vos contenidas.

Mientras Filippo, con toda la vehemencia de su palabra decia estas frases peligrosísimas, echando, como decirse suele, por el atajo, sin curarse de si le oian ó no le oian, Serafin se deslizaba de allí, se dirigia á donde estaba la Madre Campanera, y sin curarse á su vez de si era hora ó no era hora, pues apenas acababa de sonar el mediodía, tocaba á visperas, que solamente podian tocarse á las dos, espantando así á toda la Comunidad é interrumpiendo al pintor.



CAPITULO XI.

Un aquelarre.

La campana de vísperas disolvió la reunion de la galería. Las educandas echaron á correr, como alma que lleva el demonio, para no faltar á su obligacion ni sufrir justa reprimenda. Brígida se dirigió á la peana, y cogiendo á Lucrecia por la mano y bajándola con cierta violencia, se la llevó de prisa por el mismo camino que tomaran las educandas. Salieron las monjas de sus respectivas celdas, atropellándose á fin de no ser las últimas en llegar al coro, pero sin darse cuenta ni del retraso en sus quehaceres inesperadamente interrumpidos, ni del adelanto de las vísperas á deshora repicadas. La Madre Abadesa, encendida como un pavo, sin aliento, cual si hubiera corrido mucho, mal tocada por lo inesperado de la interrupcion, haciéndose cruces é invocando á todos los santos, llegaba á su puesto fuera de sí, creida de que veía algo sobrenatural y de que pasaba algo milagroso. Imposible decir los rezos ni comenzar los cánticos en medio de la general estupefaccion. Unas monjas aseguraban que Santa Margarita en persona les jugó aquella mala partida; otras monjas que Belcebú; y todas tenian alguna aprension, ó explicaban más ó menos plausiblemente el suceso por algun linaje de supersticiones. Mujer de aquellas había que juraba por Dios y los santos hallarse bien segura de la aparicion del diablo, visto palpablemente por los claustros, con llama azulada en los labios, cuernos puntiagudos en la frente, pezuña hendida en los piés, y allá por las posaderas un rabo muy largo.

Entre tantas personas, mal traídas y mal llevadas por aquel accidente, no se encontraba ninguna á quien hiriera tanto como á Lippi. La desaparicion rapidísima de Lucrecia, arrastrada casi por Brígida al interior de la clausu-

ra, quitóle completamente la luz de los ojos como uno de esos golpes violentísimos que, por inesperado accidente, caen sobre la cabeza, y ciegan y aturden. La extrañeza mayor pasó primero por su ánimo, luego la incertidumbre, por último, la rabia. Como no contaba con que las vísperas sonasen tan pronto, no tenia apercibida precaucion de ningun género contra aquella súbita fuga. Apenas habia vuelto la cabeza, cuando ya estaban todas dentro del Convento, separadas de él por muros y cerrojos sellados con votos monásticos. Figuraos una bandada de avecillas que, atraídas por el cebo, abaten sus alas, posan sus eléctricos cuerpecitos sobre la tierra, pítan los granillos, pían, aletean, se arrullan mutuamente; figuráoslas sorprendidas de pronto por un tiro que las sobrecoge en su alegría, las asusta en su descuido, y las obliga á abrir las fáciles alas y á tomar vuelo en todas direcciones; pues por esta figuranza podeis aproximarnos á comprender cómo huirian de la vista de Filippo todas aquellas mujeres al son de las campanas. Figuraos ahora uno de estos cazadores de red ó de liga, tan perseverantes y tan taimados, atisbando el efecto de su cebo ó de su reclamo, suspensos de aquellas avecillas próximas á caer en sus trampas y á pegarse en sus untos, y que, creyendo ya tocarlas con las manos y meterlas en el zurron, devorados por las impacencias devastadoras y voraces de todos cuantos cazan, las ven súbitamente tomar alas con la celeridad del pensamiento, elevarse á los aires, perderse en los abismos cerúleos, dejándolos burlados, con la boca abierta, las manos cerradas, los ojos fuera de las órbitas, y tres largos palmos de narices; pues por esta otra figuranza, podeis figuraros tambien cómo se quedaria Lippi á la general dispersion que en sus carreras y fugas se llevaba el objeto primero de sus ansias, la codiciada Lucrecia.

No pertenecia nuestro pintor á las esferas de los pacientes y resignados. Vivo y ardoroso su natural, rompía por todo con impulsos de combate y arrebatos de cólera. Al verse solo, se frotó los ojos, queriendo creer antes en súbita ceguera propia, que en la desaparicion de su amada. Al doblarse bajo el peso abrumador de la realidad, tiró la paleta con todos sus colores frescos, el pincel húmedo, y no rompió en mil pedazos la tabla, porque no lo consentía la solidez de su materia. Los pobres chiquillos, que hacían de angelitos al pié de la peana, lo pagaron, pues recibieron, por toda notificacion de que se fueran, algunos puntapiés muy bien dados. Y como sus discípulos y pasantes entraran, viendo que el trabajo se suspendía y los modelillos se marchaban, al penetrar desalados en las galerías, recibieron sus correspondientes mogicones, como pudieran recibir una granizada, pues los disparaba á diestro y á siniestro acompañados de juramentos á roso y belloso, sin curarse de si atentaba á objetos ó personas, á seres inanimados ó animados, en la exaltacion de su encendido apasionamiento y en el furor de su rabia. Cual acontece á todos los ánimos exaltados, no sabia Filippo lo que se pescaba en aquel críticomomento. Espesa nube de sangre cegaba

sus ojos, y tempestades de sentimientos contrarios descargaban sobre aquel corazón suyo por tan grande contrariedad combatido. Su discípulo Diamante y los demás chiquillos, que ya lo conocían, huyeron á todo huir, y le dejaron completamente entregado á las turbonadas de sus iras. Así pudo desahogarse primero en golpes y luego en frases, antes de resolverse á un expediente que le procurara estar á solas con Lucrecia.

—¿Quién diablos habrá tocado á vísperas en este crítico momento? Algun enemigo jurado de mi salud temporal y eterna. Vive Dios que si le conociera le matara, pagándole el desaguado que me ha hecho en la debida y correspondiente moneda. Las horas de ventura pasan rápidas por este bajo mundo, y el que nos regatea un minuto, nos quita la vida como el más pérfido y más traidor asesino. Y yo, que veía mi amor comprendido. Y yo, que entraba en el corazón de Lucrecia por el medio más seguro, por el medio de mis miradas, expresivas del ardor de mi alma. Y la contemplaba vacilando en su firmeza, y desprendiéndose en mis brazos desde el castillo inexpugnable de su virtud. Está visto; necesito un amor correspondido. Si no extingo esta sed que me abrasa, ¡ay! concluirá por devorarme el alma. Dejémosnos ya de paseos nocturnos, de miradas platónicas, de ensueños juveniles, de poesías buenas para monjes é indignas del natural y del temperamento de un artista. Nuestra naturaleza no puede confundirse con la naturaleza de las bestias, pero tampoco ciertamente con la naturaleza de los ángeles. Y yo amo con todo mi ser, así con mis ideas como con mis instintos, cual aman los hombres. Me encuentro en la flor de mis años. Sangre ardorósísima corre por mis venas y exalta con su calor todos mis sentimientos. La misma fuerza que lleva la vida á la Naturaleza, me lleva arrebatadamente á mí al amor. Yo necesito crear, no solamente esos seres inanimados que nada dicen á mi corazón, sino seres vivientes, iguales á mí, que me llamen padre. Para la satisfacción de este deseo saltaré sobre todos los ficticios escrúpulos sociales y sobre todos los vanos votos religiosos. Ni estos ni aquellos pueden bastar á refrenarme á mí, que soy como artista la libertad misma, y que tengo derecho á traspasar los límites vanos en que los demás seres inferiores se encierran. El que se arrastra puede medir todos los obstáculos y detenerse ante ellos; pero no así el que vuela, á cuyas alas pertenecen los espacios. Lucrecia, cuanto más te miro, más te amo, Dios ha debido destinarnos desde la eternidad para que seamos cada cual según nuestra naturaleza, complemento del otro. Dividióse el género humano en sexos, como tantos otros géneros y especies. Las almas se dividieron á su vez en dos porciones. Nuestra alma, pues, se compone de dos elementos como la Trinidad de tres personas; se compone del alma del hombre y del alma de la mujer, las cuales forman una sola y misma alma. Cada hombre lleva la mitad de un alma; cada mujer la otra mitad. Las dos reunidas é identificadas componen el alma humana. Lucrecia y yo somos, pues,

un alma sola. Y no pueden separarse estas dos mitades, como no pueden separarse la sangre y el corazón; como no pueden separarse la luz y el sol; como no pueden separarse el Verbo y la divinidad. Estoy seguro de que ella participa de mis creencias y de mis sentimientos. Como yo, comprende haber nacido para respirar y vivir á mi lado. Pero necesito decírselo y oír lo que responde. Y si por ventura su natural dulce y bondadoso, su corazón tierno y sencillo, su conciencia pura y nítida, su virtud nativa oponen alguna resistencia á mi deseo, la venceré, primero con la razón que reside en el alma y luego con la fuerza material, si es preciso, pues no hay para mí resistencia invencible. Y la arrancaré violentamente á este retiro, y la robaré á este Convento. Sacrilego atentado será ciertamente; pero el crimen se borra con solo atravesar una frontera. Si Florencia nos persigue, Venecia nos socorrerá. Si Venecia faltara á este deber, nos acogería el moro. La tierra se convierte en cielo para los amantes felices y satisfechos. Una cabaña nos basta, como un nido al ave enamorada. Quien mantiene la luciérnaga en las yerbecillas del arroyo, nos mantendrá á nosotros en las sombras del mundo. Si nuestras almas se alimentan de la mútua correspondida pasión, apenas necesitaremos alimento para los cuerpos. Yo expondré todo esto á mi amada y mi amada me oirá, porque nuestras ideas se corresponden como se compenetrán nuestros corazones. Necesito moverla resueltamente á que siga á quien desde hoy será su sombra. Y para moverla, para convencer su razón y persuadir su voluntad, solo hay un medio; verla, hablarla, decirle cuanto por mí pasa. Precisa estar, pues, solos. Precisa remover los obstáculos que á esta soledad se oponen. Ahora mismo voy á ver á la Priora y á decirle que no vuelvo á emprender trabajo alguno sino en completa soledad, abandonado de todo el mundo, cara á cara con la mujer á quien debo tomar por único modelo de mis cuadros. Si quiere, he vencido; si por casualidad no quisiera, la amenazo con irme de la casa. Y manos á la obra.

Entróse, pues, en el ordinario locutorio del Convento, y notificó á quien correspondía su deseo de hablar con la Priora sobre cosas conducentes al mejor servicio y mayor gloria de Dios. Venía ya Su Reverencia al locutorio, cuando recibió el recado de Lippi; y no hizo más que apretar el paso y apresurarse á la cita. Acompañaba á la Abadesa Sor Teodora, expresándole de paso sus quejas por aquel desorden y aquella barahunda en cuyos incidentes se encontraba todo menos la paz propia de los monasterios.

—Cuando oye uno tal estruendo, decía, trae á las mientes un dicho célebre de Diógenes, el cual, como fuese á un baño público, y encontrase el agua súcia, preguntó donde iban los bañistas á lavarse al salir de allí, ni más ni menos que haremos nosotras, tentadas después de este grande estruendo á preguntar donde iremos en pos del reposo y del silencio propios de los claustros.

—Calle, Madre Teodora, calle, que está una para echar los bofes con tanto trabajo y tantos cuidados. Nos metimos en arreglar el Convento, trayendo educandas que lo ocuparan, pintores que lo tiñeran, monjes que lo enalteciesen; y no podemos con el trabajo que nos ha caído encima y con la barahunda que se ha armado. Necesitase, pues, un poco de paciencia.

Y en estas y otras llegaron al locutorio. En cuanto las vió entrar, dobló Lippi con reverencia la cabeza, y dijo solemnemente.

—Señora.

—Hermano.

—Vengo á quejarme.

—No me lo jureis. Lo adiviné. Está en boga hoy el quejarse. Todo el mundo se queja.

—Pero nadie con tanto motivo como este pobre pintor.

—Todo el mundo tiene iguales motivos. Cuando la hora misma de vísperas se cambia y se trastrueca qué cosa ni persona quedarán dentro de este Convento en su debido sitio?

—Malo ha sido para mí el cambio de hora; mas no tanto como el número de personas que han entrado en la galería y que me han impedido con sus interrupciones y sus disputas todo trabajo.

—En los conventos cualquier cosa, el suceso mas natural, sirven de motivo al recreo y de pábulo á la curiosidad.

—No pienso meterme en los achaques del Convento, que ni me van ni me vienen; pero sí decirle que jamás acabaremos el cuadro, de seguir tal como vamos hoy. Esta educanda hace una mueca, aquella tropieza con mi brazo, la de mas allá vierte los colores, y la de mas aquí pasa su manga, como si fuera rodilla de cocina, por la superficie fresca de mis trabajos empastes.

—No volverán las educandas; yo se lo aseguro á Su Paternidad.

—Con quitarme las educandas, no me ha quitado nada Su Reverencia.

—¿Qué mas quereis?

—Hay todavía cierta dueña, mas arrugada que el pergamino, mas gárrula que las urracas, mas vieja que el hambre, mas fea que el coco, la cual con sus disputas eternas y sus chismecillos de vecindad no suele dejarme punto de recogimiento y de reposo.

—La dueña no está inmediatamente bajo mi jurisdicción como las educandas; pero trataré de que tampoco os incomode.

—Luego, ese padre Serafin.

—¿También el padre Serafin?

—Pues ya se ve.....

—Todo le molesta.

—Ciertamente.

—Pero, hermano, tenga un poco de paciencia.

—¿Qué paciencia? Fácil de aconsejar; difícil de tener.

—Procúrela, procúrela.

—¿Si creerá Vuestra Maternidad que hacer un cuadro es como hacer un almíbar?

—Ese buen hermano Serafin tiene ángel y debería gustarle estar á su lado por la luz que despide su entendimiento y los consejos que da su voluntad.

—Es capaz con sus ideas de cincelar un alma, la mas oscurecida y decadente, pero incapaz de distinguir con sus ojos un cuadro de una estatua.

—Hasta el hermano Serafin os incomoda.

—Hasta el hermano Serafin.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque de ese no puedo yo en verdad libertaros. Tampoco depende en manera alguna de mi jurisdicción ni entra en mi disciplina.

—Pues no ha de estarse allí, que me molesta.

—Si os molesta, libertaos vos mismo de él con vuestra maña y no esperéis determinación alguna de mi autoridad.

—Bien. Allá me las compondré como Dios me dé á entender.

—De suerte que en la inmensa galería se quedará Su Paternidad solo con su modelo.

—Enteramente solo, pues pienso echar de allí hasta los chiquillos de la peana, colocados el primer día con intento de observar el grupo que presentaban, la vista que ofrecían, y la entonación que daban. Su concurso no se necesita hasta dentro de algun tiempo, pues tengo concentrada toda mi actividad en trazar aquel divino rostro y aquella celestial mirada, punto principalísimo de mi trabajo, y manantial fecundo de mis inspiraciones.

—Hermano, libreme Dios de pensar mal ni sospechar cosa alguna de quien tiene dado su corazón á la Virgen del Cármen y su entendimiento á la pintura. Vuestra Paternidad es un santo como cuadra á su carácter. Pero el mundo tiene lengua de víbora. Y si os ve solos, puede sospechar que os junta el amor mas que la inspiración. Echen puertas al campo y mordazas á la maledicencia. Sin ir mas lejos, tenemos aquí á Sor Berta capaz de denigrar su propia sombra. Ya sé con seguridad que nada debemos temer. Quien ha dejado el mundo para entrar en el claustro, y se consagra día y noche á pintar para los altares y á repetir la imagen de Cristo y de los santos, no puede perder su alma ni irse al infierno por la primer muchacha encontrada en su camino aunque fuese la misma Elena, ruina de Troya. Pero de Dios dijeron, y yo debo cuidar, no solamente del alma y de la salud, sino tambien del honor y del nombre de todos cuantos habitan bajo nuestras respetables y sacratísimas techumbres. Y francamente, quien ama el peligro, perecerá en él. No la busques, y no la encontrarás. Tanto va

el cántaro á la fuente, que al fin se rompe. Y el hombre es fuego, la mujer estopa, llega el diablo y sopla. Y cuando sopla el diablo suelen armarse unos incendios, que ya, ya.....

Esta observacion de la Priora contrarió mucho á Lippi, por lo mismo que daba materialmente en el clavo. Así estuvo algunos minutos perplejo y sin saber qué contestar ni á qué santo encomendarse para salir del apuro y retorcer el argumento. Mas súbitamente, como ducho en todas estas artimañas, dió con la salida. Su principal empeño estaba en hablar á Lucrecia. Sabia perfectamente con quien trataba para imaginarse rendirla al primer embate. Al cautivar la voluntad precedia naturalmente el cautivar la inteligencia. Y para cautivar la inteligencia, despues de haberle dicho tanto con los ojos, necesitaba decir alguna cosa más con los labios. Importábale poco que le vieran con tal que no lo oyesen. Y desde el extremo de la galería, donde estaba la peana, á la reja que señalaba la clausura, habia una distancia tal que no salvaba el mas penetrante oido. Nada mas fácil, pues, que dar una fianza á los escrúpulos de la Abadesa y conseguir el deseado objeto. Bueno era Filippo, que con tanto ímpetu queria, y deseaba con tanta vehemencia, para sacrificar lo principal á los accidentes y á las circunstancias de lo accesorio. Volvióse, pues, á la Abadesa, y con el tono mas melifluo y con el aire mas hipócrita, como quien no quiere la cosa, le dijo:

—Libreme Dios de apacentar á sabiendas la murmuracion. Abomino el escándalo porque enreda consigo muchos, muchísimos pecados. No pudo ocurrirme el mal pensamiento que espresó Vuestra Maternidad, sin duda por mi ignorancia del mundo y de sus sirtes. Pero lo ha dicho persona tan santa, y sabido se lo tendrá. Todo puede arreglarse con que alguna madre de su confianza quede en la reja y vea cuanto en la galería suceda. Lo que ha de ver por sabido se calla; un monje pintor que anima la tabla con colores y dirige vista y palabra continuamente á su modelo.

—Pero bueno es precaverlo todo. El diablo anda muy suelto por el mundo y se mete de rondon en estas casas de penitencia, verdaderas trojes del cielo. Impediremos á todo el mundo entrar mañana y pintarás á tu sabor y á tus anchas. Mas cohonestando tu libertad con mi quietud, tendrás allí de centinela el oido mas agudo, la vista mas penetrante, el ánimo mas caviloso, la lengua mas larga de toda la Comunidad, tendrás á nuestra hermana Berta.

—Venga quien venga con tal de que no me tire esta de la manga, ni aquella me tropiece en el brazo, ni la mosquita muerta me diga observaciones impertinentes, ni el demonio toque la campana en medio de mi trabajo, cuando mas descuidado me encuentro y mas creido de que aun me queda mucho, muchísimo tiempo.

—Vaya en gracia y haga cuanto quiera con tal que nos deje aquí un cuadro que sea la admiracion del mundo y regocijo del claustro.

Lippi inclinó profundamente la cabeza y se salió del locutorio con aire de vencedor. Todos los obstáculos cedieron á su voluntad incontrastable. La única sombra, que se destacaba en el cuadro de su dicha, era la sombra de Serafin. A la penetracion del carmelita no se ocultaba el desinteresado empeño que tenia el bondadoso, el caritativo, el santo franciscano en impedir una entrevista fatal á la jóven, por cuya virtud velaba, sin mas móvil que el amor desinteresado al bien de sus semejantes. Respetando mucho como respetaba el buen natural de su amigo, Filippo sentia que en aquel momento se interpusiese entre sus deseos y la satisfaccion de estos deseos. La virtud tiene tal fuerza, que impone verdadero culto aun á aquellos incapacitados de practicarla, aunque capaces de comprenderla. Si hubiera chocado con otro, ya sabia que hacer; apelar á la violencia, y convertir la porfia en batalla. Figuraos por ejemplo que en vez de molestarle un Serafin, le molestaba un Alberto, aquel cofrade gárrulo y chismoso, ajeno á toda virtud, metido en toda pendencia, entrado en religion como pudiera entrar en cualquier carrera profesional, y que tantas veces disintiera de las ideas y del proceder de Filippo. Pues muy bonitamente lo hubiera cogido en la misma galería por la cintura y lo hubiera arrojado como un mueble ó un fardo inútil por la ventana. Mas Serafin pertenecia á esos obstáculos que se burlan y no se allanan. Precisaba sortearlo mas bien que destruirlo. Nuestro artista cazaba el alma de Lucrecia con el tino que emplea la araña en cazar el cuerpo de la mosca. Y despues de todo lo ocurrido, la segunda entrevista con su modelo, se elevaba en su preconcebido plan á la importancia de una entrevista suprema, cortando por lo sano todas las dificultades y todos los retardos. ¿Pero cómo libertarse del franciscano? Vamos á ver el expediente á que ocurrió en su inventiva.

Dirigióse, pues, desde el locutorio á la sacristía en busca del monago.

—¡Hola! muchacho.

Le gritó al entrar.

—Buenos dias, Padre Filippo.

—¿Qué tal?

—Bien.

—¿Cómo andamos de juegos?

—Así, así.

—¿No te dejan divertirte en este Convento?

—Poca cosa.

—De eso tienes tú la culpa.

—¿Yo?

—Tú.

—Yo que estaria saltando y brincando veinticuatro horas seguidas.

- Parécesme una avecilla enjaulada.
—Justo, justo.
—Pues hay que saltar, brincar, correr, trastear, golosinear, gatear, en una palabra, divertirse, y divertirse mucho.
—En cuanto uno se mueve, le ponen lo que puede nombrarse como un tomate.
—Yo tambien he sido monago.
—¿Su merced?
—Mi merced.
—¿Y jugaba mucho?
—Cuanto me pedía el gusto.
—¡Qué feliz!
—Felicidad que podías tener á tus años, si usaras las tracamundanas que yo usaba cuando tenia tu edad.
—¿Su merced gateaba por los tejados?
—Como un verdadero gato.
—¿Y saltaba los corrales?
—Como un zorro.
—¿Y subía á los árboles?
—Como un mono.
—¿Y se ponía para jugar á decir misa las albas á puerta cerrada?
—Como un cura.
—¿Y cogía las muletas del Prior para hacerlas caballo, y las tijeras para hacerlas espadas, y jugar á los soldados?
—Pues no que no.
—¿Y convertía los anuncios de las novenas en cascos guerreros y colgaba de ellos el hisopo á guisa de pluma?
—Seguramente.
—¿Y entraba en las despensas?
—Á mi arbitrio.
—¿Y aquí cogía un melon, alla una longaniza, acullá un bollo?
—Y me atracaba como pavo en víspera de Navidad.
—¿Y se sorbía el almíbar?
—Como que lo buscaba y lo encontraba cual si fuera una mosca.
—¡Qué feliz!
Dijo el monago suspirando.
—Yo no dejaba cosa con cosa.
—Ya se vé; y hacia bien su merced.
—No habia pan ó queso, que no encentara con mas arte que un raton.
—Bien hecho.
—No habia colmena que yo no castrase, aunque me comieran la abejas.
—Bravo, bravo.

- No habia rana que yo no persiguiera en las orillas de los estanques.
—Bravo, bravísimo.
—No habia nido que no callera en mis manos.
—Bravo, bravo.
—No habia libro que yo no escondiera como una urraca.
—Los libros, ¿quién habrá inventado los libros?
—Ni plana de camarada sobre la cual no vertiese el tintero salido de madre.
—Los tinteros, las plumas, las planas? habia que exorcizar todo eso.
—Así la niñez fué para mí, aunque criado entre las cuatro paredes de un convento, verdadera delicia.
—¡Qué feliz su merced!
—Felicidad que tú podrias tener tambien.
—¿Cómo? Si aun no hago nada, cuando ya me castigan y me ponen como un San Lázaro. Mi cabeza la han madurado á pescozones. La mano y la palmeta parecen una sola y misma cosa. Mis espaldas, ni las del Nazareno. Mis posaderas, no sirven ni para sentarse, segun lo magulladas. Parezco el niño de la pasion.
—De todo tienes tú la culpa.
—¿Yo?
—Tú.
—¿De veras?
—De veras.
—Explíquese su merced.
—Atiende.
—Veamos.
—Aquí, en estas casas, siempre hay bandos.
—Como entre los chiquillos.
—Justo, como entre los chiquillos.
—Figúrate que fueras á una pedrea, y en vez de tomar parte por éste ó por el otro, te quedaras en medio. ¿Qué te sucedería?
—Que de seguro seria el primero en sacar rota la cabeza.
—Pues ya se vé.
—Eso haces aquí.
—Tengo una gana de ser obispo para tres cosas.
—¿Para qué?
—Para tres cosas.
—¿Primera?
—Para ponerme todas las albas y todas las casullas de la sacristía.
—¿Segunda?
—Para tragarme todas las golosinas que hay en la despensa.
—¿Tercera?

- Para excomulgar á todas las monjas.
—¿Ya sabes qué quiere decir eso de excomulgar?
—Yo, no.
—¿Pues cómo lo dices?
—Porque debe ser cosa muy mala cuando tanto la temen las buenas madres: cosa así como azotes.
—Vamos, óyeme.
—Hable su merced.
—Unete á mí, haz cuanto yo te diga: que á mi sombra loquearás lo que quieras loquear sin temor á disciplinas ni á palmetas.
—Pues ahora mismo póngome á sus órdenes.
—Toma.
Y echó en el suelo varios escudos.
—Daca.
Gritó el muchacho corriendo tras aquellas monedillas que le deslumbraban materialmente.
—¿Vas á hacer lo que yo te diga?
—Pues no lo he de hacer.
—¿Con mucho silencio y mucho sigilo?
—Con lo que Su Paternidad quiera.
—¿La enferma que cuida el Padre Serafin está mejor?
—Vaya si está.
—Tú le llevas los caldos.
—A mediodía.
—Justo, á la hora de mi trabajo.
—Pues bien, guárdate este frasquito, y mañana le echas tres ó cuatro gotas en el caldo.
—Perfectamente.
—En seguida se quedará como muerta.
—¿Qué dice su merced?
—Parecerá muerta; pero no lo estará.
—Eso es otra cosa. No me gusta jugar con los muertos.
—Será un sueño que le devuelva las fuerzas.
—¡Ah! ¡Ah!
—Pero toda la gente creerá que está muerta.
—Y se asustarán mucho.
—Seguramente, pero no te asustes.
—¿Yo? Ni por pienso.
—Y en cuanto oigas gritar y gínotear; ven y dile al Padre Serafin que su enferma se ha muerto.
—Lo haré.
—Y verás los escudos que te doy.

- Magnífico.
—Y verás los palmetazos que te ahorras.
—Bravo, bravísimo.
—Y verás lo que juegas, y saltas, y te diviertes.
—Bravo.
—Toma el frasco.
—Bien.
—Guárdatelo.
—Corriente.
—No te olvides que es un juego.
—Un juego.
—Con que echas la cantidad que hay ahí se hará la muerta como tantas veces tú, cuando quieras engañar á los otros monagos, te haces el dormido.
—Cumpliré sus órdenes.
—Como tú estarás en el secreto, ya puedes reírte mientras los demas lloran.
—Vaya si me reiré para mi capote.
—Y no olvides de entrar en la galería muy azorado y llamar al Padre Serafin muy de prisa.
—Lo haré.
—Y ahora sí que empieza verdaderamente para tí el tiempo de los juegos.
Al día siguiente, y á la hora señalada, adornábase con sus arcos por segunda vez Lucrecia para representar á los ojos de Filippo el acabado modelo de la Virgen María. Su dueña, Brígida, que, segun hemos visto, por especial permiso del Superior, habitaba en aquella clausura, medio monástica y medio mundana, á que su señora se reducía tan fácilmente, la aderezaba como de costumbre, aunque refunfuñando y maldiciendo; propio achaque de carcomidas solteronas. En efecto, comprendían muy difícilmente, ó mejor dicho, no comprendían de ninguna suerte las cortas entendederas de Brígida como aquella mujer, tan orgullosa, que con riesgo de grave escándalo, se había negado en pleno San Juan Bautista florentino al más útil y más espléndido matrimonio del siglo, podía conformarse con ofrecerse como norma y modelo á un pintor cuasi loco. En realidad, explicábase tan inexplicable fenómeno por aquel secreto que ha subordinado los satélites á los planetas y los planetas al sol; que ha juntado las moléculas contrarias por medio de afinidades misteriosas, cristalizándolas en los cuerpos; que ha compuesto de gases enemigos el aire respirable; que ha enviado desde corrientes magnéticas á la aguja para atraerla al Norte hasta pólen misterioso á la palmera del desierto para fecundarla, y hacerla fructífera; que ha dividido en sexos así las flores como los animales, para juntarlos y confundirlos en nupcias eternas; que ha cincelado desde el nido hasta el hogar; que ha puesto cuerdas en el corazon y cuerdas en la lira; que ha enseñado sus

cánticos al ruiseñor y sus versos al poeta; que ha teñido desde el iris hasta el cuadro; que ha avivado el pensamiento en la inteligencia, y ha descendido del cielo con las revelaciones divinas, más vivido que todos los agentes del Universo; con el esplendor de la luz, con la universalidad del calor, con la fuerza de la atracción, alma del alma, vida de la vida, Verbo de la Naturaleza, de la Humanidad, y de Dios. Sucede con el amor que llevándolo todos con mayor ó menor conocimiento de lo que llevamos, así en el corazón como en los labios, pocos lo comprenden, y ninguno lo explica, pues tienen de él menos ideas, y sobre él menos palabras y frases aquellos que con mayor viveza lo sienten. Y por consecuencia, la pobre y adocenada Brígida no podía comprender cómo dejaba su Lucrecia el amor fecundo por el amor soñado, el matrimonio rico por la celda escueta, el trono de un castillo por la peana de un modelo.

—Ramo de locura padece, ramo de locura.

Decía, pues, mientras acababa de adornar á su señorita.

—Miren qué manía.

Contestaba Lucrecia.

—¡Manía! Desde que parecía un gorgojillo se lo dije á su padre. Esta muchacha tiene rarezas que asustan. Génio y figura hasta la sepultura.

—Achaques serán del amor propio. Téngome por la mujer más razonable de toda Italia. Como que creo en la felicidad, y la aguardo de un matrimonio feliz y de un amor tranquilo.

—¿De un matrimonio feliz? ¿Quién lo dijera? ¿Quién podría creer que fuese tal tu pensamiento? A mí no me engañas.

—Seguramente; mil veces me lo has oído. No comprendo la felicidad sin la virtud. Y creo la virtud primera de una mujer la consagración á la familia. Y creo que consagran esta consagración el sello de las religiones y el respeto de los hombres. No quiero matrimonio sin amor; ni amor sin matrimonio.

—¿Pues cómo diablos, quien así piensa, se encierra en un convento? ¿Qué diríamos de mujer decidida para guardar mejor su virtud, á recluirse en una mancebía? Unir la felicidad al matrimonio, y para casarse, venirse á un convento, no se le ocurre al candido que asó la nieve en el portal de Belen. Buenos partidos se encontrarán aquí entre sacristanes y monaguillos, curas y frailes. Como no se enamore una de ese padre Serafín, que parece un santo de talla, ó de ese padre Filippo que parece un diablo suelto.

Lucrecia, al oír esta segunda proposición de Brígida, lanzó profundo suspiro, y maquinalmente se llevó la mano del corazón á la cabeza y de la cabeza al corazón, como quien pugna por alejar un afecto incómodo ó un mal pensamiento. Quien observara en aquella hora crítica sus ojos, viera pasar extraña nube que también oscurecía la frente. Y viera mas, viera que tras una contracción dolorosa, tomaba su semblante una firmeza cierta, y

que irguiéndose, y dando con el pié en tierra como para asegurarse del terreno que pisaba, decía, ó murmuraba estas palabras:

—¿Por qué idea tan tenaz y tan extraña? ¿Por qué recuerdo tan combatido y tan fuerte? Le ofendo á él y me ofendo á mí misma. Ni yo le inspiro otro afecto que el culto artístico mas ó menos fundado á lo que llama, con razón ó sin ella, mi hermosura plástica; ni él me inspira otra cosa que una admiración ferviente y profundísima.

—¿Qué oigo por ahí?

—Nada, nada.

—Esos frailes son uno camastronazos.

—¡Brígida!

—¡Lucrecia!

—No hables mal de los siervos del señor.

—No digo cosa que pueda ofenderles. Pero no se enamora una de quien quiere, sino de quien puede. Donde menos se piensa salta la liebre. Y si no veo mas que frailes, Dios me tenga de su mano, pero estoy segura de que acabo por enamorarme de un fraile. La Virgen Santísima nos preserve de tamaño tropezon: que cosas peores suelen verse en este pícaro mundo.

—Pero hay mujeres á las cuales ni en chanza deben decirse ciertas cosas. El amor tiene muchos matices, y el primero y más suave y más sencillo es la estimación. Ningun hombre puede amar á una mujer á quien no estime. Y la mujer sin virtud no puede aspirar á ningun género de estimación, ni por consiguiente de amor. Es el pudor como el aroma de todas las virtudes femeniles. Así, la mujer que no tiene pudor, resulta como si no tuviera ninguna virtud. Yo que luché con mi padre cuando quiso consagrarme á un matrimonio sin amor, lucharía conmigo misma y vencería si los impulsos de mi corazón me llevaran á un amor incompatible con el matrimonio. Quiero amar, pero sin tener para qué encubrir ese amor ante el mundo. Quiero amar, pero sin tener para qué temblar ante Dios. Quiero amar, pero con la conciencia tan satisfecha como el corazón. De otra suerte, preferiría morir á amar, lo prefiero sin vacilaciones y sin dudas. Me conozco y conozco la energía de mi voluntad. Gústame ser querida, pero á condición de ser antes apreciada; porque el aprecio es el grado primero del amor.

—Bien, bien; mas pensando así, no se encierra una mujer en estos conventos, donde solo por milagro divino puede entrar un novio. Los ángeles del cielo no han de casarse con las mujeres de la tierra. Y por aquí, ó sacristanes y monaguillos y frailes incasables; ó ángeles y santos que harto tienen con su bienaventuranza para meterse en nuestras pasiones. Por consiguiente, la bella Lucrecia Butti, al comienzo de sus días, se ha veni-

do aquí para destinarse á lo que la llamaran los años de su vejez, á vestir imágenes.

—Vaya, déjate de tonterías y vamos pronto á nuestro destino: que el pintor nos estará esperando.

En efecto, Lippi tenía arreglada ya completamente su faena. Los chiquillos que adornaban la peana en el primer día, no se veían allí por una disposición que ya conocemos. Los discípulos, que acababan de disponer lo más necesario al trabajo, habíanse ido á un gesto del artista. Las educandas, retenidas en sus clases, no parecían por ninguna parte. Las monjas mismas acataban escrupulosamente la orden superior y se reclinaban en sus celdas. Por la reja de la clausura, allá muy lejos, solamente se divisaba la avizora Berta, con sus ojos más aguzados que un lince, y sus oídos más abiertos que un ciervo. Brigida misma recibió una advertencia previa de que su sempiterna charla alejaba las inspiraciones del artista, y embarazaba los progresos de la obra. Por consiguiente, el taimado Filippo se frotaba las manos y se apercebía á su empresa de una tenacidad verdaderamente extraordinaria. Dábase largos paseos desde un extremo á otro extremo de la galería como quien goza al verse entregado á sí mismo en aquella desierta soledad. Absorto estaba y dispuesta á decir palabras que fueran decisivas en su vida y resolviesen pronto su destino, cuando la nube que temía se condensó a la hora presentida; el peligro que le amenazaba estalló tal como lo anunciara: Serafin apareció así como á la descuidada, y se asentó cerca del cuadro en ciernes con estudiada indiferencia. Y al poco tiempo vino Lucrecia, y tras Lucrecia, metiendo mucho ruido, el monago, que representó á las mil maravillas su comedia, y obtuvo el apetecido resultado. Estaban, pues, enteramente solos, el pintor al pié de su cuadro, la jóven sobre el pedestal de su peana. Oigámosles: que para oído me parece su interesante coloquio.

—Lucrecia, exclamó Lippi, ¿no os han dicho nada mis ojos?

—Me han dicho que, despertando mi imagen real en vuestra mente la imagen ideal con que soñáis, veis en mí la ocasión de elevaros al pensamiento generador de esas vuestras obras.

—La mirada es la concentración del alma en un punto, en la retina, la cual brilla sobre los mares de la vida como la estrella en el espacio á los ojos del navegante y como la idea en la inteligencia á los ojos del sábio. ¡Ah! Solo habeis visto en el centellear de mis pupilas abrazadas luces de inspiración, ensueños de poesía, ideales de pintura, amores fríos á las artes muertas y disecadas.

—¿Qué otra cosa pudiera ver? Vos sois el pintor que traza una mujer ideal en presencia de otra mujer real; yo el modelo que despierta ciertas ideas como suele una melodía conocida; el símbolo que despierta ciertos recuerdos, como suele una imagen consagrada; el motivo para que ascen-

daís á las cimas de lo ideal y desde ellas invoqueis la santa inspiración. Más que eso no podeis decirme. Ni vuestra generosidad os lo inspirara; ni lo consintiera mi orgullo.

—Lucrecia, mis ideas han rozado esa frente como alas invisibles; al través del hábito de estameña mi corazón se ha henchido mil veces y ha estado á punto de estallar como una tormenta; el fuego de mi alma ha centelleado en mis ojos; y mis labios trémulos movidos por un alma apasionada, han modulado la palabra que vagaba á un mismo tiempo en vuestra alma y en mi alma, comprendiéndose ambas mutuamente al través de su silencio, como mutuamente se esclarecen dos mundos á través de la distancia.

—Filippo, nada os he dicho porque nada tenía que deciros. Si mi corazón me impulsara á otra cosa que ha serviros de plástico modelo en vuestros empeños de artista, rompería mi corazón teniendo valor para aplastarlo, si esto fuera hacadero, con desprecio. Ningún deseo que no pueda confesar ante Dios y los hombres se elevaría de mi alma, porque más arriba que todos mis deseos se alza mi conciencia con fuerza bastante para someterlos y acallarlos. No me habéis de nada que fuera indigno de vos y de mí, pues no lo podrían proferir vuestros labios, ni lo podrían escuchar mis oídos. Jamás tendrá mi corazón aquel que no tenga mi estima. Y jamás tendrá mi estima aquel que hiriera mi pudor. Filippo, hablemos de otra cosa.

—¿De otra cosa? ¿De qué podemos hablar nosotros? Como la lira se ha hecho para que suene, el alma para que ame. Dos nubes se adelantan allá en los cielos, porque se buscan; dos aves vuelan de cima en cima, porque se desean; dos estrellas fulguran en la inmensidad porque se miran; dos ruiseñores cantan en el bosque, porque se aman; dos corolas se abren sobre un tallo, porque se necesitan; dos alientos se confunden, porque salen de dos pechos enamorados, y dos jóvenes se abrazan, porque ni son ni pueden ser libres para evadirse á la fuerza de todos los seres, al bendito amor.

—Filippo, estais loco. Desconocéis quien soy; olvidáis quien sois. Yo una jóven florentina educada en el honor; vos un fraile consagrado á la religión. La conciencia, más espaciosa que el cielo, separa mi corazón del vuestro; y Dios mismo separa vuestro corazón del mío.

—Dios no pudo escuchar votos que no estaba en mi mano cumplir. De aceptar mi involuntario holocausto, borrarame con su gracia del alma el amor. Aquí no hay entre los dos ningún otro muro más que las supersticiones del mundo. Despreciémoslas desde las alturas de nuestra felicidad. Vámonos á los desiertos. Al revés del duro esposo de Pia de Tolomei que la llevó á las venenosas marismas del Volterra, donde habitaban la fiebre y la muerte, yo os llevaré á los sanos campos de Sicilia, donde la vida es una égloga de libertad y el amor tan natural en las almas como la luz en los

cielos. El exceso de cultura ha concluido por apagar ó falsear todos los sentimientos aquí en Toscana. Allí estaremos mucho más cerca de la Naturaleza y por consiguiente mucho más cerca de Dios. Los bosques nos servirán de asilo. Cada montaña será un trono donde se levante vuestra hermosura y cada piedra un ara donde yo me arrodille á prestaros culto. Como las aves tienen un nido, nosotros tendremos una caverna que nuestras ilusiones poblarán de luminarias tan bellas como los rubíes y los diamantes con que un pobre potentado pudiera ornar sus palacios. No hay adorno para la hermosura como la guirnalda tejida por manos de rendido amator. No hay espejo veneciano donde pueda mirarse como el cristal de los serpenteadores arroyuelos. La brisa besará nuestros labios henchidos de besos. Las hojas nos ofrecerán mullido lecho de amores. Cuando veamos las estrellas levantarse al anochecer en los desiertos cielos nos miraremos como puedan ellas mirarse. Cuando oigamos el arrullo de las tórtolas y de las palomas suspiraremos como ellas suspiran. Yo cantaré mis amores acompañado por los acordes del bosque y de la onda. Y mi amada.....

—¿Qué oigo? ¿Me creéis capaz de doblegarme á ese amor fingido que la imaginacion del artista describe con tan vivos colores por lo mismo que no lo siente el corazon del hombre? Jamás podria encenderse una pasion en mi vida que no estuviera animada por la esperanza de satisfacerla dentro de las leyes divinas y humanas. Pero si hasta ese punto mi corazon se descarriase, curárame en seguida, al ver la cautela desplegada en traerme hasta aquí para seducirme y engañarme.

No podria, pues, amaros, Filippo, no podria, porque me lo vedan mi pudor y vuestros votos. Pero si alguna inclinacion os tuviera, por mí fe os juro que se curara.

—No os engañeis, Lucrecia, á vos misma; no os engañeis con el rumor que levantan vuestras palabras á la manera de esos espantadizos que se asustan al ruido de sus propios pasos. Yo no he menester preguntaros si me amais ó no. Lo sé. Me lo ha dicho vuestra alma por traicion de vuestros ojos. ¿Qué venis á contarme á mí? Os he visto abrasaros en la mirada de un fantasma que preferia presentarse entre sombras á provocar un no asesino, cuyo eco no mas hubiera rematado su alma. He sabido que solo por amor á ese fantasma habeis renunciado al matrimonio mas ventajoso de toda Toscana. Os he visto temblar como un árbol herido por el rayo en la sacristia de este Convento cuando descubristeis la mirada del fantasma que os habia abrasado el alma en la retina del pobre Filippo Lippi. Desde aquel punto quisisteis engañaros y engañarme. Vuestro orgullo de mujer ahogó el grito de vuestro corazon de amante. Pero los ojos que relumbran á despecho de vuestra voluntad, los estremecimientos que os sacuden todo el cuerpo, lo pronto que venís á mi presencia, lo tarde que os vais, el empeño

con que insistís en refrenaros y someteros á una conciencia ya sin voz, á una virtud sin fuerza, á una voluntad sin albedrío, me revelan, Lucrecia, que me amais como yo os amo.

—Es verdad.

Gritó Lucrecia deslumbrada por aquellas palabras; conmovida por el conocimiento que de su corazon tenia Filippo; arrastrada de propio instinto que la avasallaba; fuera de sí cual sucede á cuantos tienen una pasion, y que despues de haberla dominado muchas veces, suelen revelarla en un momento, ó bien de debilidad, ó bien de expansion.

—Es verdad, habeis dicho, es verdad. Convenis en que os amo como á mí mismo, y en que me amais de igual suerte que yo os amo. No podia ser otra cosa. Dios no habia de crear esa flor tan bella, y privaria de esencias y de aromas. Una fuerza ciega, que no podeis contrastar, arrastra vuestra alma al seno de mi alma, y tiende vuestros brazos hácia mis brazos. Querais ó no, somos el árbol y la yedra, la piedra iman y el hierro, la aguja y el lucero del Norte, dos seres que mutuamente se buscan, porque mutuamente se necesitan. La revelacion que ha hecho vuestra palabra completa la revelacion de vuestros ojos. El alma libre niega lo que dice la materia sierva. Podeis inventar un sofisma ó fingir una negativa; pero no podeis someter el corazon á los labios, los ojos á la voluntad. Me amais porque no podeis menos de amarme como yo os amo, porque no puedo menos de amaros. Vuestro albedrío está encadenado al amor. Aunque me hubiérais odiado, el fervor de mis sentimientos, el fuego de mi pasion, la intensidad de mis instintos, irradiándose á través de mis miradas, hubieran llegado hasta vos para deciros cuánto y cuán de veras os amaba mi corazon. Y debíais ser mas fria que el mármol para no dejaros ablandar como cera al calor de mi deseo. Me amais y os amo. Ahora creedlo, creedlo, creedlo, Lucrecia, os lo fio por quien soy; como nada conseguisteis contra las revelaciones interiores del amor, nada conseguireis contra su necesaria satisfaccion. Os acercareis á mí, yo me acercaré á vos, como al agua el sediento, como al fuego el aterido y helado. Somos uno de otro por toda la eternidad. Esa muerte, que lo avasalla todo, no estenderá su hielo, no, sobre un amor alimentado por llamaradas del alma, que suben instintivamente hácia lo infinito. Nos ha desposado la Naturaleza misma con lazos que no pueden desatarse. Nos ha confundido Dios con un amor tan poderoso como su propia omnipotencia. Tú, débil mujer ¿vas á ser mas fuerte que el amor, que la naturaleza y qué Dios?

Lucrecia habia escuchado toda esta exaltada peroracion de Filippo con el rostro entre las manos por no poder sufrir el rubor que le causaba la confesion involuntaria de su culpa y las encendidas palabras de su amante. Pero, al ver esta confianza en una correspondencia á todas luces deshonrosa para ella; se volvió como si la hubiera herido un áspid; se encaró con él á seme-

janza de una águila que se encara con el sol; se irguió con toda la altanería propia de un orgullo rayano en soberbia; y dijo estas solemnes palabras.

—Os habeis aprovechado bien cruelmente de un minuto de debilidad, comprensible á los años que cuento, y tras las amarguras que sufro. Me habeis ofendido creyéndome capaz de doblegar mi virtud á una pasión criminal, porque la he confesado en los desvanecimientos de un vértigo. Pero aun tengo la conciencia bastante luminosa y la voluntad bastante fuerte y la palabra bastante clara para deciros que antes que á vuestros brazos, me entregaré en brazos de la muerte. Renunciad, pues, á todas esas esperanzas insensatas que no lograrán jamás ni someter mi virtud ni empañar mi honra. Adios para siempre.

Y Lucrecia se levantó con serena majestad, saludó con profunda reverencia, y corrió con precipitación para ganar la puerta de la galería que daba al interior del Convento, cuando la detuvo y casi la petrificó en mitad de su carrera una voz que resonara en el otro extremo, en la puerta que daba al exterior, y que dijo en tono de solemne anuncio este nombre:

—El caballero Guido de Montaperto.

CAPITULO XII.

La confesion.

La pobre Lucrecia no huía tanto del fraile Filippo como de sí misma. Las exaltadas palabras pronunciadas por el artista, le revelaron claramente, no ya el amor que éste la profesaba, sino el amor que ella misma sentía. Y al verse tan desgraciada en el fondo de su conciencia, tan caída de la propia estima en la soledad del interior aprecio, tan cambiada y trasfigurada por aquel afecto imposible de satisfacer, según las leyes religiosas y morales, á cuya observancia ajustaba enteramente su vida, corrió como quien huye de voraz incendio, no sabiendo sin duda que llevaba el fuego, á cuyo siniestro respiandor se conmovía hasta aterrarse en la profunda intimidad del alma. Y á mitad de aquella vertiginosa carrera, una voz que pareció á su oreja aturdida por el oleaje de sus pasiones, voz sobrehumana, la detiene recordándole el nombre de aquel que le ofrecía un matrimonio sin sombras, una vida sin manchas, una honra sin eclipses, la estimación propia unida á la estimación del mundo y de las gentes. Si del primer arranque de su voluntad y del primer pensamiento de su inteligencia se dejara arrastrar, volviérase hácia Guido y dijérale que tornara al pié de los altares, y se unieran en el santo lazo desatado al impulso de la juventud y al rápido momento de arrebató. Mas en seguida se rehizo, y comprendió, á pesar de la perturbación en que cayera al torbellino de sus pensamientos, como, para escaparse á un amor imposibilitado de llegar hasta el matrimonio, no precisaba en ninguna manera, el hundirse en el extremo opuesto, en matrimonio sin amor. Acostumbrada á los combates múltiples de tempestuosa vida, tenía en su voluntad bastante fuerza y en su ánimo bastante entereza

janza de una águila que se encara con el sol; se irguió con toda la altanería propia de un orgullo rayano en soberbia; y dijo estas solemnes palabras.

—Os habeis aprovechado bien cruelmente de un minuto de debilidad, comprensible á los años que cuento, y tras las amarguras que sufro. Me habeis ofendido creyéndome capaz de doblegar mi virtud á una pasión criminal, porque la he confesado en los desvanecimientos de un vértigo. Pero aun tengo la conciencia bastante luminosa y la voluntad bastante fuerte y la palabra bastante clara para deciros que antes que á vuestros brazos, me entregaré en brazos de la muerte. Renunciad, pues, á todas esas esperanzas insensatas que no lograrán jamás ni someter mi virtud ni empañar mi honra. Adios para siempre.

Y Lucrecia se levantó con serena majestad, saludó con profunda reverencia, y corrió con precipitación para ganar la puerta de la galería que daba al interior del Convento, cuando la detuvo y casi la petrificó en mitad de su carrera una voz que resonara en el otro extremo, en la puerta que daba al exterior, y que dijo en tono de solemne anuncio este nombre:

—El caballero Guido de Montaperto.

CAPITULO XII.

La confesion.

La pobre Lucrecia no huía tanto del fraile Filippo como de sí misma. Las exaltadas palabras pronunciadas por el artista, le revelaron claramente, no ya el amor que éste la profesaba, sino el amor que ella misma sentía. Y al verse tan desgraciada en el fondo de su conciencia, tan caída de la propia estima en la soledad del interior aprecio, tan cambiada y trasfigurada por aquel afecto imposible de satisfacer, según las leyes religiosas y morales, á cuya observancia ajustaba enteramente su vida, corrió como quien huye de voraz incendio, no sabiendo sin duda que llevaba el fuego, á cuyo siniestro respiandor se conmovía hasta aterrarse en la profunda intimidad del alma. Y á mitad de aquella vertiginosa carrera, una voz que pareció á su oreja aturdida por el oleaje de sus pasiones, voz sobrehumana, la detiene recordándole el nombre de aquel que le ofrecía un matrimonio sin sombras, una vida sin manchas, una honra sin eclipses, la estimación propia unida á la estimación del mundo y de las gentes. Si del primer arranque de su voluntad y del primer pensamiento de su inteligencia se dejara arrastrar, volviérase hácia Guido y dijérale que tornara al pié de los altares, y se unieran en el santo lazo desatado al impulso de la juventud y al rápido momento de arrebató. Mas en seguida se rehizo, y comprendió, á pesar de la perturbación en que cayera al torbellino de sus pensamientos, como, para escaparse á un amor imposibilitado de llegar hasta el matrimonio, no precisaba en ninguna manera, el hundirse en el extremo opuesto, en matrimonio sin amor. Acostumbrada á los combates múltiples de tempestuosa vida, tenía en su voluntad bastante fuerza y en su ánimo bastante entereza

para luchar con todos los enemigos que le salían al paso y salir incólume, guardando la pureza de su sér y la claridad de su conciencia. ¿Por qué no conjuraria aquel amor, imposibilitado de sancionarse por el matrimonio, como venciera y desbaratara el matrimonio sin amor? Detúvose, pues, á mitad de la galería, detúvose anhelante, cual si no pudiera respirar su pecho, y quedó aterrada como si hubiera descubierto una vision sobrenatural su alma. Los ojos errantes, los labios vibrando, la color demudada, trémulo todo el cuerpo anunciaban bien cuanto sufría su espíritu.

Y formaban los diversos grupos vistosísimo cuadro en aquella galería. Hacia el centro la tabla medio comenzada, á cuyo lado se veía al pintor eruido, con la cabeza sobre el pecho, los brazos tendidos con aparente desmayo, el pincel á las plantas, mirando á Lucrecia con la candidez del niño que ha pretendido coger una mariposa, y la ha visto escaparse en rápido, inconstante vuelo á sus activas manos: cerca ya de la reja, que daba al interior del Convento, Lucrecia, vestida con su traje pintoresco de modelo, coronada con su mística aureola de vírgen, y suspensa en la incertidumbre de su ánimo entre contrarios pensamientos: en el extremo, que al Monasterio se avvicinaba, Berta con sus tocas de monja, resaltando entre el oscuro enverjado de las celosías, ansiosa por saber el sentido oculto de toda aquella escena, cuya gravedad adivinara por los ademanes que había visto, y sin necesidad de oír las palabras, mientras al otro extremo, hacia la puerta que al exterior se avvicinaba, Guido ornado con todas sus preseas de caballero, extático á la presencia de su amada, como un místico á la vision beatífica, y al lado de Guido, el escudero Gasparo riéndose de todo y de todos como esas grotescas figuras cinceladas al pié de los bajos relieves religiosos por los escultores de la Edad Media.

El silencio por algunos momentos fué grande y correspondiente al embarazo de todos; pero lo interrumpió Guido, á quien Gasparo tiraba de la manga para que dijese alguna cosa y sacase á los circunstantes de tan crítica y dificultosa situación. En efecto, adelantóse desde el extremo de la galería al centro como por máquina.

—Filippo.

Fué la única palabra que murmuraron sus labios.

—Señor.

Contestó Filippo, exclusivamente por contestar algo, pues no sabía qué hacer ni qué decir á la vista de Guido y á la fuga de Lucrecia.

—¿Y el retrato?

Dijo á su vez el caballero al fraile maquinalmente sin pensar ni saber lo que decía: tan absorto se encontraba en la contemplacion de Lucrecia.

—¡El retrato! La Piora.....

—Me lo habia ofrecido.

—Es verdad.

—¿Por ventura, señora, exclamó adelantándose á donde estaba Lucrecia, habreis continuado en vuestra crueldad conmigo? No contenta con privarme de esa mano que creí merecida á mi constancia, ¿me privareis ahora de un recuerdo necesario á mi existencia?

—Sé en este momento por vez primera, dijo Lucrecia, repuesta de su turbacion por el imperio que ejercia sobre sí misma, vuestro deseo, que os agradezco profundamente, pues si he renunciado á vuestra mano por fidelidad á mi corazon y á mi palabra, no he renunciado á vuestra estima. Y os digo ahora mismo, con la lealtad propia de mi franco natural, que resueltamente me negara á vuestra demanda, en cualquiera ocasion que la hubiera sabido. Un retrato prenda suele ser de afectos que no reinan, que no pueden reinar en nuestros pechos. Despues de todo cuanto aquí ha pasado, parece lo mas saludable un prudente olvido, que á vos y á mí nos preserve de esta afliccion, de la continua vuelta con los ojos del pensamiento á tiempos desvanecidos y á hechos de todo punto pasados y cuyas consecuencias debeis creer irreparables.

—Por cruel os tuvo; mas no creí que llegarais á tanto. Altiva como la diosa del paganismo, que se imaginaba elevada sobre el amor, me desdenasteis sin piedad. Vivo, me he hundido en el palacio de mis abuelos, tan triste y frio como sus fúnebres panteones, y que yo anhelaba poblar en vuestra compañía de amor y de esperanzas. Y ahora me negais un último consuelo. No considero ese corazon tan yerto como un cadáver. Le tengo por inflamable al amor universal que está esparcido en las almas, á manera del éther en los espacios. Y algun día amareis. Y el amar, la sombra de este sér desdeñado nublará tanta felicidad, porque me habeis podido arrebatarme vuestro afecto, mis esperanzas, las ilusiones forjadas en la seguridad de lograros; pero no me arrebatareis jamás el amor que os tengo y los celos en que este amor me abrasa. Desconozco quien os ama y á quien amais; aunque por vuestra letal hermosura, si creo á mi propio corazon, colijo que cuantos puedan veros, de seguro os quedarán rendidos. Pero si algun día descubro vuestro amado, el sér preferido por ese corazon, mas duro á mis quejas que las piedras, lo perseguiré con mis odios, le acosaré con mis iras, le abriré su seno con mi puñal, le sacaré las entrañas humeantes con mis manos para dárselas á mis perros de caza y me encarnizaré hasta en sus restos frios como una hiena hambrienta.

Guido y Lucrecia hablaban cual si nadie los viera ni los escuchara. Entregados á los afectos propios del choque de sus almas, en este encuentro parecian como si estuvieran solos. Pero Filippo, á quien de tal manera interesaba cuanto allí sucedia, dábase á un regocijo sin límites cuando Lucrecia hablaba de su firmeza en rechazar los halagos de Guido; recogíase dentro de sí mismo, solicitado por su instinto de conservacion al oír las reconcentradas iras con que los celos le amenazaban furiosos, y le per-

seguián en su empeño de captarse el corazón de Lucrecia. Deslumbrado un momento por la separación de su amada; con esa facilidad que tenía para pasar desde las pasiones más alteradas de los hombres al candor más ingenioso de los niños, y desde la exaltación guerrera á la ternura femenil, ya franco y ya taimado, á veces impetuosísimo como un león, y á veces astuto como un gato, trazaba en su mente con toda rapidez el doble plan á que lo comprometía su suerte para lograr la satisfacción de sus pasiones, y preservarse de las asechanzas que debían dirigirle la rabia de los celos. Así no osaba respirar siquiera por no perder ni un eco del diálogo entablado entre Lucrecia y Guido, en que materialmente jugaban ambos sin saberlo con su corazón vivamente enamorado. Y las palabras que más le alteraron fueron las siguientes de Lucrecia, reveladoras de pena que le entristecía el ánimo, y de resoluciones que contrariaban todos sus deseos. Mientras la joven las decía, entrábanle por los oídos del artista como para traspasarle el pecho. Un sudor semejante al sudor de la última agonía le bañaba todo el cuerpo; los ojos le saltaban en las órbitas como si le reventaran para deshacerse en mares de lágrimas; sacudíale un temblor tal en todos los miembros que le rechinaban los dientes; á través de su hábito, se le veían doblarse las rodillas; mortal palidez, tirando al verde lívido de los cadáveres, le teñía el rostro; y una especie de espuma, como si el corazón se le hubiera partido en pedazos, le asomaba á los cárdenos labios. No era para menos, porque Lucrecia decía estas palabras:

—Ignoro si puedo amar ó no; lo ignoro, porque nunca me he atrevido á preguntárselo á mi propio corazón, temerosa de su respuesta. A pesar de esta ignorancia conozco que tiene cada ser su inclinación predominante en la naturaleza propia y su estrella fija en el apartado cielo. ¡Ah! la mía, el punto luminoso que precede á mi destino, buscándome á través de la tierra como la retina de algún genio invisible que nunca se cansará de mirarme, se ha ensañado conmigo y me ha puesto en trance de sentir solamente crueles y acerbísimos dolores. No, no puedo esperar la felicidad sobre la tierra. Una fuerza incontrastable me separa de toda esperanza y de todo amor como esas olas interpuestas entre dos naufragos anhelantes de abrazarse, y que les impiden hasta la última satisfacción en su agonía, hasta la satisfacción de morir unidos. Como sucede á cuantos de la vida humana se disgustan, y creen que todas las cosas terrestres saben á hiel, me apresuro á enterrarme viva. Cálmense vuestras aprensiones, cáiganse vuestros celos; esta pobre mujer no será de ningún mortal ya en el mundo. Dentro de poco oiréis tañir una campana como plañendo á un muerto; vereis pasar una procesion como acompañando á un cadáver; asistiréis á misa que el claustro llamará de gloria eterna y yo de cuerpo presente; todas mis galas quedarán colgadas como recuerdos de otros tiempos ya pasados y como trofeos de otros combates ya perdidos; y mientras caiga mi cabellera á los pies y ascienda el in-

cienso á la cabeza, como volviendo á la tierra todo cuanto hay en mí de terrenal y á Dios todo cuanto hay de divino en mí, me arrodillaré perpétuamente á esperar la muerte sobre las losas funerarias de los pavimentos, como esas estatuas rígidas que á las puertas de las catedrales góticas se levantan, esperando de rodillas el momento supremo de la última hora y del último juicio.

—Cuánta retórica gastan estas mugeres florentinas, dijo Gasparo al oído de Filippo, para decir una cosa tan sencilla como que van á meterse á monjas.

Fra Filippo no oía nada. Rechinaban sus dientes, crispábanse sus manos, iban y venían ideas confusas á su cerebro, y sus labios murmuraban involuntariamente esta frase amarguísima:

—No realizarás tales propósitos porque lo impediré yo.

—Lucrecia, vais á ser esposa del Señor; ya que no mía. Mucho trabajo me cuesta; pero me resigno al cabo, aunque tristemente. No creáis que dejo de tener celos. Con el rival que me opondéis no hay combate posible. Mas que fuerte, omnipotente, no puedo ni contrastarlo, ni herirlo, ni vencerlo. Suya es vuestra vida; se la devolveis en flor: nada tengo que deciros. Mas observad como se necesita de toda la omnipotencia divina para vencerme. Dios me vence pero solamente Dios; porque mi entendimiento no ha caído en la demencia que aqueja á mi corazón, y no se arriesga ni puede arriesgarse á un combate inútil aunque me arrastrarian hasta combatir con Dios mis instintos. Aquí, á la puerta del claustro os lo digo, con el derecho que me da sobre vuestra vida mi dolor, si amáis á un mortal, ¡ay de vos, ay de vuestro amante!

—Permitidme, dijo Lippi; intervenir en una conversacion que por el tono que habeis ambos á dos empleado parece una pública disputa. La naturaleza humana no puede prescindir de interesarse por una ú otra tesis en toda controversia, por una ú otra persona en todo conflicto. Comprendo el amor que habeis sentido, y lo respeto. Comprendo el que sentireis ahora, y lo compadezco. Mas una observacion os dirigiré sin rebozo. Desde el punto en que roto vuestro matrimonio antes de consagrarse, ningún derecho os queda sobre Lucrecia, no teneis razon para impedirle otro afecto é interponeros con esas amenazas entre los deseos de su corazón y las satisfacciones de estos deseos.

—¿Qué entendéis vosotros, los frailes, de amor? ¿Qué entendéis, vosotros, los pintores, de mundo? No tendré razon; pero no busco la razon ni la invoco. Bástame con tener fuerza y creo que la tengo. Me la dará incontrastable mi sed rabiosísima de venganza. Sí, vengarme con estrépito. No podría ocultarse á mi cólera quien pudiera gozar de una delicia que para mí solo he querido y no he logrado.

—No batalleis en vano, dijo Lucrecia con señalada intencion y recalcando sus palabras con verdadera gravedad. A nadie reconozco por juez de

mi corazón sino á mi conciencia. Nadie puede dominar mis pasiones sino mi propia voluntad. Dejaos, pues, Montaperto, de querer que remontemos la corriente de la vida rápidamente impulsada por el destino hácia la eternidad. Lo sucedido en San Juan de Florencia no tiene ya remedio. Y vos, Filippo, que no me conocéis, dejad de mirar á lo porvenir como Guido mira á lo pasado. En los conflictos de la vida conozco lo que debo hacer y lo haré. Antes que empañar el alma venida de Dios y á Dios destinada sabré morir. Mi religión me impide el suicidio y me ofrece el claustro, Pues al claustro iré y me tenderé viva sobre sus losas frías para dormir el sueño eterno, como despierta me tiendo diariamente sobre el lecho para dormir el sueño de todas las noches. No me quejo de la fatalidad que me abruma; la admito, sí, triste, resignada. Mas no queráis moverme de un lado á otro, arrastrarme de aquí para allá con vuestros pensamientos. Para escapar á lo pasado entré en el claustro; para conjurar lo porvenir, en el claustro me quedo.

En esto apareció por la puerta de la galería, que daba á la calle, el hermano Serafin, seguido de sus pobres. Un niño mocosito y sucio le tiraba de los pliegues del hábito; un cojo, que apenas podía andar, se apoyaba en su brazo izquierdo; un ciego cuya cara de pascua contrastaba con los ojos vacíos, se apoyaba en el brazo derecho; cuatro ó cinco lisiados le tendían las manos en demanda y requerimiento de limosnas; dos mujeres llorosas le pedían medicinas para sus hijuelos enfermos, y dos beatas, oraciones para sus almas pecadoras. Nadie más pobre en bienes que el hermano y nadie más rico en dones. La voluntad de hacer bien tiene innumerables recursos, mientras la voluntad de hacer mal encuentra límites de los cuales no puede pasar, como por ejemplo, las sombras del sepulcro y el hielo de la muerte. El bien es infinito como Dios; y el mal limitado porque nace del límite mismo. La voluntad de hacer bien tiene igual virtud que el bien, tiene una intensidad infinita. Serafin, pobre por su casa, pobre por su religión, se levantaba todos los días como el ave que aguarda el granillo arrastrado por el viento, ó como la flor que aguarda el rocío llovido por los cielos. Nada tenía al amanecer pues para sí nada necesitaba. Pero necesitaba, más que para sí, acostumbrado á comer un pedazo de pan duro y á beber el agua cojida á los torrentes en el hueco de la mano, necesitaba para los demás con vivísima necesidad. Ora le hacía falta un vestido para el huérfano desnudo, ora una medicina para el enfermo desahuciado, ora una dote para la muchacha casadera, ora una vivienda para la viuda pobre, siempre algún alivio, algún consuelo, algún lenitivo para los males humanos, á fin de llevar reverberaciones de los altos cielos á los infiernos de la baja tierra. Así es que sacaba con la influencia ejercida por su virtud, beneficios múltiples de los senos de la riqueza y los descargaba como próspera lluvia, sobre la estéril miseria. Y de esta suerte movía los corazones de los

ricos á la beneficencia, los corazones de los pobres al agradecimiento; y derramaba en torno suyo verdadera copia de bienes. Cuando entró tan sereno, en los remolinos de pasiones levantados por el choque de tantos sucesos como agitaban el alma de los principales interlocutores, que departían en la galería, llevó, si no la serenidad completa, cierto alivio, cierto descanso, cierto desahogo á los corazones como suelen esos rayos de luna que en noche tempestuosa atraviesan las espesas nubes, y se retratan en las plácidas linfas, y, que sin ser la claridad necesaria, nos confortan y nos animan, anunciándonos que la luz brilla todavía detrás de las tinieblas. Desasióse, pues, con dulzura de sus pobres, dejándolos á un extremo de la estancia; dirigióse con ímpetu á Filippo Lippi, tomándolo de la mano para llevarlo á un rincón, y dijole rápidamente estas palabras:

—¿Qué has hecho? Infeliz.

—¿Cómo?

—Todo lo sé.

—¿Qué sabes?

—Tus burdas industrias para separarme de este sitio.

—¿Mis industrias?

—Ciertamente.

—¿Y qué?

—Que no puedes continuar un minuto en el Convento.

—¿Por qué?

—Porque todo el mundo está advertido de que no veniste por amor al arte, ni por amor á la religión.

—¿Y qué se me dá á mí?

—Y todo el mundo sabe que para impedir mi presencia aquí, has narcotizado á mi enferma.

—Lo habrá dicho el monago. Si le cojo, le mato, tunante.

—No está el mal en lo que el monago ha dicho, sino en lo que tú has hecho.

—¿Pícaro!

—No pienses en estar más tiempo aquí.

—Pues te aseguro que no puedo irme.

—Darás con tu cuerpo en un calabozo.

—Me tiene sin cuidado desde que dí con mi alma en el infierno.

—La pobre ha estado á punto de morir.

—¿Y qué me importa la muerte ó la vida de nadie, cuando de mis pasiones se trata?

—Al monago le encerraron en el cepo, á causa de haberse quedado la infeliz como muerta, en cuanto sorbió el caldo.

—Y allí en el cepo ha cantado.

—¿Pues no había de cantar?

—¿Y delante de mucha gente?
—Ya debe saberlo toda la ciudad.
—Pues sepan lo que quieran no me voy.
—Te pondrán á buen recaudo.
—Hagan lo que quieran.
—¿No te asusta una prision?
—No me asusta nada.
—A tí, Filippo, á tí, necesitado del aire, de la luz, del movimiento, de la libertad.

—¿Qué quieres? Cuando se llega á mi desesperacion, no se teme á la muerte.

Mientras Serafin y Filippo sostenian este diálogo, Lucrecia, por apartarse á las miradas de Guido, que le llegaban hasta lo más profundo del alma, entró en el locutorio donde la aguardaba Berta. Conmovida la pobre jóven por tantas emociones como la habian sucedido en aquella hora suprema, dejóse caer sobre el sillón de baqueta, y cubriéndose el rostro con ambas manos, se echó á llorar bien amargamente, sollozando con desgarradores sollozos. La buena monja, que viera moverse los personajes de aque la escena, accionar, gesticular, pero que no distinguia sus respectivas frases, encerrada en la celosa jaula, recogió en sus brazos á la cuitada, más por impulso de curiosidad, que por impulso de compasion ó de otro afecto.

—¿Qué manera de pintar es esa? decia. En mi vida he visto caso semejante. Segun os moviais, diríase que estábais en el teatro y no en el convento. ¡Jesús! ¡Qué fraile pintor nos ha venido! Ya me lo habian dicho las gèntes industriadas en las cosas de este mundo; ya me habian dicho que no dejaba hueso sano á ningun rival, que no perdona asechanza para vencer á todas las mujeres. De tal manera te miraba que temia verle avalanzarse á tí como el tigre á su presa, y devorarte. Estuve tentada de tocar á rebato, en mas de dos coyunturas. Ya tenia la campana en la mano, cuando ví entrar á Guido, y me aquieté porque no estábais solos. No llores, hija mia, no llores, que la Virgen desde el cielo, y yo desde la celosia, te hemos preservado de todo mal, y ya estás libre de las garras del fraile. Pero ¿á qué habrá venido tu desilusionado novio, el bueno de Montaperto? No tiene conformidad ninguna con la suerte que Dios le ha deparado. Miren qué empeño en perseguirte. Ya le dijiste cuanto habias de decirle, pues no tienes pelos en la lengua. Y debió oirlo y callarse como Dios manda, Y dejarte de su mano, como le habias dejado de la tuya. Pues no se descuelga con mala embajada. Que te prestes á retratarte para que sus ojos se gocen extáticos en la contemplacion de tu imágen. Ya le dije á la madre Abadesa, que en paz y gracia de Dios te dejaran. Mas la Madre Abadesa es de esas señoras á quienes todo le parece poco, tratándose de su Convento. Con tal

de meter aquí cuanto existe, meteria si la apuraban el diablo. Y se comprometió á obtener tu retrato, que ya le dije no podria nunca conseguir. Vamos, confórtate, y no seas tonta. Pelillos á la mar. Ríete de tanto moscardon y abejorro, y avispa como vienen á libar tu miel. Si en ese pellejo se encontrara la hija de mi madre ya habian de llorar lágrimas de sangre los que te hacen llorar á tí de esa suerte. El mundo abismo es de que debemos huir á toda carrera, y estudiar con toda profundidad. Si hubiera sabido por los rumores de lo que llaman chismorroteo como las gastaba Filippo, no te atraparán, no, para modelo. Y no habia sino aplicar el oído para oír el rumor. Vamos, ámate, y deja esos gimoteos á un lado: que nada han podido los milanos contra la cándida paloma.

—Berta.

Exclamó Lucrecia suspirando.

—¿Qué quieres, hija mia?

Dijo Berta.

—Que llamen al Padre Serafin.

—¿Para qué?

—Para que baje á la iglesia y me espere, pues necesito confesarme con él.

—Hum!

Dijo entre dientes Berta al oír este propósito de Lucrecia.

—¿Qué decís?

—Digo.....

—Qué.

—Que no digo nada.

—¿Pero hay algun obstáculo á cosa tan práctica y sencilla como confesarme con Serafin?

—Extrañarás naturalmente mis reservas.

—¿Pues no habia de extrañarlas? Tales emboscadas guarda el mundo que no osamos ni dar siquiera un paso.

—Luego me llaman chismosa.

—Hablad: que escucho atentamente.

—He notado una cosa gravisima.

—Qué?

—Que al Padre Serafin repugna siempre lo mismo decir misa que asistir al confesonario.

—¿Por qué causa?

—Averígüelo, Vargas.

—Nada teneis que decir del Padre Serafin.

—Ni yo ni nadie.

—Seguramente.

—Si algun hombre puede ostentar la santidad en este mundo es él.

—Tal creo.

—No hay pobre á quien no socorra, enfermo á quien no asista; desvalido á quien no provea, ni desgraciado á quien no consuele, siendo la caridad el primero y más vivo de todos sus sentimientos.

—Entonces.....

—¿Qué sé yo? No acierto con lo que en materias religiosas le sucede.

—¿Y qué ha de sucederle? Buena es la Inquisicion para dejar pasar la menor herejía á nadie y ménos á un fraile franciscano.

—Lo mismo digo yo.

—Por consiguiente, si el holocausto mas acepto á Dios es un corazon virtuoso, y Serafin lo tiene, á Serafin me atengo y deseo en mis tribulaciones descargar el corazon apenado mio sobre su corazon y confiarle todos mis dolores, para que sus oraciones me abran los caminos de la gloria y sus consejos me preserven de las asechanzas de la tierra.

—Pues llamémoslo en buenhora.

—Decidle que me aguarde abajo, en la iglesia, hácia el primer confesionario de la derecha.

Y apoyada en el brazo de Berta dirigióse Lucrecia á su celda. Aguardábala á la puerta; pero inquieta, muy inquieta, Brígida en persona.

—¿Qué pálida!

—Me he puesto enferma.

—Mi hija, mi estrella no puede servir para ese bajo oficio de modelo, impropio de su rango.....

—No digas tonterías; lo que por gracia se hace, no constituye oficio.

—Ahí la tienes, Brígida, cuidala mucho, que la cercan y la amenazan bandadas de milanos.

Dijo Berta.

—No teneis que decírmelo. Ya lo habia adivinado. Aquel frailuco me traia á mal traer. No queria retratarla sino comérsela. No se ha hecho la miel para la boca del asno.

—Déjate de simplezas y vamos adentro.

Le dijo Lucrecia.

—Cúmplase esa imperiosa voluntad.

Respondió Brígida.

Y Berta tomó el camino de su celda, dejando á Lucrecia con Brígida.

En cuanto la dueña quintañona y la jóven florentina se vieron solas, pidió ésta que la descinera de todos aquellos atavíos y la vistiese su sencillo traje de estameña blanca. Y en cuanto se habia ceñido el traje, y echádose un velo sobre la cabeza, rogó que la dejara sola. Y apenas la habia dejado, arrojóse á los piés de una Virgen de Fra Angélico que, rodeada de Serafines y vestida de vivos colores, se destaca con sereno misticismo de aquel fondo áureo de sus cuadros, parecido á éther condensado. En cuanto fijó

sus ojos turbadísimos en los serenos de la Virgen Madre, creyóse reconvenida por una severa mirada, distinta de la dulce y amorosa que antes le sonreía. Y á esta reconcion ideada por sus remordimientos, un rio de lágrimas corria por sus mejillas y suspiros de dolor intensísimo se escapaban de su pecho.

—Virgen Madre María, dijo, quisiste que mi alma fuera un matiz de tus cielos y yo me compuse de suerte que ha sido una sombra de los abismos. Depositaste en mi pecho vivo instinto que pedia la union de la virtud con el amor; y loca de mí he tenido á empeño divorciarlos. Un amor sacriégo abrasa mi sangre y calcina mis carnes. Un fraile, unido por votos irrevocables con la Iglesia, se ha llevado este corazon que los primeros jóvenes de Florencia no pudieron nunca llevarse. Deten el brazo de tu Divino Hijo para que no pueda confundirme cuando me oiga decir que amo al que no puedo lograr, y que le amo ¡ay! con toda mi alma. Si me dejara llevar del ardor de mi sangre, del ímpetu de mis instintos, del llamamiento de mis deseos, ahora mismo daria por unas horas pasadas en sus brazos toda la eternidad. Conozco, Virgen Santa, que debería abrirse este suelo y tragarme, para no soportar un sér tan miserable y pecaminoso como yo; lo conozco y lo confieso. Por eso vengo de rodillas á tí, en busca de auxilio. Por eso me acojo á tu manto, providencia de los desamparados, para que llegue á libertarme de este naufragio. Yo pelearé cuanto pueda por no tropezar ni caer. Mis ojos de carne siguen al hombre á quien amo con la misma fatalidad que sigue al sol el girasol; pero mi conciencia se levanta aun sobre todas estas perturbaciones, diciéndome dónde está el mal, y mi voluntad se siente con fuerza bastante, no solo á combatir, sino tambien á vencer. Madre mia, ayúdame en mi tribulacion. La mirada le sigue, los labios le invocan, el corazon le ama, el deseo vuela en torno de la llama de aquellos ojos con verdadera ansia de abrasarse, pero la voluntad aun se tiende hácia tí para gritarte: sálvame por piedad, sálvame, María.

Aun no hubo terminado esta oracion, cuando sonaron ciertos golpecitos á la puerta de la celda, para anunciar que Serafin aguardaba en la Iglesia. Enjugó, pues, Lucrecia los ojos, reprimió los suspiros; y á la Iglesia se dirigió inmediatamente con ánimo de confesar sus culpas y pedir la absolucion necesaria. La tarde comenzaba á declinar. Por las ventanas de Poniente veíanse reverberar esos rayos del sol en su ocaso, que, á pesar de enrojecidos y arrebolados, llevan consigo mortal tristeza. Por el pié de las pilastras, por las losas del pavimento, por las peanas de los altares, ya se extendian y se espesaban las sombras de la noche, mientras por las altas ventanas, resplandecía el sol con reverberaciones y reflejos de incendios. Un místico creyera ver dos mundos sobrenaturales compenetrándose y uniéndose por

medio de sus fantásticos límites, mucho más, si á los reflejos de aquella mezcla extraña de luz y sombras viera los ángeles aumentados por el crepúsculo, y los santos mal envueltos en las tinieblas, y los bronces áureos brillando como con toques de fuego entre la oscuridad, y los signos místicos realzados por el tono del ocaso y por los centelleos de las lámparas. Lucrecia andaba con el pensamiento absorto en su amor, y la voluntad empeñada en combatir al pensamiento. Cuando entraba por la puerta del claustro sumido en la oscuridad, los murciélagos levantábanse en tropel anunciando la noche, y los ojos de un buho relumbraban en las tinieblas como si fueran pavesas de fuegos fátuos, ó rayos fosfóricos que despedían los huecos ojos de las funerarias estatuas en nefastas miradas. Al punto de arrodillarse en el confesonario, una calavera cayó de alta repisa y rodó á sus piés, resonando con siniestra resonancia en el vacío hueco de las tumbas. Todos estos accidentes, unidos á las tristezas interiores de su pecho, helaron el alma, y la condujeron yerta, como si estuviera en el último trance ó en la última agonía, al pié de su confesor.

—Alabado sea el Santísimo Sacramento.

Dijo Lucrecia santiguándose.

—Alabado sea el Padre, alabado sea el Hijo, alabado sea el Espíritu Santo.

Respondió Serafin á la fórmula mística de Lucrecia.

—Para siempre sean alabados.

Repuso la penitente.

—¿Qué pides?

—Pido confesion.

—Tu culpa tenia tal magnitud, que no podias aguardar á mañana para confesarla.

—Tal magnitud, que si no descargo esta tarde mi conciencia, y no pido su perdon á Dios, creo que me muero en esta misma noche, y muriendo en pecado mortal, creo que me pierdo y me condeno para siempre.

—Hija mia, puesto que crees en que una criatura mortal como yo, puede dispensar la divina misericordia, habla y busca en tus propias creencias el descanso y la tranquilidad que necesitas.

—Padre, Padre mio.

Y Lucrecia no pudo decir más que estas palabras, ahogada terriblemente por el resuello de su pecho despedazado casi al estallido de los sollozos.

—Llora, hija mia, llora cuanto quieras. El llanto ablanda la estéril acerbidad de nuestras penas. Dios lo concede á los suyos, porque ese y no otro, es el océano á través de cuyas ondas hay que llegar hasta el celeste puerto.

—Muchas penas he sufrido; ninguna tan intensa como el dolor que ahora siento. Y su intensidad depende de que nunca he perdido como ahora lo que constituye la primera entre las felicidades posibles en esta vida, la propia estimacion.

—No lo creas, hija mia, no lo creas. Si fueras tan desgraciada, si perdido hubieras la estima de tí misma, comenzaras por perder la luz más viva y más necesaria, la luz de la conciencia. Cuando en la deshecha tempestad que corres, todavía la conservas, sin duda alguna es porque no has caido en el profundo infierno que imaginas. Dentro de nosotros mismos, cuando se empeñan combates formidables entre nuestra conciencia y nuestros instintos, hay muchas fuerzas, muchísimas en el bien para prevalecer y triunfar, hay mucho calor en la conciencia para desvanecer las nubes que puedan oscurecerla. Si el naufragio es tan desesperado; si terrible ola de hiel pasa sobre tu cabeza; si te crees cercana á perderte, llama á Dios, pues el que oye hasta el rumor de los insectos perdidos en el polvo, escuchará tu queja y acudirá amoroso á tu llamamiento. Muchas veces tropezamos y caemos, porque sintiéndonos huérfanos, sentimos tambien que nuestra suerte será indiferente allá en las alturas donde se escriben con signos de estrellas los humanos destinos. Hija mia, no estás, no, huérfana; te asiste la Providencia de los mundos, el Padre de las almas.

—Oidme, oidme, Padre mio. Apasionada por mi natural, creí que la pasion de las pasiones daba la dicha en el mundo; y nacida en una familia honrada y honrosa, creí que á la pasion debia unirse estrechamente el honor. Amar y ser amada, tal me parecia el secreto de la felicidad en esta vida; amar y ser amada de suerte que no bajásemos avergonzados la cara ante las gentes y no tuviéramos que arrepentirnos confusos y doloridos ante Dios. Del seno de mi alma, con ideas de la conciencia, con sentimientos del corazon, con ilusiones de la fantasía compuse un sér ideal, una especie de ángel custodio, que viviendo en mí, conmigo iba á todas partes; cuyas alas más etéreas que la idea, formaban como un velo sobre mi frente; cuyos ojos, más vívidos que la luz, me guiaban por los senderos á la tierra; cuyos labios, más armoniosos que las auras, cantaban una melodía celeste en mis oídos; y cuya imaginacion, más fecunda que la naturaleza, trazaba en los horizontes de mi vida deslumbradores celajes poblados de santas y consoladoras esperanzas. Para mí el vivir consistia en hallar el sér con quien soñaba continuamente mi alma. Para mí el hombre á quien amase, debia corresponder con el ideal que acariciaba. Se presentó á pedir mi mano un caballero cumplido, un noble digno de su ascendencia, un potentado lleno de riquezas que podia darme todos cuantos bienes anhelar puede la mujer, menos el amor, y lo rechacé; primero, porque deseaba amar, y despues porque no correspondia al ideal de mis ensueños. Así es que la imaginacion preferia una especie de

fantasma misterioso, el cual rondaba mi calle y se relacionaba ó correspondía con el sér fantástico engendrado por mi pensamiento. Y horrorícese, Padre mio, de mi culpa. Sabed quien correspondió al ideal en mi corazón. Sabed de quien estoy enamorada. No me atrevo á decírmelo á mí misma, cuanto más á confesarlo á mi confesor. El ángel de mis ensueños fué en la realidad un demonio de los infiernos. Me enamoré, me enamoré perdidamente del más extraviado de los artistas, del más diabólico de los hombres, del más voluptuoso de los frailes, me enamoré perdidamente de Filippo Lippi. El ideal de amor y de poesía se desvaneció, y lo sustituyó ese hombre que me inspira una pasión demente. Cuando le veo, caeria en sus brazos rendida, si no me contuviese y no me agarrase como del cabello la fuerza de mi conciencia. Cuando está ausente, mi idea le fija y le dibuja á mi lado como si fuera realmente sombra misma de mi sér. No le he entregado mi cuerpo, como le he entregado mi alma, porque Dios me ha sostenido y me ha ayudado en esta terrible porfía. Mi inteligencia se ha fijado en él, mi deseo le ha seguido á todas partes, pero la voluntad, más firme y más señora de sí misma, ha logrado apartarme de su lado y conservar mi virtud. A pesar de esto, no me hallo satisfecha de mí misma. El pensamiento peca, y vengo á confesarme que ha pecado el pensamiento. El deseo falta, y vengo á decir que mi deseo sigue con anhelo á ese hombre. La voluntad se mueve, aunque no se mueva el pié. Para defenderme y salvarme, no me queda otro remedio sino recluirme en el claustro y aceptar los votos religiosos como un suicidio, y el velo de las vírgenes del Señor, como un sudario. Padre mio, aconsejadme y sostenedme en este combate, en el terrible y porfiado que empeño conmigo misma. Aconsejadme y sostenedme por compasión, por caridad, por amor de Dios.

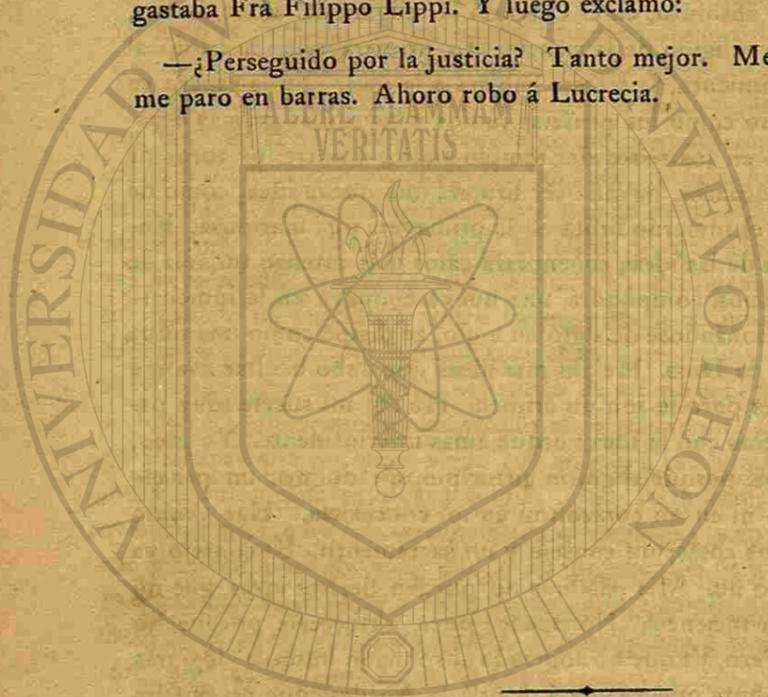
—Lucrecia, te he oído hasta el fin con dolor creciente en el corazón y con tristeza infinita en el alma. El ángel de la luz, Lucifer, que brotara en el éter immaculado, que asistiera á la creación divina, que escuchara la cándida plegaria de las cosas recién creadas, no se acordaría en los infiernos de los primeros soles aparecidos en los espacios, de las primeras armonías producidas por los mundos sobre sus ejes, de la primera luz que volaba por lo infinito, como debías acordarte tú de la antigua virtud y de la immaculada inocencia de tu alma. Has caído con el deseo, con el pensamiento, con la fantasía, pero no has caído con la voluntad. La idea, independiente de tu albedrío, se ha viciado. Pero no ha viciado el albedrío mismo. Ruégale, pues, á Dios que te aparte esa idea de la mente; y sigue y persevera en tu voluntad de ser casta y pura, como la luz de los cielos que pasa por el barro y no se mancha. Sepárate para siempre de Filippo y no vuelvas á verlo, porque, quitando la ocasión, también quitarás el pecado. Mas no vayas á enterrarte perpétuamente en el claustro. Yo te he oído como un amigo á una amiga;

y no como un confesor á una penitente. En presencia de Dios, en este momento de expansión, debo decirte que mi religión, teniendo en su fondo la tuya, no es tu propia religión. Mira, el hielo que en los altos Apeninos blanquea, el arroyo que del hielo fluye, la niebla que del arroyo se evapora, son agua en esencia, y no son sin embargo una sola y misma cosa. Para mí la religión ha debido tener estos mismos tres modos de ser. En el Sinaí ha sido la religión del sér absoluto, en el Calvario la religión del amor divino, en el Paraceto será la religión de la ciencia. La primera religión habló al sér, la segunda al sentimiento, la tercera hablará á la idea. Yo la esperé en el seno del Cristianismo como los profetas judíos y las sibilas griegas esperaban el Cristianismo en los senos del templo judío, y entre los coros de los dioses paganos. Entonces, de cada sér brotará una nueva idea, como de cada larva dormida en el invierno brota en la primavera una mariposa. Entonces el brillo intenso de las ideas engendrará calor más intenso todavía de vida. Entonces la creación compondrá una nueva epopeya en la inmensidad, hasta que, perfeccionándose de siglo en siglo, se disipe como una nube de incienso en el seno de Dios. He ahí mis ideas que debo ocultar avaro á los ojos de los mortales porque son un crimen. Hé ahí mi suerte muy parecida á la tuya. Tú pecas con la idea porque amas interiormente. Yo pecho, al revés, con los labios, porque digo un principio, un dogma, un pensamiento que no habitan ni en mi corazón ni en mi conciencia. Has venido á mis piés buscando dos cosas; un consejo y un sacramento. El consejo ya lo tienes: el sacramento no. Mis palabras no pueden decirte ideas que no estén fundadas en mi conciencia. No puedo, pues, absolverte porque no creo en la confesión. Pero, ya que no logras la absolución buscada, lograrás la completa defensa. Ahora mismo voy á decir á la Abadesa que no puedes servir de modelo á Lippi, y voy á decir á Lippi que no te volverá á ver jamás. Hija mia, ruega al cielo para que tu mente recobre su antigua claridad, y para que tu albedrío conserve toda su firmeza. Y te bendecirá el Padre, y te bendecirá el Hijo, y te bendecirá el Espíritu Santo.

Y Serafin se levantó, dejando á Lucrecia sumida en proceloso mar de confusión, pues no esperaba la revelación oída, después de la cual érale imposible acercarse á la comunión, suceso que debía extrañarse mucho en el Convento. Así es que volvió la pobre jóven, apenadisima á su celda, sin el consuelo deseado, y se encerró, no solo por perseverarse de tantas asechanzas, sino también por recogerse en su dolor y en su angustia. Serafin se dirigió á Lippi, y le dijo con imperio que Lucrecia no volvería á ser su modelo; se dirigió á la Priora y le dijo que Lippi no podía pintar más en el Monasterio, noticias que desagradaron altamente á Su Maternidad. El bueno del fraile carmelita estuvo á punto de tirar por las ventanas de la galería al santo fraile franciscano. Pero se reportó por el respeto que le inspiraba

su virtud; y se fué. Y como al salir le esperaran varios alguaciles y corchetes para llevarle al tribunal requerido por el escándalo armado á causa de la dichosa taza de caldo propinada á la enferma por el monago, desahogó en ellos su mal humor. En abierta lucha, y á trompicones, cerró con todos y á todos aporreó, sacando sus tres perseguidores, el primero la cabeza rota, el segundo la paletilla izquierda hundida, y el tercero reventado un ojo, que así las gastaba Fra Filippo Lippi. Y luego exclamó:

—¿Perseguido por la justicia? Tanto mejor. Me conviene. Ahora no me paro en barras. Ahoro robo á Lucrecia.



CAPITULO XIII.

El rapto.

Filippo se salvó de tantas asechanzas por sus ímpetus, y se refugió en apartada vivienda. Uno de sus parientes, que habitaba en Prato, y cuyo parentesco nadie conocia, le dió asilo. La separacion del mundo y la soledad del retiro, avivaron aun con mayor viveza su único deseo; el rapto de Lucrecia. Millares de ideas, á cual mas disparatada, pasaron por su mente; y millares de proyectos, á cual más insensato, puso por obra, sin que lograra tan descabellado intento. Cerradas las puertas de Santa Margarita para él, desde las revelaciones de Serafin á la Abadesa; toda astucia le era inútil, y necesitaba con necesidad incontrastable recurrir á la fuerza. Cinco ó seis veces intentó escalar el Monasterio; y cinco ó seis veces topó con la imposibilidad de tomar tamaña fortaleza, ni burlar sus puertas y cerrojos. Volvió, pues, á sus antiguos hábitos, á sus paseos fantásticos de media noche, sobre sancos altísimos, envuelto en pliegues de túnica rozagante, negros y blancos; mostrando una máscara, por la cual corrían alguna vez llamaradas de azufre; y aterró á los vecinos é hizo correr á los corchetes, sin conseguir algun resultado apreciable. Cuanto mas desvariaba en los arrebatos de su mente, mas desvanecía el logro de su empresa. Así tuvo que reducirse á esperar momento oportuno, y aunque no lo presentase la ocasion, jamás desistió de sus esperanzas. La corta estancia en el Monasterio le persuadió de que poseía el alma de Lucrecia; y esta persuasion le mantuvo en el tenaz empeño de robarla, y ser en sus brazos feliz.

Verdaderamente las ideas, las esperanzas, las ilusiones, los ensueños de la hija de Butti se iban por impulsos incontrastables en pos del jóven Fi-

lippo, amado antes de conocido por esa necesidad de amar que siente el corazón de la muger. Desde que le adivinó en las noches de sus misteriosas apariciones, le amó. En cuanto lo viera y lo tratara, este amor se convirtió en una pasión exaltadísima y voraz, de la cual no podía desasirse ni defenderse, y que trastornaba todas sus facultades y absorbía toda su existencia. Cuántas noches, mientras la Comunidad dormía, velaba la pobre enamorada, enferma del alma, por oír mezclados con el eco de las campanadas caídas desde la alta torre, los pasos del fantasma y las carreras de las rondas y los ladridos de los perros que le anunciaban paseos misteriosísimos de su amado. Sí, tras los largos insomnios, solía dormirse, asaltábalas toda clase de ensueños cuya materia principal se reducía al amor. Las flores que se abrían en su ventana, los pajarillos que piaban á los primeros besos de la luz, las gotas de rocío sobre las hojas trémulas de los árboles, hablábanle de la pasión universal en que arden todos los seres criados. El claustro con sus sombras; el altar con sus resplandores, el rayo de luz que reverberaban los altos vidrios, el centelleo de la argentada lámpara que se repetía en las áureas alas de los ángeles, los cánticos religiosos ascendiendo al cielo en las cadencias del órgano y en las espirales del incienso, en vez de traer en su mente los misterios de la muerte, traían los deliquios del amor. No podía mirar un cuadro, ni abrir un libro, ni rezar una oración, sin que surgiese por doquier la idea que alimentaba el fuego en cuyas abrasadoras llamas ardía, la idea de su infelicidad presente y de la felicidad que hubiera podido haber gozado en brazos de su amante. Esta pasión se hallaba, á pesar de su intensidad, combatida y contrastada por vivo sentimiento, por el sentimiento del deber. Comprendía que en el amor legítimo, y solamente en el amor legítimo, se cifraba su dicha. Para no sentirlo avivado por la razón, mantenido por la virtud, respetado por el mundo, no quería sentirlo de ninguna manera, y pasaba su vida en luchar contra sus instintos, apoyada fuertemente en su conciencia. Filippo, pues, no tenía ocasión alguna de ver á su amada, porque esta se defendía contra todo género de tentaciones á medida que arraigaba más y más en su pecho el amor.

No había pues, coyuntura alguna propicia á un encuentro entre Filippo y Lucrecia. Encerrada ella en su Convento, encerrado él en su escondite; retenida ella por el temor á su conciencia, retenido él por su temor á la justicia; no podían ya encontrarse, á pesar de que ni Lucrecia renunciaba á su amor ni Filippo á sus esperanzas. Por consiguiente hallábanse separados ambos amantes por abismos de todo punto insalvables. Por eso la idea de un rapto bullía en la mente del pintor. Y como no concebía idea que no realizase inmediatamente, puso por obra cuanto le sugirió su fantasía para cumplir esta gratísima á su corazón. El ardor de su naturaleza avenía mal con el hielo de la indiferencia; la vehemencia de sus deseos con la resignación fatalista. Pero ¿cómo llegar hasta Lucrecia? Cuánto se arrepenti-

tía de no haber aprovechado la favorable ocasión del cuadro y los instantes de soledad en la galería, para llevársela consigo y unirla á su suerte en el mundo, aunque hubiera sido por fuerza. Desesperábase al ver que una timidez, ajena á su temperamento, contraría á su impetuoso natural, incomprendible en sus costumbres, le encadenara al pié de aquella austerísima beldad y le impidiera saciar un deseo, cuya abrasadora sed no le dejaba vivir materialmente. Mas ¿de qué suerte poner la atrevida mano ahora sobre la guardada y escondida jóven? Muros impenetrables, hierros inflexibles, puertas dobles, cerrojos fortísimos, celosías triples guardaban á la cautiva, cuyo corazón también se fiaba más de aquellas materiales defensas que de su propia firmeza. No veía, pues, coyuntura ninguna que le pudiese ofrecer la consumación del atrevido rapto. Su rabia y su despecho no tenían límites, cuando vino una fiesta religiosa á ofrecerle el momento y la coyuntura que con tan vivo deseo anhelaba.

Prato es una de las más hermosas ciudades que en las fértiles llanuras de Toscana y á la vista de los montes Apeninos se levantan. Caudaloso río la baña y espesos bosques la adornan. El aire que baja de crestas tan empinadas y el sol que tiñe campiña tan varia, le dan verdaderos encantos. Son de ver en aquella inmensa llanura los recodos y serpenteos del Bizenzo; los huertos y vergeles donde viven eternamente las frutas y las flores; la mezcla de los verdi-negros olivos con las clarísimas y lustrosas moreras; las guirnaldas de parras sostenidas en los troncos de álamos; el pomposo castaño al par del luciente granado; la higuera de anchos pámpanos y el azofaifo que diríase de hojas doradas; todas estas bellezas de la vegetación contrastando con oscuras piedras de altas murallas levantadas para defensa de una inquieta democracia, en pugna abierta con sus vecinos, y cuya fuerza y riqueza se ven admirablemente en el contraste formado por los castillos y bastiones con los palacios magníficos y las ornadas y artísticas iglesias.

En el siglo undécimo, los embates de Florencia obligaron á los escasos habitantes de un montecillo, puesto bajo la soberanía feudal de guerrero conde, á dirigirse al llano, y en el llano, parapetarse tras fuertes muros, y confiar su defensa á los ímpetus de una verdadera democracia, premiada, en cambio de sus esfuerzos, por amplísimas y vivificantes libertades. Llamáronle á este sitio Prato por estenderse en todas direcciones una hermosísima pradera. Dos fuertes de muros levantaron en la ciudad, unos destinados á defender estrecha área, y otros destinados á más espaciosa y más amplia; resultado natural del crecimiento de la población y del número é importancia á que habían llegado sus fuertes pobladores. En estos dobles muros se ve su historia, verdadera geología social. El pentágono estrecho, de los primeros fundadores; las grandes fortalezas, que elevara el custodio de aquellas democracias; el Emperador, y su palacio imperial del siglo déci-

mo-tercio; las construcciones municipales que á un tiempo parecen viviendas y bastiones; los fosos que la agua del río llenaba, cavados precipitadamente en el siglo décimo-cuarto al horror que producian las irrupciones de Castruccio; la ciudadela elevada á expensas de los florentinos, cuando recibieron la ciudad como un predio, de manos de la reina de Nápoles, Juana, á quien cándidamente se entregaran los ciudadanos, creyendo libertarse de sus competidores vecinos; el castillo que alzara antes el Emperador Federico II, puesto en comunicacion directa mas tarde con la ciudadela que alzara Florencia; tantos tambores y almenas; tantos y tan diversos fortines sirven de seguro y defensa á esta democracia, en abierta pugna con los pueblos cercanos y en continua práctica de una libertad tempestuosa, revelando de esta suerte su semejanza en virtud y tambien en vicios con la antigua democracia helénica, fácil á la inspiracion y al arte, difícil á la concordia y á la paz.

En aquel tiempo celebraban todas las lenguas á Prato, no por sus dobles murallas almenadas, ni por sus sesenta torres de mampostería, ni por sus diez logias propias de las familias aristocráticas, ni por sus conventos y sus iglesias, sino por una milagrosa reliquia. Si pudiérais resucitar en la imaginacion el palacio llamado *Dei Signori*, donde se congregan los regidores de la ciudad, veriais una inmensa sala con cuarenta magistrados envueltos en los pliegues de sus túnicas, asentados en sus sillones municipales, y á cuya presencia arde artística lámpara de plata consagrada á la Virgen María, que se destaca en el sitio de preferencia en pintura al fresco, mientras por las otras paredes campean muchos retratos de bienhechores de la ciudad, y entre estos, el mas renombrado y querido, Micer Francesco Marco. ¿Qué hizo para tanta gloria? Fué un ciudadano que discutió en los consejos de su patria; un soldado que peleó en los campos de batalla, un comerciante que enriqueció á su familia, un hombre de su pueblo, de su ciudad, de su tiempo. Ahora bien, ¿por qué esta preferencia? ¿Acaso porque ha erigido el hospital llamado de Micaele-da-Prato? Otros muchos han erigido fundaciones analogas, y no han hallado ni tanta gratitud ni tanto renombre. Francesco Marco, solicitado por los mares que atraian en la Edad Media á los italianos, como en la Antigüedad á los helenos; abordó en tierras de Egipto; donde no podia buscar, dadas su educacion y su época, aquellos misterios descifrados por los antiguos sábios, sino las escenas religiosas puestas por la tradicion bajo el cielo azul, sobre los áureos arenales, á la sombra de las palmeras mecidas por los vientos del desierto y regadas por las aguas del Nilo, en cuyas copas los ibis y las grullas sagradas repiten los quejidos de los antiguos cenobitas que se entregaban en aquel ardiente clima y en el seno de sus misterios á las maceraciones de la penitencia y la contemplacion propia del misticismo, diluyendo su alma con una gota de agua en el imenso océano de lo infinito y de lo eterno. Para un mareante, arpa

un mercader, para un soldado de aquel tiempo, Egipto era la tierra donde se acogió la Virgen María con toda su sacra familia, huyendo de las persecuciones de Herodes que decretara la degollacion de los inocentes. Y de Egipto vino, trayendo una reliquia sacratísima, el cinturón de la Virgen María. En la antigüedad pagana el pueblo que conseguia validar un testimonio así de la preferencia de sus dioses, fundaba hermoso templo, y en este templo ponía un oráculo, á cuyos consejos se atenian los legisladores, con cuyo númen contaban los héroes, de cuya inspiracion se enardecian los poetas, y que lograba ver mezclados con las asambleas deliberantes de los grandes oradores las legiones de los fuertes gimnastas, entre coros sagrados y religiosas ceremonias. En Italia pasaba durante la Edad Media algo análogo. ¡Poseer el cinturón de la Virgen! Quereis saber toda la importancia que esto tiene? Cuando vayais á Florencia, vereis en vuestro camino á Prato. Deteneos porque seguramente fijará vuesta atencion el conjunto armonioso de sus bellos monumentos, que resaltan en el pentágono formado por su área y delineado por sus murallas. Entrad en su catedral dirigida á principios del siglo décimo-cuarto por los profetas del Renacimiento; ornamentada de mármoles blancos y verdes, tanto interior como exteriormente, los cuales danle aspecto de un edificio de porcelana; sostenida su nave central por columnas de serpiente; y vereis como cada siglo ha dejado allí un recuerdo de este hecho y una ofrenda á esta reliquia; la primera mitad del décimo-quinto, un pulpito esculpido por Donatello para enseñar la hermosa prenda, y la segunda mitad una suave pintura de Guirlandigio, que muestra á la Virgen desciñéndose de la cintura y regalándose á Santo Tomás; el siglo décimo-cuarto un poema en líneas y colores de Agnolo Gadi, que orna la capilla de la derecha llamada de la Sacra Cintola, y en donde hay una figura de la Virgen que os trasportará de entusiasmo por la santa extrañeza con que mira al Niño en sus brazos; no sabiendo si adorarlo como Dios ó comérselo á besos como hijo; por todas partes innumerables testimonios de la universal devocion que recuerdo tan sagrado despierta en los ánimos de los fieles por aquellos tiempos de vehemente exaltacion y de piadosa fé.

¿Sabeis cuántas ventajas le daba su reliquia á Prato? La doncella sin novio creia que con solo verla, se casaba al año siguiente; la esposa, cuyo marido iba por los mares, que con solo invocarla, ataba y retenia el furor de los vientos; la viuda ó la huérfana, que con solo ponerle unas luces, sacaba almas en pena del hondo del purgatorio; el comerciante que con solo rezarla, ganaba en sus negocios; el enfermo que, con solo descubrirla, rehacia y recobraba su salud; acudian los recién casados á pedirla seguridad en su dicha, los niños y los jóvenes, ventura en su carrera; los pobres, limosna en su miseria; los ricos, prosperidad en sus asuntos; los paralíticos movimiento; los éticos, aire; los enamorados, auxilio; y así en las paredes de su capilla veíanse desde la cabellera cortada por la virgen del Señor, hasta el arma del guerrero

esgrimida en las batallas; desde la camisita del niño, hasta los sayales del muerto; desde las tablas de las naves naufragas, hasta las copias de los corazones heridos: que la preciosa reliquia ciñera la cintura de María y ganara á su contacto la sobrenatural virtud de remediar todas las desgracias y atender á todas las necesidades. Esta creencia se mostraba en romerías, estas romerías se completaban con ferias; estas ferias enriquecían á los comerciantes; y estas riquezas se repartían por las venas de Prato, que encargaba al pintor mas célebre frescos para la capilla; al escultor, tribunas y bajo-relieves y estatuas; al platero, joyas; al poeta, versos; logrando que todos á porfía se esmeraran por amor á Dios y á su Santa Madre en elevarla á la altura de uno de los primeros y mas concurridos santuarios de Italia, donde los fieles tienen sitios religiosos tan visitados como el monasterio de San Francisco de Asis y la iglesia de Nuestra Señora de Loreto. Al visitar á Prato, ¿quien no conozca un poco las letras no recitará estos versos de un poeta, los cuales, como todos los buenos versos italianos, se pegan al oido y se entonan por nosotros, españoles, como si fueran versos vaciados en nuestra propia lengua? Dicen de esta suerte:

Così cercando per quella pianura
 Trobamo Prato, che l' Bizencio bagna,
 Dove si mostra la santa cintura.

Una capilla consagrada por la religion, enaltecida por la pintura, popularizada por la poesia, en el concepto de la sociedad de aquellos tiempos, manaba como fuente celestial continuos milagros. Y el año que historiamos era el año destinado á celebrar por la cuenta de los magistrados el centenario de la venida desde Egipto á Prato de esta reliquia. Para comprender la importancia que tiene un centenario religioso, precisa haber habitado los pueblos meridionales. Cada una de semejantes fiestas deja en la memoria pública estelas inextinguibles. Los padres legan como vínculo familiar el relato de tradiciones tan gloriosas, contadas y oidas con una emocion verdaderamente indescriptible. Como la piedad tiene tantos recursos ingeniosos, cree que en aniversario así han de mostrarse más propicias las imágenes de las Virgenes y los santos, como ha de enardecerse el númen religioso de los pueblos. Vivir en Prato y no ver la Santa Cintura, sería un pecado imperdonable ante la conciencia de aquellos hombres y de aquellos pueblos. Lucrecia, pues, habia de ir, y en procesion solemne, á la hora señalada para las corporaciones que no observaban la clausura por no tener votos religiosos. Una educanda singular, una habitante de los claustros en libertad completa de salir y entrar, recluida al cabo solamente por su propio albedrío, no tenia medio alguno de quedarse en su celda y rehuirse á una bendicion necesaria por completo á la tranquilidad de su alma. Lippi lo supo con verdadera anticipacion, como solia saber todo cuanto pasaba en el Monasterio,

y arregló y preparó las cosas de tal suerte, que pudiese lanzarse sobre su amada como el milano sobre su presa y arrebatarla en sus brazos. Teniendo que interrumpir una procesion numerosa y que romper entre una inmensa muchedumbre, necesitaba armas, caballos, y golpe de gente. Así, con el sigilo á que le tenían acostumbrado sus múltiples aventuras, con la habitual serenidad de su mente, urdió un plan de rápido raptó, que le llevara á la inmediata consecucion y logro de todos sus deseos. Mientras la ciudad entera preparaba sus fiestas, él apercibia su conjuracion. Nada más fácil en aquella edad que emprender aventuras de esta clase y que encontrar aventureros de importancia. La vida más individual que hoy, la ley más débil, las pasiones más exaltadas, la autoridad más sometida á la fuerza, el heroismo en subida estima, la disciplina social es baja, las ideas y los proyectos aventureros tenían una multitud de medios ahora completamente inasequibles. En la callada noche, á favor de las sombras, se avistaba Filippo con aquellos que casi fuera de la sociedad se encontraban, y les impelia, ora por medio del oro allegado en sus trabajos, ora por medio de seductoras promesas, á la ejecucion de planes en consonancia con la naturaleza de aquellos perturbados tiempos, en que solian mirar los aventureros, no tanto la naturaleza de sus empresas como el lucro y el sueldo reportados. Para momento tan solemne, para el dia fausto señalado á una festividad tan grande, ideaba Lippi una emboscada tan terrible. Sus planes diabólicos, por desgracia coincidían con las promesas religiosas de su infeliz amada. Esta, para redimirse de la pena que afligia su alma, para curarse de la enfermedad amorosa que aquejaba á su corazon, para recobrar su perdido reposo, hizo voto de ir en rogativa, desde el Convento, donde estaba guarecida, á la Catedral, que tenia entre sus primeras reliquias el Cinturon de la Virgen. Y hé aquí donde esperaba Fra Filippo Lippi á su tímida é inocente presa.

Las calles de Prato estallaban por henchidas de gentes. Tanto número de peregrinos acudieran que dormían tendidos en la calle, sobre el duro suelo, y al aire libre. Los confesores oían los pecados y propinaban las penitencias en las escalinatas de las Iglesias, por no serles dado penetrar dentro, á causa de la muchedumbre. Concurrían las gentes en tal multitud á la Comunión, que las hostias se acaban y no habia bastantes copones. Un sacerdote cayó desmayado de fatiga y de cansancio. Las calles parecían como un concierto viviente y como un baile ambulante. Sonaban por las esquinas toda clase de instrumentos conocidos, y danzaban las parejas toda clase de danzas, desde las griegas hasta las morunas. Veíanse en las encrucijadas tablados sobre los cuales se daban representaciones místicas, en que los Santos del Nuevo Testamento y los Profetas del Viejo recitaban profanos versos, imitados de Virgilio cuando no se imitaban de Tibulo ó de Ovidio. Este San José contaba su fuga de Egipto como pudiera contar Enos su fuga de Troya, y aquel penitente dirigía un saludo á la Virgen, más parecido

á un requiebro destinado para Cinthia ó Lesbia que á una Ave-María ó á una Salve. Las bufonadas se mezclaban á la fiesta, las facezias grotescas á los versos académicos, y el público reía á los dardos arrojados contra los magistrados y gobernadores de la República. Pero la fiesta por excelencia era la procesion magnífica en que iban todos los magistrados de la Ciudad y todas las corporaciones oficiales ó extra-oficiales á la contemplacion y adoracion de la reliquia. Abrian la marcha niños á centenares vestidos de blanco y coronados de flores, agitando ramos de todas clases en sus manecitas, al compás de melodioso coro entonado por sus propias angelicales voces; seguian á los niños los frailes de todas las órdenes, unos con sus sayales blancos y otros con sus sayales azules, cubiertos estos de estameña parda y aquellos de capas negras que resaltaban sobre las túnicas albas, entonando todos salmodias ajustadas á las cadencias severas del canto llano; tras los monjes iban los clérigos de las diversas parroquias, con sus cruces, guiones, banderas, reliquias, precedidos de su respectiva orquesta y de sus sacristanes y monagos; tras el clero, veíanse los representantes de los diversos gremios, cada cual luciendo á porfia su trage de gala reservado para la fiesta y digno de la antigua Toscana por su mezcla de gusto y de riqueza; despues de los gremios y clases donde estaban representados así los menestrales como los nobles, andaban los magistrados en toda su severa majestad; y cerrando la marcha, las damas principales, entre las que lucía como la estrella vespertina en nuestros cielos la sin igual hermosura de Lucrecia. Unid á esto la inmensa multitud que se apiñaba por calles y plazas; los ecos de tantas voces como entonaban salmodias sagradas; el universal campaneó; los acordes suaves de los varios instrumentos; la alegre vista de las banderas y pendones, flotantes al aire; el relumbrar y relucir de las reliquias encerradas en relicarios de oro sembrados de pedrería; los aromas despedidos por los incensarios que llenaban de celestes nubes los aires y por las enramadas que cubrian de alfombras olorosas la tierra.

En aquella multitud habia cinco personas, sobre las cuales nos conviene llamar la atencion, cosa á la verdad bien difícil tratándose de tanta muchedumbre. Una era cierto bravo de esos que en Italia se mezclaban á todas las aventuras y á todas las guerras, y que atisbaba el paso de la procesion. Ni el historiador necesitará muchas palabras, ni el lector mucha adivinacion para entender ó hacer entender que aquel bravo tan receloso y atisbador, estaba allí apercebido á intentar un golpe de mano, y que el golpe de mano preconcebido y preparado era el rapto de Lucrecia. Los otros cuatro personajes ya los conocemos. Recatábanse tras la muchedumbre, y eran el escudero Gasparo, que sostenia del brazo al rico-hombre Guido, la dueña Brígida, que á su vez sostenia al caballero Butti. Amante y padre aprovechaban esta ocasion para ver sin ser vistos á la que debió endulzar y habia amargado sus almas. Y ni uno ni otro notaban el extraño personaje que iba,

venia, tornaba, dando vueltas y más vueltas en todas direcciones. Guido y Butti callaban, desgarrados sus corazones por los sentimientos que dispartaba la próxima venida de la amada jóven; ocupadas sus inteligencias por ideas y recuerdos; convertidos los ojos hácia la procesion, que tardaba mucho en pasar, y que avivaba con su tardanza la natural impaciencia de sus ánimos. Brígida hablaba que se las pelaba del ramo de locura hereditario en los Buttis, y demostrado por aquella manía incomprendible de su pupila en preferir el claustro, donde ni siquiera se atreviera á entrar para siempre, al matrimonio roto en la hora suprema de prestar el debido juramento. Gasparo hablaba de todo y lo relacionaba con sus recuerdos históricos y su erudicion riquísima. A propósito de cada cosa que se le presentaba, referia un caso, importándole poco que fuera verdadero ó falso. Comentando la devocion de los pratenses á la cintura santa, referia que los catalanes adoraban tanto á San Romualdo vivo, que, como en cierta ocasion quisiera largarse de Cataluña, intentaron matarlo para repartirse sus despojos en sagradas reliquias. A propósito de la ternura de Guido lo comparaba, aunque impropriamente, con aquel Marco Lépedo de quien hablaba Plinio en su Historia Natural y que murió de pasion por su esposa Apuleya despues de haberla repudiado. Tras esto decia que cierta cortesana daba un medio seguro de curar las tentaciones; rendirse á ellas. Despues de esto convertíase á las excursiones políticas y disertaba largamente sobre el tema de la tiranía. Contaba, pues, que Thales tenia por la cosa más extraña del mundo un tirano viejo, y referia, citando la vida de Dion por Plutarco, que Dionisyo el tirano mató á su amigo Marsyas porque soñara que le habia asesinado, y prohibia á su peluquero que entrara con tigras en su presencia, y á sus propios hijos los hacia desnudar á la puerta de su cámara para cerciorarse de que no llevaban ningun arma oculta. Y en estas y otras cosas entretenia el tiempo, sin que para nada le interrumpiesen ni dijeran cosa alguna sus dos oyentes principales absortos en más profundas ideas.

Al acabar Gasparo estas reflexiones, la parte de procesion donde iba Lucrecia se acercaba al sitio en que los cuatro interlocutores se reunieran. Era este sitio uno de los más apartados del centro y de los más vecinos á las afueras, porque la procesion recorria toda la ciudad en diversas direcciones. Estaba cerca de la puerta Mercatella, abierta en la muralla vecina del Bizenzio, paso á un formidable puente, defendido por los parapetos y por una alta y ceñuda fortaleza de bien almenadas cimas y bien difícil acceso. Si los interlocutores hubieran estado más en sí y menos pendientes de la próxima procesion, observarían que, al escudriñador de mala catadura pegado á ellos, se unian dos ó tres más de la misma facha. Y hubieran podido ver más, hubieran podido ver que en cercado cercano habia inquieto ginete, caballero en blanco y brioso caballo, aguardando impaciente una señal convenida. Pero ¿qué iban á notar cuando la procesion se aproximaba á toda prisa? Guido y

Butti se recataban, como hemos dicho, para ver sin ser vistos. Sus ojos saltaban de las órbitas, á impulsos de los amores que sentir debian ambos á dos, el uno como amante mal querido, y el otro como padre abandonado. Lucrecia se adelantaba acompañada del fraile Serafin, á cuyo cuidado la confiara la Abadesa, y que tenia además encargo de arreglar y ordenar la procesion pudiendo ir por donde le pluguiese. Y al llegar Lucrecia á la puerta Mercatella, suena un silbido. Y al eco del silbido, cuatro hombres, puñal en mano, se lanzan sobre la jóven y la asen fuertemente. Y al sentirse asi- da de tan inesperada manera, se desmaya, y al desmayarse, aparece un gine- te, vestido de calzas blancas y ropilla morada, con gorra negra y pluma blan- ca á la cabeza, cinto de oro cincelado al cuerpo, y un vistosísimo collar á la garganta, y que coge á la jóven, la coloca en la delantera sobre el arzon, y echa á correr por la puerta al campo con la rapidez del viento.

—Fra Filippo Lippi.

Clamó la multitud.

—¡Ay! Raptor..... robada.

Dijo Butti viendo desaparecer á su hija, y desplomándose en el suelo como si le hubieran clavado un puñal en mitad del corazon.

—Pícaro, tunante, ladron, mal fraile.

Gritó Brígida arrancándose las tocas en señal de desesperacion.

—Voy á destruirlos y perderlos.

Exclamó Guido relampagueando ira de sus ojos.

—Voy á salvarlos.

Añadió Serafin clavando en el cielo sus ojos arrasados de lágrimas.

¿Los perderá Guido ó los salvará Scrafin? Ya lo veremos en el próximo fin de nuestra historia.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	PAGINAS.
CAPITULO I.—Resurrexit.....	3
” II.—Gloria y amor.....	17
” III.—El Concilio de Florencia.....	31
” IV.—Súplicas de un láico y escrúpulos de un Papa.....	46
” V.—O sea capítulo que podría tener, como las comedias antiguas, dos títulos: de la invencion de la pintura al óleo ó los ángeles endemoniados.....	63
” VI.—Veleidades artísticas.....	95
” VII.—El convento de Santa Margarita.....	112
” VIII.—Providenciales encuentros.....	127
” IX.—La aurora del amor.....	154
” X.—La Beatrice del pintor.....	170
” XI.—Un aquelarre.....	184
” XII.—La confesion.....	203
” XIII.—El rapto.....	219

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



Butti se recataban, como hemos dicho, para ver sin ser vistos. Sus ojos saltaban de las órbitas, á impulsos de los amores que sentir debian ambos á dos, el uno como amante mal querido, y el otro como padre abandonado. Lucrecia se adelantaba acompañada del fraile Serafin, á cuyo cuidado la confiara la Abadesa, y que tenia además encargo de arreglar y ordenar la procesion pudiendo ir por donde le pluguiese. Y al llegar Lucrecia á la puerta Mercatella, suena un silbido. Y al eco del silbido, cuatro hombres, puñal en mano, se lanzan sobre la jóven y la asen fuertemente. Y al sentirse asi- da de tan inesperada manera, se desmaya, y al desmayarse, aparece un gine- te, vestido de calzas blancas y ropilla morada, con gorra negra y pluma blan- ca á la cabeza, cinto de oro cincelado al cuerpo, y un vistosísimo collar á la garganta, y que coge á la jóven, la coloca en la delantera sobre el arzon, y echa á correr por la puerta al campo con la rapidez del viento.

—Fra Filippo Lippi.

Clamó la multitud.

—¡Ay! Raptor..... robada.

Dijo Butti viendo desaparecer á su hija, y desplomándose en el suelo como si le hubieran clavado un puñal en mitad del corazon.

—Pícaro, tunante, ladron, mal fraile.

Gritó Brígida arrancándose las tocas en señal de desesperacion.

—Voy á destruirlos y perderlos.

Exclamó Guido relampagueando ira de sus ojos.

—Voy á salvarlos.

Añadió Serafin clavando en el cielo sus ojos arrasados de lágrimas.

¿Los perderá Guido ó los salvará Scrafin? Ya lo veremos en el próximo fin de nuestra historia.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	PAGINAS.
CAPITULO I.—Resurrexit.....	3
” II.—Gloria y amor.....	17
” III.—El Concilio de Florencia.....	31
” IV.—Súplicas de un láico y escrúpulos de un Papa.....	46
” V.—O sea capítulo que podría tener, como las comedias antiguas, dos títulos: de la invencion de la pintura al óleo ó los ángeles endemoniados.....	63
” VI.—Veleidades artísticas.....	95
” VII.—El convento de Santa Margarita.....	112
” VIII.—Providenciales encuentros.....	127
” IX.—La aurora del amor.....	154
” X.—La Beatrice del pintor.....	170
” XI.—Un aquelarre.....	184
” XII.—La confesion.....	203
” XIII.—El rapto.....	219

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



